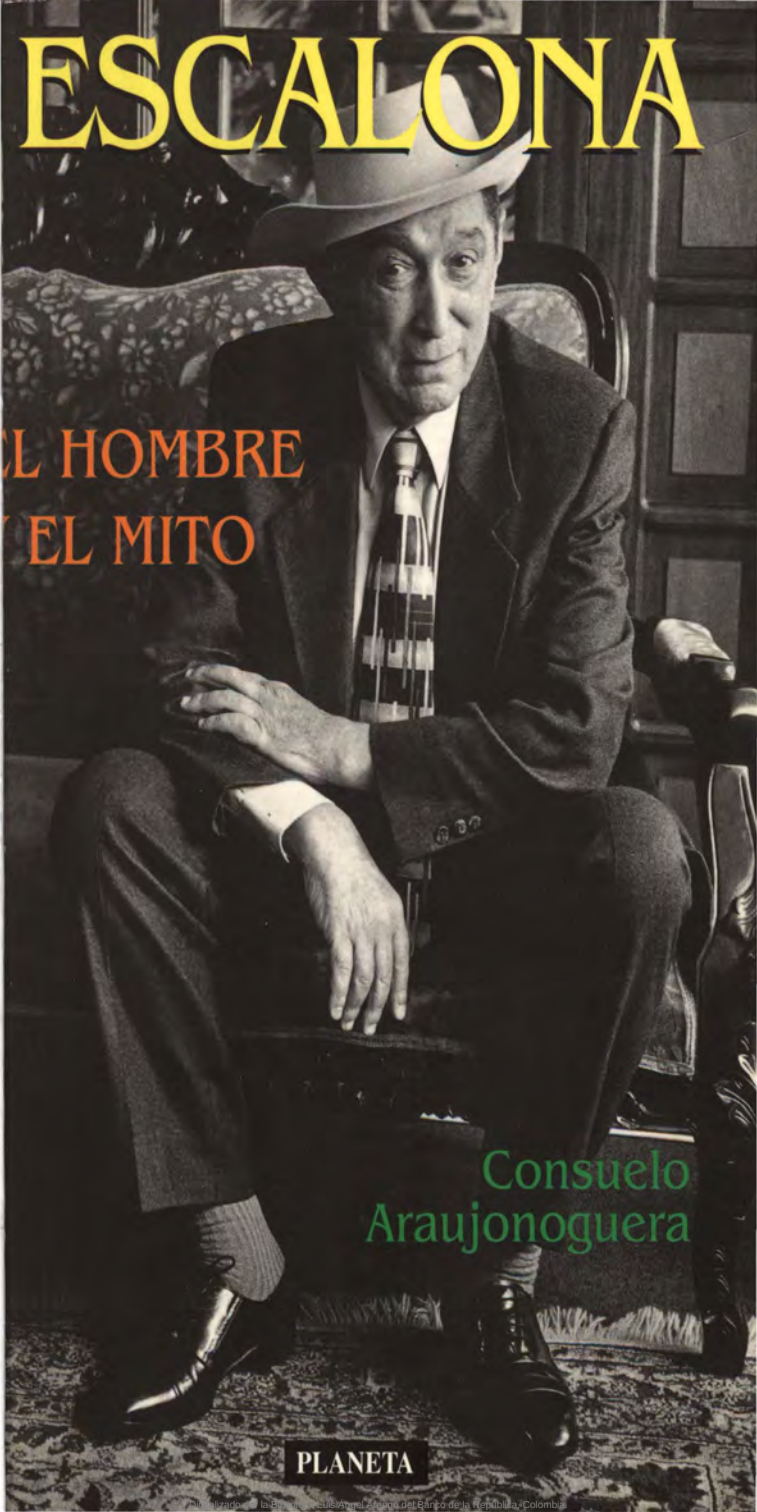


ESCALONA

A black and white photograph of a man, likely a politician, sitting in a patterned armchair. He is wearing a dark suit, a light-colored shirt, a striped tie, and a fedora-style hat. He is looking directly at the camera with a serious expression. His hands are resting on his lap. The background is dark and indistinct.

EL HOMBRE
Y EL MITO

Consuelo
Araujonoguera

PLANETA



Consuelo Araujonoguera nació en Valledupar, departamento del Cesar, Colombia, dicho así para que a nadie le quede la menor duda de la razón territorial que marca su vida, la define y proyecta en abanico hacia una peculiar visión del mundo.

Sin título de bachiller ni grados de ninguna clase, estudió principalmente en la escuela de su intensa vida interior. La música le viene por añadidura, y la popular no le llega como afición corriente y llana, sino acompañada de la comprensión y el sentido musical que son propios de un auténtico melómano.

Escritora, periodista, mujer de radio, Consuelo Araujonoguera, la reconocida «Cacica», colaboró por años en *El Espectador*, R.C.N., G.R.C., en Radio Guatapurí de Valledupar y también en *El Heraldo* de Barranquilla. Además de este libro sobre Escalona ha publicado *Vallenatología* (Tercer Mundo, 1973 y 1978) y *Lexicón del Valle de Upar* (Instituto Caro y Cuervo, 1994).

Colección
ESPEJO DE COLOMBIA

Escalona, el hombre y el mito

927.8
E72a

Consuelo Araujonoguera

Escalona, el hombre y el mito

cit/mch

Prólogo del ex presidente Alfonso López Michelsen

Abil 10/03

2a copia solapes.

705166



PLANETA

Santa Fe de Bogotá, 1998.

AGF 8779

© Consuelo Araujonoguera, 1998
© Planeta Colombiana Editorial, S. A., 1998
Carrera 68A No. 22-55
Santa Fe de Bogotá

Fotografía de cubierta: Ricardo Torres Ramírez
Armada en computador: Planeta Colombiana Editorial, S. A.

Impresión y encuadernación: Impreandes Presencia S. A.

ISBN: 958-614-637-5

Primera edición: agosto de 1988
Segunda edición: abril de 1998

*A la memoria
del viejo Santander Araújo*

*“De muchos será alabada su inteligencia
y jamás será echado en olvido.*

*No se borrará su memoria y su nombre vivirá
de generación en generación.*

*Los pueblos cantarán sus cantos y la asamblea
pregonará sus alabanzas.*

Mientras viva, su nombre será ilustre entre mil...”.

Contenido

A manera de presentación.	
Por Alfonso López Michelsen	13
Desmitificación del hombre y humanización del mito.	
Por Andrés Molina	19
Introducción	25
Capítulo I	
Infancia y adolescencia	39
Capítulo II	
El torrente desatado	73
Lo que es el Valle de Upar	88
Carate	89
Capítulo III	
Aparece "La Maye"	103
Capítulo IV	
Un testamento musical	137
Capítulo V	
El "primo" de Aracataca	171
Capítulo VI	
Primera vez en la vida	203

Capítulo VII

Una década y una obra	237
-----------------------------	-----

Capítulo VIII

El hombre y... el mito	269
------------------------------	-----

A manera de presentación del libro de Consuelo Araujonoguera sobre Rafael Escalona

Hace ya más de cuarenta años, Hernando Téllez, el más sagaz de nuestros críticos literarios del Siglo XX, señalaba los peligros de la literatura nostálgica, tan propia de las plumas colombianas. Destacaba Téllez con gran acierto el peligro de incurrir en el feo pecado de la cursilería, cuando quiera que el escritor se aventura en los terrenos de su vida íntima con el deseo de proyectarla sobre el público lector. Se requiere, insinuaba el agudo comentarista, de una mano maestra para saber detenerse en el borde del precipicio, sin caer en el ridículo de presumir que cuanto tuvo una gran incidencia en nuestra infancia o en nuestra adolescencia reviste la misma significación entre los extraños: el apodo que se le tenía a la abuela, la evocación del ama que nos crió, los chascarrillos de los familiares, que ya perdieron su vigencia entre quienes no conocieron a los protagonistas... Sólo una sensibilidad tan fina como la de Marcel Proust, que consiguió renovar por entero la aproximación al tema, escapa al juicio implacable de la crítica, que ve en la literatura de la nostalgia una debilidad del espíritu ensimismado con su anterior entorno.

En Colombia, de un tiempo a esta parte, y tal vez en razón de nuestros infortunios presentes, este género literario ha cobrado un gran auge, inesperado entre quienes se consagran al cultivo de las letras. No hay un escritor mayor de cuarenta años, cualquiera que

sea su formación filosófica o literaria, que no se deleite con la evocación de un pasado idílico destinado a confirmar el viejo adagio, según el cual, todo tiempo pasado fue mejor. Y no porque pretendamos desconocer la validez del aserto en el caso colombiano, sino porque, a la sombra del dicho, se genera un cierto arribismo de mal gusto, que los anglosajones califican de "name dropping", giro imposible de traducir, pero que yo adaptaría con una paráfrasis, llamándolo el hábito de plantar nombres en la conversación para darse importancia, dejándolos caer al desgaire.

¿Quién no ha oído hablar, recientemente, de cómo eran los cafés de Bogotá de los años cuarentas, "cuando estudiábamos con el Gabo"? ¿Para quién es novedad el recuento de los gracejos del "Runcho Ortega", o la letra de los boleros que se tocaban en el antiguo Hotel Granada? Cuando crece el ámbito de la actividad juvenil y se escapa al estrecho círculo bogotano, "la Cueva" de Barranquilla se trasfigura en el café de Pombo de Madrid, y se llega a la apoteosis, describiendo el dramático final de Gabriel Turbay en París, "cuando el viento de otoño arrastraba las hojas secas de los castaños por la calzada de l'Avenue Montaigny expiraba el gran colombiano en su recámara del Hotel Plaza Athenée...". No sé por qué razón se me antoja que hay muchas maneras de relatar estos mismos hechos, que son la crónica vigorosa de nuestro discurrir histórico, escuetamente y en forma directa, sin adornarlos con la nota nostálgica.

Consuelo Araujonoguera sortea con fortuna esta tentación, sin incurrir en el género nostálgico, comprometiéndose en una aventura tan riesgosa como es la biografía de un contemporáneo, todavía en vida, y cuyas intimidades afectivas la autora tiene que poner al descubierto para revelar la cronología y la raíz de cada uno de sus cantos. No es tarea fácil y, para quienes estamos familiarizados con el escenario de Valledupar, constituye una hazaña haberse limitado a lo estrictamente necesario, sin incurrir en el facilismo de darle rienda suelta a su relación personal con el biografiado, al reconstruir el medio vallenato de su infancia y de su juventud, sin distraerse con aquellos episodios de su propia historia que se entrelazan con los del "maestro" para decirnos de una vez: "Este es Escalona, y punto".

En el Valledupar de mi juventud, una aldea de unos treinta mil habitantes, Escalona era la prima donna del lugar y se comportaba como tal. Consuelo, que apenas era una muchacha en flor, le seguía los pasos. Ella menor, inquieta y culta, dotada de una natural gracia

literaria, que años más tarde le abrió las páginas de los diarios de la Capital, y él, joven compositor de canciones vernáculas que en breve tiempo se granjeó un lugar de excepción entre los cultivadores del género vallenato, y consiguió conquistar renombre, no solo más allá de su patria chica, sino allende las fronteras de Colombia, en Venezuela y Panamá y, más tarde, en toda la América española.

Por razón de los vínculos entre ambas familias, y por otras razones que se explican en este libro, entre los dos existió siempre una relación de afecto mutuo pero ambivalente: se admiraban y rechazaban al tiempo, que es algo que aún se puede vislumbrar en estas páginas cuando la autora, que ha permanecido en su solar nativo fiel a sus costumbres, no obstante lo que lo elogia, se atreve a criticar a su compadre de otros días por andar como un "cachaco" embutido en un traje oscuro.

Juntos eran el adorno del Valle, como se conoce en la Costa Norte de la Capital del Cesar, y contribuyeron a la difusión de la música regional con iniciativas tan fecundas como la creación del "Festival de la leyenda vallenata" que ha rodeado de una aura incomparable, entre todos los eventos musicales de Colombia, el de Valledupar.

Consuelo, tras una ardua labor de varios años, intenta divulgar la obra de Escalona, colocando cada uno de sus cantos en su contexto de tiempo y de lugar, pero, sobre todo, buscando a la musa inspiradora, en aquellos cuyo tema es el amor, que sale a flote en casi la totalidad de sus composiciones.

Gentes a quienes he mencionado esta obra, se resisten a creer que revista interés alguno para las personas ajenas a la región, pero, en cuanto les pongo el manuscrito en sus manos, lo devoran y no vuelven a desprenderse del texto hasta haber llegado a la página final. Es cierto que se trata de la vida de un Don Juan insaciable, de un enamorado incorregible, de aquellos que los psicólogos calificarían de víctimas de inmadurez afectiva, pero, al mismo tiempo, es la historia de una sensibilidad con "ángel", como tuve ocasión de decirlo alguna vez, en los siguientes términos:

"En 'Cien Años de Soledad' Gabriel García Márquez menciona a Rafael Escalona como sobrino de un Obispo. Mentira. Rafael Escalona no tiene un Obispo en su árbol genealógico. Tiene ángel, que es mucho mejor. Versificadores hay muchos, pero se diferencian de los poetas en que estos últimos tienen ángel. Un viejo adagio francés decía: 'se nace poeta y el orador se hace'. Nadie puede convertirse en poeta si no se nace con ángel. El de Rafael Escalona es 'grandotote', como decimos en el altiplano, o 'cipote ángel', como se dice en la

Costa, porque, siendo un hombre letrado, consigue ser un creador de folclor que alcanza un nivel popular de dimensiones increíbles. Es uno de los más extraordinarios fenómenos colombianos entre mis contemporáneos, porque Rafael le dio al cantar vallenato una categoría comparable a la del tango, la del bolero, la del son o la ranchera, prácticamente solo, arrancando de la entraña popular colombiana y principalmente caribeña unas notas en que se canta todo lo que muchos hubiéramos querido decir y él solo, a la par con García Márquez, lo supo expresar. Sentimental, irónico, autocrítico, ha sido el cronista incomparable de ese pedazo de la patria comprendido entre la Sierra Nevada y el Río Cesar que, aislado por más de siglo y medio, durmió arrullado por acordeones campesinos, esperando al maestro que le enseñara a expresarse, a darle evasión a sus sentimientos, a ser una revelación del Caribe colombiano, que nada tiene que envidiarle a sus hermanos de Cuba, de Santo Domingo, de Venezuela y de todo el Mar de las Antillas”.

Raras veces en el mundo de la poesía se produce una simbiosis tan perfecta entre la expresión lírica en la pluma del hombre culto, y el sentimiento auténticamente popular, como ocurre con Escalona. Diríase que aun los campesinos más humildes de la hoya del Río Cesar se sienten interpretados en las riquísimas imágenes con las que Escalona da rienda suelta a su pasión de eterno enamorado: “Lo mismo que la del toro cuando pisa en el playón, deja su huella en el lodo en forma de corazón”, para citar un ejemplo de su lírica.

Para los extraños, estudiosos de nuestro Litoral Atlántico y de las costumbres del trópico, estos relatos sobre la vida de un muchacho de provincia dotado de tantos atributos, el libro de Consuelo debe ser una lectura apasionante. Abre, para el mundo de los antropólogos, un panorama social en donde el predominio del “machismo” es completo y la desintegración de la familia un fenómeno cotidiano. Nuestro hombre va haciendo sus conquistas amorosas al vaivén de sus caprichos y de cada una de ellas sobrevive, como testimonio, un canto en honor de la favorita de turno. Por un instante la beneficiada ocupa su trono y, a poco andar, se ve sustituida por otra. Solamente cuando los años lo obligan a sentar cabeza, como decían los abuelos, queda Dina Luz de dueña del campo, por un período que parece prolongarse en forma indefinida en el tiempo. El propio juglar parece darse cuenta de su predicamento y lo resuelve con una pizca de humor: “Allá en Leticia, allá en la frontera, la gente miraba mi triste actitud; qué brasilera, ni qué brasilera, a mí me enloquece no más Dina Luz”... Son cuarenta años de aventuras galantes, de

amores imposibles que, cuando están consumados, invitan a reanudar la expedición en busca de nuevas sensaciones gratificantes, como es alcanzar la más codiciada, la recién llegada, la intrusa, a la que se impone conquistar en cada reunión a donde el galán se hace presente. Nada tan revelador, dentro de este afán de coleccionista, como el episodio de las tres enamoradas, entre ellas "la Maye", su futura esposa, de que da cuenta Consuelo en su biografía. Se ha dicho que la Naturaleza imita el arte y, viendo la telenovela "San Trope", de tan vasta audiencia, yo no dejaba de admirar cómo los cuadros de costumbres que allí se describen corresponden rigurosamente a la vida de cualquier ciudad de la antigua Provincia de Valledupar y Padilla, vista a través de la trayectoria de Rafael Escalona, el estudiante enamorado, el cultivador de algodón y el poeta inspirado en ese pedazo de tierra enmarcado entre Barrancas y la Ciénaga de Zapatosa, que los colombianos han aprendido a querer merced a los sonés de Escalona en que canta por igual El Molino, la Sierra Montaña, El Plan, Fundación y la Zona Bananera.

Bienvenido este libro de Consuelo Araujonoguera, que sirve de llave del mundo vallenato, para quienes no han tenido el privilegio de conocerlo, sino de oídas. Todos los personajes celebrados por Escalona, vivos o ya difuntos, reaparecen por obra de su pluma animando el paisaje que sirvió de marco a sus hazañas.

ALFONSO LÓPEZ MICHELSEN

Desmitificación del hombre y humanización del mito

La imagen se conserva en mi memoria tan fresca como la brisa que se colaba por la ventana aquella tarde de sol: ante una máquina de escribir, tan pesada como vieja, ella transcribía a una velocidad impresionante el lento y pausado relato que él hacía. Ella trataba, infructuosamente, de corregirle a voz en cuello el sartal de exageraciones, la narración de hechos no ocurridos, la confusión de otros que sí sucedieron pero no como él los contaba; en fin, toda esa mezcla de fantasía y realidad que imprimía a cada una de sus respuestas, como si fuera posible cambiarle de un día para otro esa incorregible manía que se había consolidado con el paso de los años y que de alguna manera estaría latente en todos sus cantos.

Así fue como me enteré de la existencia de este libro. Tendría no más de doce años cuando absorto presencié aquella escena en que la autora y su personaje discutían —como sólo dos grandes amigos pueden discutir: en voz alta y con cariño— sobre la cronología de ciertos hechos, la ocurrencia de otros,

el origen de tal canción o sobre cuántas estrofas tiene en verdad “El pirata del Loperena” y cuál es el orden real de los versos de “El medallón”. Al verme, él me dijo con esa voz roncosa y llena de ternura que tiene cuando está de buen humor, que es la mayoría de las veces: “mijito, sírvame otro trago para poder aguantar esta indagatoria”. Y soltó una carcajada.

Sólo ahora alcanzo a comprender cabalmente que esa dosis de ternura, curiosidad, admiración y afecto con que ella lo envolvía, era la única fórmula existente sobre la tierra para que Rafael Escalona se sentara a soportar, bajo un calor agobiante, un más agobiante interrogatorio sobre su vida y que a su vez permitiera que se le corrigiera, cuando no refutara por completo, con pruebas en mano, sus afirmaciones. Y si esa era la fórmula, sólo una persona en el mundo tenía en aquel entonces la confianza necesaria, la paciencia suficiente y la voluntad de sacrificio plasmada en más de treinta años de búsqueda y recolección de testimonios, documentos y pruebas en general sobre la vida y obra de ese hombre de talla mítica que en aquella tarde soleada no podía atreverse a cuestionar la contundencia de la evidencia recaudada durante tantos años de esfuerzos y de esperas.

Y no podía hacerlo porque había descubierto, con la estremecedora clarividencia del que ve pasar ante sus ojos la película de su propia vida, que esa mujer que ahora lo abrumaba con datos y preguntas, antaño la niña que tantas veces se sentara en sus rodillas y acunara en sus brazos, había logrado armar pieza por pieza, de modo impecable, el rompecabezas de su historia con una fidelidad tan certera, que su memoria, más dada a fusionar la ficción con lo real, ya no podría negar. Aquella escena, pues, no era tan sólo la culminación de un largo proceso de investigación sino, más que eso, el encuentro ineludible del artista con su espejo.

Alguna vez escuché decir que para que el hecho más simple, trivial y cotidiano del mundo se transformara en historia, sólo

necesitaba ser narrado por alguien. Aunque Escalona ya era Escalona antes de este libro y sigue siéndolo aún después de él, sería injusto negar que esta obra, cuya primera edición fue un éxito de ventas en el año de 1988, ha sido un gran aporte al escaso mundo de las letras vallenatas —hoy, cuando todo el mundo presume de saber escribir y opinar al respecto— y que en su momento significó un rescate oportuno de la verdadera esencia de los cantos de Escalona, cuya música había sido objeto de toda clase de abusos, tergiversaciones, mutilaciones y deformaciones melódicas y de sus letras. Y es que a partir de la publicación de este libro, ya no podrían entonces los piratas y testaferros musicales abusar impunemente de la obra musical del Maestro, pues en él no sólo quedó consignada la historia de cada una de sus profundas vivencias y del entorno en que se dieron, sino también, en la primera edición, la letra original y completa de las que entonces eran ochenta y cinco canciones con sus respectivas partituras musicales; recreando así, con inconfundible estilo provinciano, un paisaje musical único e irrepetible que supera a leguas la detallada descripción biográfica para convertirse en el vivo y fiel retrato jamás realizado en la literatura colombiana sobre el mundo onírico, mágico y melódico del más grande cronista de la vieja Provincia de Valledupar y de Padilla.

Fue tanto el impacto, la influencia y difusión que tuvo aquella primera edición, que, aunque muchos insistan ciegamente en negarlo, hasta una serie televisiva se hizo con base en esta obra de Consuelo Araújooguera; serie que si rompió todos los niveles de sintonía y paralizó al país, se debió en gran parte a la adaptación —no autorizada, por cierto..., pero eso ya es harina de otro costal— de la casi totalidad de los capítulos del libro que hoy se edita por segunda vez. Y no sólo en televisión. También volvieron a grabarse canciones ya olvidadas y otras desconocidas por muchos grupos musicales vallenatos y no vallenatos —entre ellos el de Carlos Vives, que fue catapultado

hacia la fama únicamente gracias a “Escalona”—, y se desató toda una “escalonomanía” nunca antes vista que rebasó las fronteras del país. No obstante, por esas ineludibles paradojas de la historia, la criatura opacó al creador. La “escalonomanía”, manejada hábilmente por quienes vieron en ella un insospechado filón comercial, pudo más que el ser humano de carne y hueso.

Predicando justicia, es justo también hacer un reconocimiento a la casa editorial Planeta, la única que creyó hace diez años exactos en la propuesta de la autora y que hoy vuelve a renovar su apoyo para que estas sabrosas páginas tangán vida nuevamente. En este país en donde publicar un libro es toda una odisea que muy pocos autores logran, realizar una segunda edición es una empresa más ardua aún que sólo se consigue cuando confluyen, como ocurre en el presente caso, dos elementos inescindibles para ello: el decidido respaldo de la casa editora y el talante de la obra misma y su importancia ganada a través de estos diez años de desmitificación del Hombre y humanización del Mito. Volver a editar estas páginas es brindarle la oportunidad a las nuevas generaciones de escalonólogos, escalonófilos y escalonólatras, que si acaso sólo lo conocerían por sus inmortales cantos, de recorrer a través de ellas los pasos cardinales de la existencia de ese ser irrepetible, que lo consagraron para la posteridad como una especie sin par de Hombre-Mito.

En diez años han pasado muchas cosas: Escalona ha compuesto algunas canciones más; sigue disfrazado de cachaco en el frío deprimente de Bogotá pero aún sueña con regresar a Patillal a sentarse por las tardes, bajo la sombra de un cotoprix, sobre un viejo taburete, mientras sus dedos tamborilean sobre el cuero templado y silba la melodía que dará origen a un nuevo canto; andareguear por las sabanas en busca de sus recuerdos; y en las mañanitas, encaramarse al Cerrito de las Cabras acompañado por Nandito Molina, Alfredo Araújo y Julio Martínez para conversar con ellos y con algunos otros de los

que ya se fueron pero que aún lo visitan en sueños, como el inolvidable Jaime Molina. Y de vez en cuando, hacer una de esas parrandas memorables para volver a escuchar los versos sentimentales de Tobías Enrique Pumarejo, los cuentos de Alfonso Pimienta coreados por las carcajadas de Andrés Becerra, mientras la guitarra y la voz de Poncho Cotes suenan interminablemente para que el corazón se adormezca y pueda, al fin, olvidar todas las heridas...

Por todo esto y más que sólo el corazón conoce, si tuviera que definir este libro diría sencillamente que más que una biografía, que más que un retrato, es un sagrado testimonio de amistad entre la autora y el personaje, y también entre todos los amigos mutuos que juntos dejaron huellas profundas en ese mundo diferente y único que es la provincia vallenata. Mundo que Escalona, como artista, dibujó en sus cantos y que Consuelo con gracia y sencillez se encargó de plasmar en una prosa fluida y rica, agradable de leer y releer.

En esa amistad grande y profunda que los une, cada quien hizo lo suyo en forma limpia y sincera sin sospechar, ninguno, que a los libros, como a la vida y como a los sueños —y como a la Custodia de Badillo— también puede aparecerles un “ratero honrado” que cargue con ellos y terminar, sin que nadie lo explique, dentro de un barco pirata bandido, que nadie sabe a dónde va... a dónde va...

ANDRÉS MOLINA
Bogotá, marzo de 1998.

Introducción

Por ahí como a las cinco de la tarde, cuando el sol se desdibujaba sobre los tejados coloniales de las viejas casonas vallenatas, los muchachos de la Calle Grande sacábamos los taburetes a la puerta de la casa, los colocábamos sobre la mitad del sardinel y recostados contra la pared nos acomodábamos en el ángulo que formaban los dos pedazos de cuero templado del espaldar y el fondo. Comenzaban entonces para nosotros, los menores del vecindario, las horas más felices de aquellos días de felicidad interminable en la infancia remota. Hacíamos una larga línea de taburetes uno tras otro y ahí nos pasábamos largo tiempo echando cuentos y de vez en cuando atisbando para cerciorarnos de que aún los mayores no llegaban a coger el fresco de la tardecita y a desalojarnos de nuestros ilusorios tronos de cuero y madera, donde siempre había uno que llevaba la voz cantante porque era el rey de la fantasía.

Una tarde de finales de enero de 1948 estábamos los de siempre cuando llegó uno de mis hermanos mayores acompañado de un amigo a desbaratarnos la fila y a ocupar esa porción de sardinel sagrado donde, tarde a tarde, levantábamos los castillos de nuestros sueños infantiles. Nos fuimos para el sardinel de las Monsalvo, al borde del cual había sembrados dos arbolitos de una especie llamada cedrón que echaba flores amarillas y de otro

color para mí entonces indefinible que años más tarde, en la adolescencia, vine a saber que era color salmón. Ellos, los mayores, se sentaban al revés de como lo hacíamos nosotros. Cogían los taburetes y los ponían directamente sobre la calle de arena oscura, con el espaldar hacia fuera, y se sentaban a horcajadas sobre el fondo, como si fuera una silla de caballería y el espaldar les servía como baranda para colocar los brazos.

Así estaban esa tarde de enero Jaime Araújo y Claudio Quintero cuando llegó él, agarró otro taburete y se sentó.

Aunque no lo recuerdo con precisión, es probable que para mí en esos momentos fuera mucho más importante el cuento de Cambambaliquí-Cambambalicó que Icha nos iba echando de a pedacito cada día para mantenernos interesados en su discurso, que la llegada de él o de cualquiera otra persona a la ritual costumbre de la sentada en la puerta de la calle. Pero cuando uno de los hermanos mayores gritaba llamándolo a uno, había que dejar lo que se estuviera haciendo y correr a atenderlo. Y eso fue lo que yo hice.

El muchacho amigo y contemporáneo de mis hermanos, del que ellos decían que hacía cantos y que en vacaciones se la pasaba entrando y saliendo por todas las casas de Valledupar, quería que le consiguieran unas hojas de papel y un lápiz.

—Es que el block lo tiene mi mamá con llave— dije, para no tener que ir hasta el fondo de la larguísima casa a curucutearle el escaparate a mi mamá.

—No importa, caramba, vaya y traiga un cuaderno. Lo que sea—dijo él—, cuando ya iba yo corriendo hacia dentro, volando casi, para no perderme una palabra de Cambambaliquí-Cambambalicó.

Regresé en un santiamén con lo primero que encontré a mano. Era un cuaderno de hojas cuadriculadas donde otro de los hermanos menores hacía los mapas de Geografía, y con un lápiz amarillo en el que, por todas partes por donde uno le diera vueltas, siempre leía las mismas palabras: *Eagle Mirado*. Y le entregué ambas cosas.

Al rato ya eran las seis de la tarde y nos llamaron para ir a comer. Dentro de la casa se escuchaban las risas y la conversación del trío de amigos que estaba en la puerta, y de vez en vez, un silbido tenue o el tamborilear de los dedos de alguien sobre el cuero del asiento ensayando una melodía.

Fue muchos años más tarde cuando descubrí que aquel cuaderno que uno de mis hermanos usaba para las clases de Geografía del Colegio Nariño, tenía escritos de su puño y letra en las hojas del centro unos versos que cuarenta años después, son todo un testamento:

*Oye mi vidita si me voy en la mañana
no quiero que me llores, no vayas a llorar...*

Sin embargo, parece que esos dos primeros renglones no debieron gustarle. O a lo mejor no rimaban bien con lo que tenía en mente porque los tachó con una raya y ensayó otros dos:

*Oye morenita yo me voy por la mañana
porque anoche me dijeron que debo regresar...*

pero tampoco. Otra vez el rayón largo y tendido sobre la frase completa y de nuevo otros versos escritos con la misma letra ancha, clara y redonda que ha tenido siempre:

*Oye morenita te vas a quedar muy sola
porque anoche dijo el radio que abrieron el Liceo*

y enseguida, el trazo firme y espontáneo de los otros versos que fueron fluyendo con perfecta continuidad:

*Como es estudiante ya se va Escalona
pero de recuerdo te deja un paseo
que te habla de este inmenso amor
que llevo dentro del corazón
que dice todo lo que yo siento
que es pura pasión y sentimiento...*

Hoy he tomado con delicadeza extrema esas dos hojitas testimoniales que cuatro años después de haber sido utilizadas por él guardé, más por la manía mía de almacenar recuerdos que porque verdaderamente pensara que esas estrofas iban a darle la vuelta al mundo, o que tres décadas más tarde él nos iba a poner a todos a reburujar ansiosamente en los vericuetos de la memoria para encontrar, cada uno, el momento preciso en que el afecto se desdobló en admiración al descubrir que él había convertido en poesía y le había puesto música a las cosas simples y elementales de la vida nuestra y de su propia vida.

Cuarenta años han pasado desde entonces y la escena sigue nítida en el recuerdo. Mucho más porque entre el claroscuro de la memoria el contraste es fuerte con lo actual. Y es que ahora se le ha dado por andar disfrazado de cachaco; embutido en unos terribles vestidos enteros con camisas de puño y cuello, saco, corbata y a veces hasta chaleco, ¡Dios mío!, que sepultaron perpetuamente aquellos pantalones de dril y camisas a cuadros, combinados con unas botas tejanas llenas de estrellas y otros grabados, que eran la vestimenta tradicional con que nos acostumbramos a verlo de arriba para abajo por estas calles de Dios. Entonces, cuando se apartó de los estudios y se casó y se radicó en este territorio extenso e impreciso de la antigua provincia, la principal característica de su singular atuendo era el sombrero de alas anchas y un pistolononón 45 con cacha dorada y sus iniciales R. E. M. en la cacha, que solía usar “escondida”, con la suficiente visibilidad, en la pretina del pantalón, sostenido por un fajón de cuero de tres dedos de ancho.

Fueron esos los tiempos de “Jimena” y “María la Bandida”, nombres que alternadamente lució la defensa de la camioneta Ford roja que le manejaba Aristóbulo, un espécimen único dentro de un género humano especial, mezcla de chofer-secretario-tesorero-amanuense-mandadero y alcahuete, que colmaba plenamente su inveterada manía de estar siempre dando órdenes, comentando algo en secreto, haciendo compras, repartiendo regalos y enviando recados, papelitos y razones a sus familiares, a sus amigos, sus compadres, sus novias y a las dos o tres queridas que mantenía simultáneamente.

Aunque lo conozco de toda la vida, fue en esa época cuando mi asombro por lo que el creaba con esa capacidad prodigiosa para trocar en música lo más intrascendente, se convirtió en la determinación de escribir este libro. Y comencé a escribirlo. Para los años a que me refiero arriba, (1960-65) él ya tenía completa la mayor y mejor parte de su obra musical. Y aunque también tenía fama y renombre entre nosotros, en algunos lugares de la Costa Atlántica y entre un selecto grupo de la élite intelectual bogotana que lo había descubierto y apreciado de inmediato años atrás, la gloria con sus derivados de vanidad y autosuficiencia no le había tendido las pequeñas grandes trampas de la inmodestia y la arrogancia en que ahora lucha por no caer.

Era que aún no se le había dado por asumir su papel de personaje, no obstante ser todo un personaje cuya grandeza estaba en la sencillez y la humildad con que discurría su importancia; el modo tranquilo y discreto como fluía su talento; esa forma espontánea y simple como pasaba de una situación a la otra como quien pasa de un patio a otro, de esta casa a la del vecino, deambulando por la vasta geografía de nuestro afecto y admiración, en un vagabundaje sentimental para el que no requería más equipaje que lo que llevaba en el alma, ni más condición que su propia condición humana.

Lejos estábamos de la comercialización de su música y de la de los demás compositores vallenatos. Y más todavía, de ésta moda en que ahora anda metido medio mundo de opinar, discutir, escribir, sentar cátedra y crear dogmas sobre Escalona y sobre el vallenato. Pero fue precisamente esa afortunada distancia entre los comienzos y la consagración, entre el prestigio pueblerino y la gloria mundana, lo que durante varias décadas nos permitió mantener a salvo de modernismo y adulteraciones la autenticidad y belleza del vallenato de Escalona y regodearnos a solas, entre nosotros mismos, con el goce y disfrute pleno de su mensaje.

Era que entonces solo cantaba para él y para los amigos, y sus cantos surgidos de las cosas de la vida misma hacían de hilo conductor de sensaciones y sentimientos comunes. Por todo ello, sólo nosotros los del ámbito provinciano sabíamos, sin necesidad de que él lo dijera, quién era el personaje cuya avilantez amatoria no respetó órdenes sacras y dio lugar para que él lo "sancionara" con aquellos formidables versos del **Gavilán Cebao**: *en los caminos se ven las trampas/ que la gente pone para el gavilán/ Y cuando lo buscaban en Barrancas/ el estaba tranquilo durmiendo en San Juan/. En Urumita quisieron cazarlo/ con una linda polla envenenada/ y el muy astuto se pasó volando/ y siguió de largo sin hacerle nada.*

Y conocíamos a quién se refería y por qué, cuando se quejaba de las lenguas sanjuaneras, y para sacarse el clavo de algunos comentarios críticos, sentenciaba: *en esas lenguas malas yo vivo pensando/ si no se corrigen se condenarán/ por eso el Cesar se ha secado/ no quiere llover en San Juan.* Y entendíamos perfectamente su melancolía y perplejidad cuando aquella mañana de octubre de 1951 nos contó, cantando que *allá en la Guajira arriba/ donde nace el contrabando/ el almirante Padilla barrió a Puerto López/ y lo dejó arruinado...* Y tomamos como cosa propia la expresión de ira e

impotencia del Tite Socarrás cuando, con los puños al aire, juraba: *barco pirata bandido/ que Santo Tomás me crea/ una fiesta le he ofrecido/ cuando un submarino te voltee en Corea...*

Nadie mejor que nosotros reconocía al “ratero honrado” que después de las fiestas de Badillo, cargó con *la custodia linda muy grande y pesada* que estaba bien segura en la casa de Gregorio; ni en parte alguna entendían tan cabalmente como aquí se entendió, que él tomara como suyos los sentimientos y la ansiedad del viejo amigo y los interpretara fielmente, cuando le hizo una notificación musical al intransigente padre de Thelma Ovalle, la muchacha por la que se desvelaba Poncho Cotes: *en la ceiba e Villanueva/ canta un gavilán bajito/ y es diciendo que se lleva/ a una hija de Ovallito/. Yo le propuse una cosa/ y no quiso su mamá/ ahora me la voa a llevá/ para taparle la boca...*

Y aquí, primero que en cualquier otro lugar, no quedó quien no gozara a carcajada limpia con el griterio que Juana Arias le armó al doctor Molina en su despacho de Juez Promiscuo para quejarse porque en una madrugada de fines de marzo, cuando comienza la primavera y las sabanas de Patillal se esteran con las florecitas de los abrojos, Luis Manuel Hinojosa, un patillalero de nariz respingada, dueño de un camión, resolvió llevarse a Carmen Ramona *La nieta que más quería, la pechichona, la consentía...* Y advertíamos los motivos de aquellos mensajes cifrados que la Maye le mandaba y que él interpretaba musicalmente, explicando, sin que se lo averiguara ninguno, que *Maye me mandó a llamá/ como que me quiere vé/ acabo e vení de allá/ y ya me mandó a llamá otra ve/*; y la carga de ironía que llevaba su queja por la carencia del grado de bachiller en un pueblo como éste que no tenía muchos letrados: *como yo no tengo diploma de bachiller/ en el Valle dicen que no puedo enamorar/ mira como aprecian las mujeres el papel/ y tanto de sobra que se ve en el basural/*.

Únicamente nosotros compartimos su pesar cuando supimos adoloridos que la vieja Sara había botado a Simón de El Plan, y lloramos cuando las personas que lo vieron partir nos contaron que *salió del pueblo loco de la decepción* y que por allá en algún lugar del camino entre las ramas de un peralejo *se quedó enganchado su sombrero* como testigo mudo de que, a partir de ese momento, su presencia comenzaba a ser sustituida por la tristeza.

Y éramos solidarios con la solidaridad que él le demostraba a sus amigos, para los que cantaba angustias y desesperanzas de ellos mismos como hizo con Jaime Orozco Gámez, para quien compuso

el desgarrador testimonio sentimental que el propio Jaime estaba viviendo: *es una historia que/ es una historia que/ me duele referir porque es sentimental/ todo mi corazón se lo entregué/ y ella se complació en tratarlo mal...* O con Fernando Daza, más conocido como Tatica para el que cantó EL CHEVROLITO en el que se iba a Maracaibo a negociá, sin olvidarse, claro, de la Yiya Zuleta, la muchacha de la que Tatica andaba enamorado y con la que esperaba compartir *un cupito alante* además de la amable porción de una *hamaca que es bien grande y caben dos...*

Y así, por cada suceso que ocurría y cada situación que se iba presentando dentro del territorio material y espiritual por donde se ensanchaban los límites de nuestro mundo, fue surgiendo el verso preciso y la estrofa que perpetuaba el canto. Y él, sin proponérselo y sin darse cuenta de ello, se convirtió en el gran relator, en el notario de nuestra vida hecha historia musical gracias únicamente a su talento.

Eran otros tiempos, claro, y, él mismo, también era otro. El otro que conocimos en su exacta dimensión humana y en toda su grandeza espiritual y a quien aprendimos a querer y a admirar y de cuya vida y obras musicales nos ocupamos en estas páginas.

MIGUEL CANALES, EL PERRO DE PAVAJEAU, BUSCANDO A MORALES, LAS VACACIONES, EL JERREJERRE No. 1, porque son dos los paseos con este mismo nombre, LAS ARRUGAS DE BENAVIDES, PARAGUACHON, EL COPETE, LA DESPEDI-DA, EL TESTAMENTO, LA VIEJA SARA, EL HAMBRE DEL LICEO, LA MOLINERA, LA CRECIENTE DEL CESAR, EL MEJORAL y otros títulos más que estaban entonces a mucha distancia de ser descubiertos y explotados como el rico filón económico que son actualmente, existían desde 1944 cuando él, con sólo 17 años de edad y como una especie de Rey Midas musical comenzó a transformar en melodías perdurables la cotidianidad de la vida provinciana.

Entonces esos paseos y merengues sólo se escuchaban aquí entre grupos pequeños que, a través de los estudiantes y profesores del Colegio Loperena primero, y del Liceo Celedón más tarde, se fueron regando por Ciénaga, Santa Marta, la Zona Bananera y algunos sitios de Barranquilla. Hay que reconocer sí, que fue Guillermo Buitrago, un cienaguero que los interpretaba muy bien

en su guitarra, uno de los más destacados difusores de los cantos de Escalona en la época comprendida entre 1947 y 1950; pero también hay que decir que las primeras interpretaciones de la música de Escalona las hizo Buitrago, cuidando mucho de no mencionar el nombre de su legítimo autor, dando con ello lugar a que muchos creyeran que las mismas eran de la inspiración del propio Buitrago. Tal es el caso de EL CAZADOR, EL COPETE y EL REGALITO, que a algunos de los jóvenes vallenatos que más tarde llegaron a estudiar al Liceo les correspondió defender ardorosamente, en acaloradas discusiones o a las físicas trompadas, de quienes aseguraban que las mismas habían sido escritas y musicalizadas por el guitarrista cienaguero.

Hoy, analizando la participación de la guitarra en la obra de Escalona vemos que no es descabellado ni coincidental el hecho de que Guillermo Buitrago se hubiera convertido en un buen intérprete de sus canciones, ya que la verdad histórica es la de que fue en la guitarra de Alfonso Cotes Queruz —Poncho Cotes—, el amigo y confidente, el apoyo y compañero de la misma ruta, donde las composiciones musicales de Escalona encontraron el tono y el ritmo exacto con que más tarde echaron a andar por el mundo.

La cuestión era simple. Escalona hacía el canto memorizando la letra y guardándose la melodía en la cabeza ya que no sabe escribir música, y salía para donde Poncho a cantárselo; éste escuchaba atentamente la melodía que transmitía aquella voz ronca, apagada y sin medida de Escalona y luego la vertía en las cuerdas de su guitarra para dejar lista la obra musical.

Fue mucho después, cuando *Poncho* lo relacionó con Emilianito Zuleta y con Toño Salas, cuando los cantos de Escalona comenzaron a ser interpretados en acordeón y en este instrumento alcanzaron su más alta expresión, gracias a la disposición innata de un jovencito tímido, callado y humilde que por los años de 1957 hasta 1975 anduvo con un acordeón entre los brazos convertido prácticamente en la sombra de Rafael Escalona. Era Nicolás “*Colacho*” Mendoza, el más grande e idóneo intérprete del compositor.

Pero fueron la voz y las agallas de Alberto Fernández las que lograron introducir esos mismos cantos en las *boites* y cabarets de la Argentina acompañado por el trío de guitarras de Bovea y sus Vallenatos, cuando todavía aquí en Colombia, aparte de su región de origen, nadie le prestaba mucha atención.

Pero quizás exagero un poco en esto último. Ni siquiera aquí mismo la unanimidad era total alrededor de él y de sus composicio-

nes musicales. Un grupo de sus más cercanos allegados y amigos parranderos, que llenaron con su desorbitada manera de vivir buena parte de la bohemia de la Vieja Provincia Vallenata, estimulaba, defendía, transmitía y rodeaba de cariño su obra musical. El resto, que era la gran mayoría, compuesto por vallenatos clasistas y por nuevos ricos, cuya cultura musical en lo clásico se inclinaba cuando mucho hacia los valeses de Strauss y en ritmos populares hacia el mambo, la guaracha o cualquier otro aire extranjero, y por socios del Club Valledupar que respaldaron con su silencio la resolución estatutaria que proscribió de los salones del Club la música de acordeón, lo ignoraban por completo.

Pero Escalona acabó imponiéndose solo.

Y cuando en 1966 se llevaron a cabo aquellas agotadoras jornadas por la creación del departamento de El Cesar, los paseos, sones y merengues de Escalona ejecutados por *Colacho*, fueron la clave mágica que nos abrió las puertas de la aceptación oficial en Bogotá para que el Congreso de la República terminara aprobando esa vieja aspiración.

Hoy, aquellos que hace 25 años nunca lo tuvieron en cuenta para nada y no hubieran contratado un conjunto de acordeón para amenizar sus fiestas, lo buscan y le adulan, lo agasajan y reclaman y lo utilizan como lo mejor para mostrar dentro del recinto de las relaciones sociales.

Escalona es consciente de todo esto y sonríe, porque sabe que ahora las cosas han cambiado.

Y en verdad que sí. Después de muchos años de seguimiento constante a su vida y a su obra no sé si han cambiado para bien o para mal, pero es evidente el cambio.

Ya, para empezar, ni siquiera vive aquí en el Valle ni en San Juan ni en Urumita ni en Patillal ni en Manaure ni por las desérticas tierras de la Guajira ni en ninguna de las muchas y nunca definidas partes por donde siempre vivió sin permanecer nunca en el mismo sitio. Tampoco es ya el anfitrión espléndido ni el manda más, canción pero generoso, de los sancochos al lado de **Poncho** Cotes, Andrés Becerra, el viejo Emiliano, Beltrán Orozco y Toño Salas, cuando desde la Sierra veían las luces que alumbraban El Plan. Es difícil que hoy, bajo el sombrío de los palos de mango en los patios vallenatos, sea el epicentro de parrandas como las de aquellos tiempos en que Jaime Molina, irrumpía de pronto para hacer callar las notas de CARMEN GOMEZ y dejarse venir con un poema de Jorge Robledo Ortiz...

La ciudad y los cargos burocráticos, para los que no nació y a los que nunca debió sucumbir, se tragaron al cantor, al soñador impenitente, al compañero generoso y cordial que siempre anduvo con una larga cola de protegidos, generalmente de posición más baja que la suya, a los que llevaba a todas partes y metía por todas las puertas y para los que esperaba y exigía atenciones y delicadezas semejantes a las que a él se le brindaban; al desconcertante compositor que sin conocer una sola nota del pentagrama, ni saber de música, ni de ritmo, ni de melodía, ni de métrica, pero sin tener mucho oído siquiera, concibió las mejores páginas de un género musical que le está dando la vuelta al mundo.

A veces pienso que una toma de conciencia tardía sobre su propia importancia, que nunca le había importado mayor cosa, o el descubrimiento extemporáneo de su inmenso valor, fue lo que acabó marchitando al vallenato auténtico de pantalones de caqui y camisas de colorinches para dar paso a un acartonado ciudadano que, entre Barranquilla y Bogotá, anda embutido en unos imposibles vestidos enteros con saco, corbata y chaleco que, de solo verlo en estos solares de 38 y 40 grados a la sombra, le ponen a uno a sudar el corazón y a llorar el alma. Naturalmente, tampoco usa aquel pistolonón 45 de cacha recubierta de oro donde esplendían sus iniciales y con el cual, machista al fin y al cabo, afianzaba, creo yo, un recóndito deseo de parecerse a Jorge Negrete o de que Jorge Negrete se pareciera a Escalona.

Pero sigue siendo grande.

El más grande de todos. El que resiste todos los análisis que se le quieran hacer a sus cantos y el que aguanta todas las críticas que haya que formularle a su persona.

El que soporta impasible el paso del tiempo y los embates de la gigantesca ola de nuevos compositores, porque está sereno y afianzado en la rotundidad de su magnífica obra musical y el que, en fin, o necesita hacer más nada de lo ya hecho para permanecer en la alta cumbre del vallenato, a donde solamente él ha llegado.

Por eso y por muchas otras razones que irán siendo evidentes al hojear este libro, a Escalona hay que tomarlo como es, sin pretender analizarlo únicamente dentro del contexto de lo que es: un compositor de vallenatos, tal vez el más grande que el Valle haya tenido, (para utilizar una frase que él mismo le adjudicó a un personaje de El Cesar). Para desmenuzarlo y comprenderlo hay que acercarse al ser humano con su carga de cualidades y defectos, de vicios y virtudes, de negaciones y gracias que florecieron y

se desarrollaron en un entorno propicio, pero sin separarlo del magistral hacedor de cantos, de crónicas musicales que, nacidas hace más de cuarenta años de su propia inspiración como una fuerza innata y arrolladora, pasaron, por sí mismas, a ser la parte más notable del inmenso acervo musical de la tierra vallenata.

Este es, ni más ni menos, y pese al tono quejumbroso de esta larga introducción un relato lo más fiel posible sobre el Escalona de carne y hueso y el Escalona de lirismo y sentimiento. El que está hecho de barro y el que está lleno de poesía. El de verdad y el de mentiras.

Rafael Escalona, el Hombre y el Mito...

Capítulo I

INFANCIA Y ADOLESCENCIA

*(Patillal y los amigos. Los Primeros Cantos.
La marca de las mujeres. El Loperena y Poncho Cotes...)*

Alguien que tiene por qué saberlo nos decía en alguna lejana ocasión, refiriéndose a Rafael Escalona, que no era simple casualidad el que éste hubiera llegado a ser un caso extraordinario dentro de la música vallenata; y agregaba, para satisfacer nuestra curiosidad ante sus palabras, que fue el amor propio, que en Escalona es profundo, el impulso definitivo para que naciera ese fenómeno de la música que, ignorando todo lo relativo a ella, había creado todo un estilo y cubierto una época completa dentro de la música folclórica colombiana.

“Cuando éramos niños allá en Patillal, nos decía nuestro informante, en la Escuela del señor Nicomedes Daza la vocación de Rafael era el dibujo. Dibujaba mucho y lo hacía bien. Atardeceres con arreboles, golondrinas volando, corazones heridos, rostros de los condiscípulos, figuras de Bolívar y Santander eran dibujadas por él y todos considerábamos que pintaba tan bien que le pedíamos ayuda en las tareas de ese género. Nadie sabía que tuviera capacidad de compositor. Pero un día tanto él como nosotros descubrimos que en eso de la pintura lo aventajaba sobradamente Jaime Molina y... como a Escalona nunca le ha gustado el papel de segundón, prudentemente guardó el pincel y tomó la lira. Una tarde en las vacaciones de diciembre, aproximadamente en 1943, el grupo de los amigos que nos habíamos vuelto a reunir en las

sábanas de Patillal escuchamos de su propia voz los versos de EL CARRO FORD:

*Como yo no tomo ron
como yo no tomo ron
quiero mi trago en moneda
pa comprarme un carro Ford
pa comprarme un carro Ford
que vuele en la carretera*

Hasta aquí la anécdota de Hernando Molina. Lo demás es la historia que se fue haciendo sola a medida que el muchacho de pantaloncitos cortos iba creciendo y enfrentándose a la necesidad de convertir en estrofas y ponerle música a sus sentimientos y experiencias primero, y después a los incidentes y sucesos que les ocurrieran a los demás.

Hay, sin embargo, un testimonio fehaciente que va mucho más allá del CARRO FORD y es el de Justa Matilde, la mayor de los hijos de don Clemente Escalona y doña Margarita Martínez y hermana predilecta de Rafael. Ella dice que las que recuerda como sus primeras composiciones fueron unos versos sueltos que él hizo por ahí a los doce años de edad (1939) durante la visita que en unas pascuas hicieron a Patillal dos distinguidos caballeros de Valledupar, don Casimiro Raúl Maestre y el doctor Ciro Pupo Martínez.

Era la costumbre que el 25 de diciembre, después de la misa de gallo las gentes vallenatas de alcurnia se desplazaran con sus familias, bien a la hacienda La Vega de don Tobías Gutiérrez, bien al pueblo de Patillal, donde matrimonios como los de don César Molina y doña Magdalena Maestre y don Lino Yaneth y doña Trinidad Hinojosa, habían convertido sus casas en la posada obligada de sus parientes vallenatos.

Una vez llegaban los primeros jinetes, seguidos de la recua de bestias donde habían acomodado los corotos necesarios para una estadía que generalmente se prolongaba hasta el 29 o el 30 del mismo mes, los anfitriones ordenaban alistar los colgaderos para las docenas de hamacas que se instalaban en los enormes aposentos de paredes encaladas, techo de palma y piso de barro pisado, y que se abrieran las camas de tijera, discretamente colocadas detrás de un tabique, para las parejas de esposos. En la cocina el revuelo era mayor porque, a más de los cinco o seis chivos (carneros) y las

gallinas que se mataban, había también que preparar una res entera, cuya carne, una vez destazada, era adobada y dejada tres días al sol y al sereno, tomando gusto y sazón para los tradicionales y ponderados sancochos de *carne salá*.

La mayoría de los visitantes tenían potreros y ganados en Patillal o sus alrededores y acostumbraban, el último día, devolver atenciones a los dueños de casa. Entonces, escogían una res de sus propias majadas y la mandaban matar. La mejor carne era para sus anfitriones y el resto para el pueblo. Don Casimiro Raúl siempre viajaba con su esposa doña Delfina Pavajeau y se hacían acompañar por Avelina, una muchacha criada por ellos que les servía en los oficios domésticos y que, por padecer una malformación en las caderas que le daba un aspecto disparejo y torcido era apodada "Avelina la quebrá". En Patillal, al servicio de don Lino Yaneth y su familia se encontraba un muchachón tímido, amanezado y silencioso, de nombre Cayetano, a quien todos conocían como *Caye* y del que se comentaba que era maricón. Y la gente de Patillal que se ha caracterizado por el humor burlón y las alusiones satíricas, resolvió inventar unos extraños amoríos entre *Caye* y Avelina, que eran la comidilla de todos cuando la última llegaba en diciembre al pueblo.

Saberlo Rafael y prestarse, con la irresponsabilidad y la gracia de su ingenio para decirlo con música, fue todo uno. El era apenas un adolescente pero ya, al igual que sus contemporáneos, había recorrido el sorprendente camino de los recursos apremiantes para la percepción directa y los conocimientos del sexo, que los muchachos en los pueblos de la Costa transitan desde muy temprano por propia intuición y por iniciativa propia, sin que ningún mayor se los enseñe. A "El Palacio", la finca de don Lino Yaneth, que quedaba detrás del cerro de las cabras, iba Escalona con sus amigos niños como él, a observar todas las formas eróticas que la naturaleza les iba despejando a través de la contemplación del sexo en los animales. Era apenas normal que, para la mente de él, los amores de *Caye* con Avelina tarde o temprano concluirían en lo mismo que ya él conocía. Y para hacer más jocoso el comentario de que en esa navidad Cayetano iba a proponerle matrimonio a "Avelina la quebrá". Escalona regó entre sus amigos unos versos que decían:

*Cuando Caye la pidió
doña Fina no convino
y él se la llevó pal cerro
al "palacio" de don Lino
Detrás del cerro pasaron
la luna de miel con abeja
Cayetano que se va...
y Avelina no lo deja*

En esos mismos días, regadas ya entre los muchachos del pueblo las eróticas estrofas que escandalizaron a los mayores sobre los extravagantes amores de una sirvienta malformada y un amanuense marica, se apresuró a hacerse perdonar con otras coplas en homenaje a don Casimiro Raúl, quien, antes de regresar a Valledupar mandó matar la novilla de nombre Media Luna que repartió entre todas las familias patillaleras:

*Don Casimiro Raúl
es un señor muy decente
que mató a la media luna
para darle a toa la gente*

Sin embargo, lo más sorprendente de su insólita inspiración infantil es el tiempo comprendido entre los años 1938, 1939 cuando, a pesar de la enorme diferencia de edades, vivió enamorado de Rosa Elvira, una hija de Juana Arias que le llevaba fácilmente diez años a los doce que él iba a cumplir entonces; cosa que para Escalona no representaba ningún inconveniente para andar detrás de la espléndida muchacha acosándola a piropos de grueso calibre, cuando la distancia o los testigos no le permitían pellizcarle las nalgas, agarrarle las piernas y hacerle toda clase de insinuaciones y gestos desesperadamente obscenos.

Una nohecita de noviembre, en los ardores de la adolescencia y bajo el apremio del deseo, se acostó en la sabana mirando hacia la casa del señor Sebastián Tián Daza que era donde vivía Rosa Elvira. De pronto la luna inmensa que iluminaba el caserío se fue ocultando detrás del Cerro de la Falda y el cielo de Patillal se oscureció.

Era señal segura de que el aguacero se vendría en cuestión de minutos y, por lo tanto, no sólo Rosa Elvira se iba a quedar dentro de su casa, sino que él mismo tendría que tomar el camino de la suya sin verla a ella siquiera de lejos. Y así fue. Con los primeros goterones —cuenta su hermana Justa Matilde— llegó corriendo a la casa y se sentó en una banqueta al pie de la mesa del comedor, y a la luz

de una lámpara de petróleo, en una hoja del cuaderno escribió unas estrofas que después siguió silbando y cantando bajito, mientras se mecía acostado en su hamaca:

*Las estrellas no iluminan
porque tienen nubarrón
dáte cuenta Rosa Elvira
de este pobre corazón.*

*Las estrellas no iluminan
porque el cielo está nublado
si supieras Rosa Elvira
lo que a mí me está pasando.*

Y es partir de este momento crucial de su adolescencia cuando la vida de Rafael Escalona Martínez y la que años después sería su obra musical, comienzan a ser marcadas por la que va a ser, para siempre, la gran determinante y la influencia definitiva en todo cuanto haga, diga, piense, desee y produzca: la mujer.

La mujer en sí misma y en todas sus formas, modelos y situaciones. Como meta o como medio, principio y fin de todo su universo. La mujer como madre o como hermana, o esposa, o querida, o amante circunstancial o simplemente como amiga y causa de un placer estético; la mujer angustia y desvelo de sus amigos del alma o la mujer-niña que el mismo engendró y a la que el primer regalo que le hace es un canto vallenato... Ahí está, latente en toda su obra, la presencia femenina, bien como causa de sus afectos, bien como víctima de sus desprecios y reclamos.

Desde las primeras precoces estrofas que le inspiró una Rosa Elvira que bien podía ser su hermana mayor, pasando por EL CAZADOR, LAS LENGUAS SANJUANERAS, CARMEN GOMEZ, EL CHEVROLITO, EL COPETE, EL BACHILLER, EL TRAJECITO, SALVADORA, LA VIEJA SARA, EL TESTAMENTO, LA MOLINERA, LA CRECIENTE DEL CESAR, ESPERANZA, EL REGALITO, LA PLATEÑA de los prolíficos años cuarenta; sin olvidar EL MEDALLON, HONDA HERIDA, MALA SUERTE, EL MEJORAL, EL GAVILAN RASTRERO, LA HISTORIA, LAS DOS HERMANAS, LA GOLONDRINA, EL GENERAL DANGOND, JUANA ARIAS, EL HOMBRE CASADO, EL POBRE JUAN; contando también, claro, ADA LUZ y MARIPOSA URUMITERA, EL

COMPADRE TOMAS, y EL MANANTIAL que hizo brotar para que se bañara únicamente su hija Rosamaría. Además de LOS CELOS DE LA MAYE, EL DESTIERRO DE SIMON, ESPERANZA DE TAXADER, NAVIDAD, LA BRASILERA, LA RESENTIDA, LA MONA DEL CAÑAGUATE, EL PIRATA DEL LOPERENA, EL MATRIMONIO DE COLACHO, MARIA TERE, DINA LUZ, su actual compañera a la que también le ha dedicado ARCO IRIS y LA ESTRELLA DE PATILLAL; hasta LA ULTIMA AVENTURA que es como él ve el matrimonio de Alfonso de la Espriella, y CONSUELO que no tiene nada que ver con quien esto escribe, de mujeres y mujeres se ha nutrido la inspiración del cantor.

Pero esta debilidad y afición por el sexo opuesto no la recoge Escalona del suelo. Antes bien, le viene de casta. Nacido el 27 de mayo de 1927 en el hogar de don Clemente Escalona Labarcés y doña Margarita Martínez Celedón, Rafael y sus siete hermanos debieron crecer lo suficiente para que ante ellos se pronunciara la palabra viudez que entonces tenía connotaciones misteriosas; y para que les explicaran que antes de llegar de Ciénaga a Valledupar el apuesto coronel de la guerra de los Mil Días que era su padre, había estado casado con doña Sixta Tulia Bravo, dama cienaguera que ya había fallecido. Era, pues, un reincidente en el sacramento cuando desposó a Margarita Martínez, mujer de extraordinaria belleza y porte de reina a la que todos cariñosamente llamaban *Aló* y por la que el recién llegado oficial del Viejo Magdalena Grande perdió el seso tan pronto pisó tierras vallenatas y fue, un día cualquiera, a conocer a Patillal.

A la familia de *Aló* no le llamaba mucho la atención este pretendiente de gesto adusto y modales parsimoniosos que más parecía un daguerrotipo de enciclopedia que un ser de carne y hueso; pero el Coronel Escalona empeñó todos los esfuerzos y la tenacidad propia de los buenos combatientes y acabó conquistando a la esplendorosa Margarita Martínez con quien se desposó en la penumbra de la madrugada el 4 de enero de 1913 en la iglesita de Patillal. Justa Matilde, Nelson, Abigaíl, Clemente, Magola, Rafael Calixto, Jorge y Blanca nacieron, en ese mismo orden, en Patillal y allá permanecieron hasta la adolescencia de los mayores; pero a partir de 1935 comenzaron a trasladarse a Valledupar en busca de colegios para hacer la secundaria. Fue aquí donde se enteraron de que por los lados de Ciénaga tenían un hermano medio, hijo del primer matrimonio de su papá, de nombre Julio Escalona.

Por el lado de la familia materna, el abuelo Sebastián Martínez y sus tíos Nelson y Beltrán, no fueron precisamente modelos de castidad ni de fidelidad a una sola mujer. Y si de sus hermanos se trata, Nelson, más conocido como **Papá Necho**, y Clemente, al que le dicen **Pachín** tampoco han sido ningunos angelitos en asuntos de amores y de mujeres. Así pues que no hay que cargarle la mano al solo Escalona, quien, por lo demás, se defiende muy bien de las acechanzas de su afición con la fórmula de un Mejoral musical que se inventó para no sucumbir del todo ante ellas:

*en asuntos de mujeres
tengo una ley muy bien aprendida
yo quiero a la que me quiere
y olvido a la que me olvida*

Si a todo esto que es congénito se agrega la influencia de un ambiente eminentemente machista, en el que secularmente se consideró que el hombre sólo demostraba su hombría con el uso y el abuso de la hembra, es fácil entender que Escalona, por ser Escalona, no iba a ser diferente a los demás. Al contrario. Su misma condición de romántico narrador de las cosas y de los personajes de su tierra le colocó como un privilegiado ante quien difícilmente se resistió ninguna mujer.

Hoy, la relación de su vida sentimental, formada por un tropel de sentimientos memorables, llenaría ella sola, un tomo de muchas páginas, si se contara aventura por aventura y suceso tras suceso. Empero, bastante exhausta ahora su capacidad de tenorio, y amansado por los años sus ímpetus de otras épocas, hay que reconocer que el amor más noble y grande se lo prodigó La Maye, la novia de los años 45 y madre de sus hijos Adaluz, Rosamaria, Rafael Clemente, Margarita, Juan José y Perla Marina; aunque ahora, en el apaciguamiento otoñal, Dina Luz, la muchacha villanuevera cuyo recuerdo casi lo enloquece *allá en Leticia, allá en la frontera*, sea realmente la golondrina que le saca las espinas que le han enterrado la fama y la gloria.

Su proverbial afición a las mujeres le ha ocasionado situaciones insólitas en las que, contra su voluntad, se ha visto envuelto. Una de ellas es el hecho de que si bien él no ha escatimado oportunidad para la conquista, veces hubo en que no tuvo más remedio que aceptar la inversión de papeles, ceder ante el asedio y acabar

conquistado por alguna audaz desesperada atraída por su fama de amante espléndido. En casos así ha sido discreto, pero desordenado. Por eso los bolsillos de sus camisas fueron durante un tiempo el archivo en el cual se encontraban fácilmente dos o más cartas perfumadas de distinguidas damas del alto mundo social bogotano, que entre reclamos, quejas, lamentaciones, promesas, requiebros y pétalos secos, aspiraron todas a convertirse en la musa secreta, capaz de hacerle producir algo tan grande como EL TESTAMENTO, HONDA HERIDA o LA HISTORIA, o alguno de esos hermosos paseos que él en su época de oro le compuso a *La Maye* o las muchas otras que antecedieron, siguieron o compitieron con *La Maye*.

Infortunadamente para esas enamoradas y afortunadamente para el folclor musical vallenato, las motivaciones de Escalona, igual que las de los grandes compositores de este género, no se suscitan por medio de misivas apasionadas enviadas por la aspirante de turno. No. En la música vallenata, y de manera especial en la música de Escalona, el canto surge espontáneo, fresco y directo, movido solo por su propia dinámica interior. Y para que esa dinámica se ponga en movimiento no se requiere la tenencia de un amor de lentejuelas, de salones elegantísimos, con damas de cartas perfumadas; casi me atrevería a decir que no sólo no se requiere, sino que todo eso: el oropel y las fanfarrias que preceden el paso de estas señoras, son obstáculo para que nazca la obra musical de hondo contenido y expresión. De allí que las protagonistas de sus más célebres composiciones no han sido jamás las estrellas refulgentes de la farándula y de la alta sociedad del país, sino muchachas simples y sencillas, mujeres de provincia, de costumbres sanas y ennoblecidas por sus valores espirituales, de rostros hermosos y corazones limpios, a las que cantó sorprendido y emocionado cuando las encontró a su paso. Ahí están, como ejemplo, las estrofas impecables con que saludó a los foncequeros cuando descubrió a CARMEN GOMEZ o los versos perfectos de LA VIEJA SARA.

Y es en estas mujeres, hermosas como Carmen Gómez, y buenas y serviciales como la Vieja Sara, y dignas y esquivas como la Molinera, o desabrochadas pero leales como Juana Arias, y dulces y tolerantes como *la Maye*, o prolongación de su propia ternura como Adaluz y Rosamaría... en las que Escalona encontró siempre, sin estarlo buscando, la forma justa para convertir en música su encuentro con ellas.

Y a Dios gracias así fue y así ha sido, que de otro modo —como el modo con que ahora fabrican vallenatos— su obra no tendría la magnificencia que tiene y que sólo se la han dado la espontaneidad y la sencillez.

Los amigos de la infancia, a cuyo lado aprendió a caminar y con los cuales compartió bancos y palmetas en la escuela del señor Nicomedes, en Patillal, y con quienes en la adolescencia descubrió el mundo en las extensas sabanas y detrás de los cerros, ni lo creyeron ni lo miraron, ni lo tuvieron nunca como genio. Para la bulliciosa barra de muchachos, emparentados todos entre sí, que debajo de los higuitos de la sabana patillalera en las noches de luna esplendente o a la sombra de los peregrinos que bordean la Malena, fueron construyendo el mundo maravilloso de la infancia y la adolescencia, Rafael, aparte su innata tendencia a la tramoya y a la polémica, no era mas que un soñador pendejo que se la pasaba escribiendo versitos y silbando unas músicas que él mismo se inventaba, así como Hernandito Molina era el gran trompeador que fácilmente ponía a dormir a aquel a quien le cayera uno de sus formidables puños; o Jaime Molina, el introvertido pero mordaz ponedor de sebo, que de cuanta cosa ocurría en el salón de clases o en el pueblo pintaba un cuadro para ridiculizar la situación y a sus protagonistas.

Ninguno de los tres vislumbraban horizontes distintos a los de Patillal. El pequeño caserío, donde tuvo su asiento una de las clases sociales más distinguidas y probas de la vieja Provincia de Valledupar y Padilla, era el universo desmesurado y libérrimo de estos muchachos que suplían con ingenio cualquier cosa que les hiciera falta para redondear la felicidad. En las noches de diciembre, cuando la luna se desparramaba sobre las sabanas y su luz era tan intensa que a la gente mayor —empedernidos lectores de novelas— les permitía continuar la lectura de las obras de Vargas Vila y de D'Annunzio, que en Patillal tenían tanta acogida que se convirtieron casi en credo filosófico, los compañeros de Escalona, tirados sobre la sabana, se reunían a echar cuentos y a cantar. Formaban tríos o cuartetos en los cuales cualquiera tocaba la dulzaina, alguno aportaba una lata vieja que hacía las veces de tambor, el otro una botella vacía a la que le sacaban ritmo golpeándola con un tenedor o un palito, y algún otro, generalmente Hernandito Molina o Juan Manuel Martínez o Arturo Molina,

que tenían buenas voces, cantaban los vallenatos que, mucho antes que ellos nacieran, habían creado los precursores de este género, o los más recientes, compuestos por don Tobías Enrique Pumarejo.

Por eso hoy, en la búsqueda del testimonio a través del recuerdo, los que aún viven coincidieron en hablar de esa época como la más feliz de sus vidas y en señalar la tristeza infinita y el gimoteo interminable con que todos fueron empacando la ropa y las guaireñas, recogiendo los trompos y enrollando las pitas, escondiendo en las alforjas los chopos de madera y las hondas de cruceto y tiras de caucho que constituían la batería de juguetes que ellos mismos fabricaban para sus diversiones infantiles, cuando llegó la hora de montar en la caravana que partía para Valledupar en busca de colegios “para que no se queden brutos”...

José María “**Chema**” Maestre, Juan Manuel Martínez, Arturo Molina, Juan Pavajeau, Ramón “**Monche**” Sarmiento, Jaime Molina, Jaime y Alfredo Araújo Noguera, Hernando Molina, Raúl y Robertico Hinojosa, Rafael Hinojosa, Nicolás Guerra, Julio Gregorio Daza, Sebastián Celedón, José Tomás Peralta, Armando “**El Yío**” Pavajeau, Julio Martínez, Juancho Yanet... unos mayorcitos, otros menores y otros de su misma edad, eran con Escalona los más amigos y a los que más duro les dio la disolución del grupo. A la mayoría de ellos sus padres se los trajeron para Valledupar, a otros los mandaron para San Juan o Villanueva y a Hernandito Molina lo exportaron de una para Santa Marta al Colegio del señor Núñez. Unos cuantos más, por circunstancias familiares, se quedaron para siempre en Patillal, de donde sólo salieron convertidos en personajes de los cantos del compañero que, décadas más tarde, se convertiría en el hito más grande e importante de la música vallenata. Tal el caso de **Chema** Maestre y de **Colás** Guerra que, desde los ignotos confines de la Malena, brincaron a la fama; el primero, como destinatario de aquel recado musical que a él y a Arturo Molina les hacía saber que Escalona se iba para la Guajira porque aquí tenía muy mala suerte; y el segundo, como consecuencia de la celosa vigilancia que el compositor le encargó ejercer con su pistola 45 en la puerta de la iglesia de Badillo, a fin de no permitir la entrada “de ninguno que tenga sotana”, más la orden perentoria de que “al terminar la misa se pusiera a requisar del cura pa bajo”.

Así, entre lágrimas, ansiedades y un mordisqueante sentimiento que ninguno estaba en capacidad de identificar como nostalgia,

se separaron. Pero no era sino que comenzara el veranillo de San Juan en junio, cuando los caminos del monte se llenan con el aroma de los arañagatos en flor o que llegaran las brisas de diciembre en épocas de vacaciones, para que todos, mayores y menores, corrieran a empacar de nuevo sus cosas y a enrumbarse para Patillal donde la alegría del reencuentro compensaba los duros meses de los colegios extraños. En una de esas vacaciones y en el viajeteo permanente del pueblo a la Malena y de la Malena al pueblo, le quedó un brazo roto a Escalona como consecuencia del pencazo que Juan Manuel Martínez le propinó al burro donde, todo melindroso, habían encaramado al futuro maestro del vallenato y, como resultado también, claro, de la inutilidad que éste demostró en el manejo del arisco animal.

Hoy, separados por la vida pero unidos por la compinchería del recuerdo, sobreviven Escalona y nueve de los veinte que formaban la barra. Algunos de los que murieron quedaron perpetuados en los cantos del compositor amigo. Pero entre todos, vivos y muertos, fue Jaime, especialmente Jaime Molina, el que mereció más grande afecto y una total dilección por parte de Escalona. Jaime era tímido, introvertido y talentoso, pero también autárquico. Maestro de la ironía y la mordacidad, poseía así mismo una inagotable capacidad sentimental y una finura de espíritu que se desbordaban torrentosas cuando le tocaban la fibra particular de su cariño y devoción por “el piazco del Rafael ese que ahora se cree Beethoven”, tal como solía decir en deliberado reproche que provocaba la risa de los demás y del propio Escalona en primer lugar.

Entre alusiones satíricas y acusaciones mutuas de pedantería y de lo que en nuestro léxico se llama **ajumamiento** o **cumbería** para designar la enfermedad de la vanidad, Escalona y Jaime Molina afianzaron su afecto y fortalecieron la amistad. La certidumbre de una mutua admiración y una lealtad recíproca los ligó permanentemente aunque siempre anduvieron cada uno en lo suyo: Jaime, atrapando con su pincel crítico las deformaciones y errores de una comunidad a la que nunca le perdonó el arribismo y de la que siempre se burló con lúcida ironía, y Escalona volviendo música las cosas gratas y buenas que en esa misma comunidad se daban.

Así, a pesar de ser tan distintos, se fueron haciendo inseparables: Escalona andariego, mujeriego incorregible, parrandero impenitente, locuaz, sociable, buen vividor y constantemente “detrás de un pollerín, lúzcalo quien lo luciere” al decir de Jaime; y Jaime,

hogareño, reservado, monógamo, ensimismado en sus lienzos y pinceles y ocasionalmente bohemio cuando el cumplimiento riguroso de los compromisos impuestos por la vocación de pintar, le permitían, entonces sí, dedicarse unos días o una semana entera a esas parrandas formidables de varias guitarras y muchos amaneceres, cuando la pesadumbre de su genialidad pictórica se desplegaba en recursos de lirismo que, al filo de las madrugadas, retumbaban por el ámbito de las calles vallenatas donde, bajo cualquier dintel, comenzaba a recitar poemas que las más de las veces ni Escalona ni sus otros contertulios conocían siquiera.

Esa amistad sin resquebrajaduras ni dobleces, pese a la diferencia de criterios, los mantuvo unidos siempre. Aunque —y esto hay que decirlo por que revela un rasgo muy propio de la generosidad de Escalona— siempre era éste el que tenía que subir los peldaños de la vieja y empinada escalera de madera de la casa de don Camilo Molina y doña Victoria Maestre para ir en busca del amigo que se encaramaba en el segundo piso enconchado dentro de sí, a contemplar con desdén y a pintar con furia a Valledupar y a sus gentes.

Escalona mismo, en pocas palabras, especifica de manera irrefutable el grado de su afecto por cada uno de los amigos y la magnitud de su sentimiento por Jaime:

“Mis amigos, por encima de todo, han sido eso mismo: mis amigos. Cada uno ha sido como es y me ha querido como yo soy”.

Juan Manuel Martínez y Turo Molina eran primos entre sí. Turo era el rey de la dulzaina y luego se convirtió en un gran guitarrista. Sin él no podíamos hacer nuestras reuniones musicales en la sabana de Patillal. Nel, era grande de tamaño y de corazón. Cantaba bonito y tocaba guitarra muy bien. Siempre estaba sonriente y fue cordial. Ambos tenían buen oído, eran alegres y llenos de música. Murieron en forma lamentable y de un modo que ninguno de los dos se merecían: Nel, con un tiro en el corazón y Turo consumido por el fuego. Yo los recuerdo en mis cantos...

Hernando Molina a quien le decimos Hernandito y ahora yo le digo compadre porque es el padrino de Ada Luz, es la persona más noble que hay en el mundo. Somos amigos desde niños y lo hemos seguido siendo en las buenas y en las malas, en sus circunstancias y en las mías. Cuando parrandeábamos en los años del 57 al 77, lo pusimos **el violento** porque se la pasaba recitando un poema que dice: *yo no soy un hombre, soy un cosmos/ soy el barón de Manhattan/ violento, carnívoro y sensual/ que come, bebe y procrea/*. No-

sotros soltábamos las carcajadas cuando lo oíamos y por eso lo pusimos **el violento**. Es como un hermano para mí. El llevó mis cantos a Bogotá por primera vez y de allá vino cargado con una tropa de cachacos que se vallenatizaron en su casa.

Raúl y Robertico Hinojosa, son mis primos hermanos. Raúl era caviloso. Pero nos endulzaba la vida con las panelas que le robaba a mi tía Genoveva, su mamá. Hacíamos banquetes en la Malena, el río subterráneo de Patillal, al que hay que cavarle cacimbas para que aparezca el agua. Después de la comilona seguíamos jugando trompos y peliando.

Robertico murió. Raúl se fue a rodar mundo por la tierra de los cachacos vallunos y allá se casó con una gran dama.

Rafael Hinojosa mi tocayo, es el hijo de la vieja Isabelita, la comadre de mi mamá, la misma que me escondía bajo sus pollerines cuando me iban a pegar. De Rafa hace años que no sé. Peleábamos mucho pero nos queríamos bastante. Era honrado y bueno.

Nicolás Guerra: El de la custodia, el de la 45... Es un caso especial para mí. Describirlo y relatar nuestra amistad me llevaría mucho tiempo. El me enseñó cuando era niño a ser malo y a ser bueno, como son todos los niños del mundo. Pero en "El Viejo Pedro" hablaré más extensamente de él. El viejo Pedro era su papá.

Julio Gregorio Daza, siempre iba conmigo a bañarse a la Malena y a coger peregüetanos a las orillas. Julio se quedó chiquito hasta grande. Dicen que lo único que le creció fue la cabeza, por lo inteligente. Es la sanidad popular hecha persona. Todo el mundo lo quiere y yo también.

Sebastián Celedón: Desde niño, algunos lo entendían y otros no. Yo estaba entre los primeros. Hoy todavía nos entendemos muy bien y él es atentísimo conmigo, aunque no lo sea con los demás.

Julio Martínez desde chirriquitico fue burlón y a todo el mundo le ponía apodo y le mamaba gallo. A veces peleábamos y yo lo cocoteaba duro, pero otras veces no porque era de los menorcitos —un poco, no mucho— y no me gustaba pegarle a los que no tuvieran mi edad. Fue de los que primero bebió allá en Patillal y sigue en lo fino dándole a las cervezas y al trago y esto es lo que más me gusta de él. Que es parrandero. De los buenos.

Chema Maestre era de los mayores en el grupo pero no se destacó por la edad sino por ser un muchacho sensitivo y romántico. Callado, observador, muy inteligente, le gustaba y todavía le gusta la poesía. Tanta ha sido su afición por las cosas

espirituales que, a pesar de haber trabajado tanto, no tiene más capital que su gran corazón y su sentimentalismo a flor de piel.

Juan y Armando Pavajeau: Eran hermanos, y a pesar de venir del mismo padre y de la misma madre, son o fueron muy diferentes entre sí. Juan fue todo señorío, distinción, espiritualidad... Aunque, como buen descendiente de la estirpe Molina, manejó un gran sentido del humor, fue desde niño un hombre serio. Correcto. Honrado hasta la médula y modelo entre los hombres de bien de nuestra comunidad. Tuvo también una muerte trágica, y ahora que lo pienso, veo que de los amigos de este grupo que ya se fueron definitivamente, casi todos desaparecieron trágicamente. No sé qué sino o que suerte los haya marcado, pero la verdad es que también Juancho Pavajeau murió de una muerte que no merecía.

A Armando nadie lo conoce como Armando. Si en el Valle preguntan por don Armando Pavajeau nadie dará razón. Pero si decimos "**El Yío Pavajeau**" todo el mundo sabe enseguida de quién se trata. **El Yío** y **Poncho** Castro fueron precursores de la introducción del vallenato en los ambientes estirados de la sociedad provinciana hace más de 30 años. **El Yío** "descubrió" a **Colacho** Mendoza y lo cargaba pa arriba y pa abajo de día y de noche. Casi le daña el noviazgo con Marina, su esposa, que ahora es la colachista número 1. Juancho y **el Yío** junto conmigo y los otros, formaban parte del grupo aquel que cantaba y tocaba dulzaina en las sabanas patillaleras, y luego se vino para Valledupar a buscar nuevos horizontes. Son hijos del viejo Robe, don Roberto Pavajeau, un ilustre patriarca dueño del perro "el Mayor Blanco".

Jaime y Alfredo Araújo Noguera, es otra pareja que, como los Pavajeau, a pesar de ser hermanitos de padre y madre son bien diferentes. Distintísimos en todo. Jaime, desde pelao mostró el carácter recio y ese talento especial que lo ha acompañado toda la vida. Era inquieto, enérgico, líder en el grupo de los más grandecitos y se fajaba con el que fuera. Se ha pasado la vida riéndose de todo el mundo y de él mismo. Excelente amigo y persona en la que uno sabe que puede confiar ciegamente cuando es amigo; cuando no... mejor es tenerlo de lejitos. El no tiene oído musical. Es como yo, pero yo hago cantos y él no los hace. Sé que me quiere y yo también lo quiero y lo respeto. Pero tenemos algo que nos une, ambos queremos mucho a las mujeres...

Alfredo no se parece en nada a su hermano mayor. Siempre, desde niño, se perfiló como un ser especial: discreto, reservado, con un sentido del orden y la organización que, dicen las malas lenguas, es casi manía. Fue de los que sobresalieron dentro del grupo con una gran sensibilidad para la música, la poesía, la literatura y tantas cosas espirituales que enriquecen su vida y la de sus amigos. También, claro, le han gustado las mujeres. Mucho. ¿Y a quién no? Pero, por encima de sus muchas cualidades, Alfredo es un señor con todas las letras y todos coincidimos en decir que es el mejor amigo del mundo. Ahora vive regañándose —es otra de sus manías— por todo lo que yo hago y dejo de hacer. Y a él no hay quien lo regañe. Pero cuando nos encontramos en el Valle nos decimos unas cuantas verdades y acabamos abrazados oyendo música vallenata o boleros, que tanto le gustan a él.

Monche Sarmiento: Era el que nos alegraba las reuniones con sus dichos, sus anécdotas reales o inventadas; el que siempre tenía la palabra precisa para designar las cosas. Don Ramón, le decíamos después de grandes, fue un chistoso de tiempo completo que hasta último momento nos hizo reír. Sus apuntes de humor son famosos y dejó muy gratos recuerdos entre todos nosotros. A él lo mató el corazón...

Pero **Jaime Molina** siempre fue Jaime. Era muy delicado física y espiritualmente. Dibujaba mucho mejor que yo pero eso a mí me complacía y, más tarde cuando ya fuimos hombres, me llenó de orgullo. Sentados en las piedras de las sabanas, formábamos grandes parrandas sin trago. El tambor era una lata vacía de manteca y la melodía la sacábamos de una dulzaina que en Patillal todos los muchachos sabían tocar...

Después, los años y la vida se encargaron de lo otro. De las otras cosas. Dejamos de ser muchachos y vivíamos en Valledupar siempre juntos; inseparables, en su casa o en las mías. Y un día... cometió conmigo el único acto de deslealtad: se le dio por morir.

Es el amigo que más dolor y lágrimas me ha costado...

Tengo muchos otros amigos de la infancia: Juancho Yanet, Nelson Peralta, Julio Raúl... algunos mayores otros menores que yo, pero Patillal era una sola comunidad donde, desde luego, para los niños no existían clases sociales ni la edad importaba. Jugábamos juntos. Cada cual elegía a sus compañeros. Yo tenía los míos, pero a veces jugaba también con mis hermanos mayores Nelson y **Pachín** y con los amigos de ellos, que eran más grandes que yo pero que me aceptaban en sus juegos porque yo les caía en gracia.

Hay también otros amigos de estirpe patillalera que no fueron de los que jugaron conmigo en la niñez puesto que son menores que yo. Un poco, no mucho. Uno de ellos, quizás el más importante para mí, es Darío Pavajeau Molina. Darío es la dignidad de toda una generación. Dicen que es godo, pero yo creo que es la persona más liberal que hay. Noble, generoso, honrado en todo sentido, digno heredero de sus padres. Darío ha descollado en la Provincia como un ciudadano limpio de pecados y lleno de bondades. Me encanta parrandear con él, pero tenemos un problema: a él le gustan los gallos, le encanta una gallera y a mí no. Pero, gallos aparte, parrandeamos bastante y nos queremos más...”

El escudriñamiento minucioso de su extensa e intensa producción musical, desde las primeras composiciones que hizo —tomando como tales los versos que le sacó a Rosa Elvira y los que les hizo a **Caye** y a Avelina, o los de la novilla “Medialuna” de don Casimiro, y algunos otros que sólo registra su memoria en períodos de profunda evocación— permiten hoy seguir fácilmente no sólo el curso de su propia vida sino también de buena parte de la historia de la provincia y sus gentes.

Desde los contornos de la Sierra Nevada, incluida por primera vez en la lírica vallenata precisamente en el primer paseo que él compuso (EL PROFE CASTAÑEDA), pasando por Atánquez, Patillal, La Paz, San Diego, Manaure, Codazzi, Becerril, San Juan, Villanueva, Urumita, El Molino, La Junta, Barrancas, Fonseca, Riohacha, regresando de nuevo al Valle y subiendo por Valencia, Aguas Blancas, Mariangola, Caracolí, Camperucho, Caracolicito, Fundación, La Zona Bananera, hasta llegar de tarde a Santa Marta, no hay prácticamente lugar, sitio, vereda, caserío o pueblo en la geografía de la parte baja del viejo departamento del Magdalena que no haya sido escenario, testigo o motivo de algún suceso cantado por Escalona. Cualquiera de sus cantos, tomado al azar, es una estación dentro del largo itinerario vivencia que recorrió su inspiración prodigiosa.

Y para los estudiosos del tema o para los simples profanos, basta adentrarse en las estrofas de sus paseos, merengues y sonos —que puyas nunca ha compuesto— e irse caminando por ellas, para reconstruir su existencia y la nuestra y para entender y amar el inmenso aporte que él le ha dado a la música vallenata hasta

convertirla en carta de identificación espiritual de toda una región.

Esos años de la infancia en Patillal en unión de los amigos ya citados, con quienes anduvo suelto de madrina, sin frenos ni cortapisas, y en cuya compañía aprendió las primeras letras, fueron la base de su carácter y del ingenio con que más tarde se enfrentó a otra forma de vida y a otra clase de gente en un pueblo más grande, donde la competencia era más dura. Por eso, cuando en marzo de 1936 faltándole apenas dos meses para cumplir los 9 años de edad su hermana Justa Matilde, recién casada, se lo trajo para Valledupar formando parte de aquella especie de éxodo que los patillaleros emprendieron hacia la ciudad en busca de colegio para los hijos, Rafael fue uno de los que asimilaron rápidamente el cambio y de los que menos sufrieron con él. Los amigos y condiscípulos lo recuerdan como un agalludo de tiempo completo; discutidor, entrón, que no se dejaba de nadie, y que con el recursivo ingenio de su palabrerío se llevaba por delante a los de su propio curso, a los de los cursos inferiores, y superiores y en veces hasta a los mismos maestros.

“Siempre andaba en plan de cambalache de algo con alguien —cuenta uno de ellos—. Tenía la costumbre de llegar diariamente a la escuela con algún objeto nuevo o raro en las manos: lápices de colores que no pintaban, reglas de madera que de un lado tenían incrustada una delgada lámina metálica, pero que del otro estaban convertidas en un verdadero serrucho; sacapuntas estrambóticos que no sacaban puntas; boliches que eran sólo la mitad de uno; compases, escuadras o cualquier otro utensilio geométrico que ni él ni ninguno de nosotros sabíamos para qué servían; tapas gigantescas de corcho que uno no alcanzaba a imaginar de dónde habría podido sacarlas... Y en fin, las cosas más raras que veíamos en la escuela en todo tiempo, salían de los bolsillos de los pantalones de Escalona. El vivía “negociando” todo eso con todo el mundo bajo un sistema muy particular que se inventó y que le permitió siempre adquirir lo que la otra persona daba a cambio, sin desprenderse él de lo que él mismo estaba ofreciendo”.

“Así llegó a ser dueño de casi todos los lápices de colores del mundo que sí pintaban, de cuchillas, navajitas, sacapuntas que sí servían, boliches enteros, rollos interminables de pitas para los trompos, trompos, hondas y más hondas y hasta cien hondas, que guardaba meticulosamente envueltas en papel celofán en una

gaveta del aparador de su casa; láminas y estampitas de santos y de no santos. Que de todo esto él siempre tenía una provisión increíble que nos dejaba a todos los demás muchachos con la boca abierta y verdes de la envidia. Pero era por poco tiempo. Cualquiera día Escalona repartía todo eso entre los amigos en una demostración de lo que más tarde iba a ser una de sus características más acentuadas: la generosidad, la inagotable capacidad de dar lo propio y lo ajeno a quien lo esté necesitando”.

En febrero de 1937 sin haber cumplido los 10 años, Escalona, con el heterogéneo grupo de amigos patillaleros, entró a estudiar a la escuela pública de varones que dirigían don Vicente Chica y don Luis Mojica y que funcionaba en una hermosa casona colonial de la Plaza Alfonso López, donde ahora un horrible edificio “moderno” sirve de sede a la Alcaldía. Pero las cosas y las clases en esta nueva etapa resultaron mucho más severas para todos esos muchachos silvestres, venidos a lomo de mula desde el entrañable caserío, y a todos se les exigió algo más que escribir patojamente y leer cancanéando. A él lo pusieron a hacer primero de primaria y sólo aguantó —o aguantaron sus maestros— hasta finales de 1938 cuando terminó el segundo año. Académicamente era un alumno más bueno que malo, que unas veces en materias como dibujo y catecismo sacaba 5; pero llegó el momento en que ni el severo Vicente Chica ni el irascible Lucho Mojica pudieron soportar más el olor de orines rancios al pie del tinajero, la cría de chicharras dentro de las gavetas de sus escritorios, ni los frecuentes hallazgos de guaireñas viejas, trompos esquiñados, pedazos de papel secante, pepas de mangos, tinteros vacíos y un delirante muestrario de toda clase de objetos inservibles, que enganchados como pescados muertos en los dientes triangulares del cucharón de hojalata, salían a mañana y tarde de las tinajas destinadas al agua de los profesores. La decisión de éstos de no recibirlos “más nunca” en la escuela fue inexorable. Y tomada la misma, en medio del susto de los afectados, no tardó en saberse en todas partes que el Yío Pavajeau, Alfredo Araújo, Raúl Bermúdez y, obviamente, Rafael Escalona, eran los autores de “tamaño atentado contra la urbanidad y, sobre todo —exclamaba Lucho Mojica con los ojos en blanco y el rostro hacia el cielo— contra nuestra salud, contra nuestra salud. ¡Cómo le parece!”.

La botada general de la escuela pública, que afortunadamente ocurrió a fin de año, los lleva a un colegio privado para menores

que acaba de fundar en la ciudad el profesor Lorenzo **Lencho Celedón** y es allí donde Escalona concluye la etapa de la primaria en 1941 a la edad de 14 años; cosa que en esos tiempos no era nada del otro mundo si se tiene en cuenta que a un muchacho de 9 años apenas estaban empezando a enseñarle el abecedario o, cuando mucho, los fonemas clásicos para deletrear palabras en la cartilla Charry. Lo normal, pues, eran los bachilleres de 20 años en adelante, y profesionales, cuando los había, de casi 30.

Pero terminada la primaria, el problema recomenzó.

Para esas fechas (1937 - 1940) Valledupar estaba muy lejos de ser un centro educativo como sí lo era Santa Marta, cuyo renombrado Liceo Celedón hacía tiempos que estaba considerado como uno de los más prestigiosos planteles de la Costa Atlántica. Pero no todos los padres de familia vallenatos estaban en condiciones de hacer el gasto que implicaba la alistada y el consiguiente matalotaje de uno o dos hijos que fueran a estudiar internos en el Liceo.

No obstante, si bien era cierto que la ciudad carecía de instituciones y adelantos que sólo se encontraban en la capital del departamento, también lo era que un hecho histórico entrelazado con una circunstancia eminentemente sentimental había empezado, años atrás, a cambiar el rumbo a los destinos de Valledupar. En el año de 1934 asumió la presidencia de la República el doctor Alfonso López Pumarejo, cuya madre, Rosario Pumarejo Cotes era oriunda de esta ciudad, donde su familia ocupó puesto destacadísimo en la sociedad. El recuerdo de la madre, muerta cuando él era aún muy niño, mantuvo vivo el afecto y prolongó el interés que el joven y descollante político sentía por la región de la antigua provincia donde estaban enterradas sus raíces maternas; y donde la familia Pumarejo, con el respaldo de títulos concedidos por la Corona Española, ejercía dominio sobre un globo de tierras de grandes extensiones conocido siempre con el nombre de **El Diluvio**. En 1935, a sus inmediatos colaboradores en la presidencia de la República debió parecerles algo insólito, pero muy propio de su temperamento impredecible, ese viaje que López Pumarejo armó hacia la Guajira, en el remoto departamento del Magdalena, con el único fin —les dijo— de visitar a su compadre, pariente y entrañable amigo Luis Cotes Gómez, gran patricio liberal, casado con una auténtica cacica de nombre Lucila, perteneciente a la casta de los Iguarán, con la que vivía en un

remotísimo paraje de la Guajira adentro, conocido con el nombre de la Majayura.

Pues López Pumarejo había decidido viajar y en marzo de ese año viajó, acompañado de tres de sus ministros. Aterrizó en Santa Marta y de ahí arrancó por los serpenteantes caminos que hacían las veces de carretera; llegó a un punto llamado Santa Rosa, siguió a Fundación, se remontó a Riohacha y, en medio de densas polvaredas, atravesó el desierto en una vieja camioneta de la oficina de Carreteras Nacionales de Riohacha, conducida por el ingeniero jefe de la misma, Emilio Atehortúa, quien lo depositó feliz en la ranchería donde su compadre y primo Luis Cotes Gómez, emocionado hasta las lágrimas, lo recibió con un fuerte abrazo.

En el recorrido tropezó con una modesta ranchería, de cuya importancia geográfica como punto de arranque para nuevas vías se percató en seguida, y un año más tarde se fundaba allí Uribia. Orientado por el compadre Cotes y guiado por el ingeniero Atehortúa y su auxiliar Silvestre Dangond, se vino de carretable en carretable otra vez a Riohacha, siguió bajando por Barrancas, Fonseca y Distracción, que era la vía que en esos momentos estaba trazando el ingeniero Dangond y allí en Distracción pernoctó en casa de la familia Vidal Daza. A la hora de la comida, López Pumarejo dio orden a su edecán de que anotara en su libreta unos datos que, un mes más tarde, se concretaron en la orden del Ejecutivo de continuar y ampliar el proyecto de carretable-río Ranchería-Fonseca-Distracción-San Juan del Cesar, para el cual destinó una partida de cinco mil pesos que fueron situados bajo la administración del ingeniero Atehortúa en sus oficinas de Riohacha. Cuando llegó a Valledupar lo esperaban, entre otros, el doctor Ciro Pupo Martínez, Pedro Castro Monsalvo, que en octubre del año siguiente sería su gobernador en el Magdalena y don Casimiro Raúl Maestre, en cuya casa se alojó y en la cual escuchó largos relatos sobre su familia materna, sobre su madre, que murió siendo muy joven y muy hermosa y de la que el recuerdo más nítido que tenía era el apelativo cariñoso —y para ella mortificante— puesto por su padre que la llamaba “mi vallenata”. Recorrió calles, fue a la iglesia, visitó la casona de los Castro Monsalvo donde nació y vivió Rosario Pumarejo, y se enteró de las necesidades de una ciudad muy señorial, muy distinguida, cargada de tradiciones y por él

muy amada, pero que estaba de espaldas al progreso y lejos de la actualidad y de los avances que él le había impreso al país.

En 1944 durante su segunda presidencia, López Pumarejo regresó a Valledupar donde ya era una realidad la construcción del puente de Salguero que unía a la ciudad con La Paz, de un amplio hospital con toda su dotación, de una escuela de Artes y Oficios, de la granja agrícola donde se orientaba y se experimentaba con técnicas modernas para la actividad agropecuaria, de un colegio de bachillerato para varones y hasta de un modesto campo de aterrizaje, donde el pequeño avión piloteado por Santamaría y Estévez desde Uribia, se accidentó aparatosamente al descender sobre la pista recién limpiada a pala y machete. En él venía el presidente López acompañado por los ministros de Guerra, Plinio Mendoza Neira; de Gobierno, Jorge Soto del Corral; y por el primer designado que lo era Alberto Pumarejo.

Ese era el estilo y esa la manera de hacer las cosas de ese gran presidente colombiano, a quien Valledupar tanto le debe.

La necesidad general e inaplazable de un colegio de bachillerato para varones fue lo que motivó la reunión que el 20 de febrero de 1942 llevó a cabo un distinguido grupo de ciudadanos integrado por don Enrique Pupo Martínez, don Francisco Molina Sánchez, don Gustavo Cotes, don Heriberto Castañeda, don José Lorenzo Celedón y don Eloy Enrique Quintero y presididos por don Joaquín Ribón, quien ejercía la rectoría de la Escuela de Artes y Oficios que estaba funcionando desde dos años atrás. Puestos de acuerdo elaboraron reglamentos provisionales y organizaron las directivas en las que quedaron: Ribón como rector, **Lencho** Celedón como prefecto de disciplina, los otros como profesores, y Eloy Enrique Quintero con el múltiple oficio de secretario-habilitado-pagador y almacenista; y abrieron las matrículas del colegio al que le dieron el nombre de la heroína vallenata María Concepción Loperena. Como no tenía sede hubo que ponerlo a funcionar como anexo de la Escuela de Artes, pero a él corrieron los desesperados padres de familia a matricular a sus hijos, algunos bastantes canillones, que se habían quedado en un limbo académico al concluir la primaria.

El día 11 de marzo de ese mismo año, el Loperena comenzó clases y abrió su internado en el mismo local donde se alojaban los internos de la Escuela, y para finales de abril todavía estaba recibiendo alumnos de todos los rincones de la provincia. Escalona era uno de esos alumnos. Y pasada la novelería del primer

momento, cuando conoció condiscípulos y estableció nuevas amistades, el riguroso sistema de enseñanza más la disciplina a la que nunca había estado sometido lo dejaron desconcertado y acabaron produciéndole una tremenda desolación. Tenía 15 años, era inteligente, comunicativo, audaz y ducho en rebuscarse para no dejarse atrapar en el callejón sin salida de la tristeza; pero era también irremediablemente sentimental y estaba casi solo. Los amigos de las sabanas patillaleras y de la escuela pública de don Vicente Chica y Lucho Mojica y los del colegio privado de **Lencho** Celedón, no aparecían por parte alguna.

Unos en Santa Marta, otros en Barranquilla, aquéllos en Villanueva, éstos en San Juan, otros quién sabe dónde, y él aquí perturbado por la evidencia de que le habían puesto una talanquera a su libertad que lo hacía sentir como un potro cerrero encerrado en un aposento.

Menos mal que ahí estaba Jaime Molina y luego fueron apareciendo Lucho, Adalberto y Armando Barros que habían llegado de Urumita; Jaime Gnecco Hernández que venía de Papayal; Rafael *King* Gutiérrez y su hermano Gregorio y Esteban Cuello recién desempacados de La Junta; Guillermo Quiróz, que vivía aquí en el Valle, y a quien Escalona, más tarde, le amargó la vida dibujándole todos los días el rostro anguloso y la cabeza de garrapiño; Angel de la Hoz y Cielito Molina también urumiteros, y cuando menos lo pensó, tenía formado un alegre grupo que llevaba la voz cantante en el Colegio.

Y no es un simple decir. Ellos cantaban, y algunos, como Cielito Molina que tenía un vozarrón de barítono, cantaban bien. Por las noches, después de las comidas y antes del estudio, les daban una hora libre para que salieran por los alrededores de la escuela, que eran unos campos de algarrobillos y malezas. En el sitio donde ahora se levanta el Palacio de la Gobernación había uno de esos lotes, que en las horas del recreo los alumnos fueron convirtiendo en campo deportivo donde practicaban fútbol, béisbol y básquet bajo la dirección del profesor Castañeda. Por ahí mismo atravesaban rápidamente en el descanso nocturno para ir a situarse debajo de un frondoso laurel de la India que se levantaba cuadras más adelante y donde noche tras noche montaban el gran "fundingue" de los cantos, los compases de las latas vacías y la melodía que Angel de la Hoz le sacaba a una novedosa

marímbula que había diseñado y construido el profesor Tete Cabana, maestro de ebanistería de la Escuela de Artes y Oficios.

Y así, por una poderosa necesidad de afecto y de compañía, se formó otra barra diferente de la de Patillal pero que en esos momentos difíciles para él desempeñó el mismo papel que años atrás había tenido en su vida la barra de la infancia: satisfacer plenamente su demanda vital de comunicación, de simpatía, de amistad...

A fines de ese año, en medio de satisfacción general y de la algarabía de los alumnos, Pedro Castro Monsalvo, que era ministro de Correos y Telégrafos, trajo la noticia de que el Loperena había recibido aprobación oficial hasta el curso tercero de bachillerato. Pero cualquier día de febrero de 1943, cuando apenas comenzaban las clases de ese año, el colegio amaneció perturbado por una noticia triste para la gran mayoría de los alumnos: el profesor Castañeda se retiraba del plantel. El maestro por antonomasia, el educador al que más querían sus discípulos, había sido trasladado al Liceo Padilla de Riohacha y se iba. "Castañeda —lo recuerda uno de ellos— era un hombre carismático, como dicen ahora. Elegante en el trato, de modales distinguidos, le dio una especial característica a sus relaciones con nosotros. Sabía enseñar, conocía lo que nos iba a transmitir y se cercioraba de que todos hubiéramos aprendido lo que nos explicaba. Pero, por encima de todo eso, era justo y era nuestro amigo. Además, nosotros intuíamos que detrás de esa suma de cualidades había un hombre solo, posiblemente atormentado por quién sabe qué sentimiento, al que nosotros queríamos hacerle grata su tarea y su trato con los alumnos. Por eso nos dolió mucho que se fuera. Eramos entonces unos muchachos sanos y sentimentales y no nos dio vergüenza llorar cuando él se fue"...

Y volvieron a llorarlo de nuevo en uno de esos intermedios nocturnos cuando, debajo del laurel de la India, Escalona les pidió a los amigos del improvisado conjunto musical de los internos que se acoplaran bien y entonaran la melodía que él les silbaba, para que escucharan "el paseo que anoche le compuse al profe Castañeda":

*Cuando sopla el viento frío de la Nevada
que en horas de estudio llega al Loperena
ese frío conmueve toda el alma
lo mismo que la ausencia del profe Castañeda*

*Cómo recordamos al profe Castañeda
si de aquí ninguno quiere que se vaya
qué triste quedó el Loperena
qué triste quedaron sus aulas...*

Y este fue, en términos musicales, narrativos e históricos, el primer paseo que Rafael Escalona hizo en su vida cuando contaba 15 años de edad.

La vida en el Loperena fue una experiencia definitiva. No sólo porque dentro del ambiente de camaradería entre profesores y alumnos él ejercía un liderazgo que se fue afianzando a medida que fueron descubriendo que aparte de todo lo que sabía hacer, —dibujar bien, echar cuentos sobre los cuentos de Patillal, memorizar sin extraviar un camino todas las rutas de Asia, Africa, América y Oceanía— también era capaz de hacer estrofas y ponerles música, sino porque fue ahí en el Loperena donde le iba a ocurrir una de las cosas más grandes de su vida, tal como él mismo la define.

En julio de 1943 antes del día 20, después del cual empezaban las vacaciones de mitad de año, las directivas del colegio pusieron en práctica las recomendaciones de la Secretaría de Educación del Magdalena en el sentido de organizar excursiones a los sitios de interés o recreación cercanos. El lugar que escogieron fue un hermoso pueblito situado en las estribaciones de la Serranía de Perijá, de clima templado, lleno de flores y de árboles frutales, al que se iba por carretera hasta la población de La Paz y de allí en adelante a lomo de bestia. Temprano ese día se levantaron los internos y bajo la dirección y vigilancia del profesor Gustavo Cotes se alistaron y acomodaron en la chiva de Luis Carlos **Chiche** Pimienta, que hacía la ruta Valledupar-La Paz pero que esa vez, como cosa excepcional, los llevó hasta mucho más adelante de un sitio denominado La Tomita. Ahí había una gran bocatomía natural formada por la caída de las aguas del río Manaure, que se ensenaban en un pozo, y como el camino iba en ascenso hacia la pequeña meseta donde se asienta el pueblo, a partir de La Tomita comenzaba a sentirse el fresco

agradable del cambio de clima. Escalona iba en un burro y así llegó al poblado formando parte de una muy común caravana de hombres, jóvenes y niños que subían a Manaure de paseo.

“Era —cuenta ahora— un sábado por la tarde y yo me sentía como Alejandro Magno conquistando Persia. Ibamos alegres y llenos de curiosidad. En una plazoletica que quedaba frente a la escuela, y en uno de cuyos extremos se levantaba un higuito inmenso, nos bajamos de las bestias para dirigirnos a la escuela, ansiosos de tomar agua, porque estábamos secos de la sed. Pero a mí me llamó la atención la melodía de una guitarra y unas voces muy bien timbradas que salían de un grupo de personas mayores que estaban sentadas en unos taburetes debajo del higuito. Con otro compañero nos apartamos de la fila que iba para la escuela y nos acercamos a escuchar, y entonces lo vi por primera vez en mi vida: él estaba tocando la guitarra y con una voz muy fuerte y muy clara iba cantando una canción mejicana que dice: *allá al pie de la montaña/ donde se oculta temprano el sol.../ dejé mi ranchito triste/ y abandonada ya mi ilusión...* Cerca de él estaba una muchacha linda, morena, de ojos verdes, que le hacía la segunda voz en algunas estrofas, luego se callaba y él, solo, volvía a cantar: *ay corazón que te vas/ para nunca volver/ no me digas adiós/* y ella a contracanto, respondía: *no me digas adiós...ss...* Hasta que, se acabó la canción y los que estaban ahí aplaudieron.

“Yo estaba como sembrado en el suelo. Fascinado y sorprendido. Nunca, a pesar de venir de una tierra como Patillal, donde había y hay tan buenos cantores, voces tan bonitas y tan bien manejadas; nunca había visto ni oído una cosa así. Esa gente ahí, rodeando a ese señor bien parecido, de pelo negrísimo, de cara sanguínea, que se le ponía más roja cuando sacaba del pecho y lanzaba al viento las estrofas de la canción; esas personas escuchándolo con atención sacramental mientras tocaba la guitarra y esa muchacha bonita que, además, cantaba bonito, fue un cuadro que me impresionó, y en ese momento nada me hubiera gustado más que poder acercarme a ese señor y decirle que volviera a tocar su guitarra y a cantar otra vez: *allá al pie de la montaña*. Pero el profesor nos llamó y tuvimos que entrar a la escuela”.

Al día siguiente, después del almuerzo, cuando ya habían conocido el Cerro Pintado y andaregueado por todas las lomas, barrancos y hondonadas que bordean a Manaure, regresaron a Valledupar. La excursión había terminado y ellos estaban dichosos; pero él seguía intrigado, preguntándoles en el camino a los

profesores por “ese señor que cantaba cuando llegamos al higuito”. Ellos le dijeron que se llamaba Alfonso Cotes Queruz,... el después célebre **Poncho** Cotes que cantaba a dúo con Carmen Núñez, la maestra de la escuela de Manaure, con quien se había casado en 1939, y que más tarde sería conocida como la mamá de los tres monitos.

El descubrimiento de **Poncho** Cotes en plena sabana manau-rera cantando a voz en cuello una canción sentimental y la amistad que luego los unió, dejó una impronta en su vida de tal modo profunda y tan reconocida por todos, que nadie se sorprendió cuando 30 años después de aquella tarde lejana, cuando se separaron por primera vez con ocasión del consulado de Escalona en Panamá, la mayor angustia de la misión de Rafael era tener “que dejar enfermo a **Poncho** Cotes, pedazo de alma mía”.

Los sábados desde las 2 de la tarde hasta las 9 de la noche y todos los domingos después de misa de 8 en la mañana, les daban salida a los internos. Los que tenían familias en la ciudad podían quedarse a pasar la noche del sábado en sus casas, y eso era lo que hacía Escalona; pero no propiamente en su casa, que a la sazón lo era la antigua casona colonial de la calle del Cesar donde siempre habitaron don Pacho Villazón y su esposa doña Anamaria de Armas, padres de su amigo Crispín, y que le había sido arrendada a los padres de Rafael, sino más bien de casa en casa de familias amigas, frecuentando muchachas de las que andaba enamorado, o velándoles el tiro a parranderos ilustres como don Aníbal Guillermo Castro, don Roberto Pavajeau, el doctor Hernando Molina y ocasionalmente el cachaco don Rigoberto Benavides que, casi siempre citados con **Chico** Bolaños en algún estratégico traspatio lejos de las miradas inquisidoras de las matronas vallenatas, se las arreglaban para salir en gira musical —y de las otras también— por el vecindario del Cañaguate o del Cerezo o por el umbroso barrio La Garita, donde irremediablemente amanecían en las gigantescas y sonoras cumbiambas que para ellos organizaba Rosa García y cuyos ecos, días más tarde, seguían retumbando del Guatapurí hacia abajo.

En esos momentos (1943) el acordeón, su música y quienes la interpretaban en Valledupar, estaban todavía circunscritos a un ámbito social determinado y reducido que no traspasaba las

barreras de adobe pintadas de cal tras las cuales se encerraba una sociedad aristocrática con rezagos feudales.

Esa misma sociedad, que a principios de siglo para sus bailes de Nochebuena y Año Nuevo utilizaba las vitrolas europeas que, como el acordeón, habían llegado por vía de Riohacha; que prefería los pianos y las guitarras españolas para amenizar sus reuniones festivas, apenas comenzaba a dar el paso hacia la música de viento, como entonces llamaban aquellas numerosas agrupaciones o bandas de pueblo donde cada músico tocaba un estrafalario instrumento de cobre amarillo y otros dos hacían sonar un gran bombo y un redoblante. A la mayoría, pues, no le llamaba la atención ni creía tener motivos para modificar lo que consideraban refinamiento cultural, por unos cantos llenos de alusiones personales y de relatos episódicos de sus autores y su entorno. Pero como toda regla, esta también tenía una notable excepción en los distinguidos caballeros arriba mencionados, a los cuales Escalona y algunos otros jovencitos les seguían la huella. Fue así, con ellos, como, entre dominicales y feriados, conoció a **Chiche** Guerra y a Lorenzo Morales, de Valledupar; a Fortunato Fernández y Juan Muñoz, de San Diego; a Pablo y a Juancito López, de La Paz; a **Chico** Bolaños, de El Molino, que entonces era el más grande entre los grandes juglares de esta tierra; a Eusebio el Negro Ayala y a Fulgencio Martínez, que se venía enhorquetado sobre las ancas del caballo de Tobías Enrique Pumarejo cuando bajaba de las sabanas de El Diluvio a Valledupar para sumarse a los jolgorios que, sábado tras sábado y domingo a domingo, tenían lugar indistintamente debajo de los cacambales y algarrobillos de los patios de Lola Bolaños y Juana Pérez.

La llegada de Tobías Enrique tenía para Rafael especiales implicaciones. Desde muy niño, allá en Patillal, él había visto a ese apuesto y exquisito caballero a quien todos en el pueblo adoraban, pasearse soberbio y elegante en un caballo alazán sobre el cual se desplazaba por toda la sabana visitando familias amigas y haciéndoles la corte a las más bonitas muchachas del pueblo. Don Toba, como le decían los menores, cantaba con una voz poderosa los paseos de los más viejos compositores y otros que él mismo había hecho y tenía acomodados en guitarra. Rafael se aficionó desde bien niño a este atrayente personaje y se convirtió en su paje. Detrás de él, pegado a los cascotes del alazán, se mantenía día y noche, observando y siguiéndole la ruta a

Tobías Enrique Pumarejo. Cuando Tobías iba a bañarse a la Malena, Rafael se le brindaba para bañarle el caballo y ahí tenía ocasión de escuchar en su propia voz los sones y merengues de este gran compositor que, diría Escalona más tarde, influyó mucho en su vida musical.

Los lugares y parajes por donde se desplazan estos juglares llevando parrandas y organizando fiestas se prendieron en la memoria de Escalona que aún no los conocía: Villanueva, San Juan, El Molino, Urumita, Fonseca, Barrancas y decenas de pueblitos y veredas de la provincia, que los acordeoneros mayores mencionaban en sus paseos, seguían sonando en la cabeza del muchacho patillalero que ya para entonces —y sin tener mucha conciencia de ello— estaba poseído por la irreparable necesidad de contar cantando todos los sentimientos que se le iban acumulando en el alma. Por razones que no logra explicar bien, pero que supone tienen mucho que ver con el hecho de que su padrino, don Nicomedes, era oriundo de allá, y de que su familia materna tenía la misma ascendencia, Villanueva siempre fue para Escalona una especie de imán sentimental. La oía mencionar como sede de un venerable colegio regido por el señor Rafael Antonio Amaya, como tierra de mujeres bonitas, y sobre todo, como sitio donde había nacido, se había forjado y seguía creciendo toda una raza de formidables parranderos de sangre musical.

Grande era la distancia —valga la ocasión de anotarlo— que nos separaba entonces de este desproporcionado cuanto inexplicable afán que se ha despertado en ciertos círculos villanueveros por tratar de colocar esta población muy por encima de Valledupar en el plano musical, con el argumento, infundado, de que fué ahí, en ese lugar y no en otro sitio del mundo, donde tuvo lugar el nacimiento de la música vallenata.

Pero ello aparte, que no es ese el tema de este libro y tiempo habrá para analizar y debatir este enfrentamiento que algunos sectores secundarios pretenden establecer, sigamos con Escalona y su amor por la grata tierra Villanuevera.

En agosto de ese año (1943) a las pocas semanas de haberse abierto el Loperena, compuso otro canto, el segundo, al que le puso por nombre EL CARRO FORD, y el que estrenó en las mismas horas del recreo nocturno, debajo del mismo laurel y con el mismo grupo musical de los internos con los que a principios de

año cantó llorando la ida del profesor Castañeda. Esta nueva composición, distinta en aire musical y en estilo gramatical de la otra, es una discreta muestra de la versatilidad que demostraría más tarde para musicalizar cualquier tema, a más de un tácito homenaje a Villanueva, un lugar que no conocía entonces pero que ya tenía definitivas resonancias en su vida:

*Voy a comprarme un carro Ford
voy a comprarme un carro Ford
que vuela en la carretera,
para hacer una excursión,
para hacer una excursión
por toditas estas tierras*

*Y si lo comprare
será con llantas nuevas
pa batir el récord
del Valle a Villanueva...*

Y en diciembre logró por fin satisfacer plenamente un múltiple sentimiento de curiosidad y admiración por aquel señor de voz fuerte y rostro sanguíneo que encontró cantando en las sabanas de Manaure. Andrés Becerra, de San Diego, lo invitó a Manaure "a una parrandita que tenemos allá con **Poncho** Cotes y otros amigos" y él no se lo hizo repetir. A las 12 en punto de ese sábado bendito estaban Andrés y él embarcándose en la Chiva de **Chiche** Pimienta que, con rigor prusiano, arrancaba a la hora en punto, hubiera o no pasajeros dentro. Llegaron a Manaure acezando, porque les tocó andar a pie un largo trecho, ya que la ruta impuesta por la soberana voluntad del **Chiche** sólo llegaba hasta La Paz y nada más que hasta La Paz. De allí a La Tomita los llevaron en ancas de sus bestias unos trabajadores de don Manuel María Morón y de ahí en adelante caminaron hasta el pueblo.

Las voces que cantaban alto y la melodía de varias guitarras que escucharon apenas pisaron la sabana les indicaron de inmediato hacia dónde se debían encaminar. Llegaron secos de la sed, y dentro de la casa de la señora Petronila Cáceres encontraron a **Poncho** Cotes de carne y hueso, con lá misma guitarra del mes de julio y la misma voz sonora cantando: *mis pocos días los acabo de pasar/ pasando necesidades, amarguras y tormentos/ yo me resigno y a veces que me resiento/ con este maldito mundo que me trata de olvidar/ que es un son de Emiliano Zuleta*. Ahí conoció parte

de la pesada de esa época en la Provincia: **Chema** Aponte; **Lucho** Pimienta que, aunque era vallenato, vivía en Manaure; Alfredo y el **Mono** Luna; Beltrán Orozco; Pedro León Acosta; Lácides y Francisco Daza que venían de azotar las madrugadas villanuevas a punta de música, versos, rones y amorios, y ahí estaban en lo fino apurando cerveza caliente que sacaban de un bulto de fique lleno de ceretas donde iban colocadas las botellas protegidas por unas escobillitas de paja. Todos le hablaron de Emiliano Zuleta. Que ése sí es músico, que como ese no hay, que yo —decía el Mono Luna— se lo echo al mejorcito que usted encuentre en el Valle, que fulano no le da ni por los talones a Emiliano, que ahí sí hay notas, que usted lo va a vé algún día, que esto, que lo otro y lo de acá y lo de más allá y dale que dale y dale con Emiliano y su acordeón. Tanto le dieron, que hubieron de pasar muchas horas antes de que le permitieran hablar de sí mismo. Cuando lo dejaron, les contó que venía de Patillal, que, como a ellos, también le gustaban las mujeres y el ron y la música y que en ninguna parte era tan feliz como en una reunión de amigos donde se cantara y se tomara trago. Les aclaró que él no tocaba ningún instrumento ni sabía cantar pero que le gustaba hacer cantos para que los cantaran sus amigos.

Ratos después, Poncho Cotes en su guitarra, le hacía el montaje musical a EL PROFESOR CASTAÑEDA, acompañó a Escalona cantando EL CARRO FORD y siguió cantando “El Zorro”, “Carmen Díaz”, “Los Malos Años” y muchos otros cantos de Emiliano Zuleta mientras bebían cerveza caliente y celebraban, en la misma forma sonora y torrencial como iban a vivir el resto de su juventud, aquel encuentro memorable.

“Encontrar a **Poncho** Cotes ha sido una de las cosas más grandes que me han ocurrido en la vida —dice Escalona ahora sin preocuparse de evitar las lágrimas que fluyen fácilmente mientras va hablando—. El monopolizó mi vida afectiva y amarró mis sentimientos a las cuerdas de su guitarra donde mis cantos encontraron la medida y el tono preciso. En el momento que lo conocí sentí como si me hubieran completado, como si hubiera encontrado la parte de mí mismo que andaba buscando. Nos compenetramos de inmediato y nos hemos entendido perfectamente bien desde entonces. El es como es y yo soy como soy, pero difícilmente se pueden encontrar dos personas con tantas y tan hondas similitudes como las que hay entre él y yo. Es, como ya lo dije en un canto, un pedazo, y bien grande, de mi propia alma”.

En efecto, ninguno que conozca la vida y la obra de Escalona y la injerencia espiritual que en ella ha tenido Alfonso Cotes, duda un solo instante de que esto es así. Más aún, algunos creemos que es a partir de su amistad con **Poncho** cuando arranca con fuerza incontenible su obra musical. No porque Cotes le ayudara materialmente a realizarla, no, sino porque fue en él en quien Escalona encontró el mejor receptáculo y el más atento oidor a sus sentimientos vueltos canciones. **Poncho** es el amigo pero también el crítico; el hermano y confidente pero igualmente el contradictor; el compinche de amoríos y alcahuete de romances, y a la vez el estímulo permanente; **Poncho** es el que primero se entusiasma con la composición recién hecha y corre a buscar la guitarra para darle vida a ese sonsonete incoloro que él le va tarareando como música; es el que lo acompaña a todas partes y le sigue todas sus parrandas; el que no oculta su admiración y simpatía por el talento del joven compositor; el que se desgañita gritando sus excelencias cuando nadie le toma en serio y el que, en definitiva, lo comprende mejor y por comprenderlo tanto lo acepta como es sin haber querido cambiarlo nunca.

Agotados todos los bultos de cerveza caliente que había en el pueblo, la parranda del encuentro se acabó por física consunción. A los tres días llegaron Escalona y Becerra a La Paz. Becerra tomó el camino de San Diego y Escalona regresó al Valle, porque se avecinaba Navidad y el 25 de diciembre en la mañana, después de la misa de gallo, toda su gente salía rumbo a Patillal.

Pasadas la Pascua y el Año Nuevo, a mediados de enero de 1944, cuando regresó a Valledupar a reanudar estudios, venía sacando pecho y dándose las de hombre mundano, a pesar de que sólo iba a cumplir los 17 años. Pero el haber compuesto dos cantos y escuchar que todos los condiscípulos los cantaran, que en Patillal lo festejaran, que los mayores comenzaran a hablar de él como "un muchacho muy inteligente, caramba, muy inteligente" y hasta le permitieran permanecer con ellos en las parrandas subrepticias que organizaban en el Valle; pero, por encima de todo eso, haber ingresado a ese mundo maravilloso de **Poncho** Cotes, lo entendió como el privilegio especial que le había sido adjudicado, y de inmediato, por ahí derecho, sin treguas ni concesiones a nada ni a nadie, por los fueros de su talento magistral para el relato musical, se soltó el caudal de su inspiración que no se detendría nunca más.

Capítulo II

EL TORRENTE DESATADO

*(Las parrandas con los grandes. Sus mejores cantos.
El Hotel América. La Paz. Su primer empleo...)*

Entre los alumnos del Loperena, que cada vez eran más numerosos, había muchos pacíficos, gentilicio de los jóvenes nacidos en La Paz, que en su permanencia en Valledupar buscaron el alero de la señora Mauricia López, que era la mujer del general Marín y que se vino de La Paz a instalar una pensión o posada en la casa de **Chente** Rincones. Ahí se reunían los pacíficos, y ahí Escalona, que para este año estudiaba externo, conoció a Mario Cotes, a Dagoberto López, que más tarde también se hizo compositor, a Marcelo Canales y a otros más. Una tarde de sábado, cuando Escalona llegó donde la señora Mauricia a visitar a sus amigos, Marcelo le presentó a su hermano Miguel que estaba de paso por el Valle haciéndole unas diligencias a su papá. Miguel era el mayor de todos y era también diferente a todos. En esa época los padres eran de una severidad espartana y don Pedro Canales no era la excepción. La seriedad, la probidad, el honor de la palabra empeñada, la intransigente concepción del deber más su peculiar sentido del humor, le habían granjeado el aprecio de todos en su pueblo y en Valledupar donde, pese a su campechanía y modestia, se codeaba con los más conspicuos miembros de la sociedad valduparense. Pero a Miguel el mayorazgo, con sus gabelas e imposiciones le sabía a jabón. A él no le interesaban posiciones

sociales, tierras, dineros ahorrados, palabras empeñadas ni ningún chorizo frito. Pese al rigor impuesto por don Pedro en la casa en cuanto a los deberes, Miguel cumplía con los suyos, pero no pedía permiso ni para entrar ni para salir; le atraían el ron y las mujeres y de uno y otras disfrutaba cuantas veces se lo pedía el cuerpo, que eran bastantes veces. Eso le gustó a Escalona, que de inmediato, se identificó con el recién presentado amigo, que lo invitó a La Paz. Y a La Paz se fue el domingo siguiente con Miguel Canales y allá, después de conocer y saludar a don Pedro, arrancó a parrandear con Migue y sólo el miércoles por la mañana vino a aparecer en las aulas del colegio, donde le esperaba una citación urgente en la rectoría.

“Con Migue me entendí bien desde el principio —dice Escalona—, nos gustaban las mismas cosas y hacíamos lo que nos gustaba. Le tomé cariño desde el primer momento y creo que yo también le caí bien y me apreció en seguida. Pero después de ese párrandón de tres días que me costó una fuerte llamada de atención del rector Joaquín Ribón, no volví a verlo durante mucho tiempo. El no volvió al Valle, y aunque yo seguí yendo a La Paz los fines de semana, no lograba encontrarlo por parte alguna. Una noche que venía de regreso para el Valle decidí ir a la casa de don Pedro a preguntar por Migue y don Pedro me dijo: “Migue está en la Montaña”. La Montaña era la finca que quedaba a 3 kilómetros del pueblo, junto al río Marquesote y adelante de un caserío que se llama Varas-Blancas. Antes de llegar a La Montaña había que cruzar cinco hectáreas de verdadera montaña virgen: algarrobillos, trupíos, ceibas, cañaguates corpulentos que hacían del sitio lugar propicio para toda clase de animales salvajes. Don Pedro insistió en que Miguel no quería salir de allá: “será que se va a meté a ermitaño”, dijo.

“Yo me vine muy pendiente del amigo con quien me sentía tan identificado y seguí preguntando por él cuantas veces iba a la casa de la señora Mauricia a visitar a los pacíficos pero nadie daba razón. Sólo Marcelo, poco a poco, me iba dando detalles de la personalidad de Migue, de sus cosas, de sus actitudes y todo eso acentuaba mi afecto y mi interés por él. Un lunes después de Semana Santa, amanecí nostálgico por el amigo ausente y escribí, también en una hoja de cuaderno, el paseo MIGUEL CANALES.

*Cuando viene de La Paz algún amigo
le pregunto si ha visto a Miguel Canales;
que me dicen que en la montaña está perdido,
que tiene mucho tiempo que no sale*

*¡ay! ¿que le estará pasando al pobre Migue
que tiene mucho tiempo que no sale...?*

Pero ni así Miguel salió. Le mandó una razón a Escalona de que se encontrarían en La Paz para las fiestas de San Pedro y San Pablo que son en junio y que los pacíficos celebraban con unas famosas carreras de caballos, pero allá fue Escalona y Migue sólo llegó en la voz del cantante de la música de viento de Urumita que hizo sonar todo el día el paseo MIGUEL CANALES. Empero, el viaje no fue en balde y en La Paz se tropezó con Beltrán Orozco, con quien rememoró el encuentro aquel en Manaure en diciembre del año anterior y con quien se puso de acuerdo para repetirlo “allá, o aquí, o donde tú digas”. Tomaron cervezas frías y anduvieron juntos, pero antes de despedirse Beltrán le clavó una espina: Emiliano Zuleta, el ídolo de ellos y héroe de **Poncho** Cotes, estaba mal. Tenía una extraña enfermedad de la que —aseguraban los curiosos que lo habían tratado— difícilmente se salvaría; Emiliano mismo había cantado dolientemente su situación en un paseo en que decía que lo había traído amarrao *pecho e' paloma* (con los brazos a los costados y las manos sobre el pecho) y que creía que esos eran sus últimos días.

“Eso —recuerda Escalona— me afectó mucho. No podía concebir que ese hombre al que yo, de tanto oírlo mencionar, suponía como un volcán de melodías, como un surtidor de bellezas musicales, pudiera estar lanzando quejas de dolor. Regresé al Valle triste y preocupado y me encerré en mi alcoba. Tenía necesidad de expresar que sentía dolor, pesar; que tenía pena por el gran Emiliano, a quien no conocía, pero a quien ya quería de verlo querer tanto por Poncho Cotes y sus amigos. Entonces, no pudiendo hacer una carta porque no había cómo mandarla, hice el paseo que llamé LA ENFERMEDAD DE EMILIANO.

*...a sus amigos les causa sentimiento
y a mí sin conocerlo me da pena y dolor
lo de Emiliano les juro que lo siento
me sale desde adentro del puro corazón*

*Yo quiero que sane, que siga su fama,
que vuelva a Manaure y alegre la sabana
Yo quiero que sane, que no viva solo
que vuelva a Manaure pá que toque El Zorro*

Este paseo, que era la cuarta composición que hacía Escalona, atravesó rápidamente todos los lugares de la Provincia y se encaramó arriba de Manaure, en la serranía, en el pueblecito bonito y sano donde vivían la mamá de Emiliano, de Toño Salas y de María y donde se hallaba el enfermo en convalecencia.

Para ese año (1944) se encontraba acantonado en Valledupar el Batallón Bomboná. Era un contingente de militares del arma de infantería, que se instaló en las bellísimas edificaciones de estilo republicano construidas para el hospital en las afueras de la ciudad, en un paraje lleno de bosques, jardines de lilas moradas y cayenas fucsias y donde los domingos los padres nos llevaban a los niños a ver la perfecta formación de soldados haciendo el relevo de guardia o izando la bandera. Como comandante del Batallón estaba en ese entonces el coronel Agudelo Gómez quien, a raíz del golpe de Pasto contra López Pumarejo, fue llamado a calificar servicios en el mes de julio y remplazado por el mayor Luis María Blanco, natural de Bucaramanga. El mayor Blanco era un oficial estricto, honorable y cultísimo, que recitaba a León de Greiff, a Paul Verlaine, y se sabía de memoria trozos enteros de la Ilíada, pero que tenía un talante severo que con el tiempo se convirtió en un genio de los mil demonios en el cuartel y en la casa. La terrible iracundia que lo poseía se volvió famosa en toda la ciudad y no tardó mucho el ingenio vallenato en compararlo ni más ni menos que con un perro rabioso.

Los oficiales del Batallón Bomboná establecieron muy buenas relaciones con la sociedad vallenata, que les abrió sus puertas. En una parte de la casa de don Roberto Pavajeau que colindaba, tapia de por medio, con la de doña Genoveva Araújo de Gutiérrez, madre de Evaristo, se instaló a vivir el Teniente Londoño con su esposa Cecilia.

El mayor Blanco, con su linda esposa y sus hijitas muy pequeñas, tomó en arriendo la casa del doctor Pedro Castro Monsalvo y de su esposa Paulina Mejía que se habían radicado en Santa

Marta. Ambas residencias quedan en el marco de la Plaza Alfonso López.

En esos días, César Augusto Molina, desde Patillal, había enviado al Valle, para su cuñado Roberto Pavajeau, un perro rucio de la jauría que criaba y cuya valentía y nobleza eran comentario obligado entre los mejores cazadores de la región. El nombre real del perro era "Cupido", pero como desde que llegó a los patios del doctor Pavajeau demostró con gruñidos, ladridos, asaltos y tarascazos quién era el que mandaba en ese territorio, a José Antonio Cuello Sierra, un ameno y agudo contertulio de la casa de don Roberto, se le dio por decir que ese perro estaba "exactico al mayor Blanco: hecho un basilisco día y noche".

Y si al mayor Blanco de verdad lo comparaban con un perro bravo, nada de malo había —pensó Toño Cuello— en comparar a un perro bravo con un mayor furibundo. Y así, por simple asociación de ideas "Cupido" acabó cambiando su romántico nombre por el menos poético pero más apropiado de "Mayor Blanco".

Regadas por el Valle la fama del "Mayor Blanco" (el perro) de ser poco menos peligroso que el Mayor Blanco (el oficial), un buen día de septiembre llegó don Pedro Canales a visitar al doctor Pavajeau. Entre tinto y tinto salió a relucir en la conversación la larga permanencia de Miguel en la montaña y la preocupación que su progenitor mantenía a causa de un enorme tigre cebado que vivía merodeando por la finca. Oírlo el doctor Pavajeau y ofrecerle el perro, fue un solo acto. Al fin de cuentas, ya bastantes desagradados tenían en la casa con el gallinicidio permanente que cometía el bendito animal. "Va a vé usted don Pedro —decía Pavajeau— que con "el mayor blanco" en la montaña no va a tené más problemas. Mande por él cuando quiera. Pero eso sí, mande gente grande a buscarlo porque ese es un perro tan fiero que no es cualquier muchachito el que se lo puede llevá". Don Pedro se despidió agradecidísimo de la generosidad del doctor Pavajeau y quedó en que a fines de la semana siguiente, mandaría al propio Migue para que viniera por el perro.

Y lo mandó.

Pero en lugar de tomar la carretera que de La Paz conduce directo a Valledupar, Miguel, con varios rones entre pecho y espalda, resolvió venirse de vereda en vereda por vuelta del camino a Guacoeche, a donde llegó un viernes por la noche en plena cumbiamba, vísperas del 4 de octubre que son las fiestas de

San Francisco de Asís, patrono del lugar. Y ahí perdió la noción del tiempo. El sábado a las ocho de la mañana, cuando José Tobías, el hijo mayor de Evaristo, de sólo ocho años de edad, atravesaba el andén de la casa de los Pavajeau para ir al colegio de las religiosas de la Sagrada Familia donde hacía el Kinder, el “Mayor Blanco”, que acababa de soltarse, atravesó como un rayo el traspatio, el patio, la antesala y la sala, y con la cadena guindándole del cuello, entre gritos de espanto, llamadas de atención y ayes de dolor, arremetió contra la pierna derecha de José Tobías, a la que le arrancó un pedazo. Ahí mismo alcanzó el parque, descuajaringó los setos de lilas y las macollas de lirios; dejó una flor de sangre en el muslo de una hija del paisanito y siguió en una loca carrera de ladridos y mordiscos hasta que Evaristo, a punto de infarto por la ira que cargaba, lo levantó a plomo en plena calle de la Estrella, donde el “Mayor Blanco” en un charco de sangre, acabó su vida de depredaciones y enchoyamientos caninos.

Apenas el lunes por la tarde, con un guayabo de espanto, apareció Miguel Canales en la puerta de la casa de don Roberto, donde lo esperaba el regaño de éste y la hilaridad de todo el vecindario. A la semana siguiente, en una parranda que hizo época, Rafael Escalona acompañado de Miguel Canales, Marcelo, Dagoberto López, Jaime Molina, y el resto del combo de los primeros años del Loperena, dejaba escuchar la magistral narración musical que cuenta que:

*De Patillal le vino un perro a Pavajeau (Pavayó)
que por rabioso le decían el Mayor Blanco
del patio de la casa desterró
los pollos, la gallina y hasta el gato*

*Tuvo noticias que un tigre lo amenazaba,
y Pavajeau como es amigo de don Pedro,
le dijo le voy a mandar mi perro
pa que le cuide a Migue en la montaña.*

Estaba finalizando ese prolífico 1944 en que, con solo 17 años de edad, había escrito musicalmente cinco de las mejores páginas del vallenato y aún no se conocía con Emiliano. Este le había mandado varias razones en que le hacía saber su gratitud por el paseo tan sentido que le había compuesto y cuán grande era su

admiración por su inteligencia. Recados venían y razones iban pero no se ponían de acuerdo en la fecha, la hora y el lugar; Escalona era aún un estudiante y en ese tercero de bachillerato, que tantas contrariedades le produjo a sus padres y profesores, los exámenes finales se acercaban y debía tener la cabeza fresca y la mente en su puesto si no quería exponerse a una soberana rajada. Las matemáticas, por ejemplo, eran y siguen siendo su gran problema, y las notas anteriores eran malas, tirando a pésimas. Sabía, pues, que si no hacía un alto en el febril torbellino musicosentimental en que se había metido, no sólo se iba a tirar el año sino que las catilinarias del coronel Escalona harían trinar las paredes de Valledupar y le perforarían los tímpanos.

Los comentarios elogiosos sobre sus cantos, el cariño inmenso que lo rodeaba donde quiera llegara y una especial protección y debilidad que algunos patriarcas vallenatos sentían hacia él, lo habían alzado y convertido en un jequecito de primera. Pero en el Loperena eso valía un camino y el que no estudiaba se rajaba, por muy Rafael Escalona que fuera. Así que echó a un lado tentaciones inmediatas, le fue dando largas al encuentro con Emiliano y se puso a estudiar a fondo para concluir correctamente ese bendito tercero que se le atravesó en la vida, cuando a él le daba lo mismo que Darío fuera un rey de Persia o un poeta nicaragüense o que Atanasio Girardot hubiera descubierto la Teoría de la Relatividad y que a Einstein lo hubieran asesinado en Bárbula, porque él lo único que deseaba y quería y necesitaba con todas las fuerzas de su alma era su libertad absoluta para andar como andaba: de aquí para allá con sus amigos, cantando, bebiendo, enamorando, haciendo sancochos, y exprimiéndole sus mejores jugos a la vida.

Se acabó, gracias a Dios, el año escolar y a Dios gracias lo pasó. Con el boletín de calificaciones en la mano a manera de trofeo se presentó donde *Aló* y le dijo: “Ahí tienen pa que vean; muéstraselo a mi papá. Vuelvo más tardecito”. Y salió a buscar a Andrés Becerra, a Jaime Molina, a Marcelo Canales, a los amigos del jolgorio permanente y arrancaron para Manaure donde los esperaba la otra barra de parranderos que encabezaba **Poncho** Cotes.

En la casa de Juana Vásquez había un gentío a la expectativa. Los mismos de la vez pasada y otros nuevos que se habían reunido a la voz de que “Escalona y unos muchachos del Valle llegan hoy”, aguardaban a los visitantes. A la llegada, **Poncho** le

presentó a Chaney Celedón y a su mujer a quien llamaban “La Quique” y que era una señora muy alegre, atenta y servicial. Luego lo tomó por un brazo, lo llevó hasta el rincón del tinajero y deleitándose en la confidencia le dijo: “Hoy viene Emiliano”. Y por la tardecita, con el acordeón entre los brazos apareció Emiliano Zuleta Baquero.

“No fue necesario que nos presentaran —recuerda Escalona—. Nos dimos un abrazo interminable, emocionados y contentos. Y todo lo que había ahí en la parranda no fue sino el pretexto para celebrar el encuentro tanto tiempo aplazado. El me dijo que había escuchado todo lo que yo había compuesto y que yo era muy inteligente; que el paseo que yo le había hecho era magnífico y yo le respondí que me gustaban los cantos que de él había oído y que me gustaría oírlo toda la vida. Comenzamos a cantar las cosas de él y las cosas mías, y no recuerdo cuánto tiempo estuvimos allí porque como ya se había acabado el colegio yo no tenía que pensar en más nada”.

“Así nació esa amistad y así ha seguido a través de los años. A ella se fueron anudando nuevos sentimientos y nuevos afectos y nacieron otras amistades. Por él conocí y aprendí a querer a mucha gente buena, sencilla y rústica, y en el panorama de nuestro mutuo cariño irrumpió la figura de la Vieja Sara. Y es que la Vieja Sara no sólo era la mamá de Emiliano. Era la máma de toítos nosotros. Los que teníamos nuestras madres vivas veíamos en ella el reflejo exacto de las mismas; y los que tenían la madre muerta veían en la Vieja Sara una mamá viva. Con ella y por ella vivimos toda una época que difícilmente vuelve a repetirse. Ella fue un centinela de nuestras experiencias y el objeto de nuestras predilecciones. Ir a El Plan era para nosotros algo prioritario y especial que no admitía otra opción ni nos dejaba pensar en más nada. Además, no necesitábamos nada más de lo que allá había: un clima delicioso que nunca nos dejó padecer guayabos, una roza bien cuidada con plátano, malanga, guineos, arracacha y cuanta cosa de comer se produce en clima frío; un pequeño cafetalito, rojo de los granos; frutas, flores, animales y una casa de bahareque con techo de paja llena de hamacas por todas partes donde nos la pasábamos tomando, comiendo y oyendo a Emiliano o a Toño Salas o a Simón Salas tocando sus acordeones cuando no a Poncho rasgando su guitarra; y, en medio de todo eso, la Vieja Sara de un lado para el otro deslizándose, mejor que caminando, sobre unos zapaticos de cordobán, en un permanente

revuelo de pollerines atendiéndonos y queriéndonos a todos. ¿Qué más íbamos a necesitar ni a pedir?”.

La finalización de esa parte de los estudios en el Loperena, que sólo tenía aprobado hasta tercero de bachillerato, y el comienzo de 1945 fue para él el derrumbe de una talanquera que lo tenía frenado y el comienzo de una nueva etapa. En ese momento no se había detenido a pensar qué era realmente lo que quería hacer con su vida, pero de una cosa sí estaba consciente: hiciera lo que hiciera o estuviera donde le tocara estar, la formidable carga sentimental que llevaba dentro tenía necesariamente que manifestarse, que salir a flote, para que él mismo no acabara sucumbiendo bajo su propio peso.

La evidencia de que era un romántico y sensitivo irredimible, invalidaba las decisiones heroicas que a ratos tomaba de irse cualquier día bien lejos a buscarles acotejo a sus ansiedades. A lo mejor al ejército, o bien a otro país donde nadie lo conociera. Pero esos arranques se esfumaban por los resquicios de la realidad circundante. Le conmovían y afectaban las cosas que para los demás no tenían importancia alguna: la alegría, la tristeza, la alacridad o la melancolía eran sentimientos que podían agarrarlo de un momento a otro y de hecho lo agarraban por causas tan disparejas como el triunfo, en la gallera, del mejor gallo de la cuerda de un amigo aunque a él mismo jamás le han gustado los gallos; la contemplación de decenas de periquitos guarumeros muertos en los caminos del río por culpa de las hondas de los muchachos; o la imposibilidad de conquistarse a la muchacha esa, hermana de su mejor amigo, a la que, por esa misma razón, no debía manifestarle su interés.

A veces, por las noches, cuando su tendencia congénita al viajeteo permanente se encontraba adormecida y él descansaba sobre la hamaca, recordaba la época de la infancia patillalera, los amigos que allá se quedaron, las cosas que hicieron en las sabanas y detrás de los cerros, el gusto del café tinto endulzado con panela y el sabor incomparable de la carne molida revuelta con masa de maíz, que era un plato exquisito de la cocina pueblerina; y, aco- sado por la urgencia de los recuerdos, al día siguiente bien tempranito organizaba viaje para Patillal cargado de regalos de toda clase que incluían desde revistas “Para Ti”, “Vanidades”,

“Familia”, viejas, periódicos atrasados, láminas brillantes de las escenas de películas que mostraban a Gloria Marín en apasionado beso con Jorge Negrete o los entonces tentadores muslos de María Antonieta Pons en algún pase de sus célebres rumbas cubanas, papeletas de café, polvos Riorita, frasquitos de brillantina Glostora para el cabello, un costoso perfume Maderas de Oriente que había sacado tranquilamente del escaparate de su hermana Magola, hasta el último libro de Gabriel D’Annunzio o unos tiros de escopeta marca U.

Cuando llegaba, iba de casa en casa saludando y preguntando por todo el mundo y escuchando las anécdotas y cuentos de la gente patillalera que es maestra en el arte de narrarlos, y dejando en cada una un presente del heterogéneo muestrario que había recolectado horas antes de irse. De regreso, con otra cantidad de paquetes y envoltorios en los que traía gualdrapas, esterillones, calabazos curados, queriquitas moradas, atados de jamanares y rebiacanas, ya había calmado su nostalgia y aquietado su corazón pero seguía predispuesto a las nuevas emociones que le trajeran los días.

A principios de 1945, en el Valledupar de los acordeones, tuvo lugar un acontecimiento de golpe y zumbido: el bautizo del nieto de Rosa García, cuyo padrino era el doctor Ciro Pupo Martínez. Y a la casa de Rosa fueron a parar los grandes, medianos y pequeños parranderos atraídos por la fama del acordeonero encargado de amenizar las fiestas, que lo era Lorenzo Morales. El convite se prolongó tres noches y dos días y los comentarios siguieron durante toda la semana siguiente. Pero hubo dos de los mejores contertulios que inexplicablemente se quedaron por fuera: Rafael Escalona y Hernandito Molina. Este último estaba recién llegado de Santa Marta y una vez pisó tierras vallenatas y puso la maleta en su casa salió a festejar su regreso como mejor pudo, y Escalona, que andaba pendiente de su llegada, salió a buscarlo y se cruzaron pero no se hallaron.

Tardes después ambos se encontraron en una cantina del barrio La Garita, y los comentarios y referencias que los vecinos hicieron sobre la tan mentada fiesta lograron robustecer el pretexto que necesitaban para salir en busca de Morales, donde quiera que se encontrara. Pero no dieron con él en ninguna parte del Valle y alguien les dijo que “esta mañanita estaba en frente de la casa de la señora *Tiota* montado en su burro. Creo que ya iba de viaje”. Así que ellos también armaron viaje esa tarde; y por la

noche, después de mil peripecias encima de una mula vieja y de un macho tuerto, llegaron a Guacoeche con una borrachera de cinco pisos y la determinación inmodificable de escuchar los sones y los merengues de quien, para ellos y pese a la fama de Emiliano, era el mejor juglar en todo el territorio musical de la antigua Proviencia de Valledupar y de Padilla.

Guacoeche no era otra cosa que un caserío desolado y triste, con unas cuantas casas de bahareque y palma amarga, dispersas sobre unos extensos playones de barro colorado a la orilla del río Cesar. Muchos creemos que en algún momento de la historia debió haber sido un Palenque semiescondido en este pedazo del Magdalena Grande, donde se ocultó algún reducto de negros cimarrones. Los rasgos fisonómicos, el color negro retinto de la piel y las costumbres de sus pobladores, a más de ciertas características arquitectónicas en las más antiguas de sus casas de habitación, hacen pensar en esto, que si bien no es lo que nos ocupa en este libro, bien vale la pena dejar consignado a mero título informativo.

Las mujeres guacocheras fueron famosas por la turgencia de sus formas y por ser expertas artesanas del barro especial que había en las riberas del Cesar, con el que confeccionaban las famosas tinajas de Guacoeche que durante décadas se anticiparon a la nevera en su indispensable papel de refrescar el agua para beber la gente. A las célebres tinajeras de Guacoeche se dirigieron Escalona y Molina cuando llegaron al caserío para indagarles por la casa de Lorenzo Morales. Ellas se la señalaron y ambos llegaron y tocaron, pero nada. El hombre no estaba y Amparito su mujer tampoco; había llegado, sí, al medio día pero por la tarde lo vinieron buscando dos tipos de a caballo y él había montado en otro y con el acordeón en la grupa habían arrancado.

Escalona y Molina regresaron al Valle, siguieron con su juma unos días más y el 6 de enero, en casa de Oscarito Pupo, Escalona les cantó a sus amigos su paseo EL CUCARACHERO, que también llaman algunos BUSCANDO A MORALES o EL HOMBRE ANDARIEGO:

*Díganle a Morales que aquí estuvo una persona
que llegó a este pueblo con ganas de oírlo tocá;
pasé por su casa y la he encontrado sola,
le toqué la puerta y estaba atrancá.*

*Porque Moralito es una fiebre mala
que llega a los pueblos y en ninguno para
porque Moralito es un hombre andariego
que cambia de nido ni el cucarachero...*

Desde ese momento en adelante, seguido por un regimiento de amigos y partidarios irreductibles como él en su empeño de vivir intensa y apasionadamente, la vida de Escalona fue nada más ni nada menos que un solo canto largo y continuado. Hoy aquí por la mañana y en la tardecita en La Paz, para seguir por la noche hacia Villanueva o a Manaure, de acuerdo con la ruta que trazaran los vientos de la oportunidad; en la madrugada en San Juan, golpeando con sonos y paseos los postigos de barrotes torneados de las ventanas de la casa de Fefa Brugés; al mediodía en Fonseca, por la noche en Barrancas, mañana de regreso en Urumita o en El Molino, y pasado mañana en cualquier otro sitio y lugar de los muchos por donde se regaron sus cantos y la nombradía de su talento inmenso, sin tener que ver con que fuera lunes o martes o miércoles de trabajo o sábado y domingo de descanso.

Dos sucesos especiales iban, además, a jalonar ese año 1945 como uno de los mejores de toda su vida y el comienzo de la etapa más fecunda de su obra musical. Inesperadamente, a principios de marzo atravesaba el parque para ir a la tienda de don Juan Arregocés, cuando se tropezó a boca de jarro con **Poncho** Cotes, que salía con Alfonso Murgas de la casa de don Carlos Murgas. Se saludaron a gritos, se abrazaron, se volvieron a abrazar y después de la euforia del tropezón **Poncho** le contó que estaba en Valledupar porque lo habían nombrado profesor de la Escuela de Artes y Oficios, donde dictaba clases de Geometría desde hacía una semana. “Haberlo sabido para matricularme yo también” —le comentó Escalona— y él respondió con una de sus cargadas gigantescas que atronaron la tarde.

¿De modo que **Poncho** Cotes estaba en el Valle? ¡Qué cosa tan buena! Y, para mejor, como profesor de tiempo completo en la Escuela de Artes. Y ahí en la escuela —le había dicho **Poncho**— también estaba de profesor Enrique Luis Egurrola, un amigo oriundo de San Juan del Cesar, ebanista innato, cuya destreza con la madera lo había convertido en un experto fabricante de guitarras que se vendían como extranjeras en el mismo puerto de Riohacha. Pero, sobre todo, Egurrola no sólo construía guitarras

perfectas sino que las sabía tocar a la perfección y cantaba bien. También cantaba, sí señor. Mejor dicho, ¡caramba!, Enrique Luis era otro de la misma cuerda que estaba en el Valle. Buena noticia. Excelente descubrimiento que, lógicamente, había que celebrar cuanto antes. Y ningún sitio mejor para el festejo que el Hotel América que en La Paz administraba don Pacho Mendoza.

Construido a principios de 1940 por don José María "Chepe" Romero, que llegó desde Soacha (Cundinamarca) con su hermano Avelino a buscar la vida en estas tierras de Dios, el hotel, que en un principio tenía otro nombre, no demoró en acabar convertido en el epicentro de las reuniones de la bohemia grande que años después floreció en la Provincia.

La Paz misma ya había adquirido categoría de pueblo importante gracias a su estratégica situación geográfica que la colocó como el eje de las comunicaciones terrestres entre Valledupar y los pueblos de la baja Guajira. Por su parte, dentro de sus muchas virtudes, Valledupar cargaba con la mala fama de ser tierra insalubre y peligrosa por la intensidad del paludismo que se padecía en su territorio, tanto como por el carate que los nativos llamaban **jobero** y que era una enfermedad de la piel transmitida por un mosquito que asoló mucho tiempo a los valduparenses, sin respetar categorías pero con énfasis en las clases populares, hasta cuando Leonardo Maya Brugés, un joven médico cuya tesis de grado sobre dicha enfermedad fue laureada por la Universidad Nacional, se instaló en su consultorio y se dedicó a desterrar el jobero o carate de las manos, rostros y piernas de los habitantes de la región.

Las características de dicha enfermedad les daban a sus pacientes un aspecto semejante al de la piel de los ballenatos (hijos de la ballena) recién nacidos: manchas rosáceas, café y blancas, sobre un fondo brillante de color chocolate; o manchas color chocolate y blancas sobre un fondo de color rosado, en la gente de piel blanca o morena clara; y manchas oscuras de tinte azulado en la gente de piel blanca o morena clara; y manchas oscuras de tinte azulado en la gente de piel negra. Y de esta situación eminentemente circunstancial, a la que no fue ajeno el ingenio popular, las gentes que padecían dicha enfermedad y que en su gran mayoría eran gente de estratos bajos, recibieron por simple asociación de ideas de algún experto conocedor, el nombre de *vallenato*.

Vallenato con V pequeña. No porque nadie deliberadamente se hubiese propuesto crear una ortografía especial para esa palabra

incorporada paulatinamente al léxico de la región, sino sencillamente porque, al no tener mayores conocimientos ortográficos esa misma gente del pueblo que recibía dicho calificativo y al estar ellas acostumbradas a la V pequeña con que se escribía y escribe Valledupar, alguien en algún momento debió escribir *vallenato* con la V corta y así, por fuerza de la costumbre más que por ausencia de corrección, se quedó para siempre con todas las connotaciones de insulto que tuvo en un principio.

Sustentamos esta tesis, ya anteriormente expuesta en nuestro libro VALLENATOLOGIA (Tercer Mundo, 1972) transcribiendo lo dicho por el gran humanista de origen francés don Luis Striffler en su libro "El Río Cesar, relación de un viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta en 1876" que en buena hora, volvió a editar el Senado de la República gracias a la iniciativa de don José Guillermo "Pepe" Castro. Dice así don Luis en su importante obra (págs. 21, 22) refiriéndose al término *vallenato* que ya existía desde antes de 1876:

Lo que es el Valle de Upar

"Empezamos por designar la localidad conservando al nombre su ortografía primitiva. Hoi, en general, se comprende bajo la denominación de Valle, toda la parte del llano desde el Banco hasta cerca de Rio-hacha. El nombre de Valledupar se aplica especialmente para designar la población más importante de la comarca.

En las inmediaciones de Cartajena se pinta en las ideas del vulgo "el valle" bajo varios aspectos diferentes. En primer lugar, se conoce la localidad por la abundancia de ganado vacuno que produce; en segundo, por ser el asilo que escogen de preferencia los reos prófugos de los otros Estados; en tercero, se sabe también que en las inmediaciones hai indios bravos de los más terribles; i en fin, en cuarto lugar se habla de la enfermedad del carate que hace designar jeneralmente a todos los individuos notables por esta afección cutánea, bajo el nombre de *Vallenatos*".

En las páginas 99, 100, 101, se refiere don Luis de modo concreto al carate, mencionando de paso la hacienda El Diluvio, en los siguientes términos:

CARATE

“Ya que las manos jaspeadas de nuestra ex-cocinera del Diluvio me han conducido a tratar de esta afección cutánea, diré de una vez lo que en Colombia, i tal vez, en toda la América se dice sobre el particular.

Primero, el vulgo dice que el *caratoso larga afrecho*; lo que en lenguaje científico significa que hai una constante desfoliación de la epidérmis. Esto es causa de que en la cama en q' ha dormido un caratoso se encuentren pelusas parecidas a afrecho o salvado de maíz, que han preocupado mucho la imaginación supersticiosa del pueblo que pretende que mezclada con cualquiera comida produce la enfermedad en el que la come. Es opinión mui jeneralizada de que las caratasos contagian así intencionalmente a aquel que les manifiesta asco...

...Es mui probable que el carate no sea contagioso, i que solo se desarrolle en circunstancias idénticas, i éstas como en este caso, no pueden presentarse sino en los parajes infestados...

La afección no solo desfigura de una manera repugnante, sino que produce una atmósfera mui desagradable; es una exhalación *sui jeneris* que hace notable la presencia de un caratoso, hasta para un ciego...

Hemos tratado ya de la diferencia de efecto que produce el carate sobre los individuos según la raza a la cual pertenecen. Los de raza blanca resisten más, y puede sospecharse que son los únicos que pueden esperar salvación completa. Los indios claros i los mestizos se llenan de chispitas azules para siempre; chispitas que se agrupan en mucha desigualdad en la cara. En los negros, la fisonomía se vuelve mui ingrata...

Entre los indios de la Nevada, los que son caratosos, han contraído la enfermedad por haber permanecido algún tiempo en las tierras bajas. No necesitan bajar mucho para ponerse en contacto con la plaga, pues hasta dos mil metros sobre el nivel del mar se encuentra el insecto. En las rejiones elevadas forma nubes mas densas que hacen esas partes casi inhabitables...

Es también prudente anotar que la plaga abunda más en la estación de las lluvias. En el verano hai puntos que se hallan libres de ese incómodo huésped por algunos meses. Ese es el estado normal; pero así como hai años de poca o ninguna plaga, hai otros en que hai con exceso...

Respecto de historia natural también hai algo que decir: los consabidos jejenes pueden dividirse en tres variedades. Los que existen en las playas saladas del lado de Cartagena, molestan tanto como los del Valle, pero no pintan; en las partes intermedias del Sinú y del San Jorge, los hai mui parecidos a los del Valle; estos sí pintan, pero como las manchas no son indelebles, no enjendran el carate que es desconocido entre los naturales de aquellas localidades. De modo pues, que el jejen que produce dicha afección es un sér diferente”...

Como se ve, no hay pues tal de que hayamos sido unas cuantas personas con ánimo de apropiarnos de la noche a la mañana de algo que en verdad siempre ha sido nuestro, los inventores del término *vallenato* para denominar los cantos y las melodías regionales en acordeón.

Todo lo contrario. Cuando el acordeón europeo atravesó el océano y llegó a Riohacha y de ahí se dispersó por todos los caminos de la Alta Guajira hasta llegar a la zona de Valledupar y seguir hacia adelante, ya la música, y concretamente la música autóctona de la región, como tal, existía, porque primero fueron las melodías y después los instrumentos. Lo que hicieron esos magníficos juglares que habían cantado aquí y en todas partes, siempre desde el fondo de sus almas y sus gargantas, fue coger el instrumento extraño que les llegó sin que lo estuvieran buscando, y adaptarlo a sus necesidades anímicas y rítmicas para expresar musicalmente los sentimientos de la vida y de la muerte, de las alegrías y los dolores, del amor y la frustración. A esa misma gente que desde las primeras tribus indígenas cantaba y siguió cantando en el mestizaje y después cantaría cada vez más en la nueva raza que se creó, un día la apodaron *vallenata* por las circunstancias arriba descritas. Y si a los que hacían los cantos los denominaron *vallenatos* porque tenían carate, no es desacertado pensar que *vallenatos*, por extensión, acabarían siendo denominados los ritmos, las estrofas, las canciones y la música que ellos y solamente ellos sacaban de sus acordeones.

No es válido entonces hacer intrincados análisis semánticos para encontrar el origen del vocablo que enantes fue un peyorativo con el que nos querían acallar a los alumnos provincianos en los colegios de Santa Marta y Ciénaga, pero que ahora es timbre de orgullo; ni tampoco caer en el facilismo, que pretende ser

acusador, de que la autora de este libro y su personaje, hace apenas veinte años y a raíz de los festivales de la Leyenda Vallenata, nos inventamos esa palabra para calificar los ritmos regionales, con el ánimo pendenciero de darle únicamente a Valledupar el título de ser la fuente y el epicentro de estos aires musicales.

Piénsese no más que el paseo “Compae Chipuco” que el doctor José María **Chema** Gómez Daza compuso antes de 1947 —cuando todavía Escalona no era Escalona— es nada más ni nada menos que toda una salutación, un himno de simpatía para ese juglar simple, elemental, humilde y *corroncho* si se quiere, que para esa época lo único que estaba haciendo era continuar la tradición de ir cantando de pueblo en pueblo, noche a noche, sin más medios musicales que su voz y su ya domeñado acordeón y sin más orgullo que el de ser *vallenato de verdá que tengo las patas* (por pies) *bien pintás* (manchadas por el carate) con *mi sombrero bien alón* y *pa remate bebiendo ron...* Dos estrofas de este paseo que para el caso es muy ilustrativo dicen así:

*Viajando para Fonseca, yo me detuve en Valledupar
y con un viejito me encontré
que caminaba a medio lao
y al rompe le pregunté:
¿oiga compae, cómo se llama usted?*

*Me llaman compae Chipuco
y vivo a orillas del río Cesar
soy vallenato de verdá
tengo las patas bien pintás
tengo el sombrero bien alón
y pa remate yo bebo ron...*

El canto de Gómez Daza, que es oriundo de Fonseca y como tal eminentemente guajiro, corrobora el hecho indiscutible de que el término *vallenato* como sinónimo de una clase, un estrato, o lo que se quiera, existía desde muchísimo tiempo antes de su propia composición musical. Y la composición musical revela que, unidos indisolublemente hombre y música en la misma proporción y con la misma fuerza con que se ha unido siempre el hombre y su entorno sentimental, las canciones que ese elemento humano iba creando acabaron adoptando el mismo calificativo que a él, como sujeto, se le daba.

Caso semejante a este se dio en la música mejicana hoy mundialmente conocida como *música ranchera*; no porque a algún avisado empresario de la publicidad se le ocurriera llamarla *ranchera* porque sí, sino porque, nacida entre la brega diaria de los peones, caporales y personal de las haciendas de Méjico, que allá se denominan *ranchos*, acabó también llamándose *ranchera* por extensión del denominativo aplicado a los que vivían en los *ranchos*, que no era otro que *rancheros*.

Obsérvese lo dicho anteriormente, en este viejo corrido mejicano:

*Allá en el Rancho Grande
allá donde vivía
había una rancherita
que alegre me decía,
que alegre me decía...*

*Te voy a hacer unos calzones
como los que usa el rancho
te los comienzo de lana
y los termino de cuero*

Aquí las palabras *rancherita* y *ranchero* se las aplican a una mujer y a un hombre que vivían ambos en el *rancho* o sea en la hacienda, la finca, "Rancho Grande"; y fue en otras muchas posesiones mejores o peores o similares al "Rancho Grande" donde nacieron las canciones mejicanas que con el nombre genérico de rancheras se conocen en todo el mundo.

Pero la discusión sobre este tema daría para otro volumen, así que mejor continuemos en lo que íbamos sobre la población de La Paz también conocida como Robles. Puesto que el paludismo y el *jobero* eran fáciles de adquirir en Valledupar, los ingenieros Atehortúa y Dangond Daza decidieron situar sus residencias en La Paz. Las oficinas de la Zona de Carreteras quedaron funcionando en Valledupar, en la esquina de la casa de don Carlos Murgas, y los almacenes en unos cuartos que les alquiló don José Calixto Mejía en su casona de la última manzana de la Calle Grande. Co-

mo la distancia era un brinco, los profesionales que tenían a su cargo el trazado de las carreteras en la administración López Pumarejo, iban y venían fácilmente a través del famoso puente Salguero. Esto produjo un permanente movimiento y flujo de personas y vehículos en La Paz, que acabó consolidándose como punto de partida del comercio ganadero que, al sesgo de la ley, se estableció con Maracaibo y otras ciudades venezolanas desde el año de 1937, cuando el doctor Silvestre Dangond Daza, en un verdadero alarde de ingeniería moderna que ha terminado desafiando el paso del tiempo, construyó, con rudimentarios elementos y una técnica atrevida, el puente sobre la ancha y sinuosa franja de aguas cobrizas y espesas del río Cesar que separaba a Robles de Valledupar.

Don Chepe Romero, fundador y primer propietario del Hotel, fue un hombre industrial e incansable. Un día alquiló la casa de al lado que tenía por patio un solar ilímite por donde deambulaban manadas de cochinos, burros y caballos. Compró los cochinos y los mandó para Venezuela; castró los burros y los puso a recoger agua en latas para venderla en el pueblo; engordó los caballos y les buscó ocupación y cercó el solar con paredes de ladrillo, y contra la pared del fondo hizo enterrar dos gruesos listones de carreto sobre los cuales extendió varios metros de popelina blanca bien templada sobre la que comenzó a proyectar cine en jornada continua desde los ocho hasta las doce de la noche, cuando los pacíficos, con el ojo claro y las expectativas intactas, salían zurumbáticos a recostarse en sus camas pendientes de las 24 horas que aún hacían falta para volver al solar y constatar si al fin Tantor, el elefante sobre el cual se desplazaba Tarzán en la selva, lograba alzar a Yéin con la trompa en el momento preciso en que ese tigre enorme iba a devorarla.

Pero no fue solamente el cine. También organizó veladas de teatro y hasta un afortunadamente fallido intento que tenía el desabrido propósito de introducir la música andina entre la gente de La Paz.

Cuando ese gran señor que fue don Francisco **Pacho** Mendoza y su esposa América Egurrola adquirieron el hotel, ya este tenía, pues, su aureola propia como polo de atracción comercial, social y cultural. La otra característica de lugar predilecto de los grandes parranderos la iba a adquirir gracias, en parte, a su

dueño y en parte también a que Ramón **Monche** González y Gregorio **Goyo** Majarrés, se instalaron a vivir ahí y se dedicaron a secundar entusiastamente las iniciativas festivas del propietario y de los que allí llegaban.

Las convocatorias permanentes en torno a la música y a esa etapa dorada del folclor que estaba produciéndose en esos tiempos, sin que ninguno de sus protagonistas se percatara siquiera de la trascendencia de ese suceso, tenían lugar en el Hotel América, que terminó convertido en una noria musical, a cuyo alrededor giraban los grandes de la época. En un modesto corredor presuntuosamente llamado bar se reunía un día sí y otro también la barra de Villanueva ya descrita a la que se acababa de sumar un nuevo integrante que iría a dejar una huella imborrable en la vida de Escalona y de su obra: Silvestre **El tite** Socarrás, a quien conoció en un burdel en el Valle, en medio de una gresca fenomenal en la que el fornido muchacho villanuevero repartía trompadas a diestra y siniestra, dejando un reguero de policías y clientes descalabrados y de muchachas marchitas dispersas por las calles en paños menores. También iba la barra de San Juan, que la formaban Enrique Luis Egurrola, que disfrutaba del privilegio adicional de ser cuñado de **Pacho**, lo que le daba derecho a pernoctar en el hotel sin pagar un centavo cuantas veces le provocara, Lucho Rois, Juan Brugés, que era un verdadero ángel con la guitarra, César **Checha** Urbina, Santos Giovanetti, Arturo Molina, Rodrigo Lacouture y un contertulio especial, dotado de un chorro de voz limpia y argentada que le permitía medirse con propiedad a lo que fuera: corridos mejicanos, boleros de Cuba, tangos, pasodobles de España, romanzas de Italia y hasta a las arias de las óperas que habían embelesado a la Europa de la guerra y que también se escuchaban por estas tierras de Dios. Tal era el timbre y el ritmo de sus prodigiosas cuerdas bucales, que los amigos y entendidos le dieron el sobrenombre de "jilguero de oro". Se llamaba Fernando Daza pero todos le decían cariñosamente **Tatica**.

De San Diego concurría Andrés Becerra, que ocasionalmente llevaba a Juan Muñoz, el **Negro** Calde, Ovidio Ovalle, Hugo Araújo; y la representación de Valledupar estaba, naturalmente, a cargo de Rafael Escalona, que llegaba acompañado de **Poncho** Cotes, que vivía en la Escuela de Artes, de Alfonso Murgas, Jaime Molina y de los otros ya mencionados.

En ese ecuménico recipiente musical fue donde don Humberto Costa, un viejo y eminente patriarca pacífico que se convirtió en el más furibundo partidario de Escalona, descubrió una mañana de abril a Leandro Díaz, el cantor ciego que iba a asombrar al mundo con la luminosidad de su palabra y de su poesía: Allí tuvieron lugar más de dos lances de mentiras inofensivas y verdades peligrosas que pusieron en jaque la entereza y reciedumbre de aquellos hombres, para quienes la vida sólo tenía el significado justo de la amistad y del honor. Por sus alcobas se enredaron y desenredaron tormentos y secretos de amorios imposibles y de aspiraciones irrealizables que sólo encontraron alivio en las cuerdas de las guitarras que sus mismas dolientes víctimas hacían gemir.

Lo único que nunca tuvo ni padeció el hotel fue un muerto. Sus asiduos visitantes se morían a cada rato de la juma o del guayabo, de la alegría o de la nostalgia, de la preocupación por el negocio que no se concretaba o de la euforia por el buen resultado del que se había llevado a cabo. Se morían de amor y de desespero, de hondas emociones líricas o de situaciones jocosas, pero cada mañana resucitaban con más ganas de vivir para seguirse muriendo tan sabrosamente como lo hacían. Pero una noche casi hay un muerto de verdad. En medio de tragos y canciones departían los de San Juan, que habían llegado ese viernes en la mañana, con los de La Paz y con algunos del Valle, cuando el jefe del resguardo en la población, un cachaco rubicundo y de aspecto repelente pero buena persona, en el clímax de la emoción desenfundó el revólver e hizo un disparo al aire. Un muchacho de San Juan, novato, que andaba en el grupo, tan pronto sonó el disparo salió a las carreras a perderse en el traspatio, aterrorizado de que aquello fuera el principio de un abaleo colectivo. En la oscuridad de la fuga tropezó con un arrume de láminas de zinc que estaban en el suelo, y la punta de una le hizo un tajo profundo en la pierna izquierda, que enseguida se le bañó en sangre. Cuando se palpó herido sin saber cómo, casi se desmaya, y alcanzó a gritar pidiendo auxilio a los demás compañeros que, molestos pero tranquilos, habían presenciado la inoportuna escena del cachaco disparando al aire. Estos corrieron al patio, trajeron al joven a la luz de la bombilla y cuando lo vieron lívido, tembleque y con la pierna ensangrentada pensaron al unísono que el tiro lo había herido. ¡Y quien dijo miedo! Al instante un ramillete de Colts y Smith & Wesson de todos los calibres blandió en el aire la resolución

colérica de matar “a ese cachaco hijueputa que ha venido es a herirnos al pelao, carajo”.

La cosa se puso fea. Improperios, gritos, insultos, ayes del jovencito, más asustado entonces que al principio, y el pobre jefe del resguardo paralizado de pánico, porque el bendito tiro con que quiso sumarse al jolgorio y expresar su adhesión al grupo feliz, iba era a costarle nada menos que la vida.

La situación se salvó únicamente por la ecuanimidad y ponderación de **Pacho** Mendoza quien, tan pronto entendió que eran las láminas de zinc las causantes del “balazo” que tenía en la pierna el joven, escondió al cachaco en su alcoba matrimonial, donde no se le hubiera ocurrido penetrar a nadie, y con explicaciones lógicas comenzó a aplacar los exaltados ánimos de los sanjuaneros. Finalizado el incidente, la parranda siguió con un motivo adicional: esperar que al muchacho le hicieran una buena curación y celebrar que “menos mal que no fue nada”. El lunes bien temprano, antes de que saliera el sol, vieron al pobre jefe del resguardo del Valle, marchar hacia arriba rumbo a Santa Marta a pedir su traslado.

Igual al anterior en intensidad y duración pero por motivos y con resultados bien diferentes a ese, hubo otro renombrado encuentro que ocurrió en el hotel y de cuyos ecos todavía hay memoria.

Estaban un medio día de sábado tomando cerveza en el Hotel América, **Poncho** Cotes, **Goyo** Manjarrés, **Rafael** Escalona, **Monche** González y el oferente que era **Pacho** Mendoza; de pronto oyeron la voz de Emiliano Zuleta que acercándoseles por la espalda muy despacio, les dijo en voz bien alta: ¡jepa amigos!

Nos cayó como mandado del cielo —cuenta **Poncho**— porque ya las cervecitas nos empezaban a entusiasmar y de ahí en adelante uno nunca responde por lo que pueda suceder. No bien había jalado Emiliano el acordeón a desgranar notas, cuando en la puerta frenó un carro, del que se bajó Lorenzo Morales, que casualmente paraba ahí en el América de regreso de un viaje a Fonseca. Y, parece cosa de mentira, pero de esto hay por lo menos diez testigos vivos, —aseguran Poncho y Escalona— cuando el dime-tú-que-yo-te-diré musical estaba en su apogeo, se presentó nada menos que **Chico** Bolaños. Nosotros nos pusimos roncós de tanto gritar de la emoción que nos embargó a todos. Estábamos que no salíamos de nuestro asombro y no dábamos abasto para congraciarnos con nuestra buena suerte. Tener ahí junticos, a la

mano, reunidos por obra y gracia de los dioses tutelares de los buenos parranderos, a los tres más grandes juglares del vallenato, era algo que sobrepasaba nuestras propias posibilidades de organizadores y colmaba plenamente el más exigente deseo del mejor de los nuestros. Fueron dos días de parranda histórica que pienso que nunca más se volvió a repetir con tales protagonistas y que, en honor a la verdad, fue el primer y único encuentro frente a frente y acordeón contra acordeón que tuvieron en la vida Lorenzo Morales y Emiliano Zuleta”, remata sentenciosamente **Poncho** Cotes. Lo demás —decimos nosotros— no pasaron de ser citas que ninguno de los dos cumplió; desafíos que jamás se realizaron y que acabaron dando origen a la célebre “Gota fría” de Emiliano y a la menos célebre pero contundente “Respuesta” que le mandó Morales.

En medio de esa barahúnda vivencial, desligado ya de la férula paterna puesto que ya no era estudiante, Escalona descubrió que el dinero, que nunca le había importado para nada, a lo mejor servía para muchas cosas y no se encontraba en la mitad de la calle. Un buen día, **Chente** Ustáriz, que lo apreciaba mucho, lo llevó a las oficinas de la llamada Comisión de Aguas, cuyo jefe era el doctor Delgado Barreneche, que era un hombre alto, enteco y de modales refinados, pero de carácter recio y de pocas palabras. Sin embargo, como inevitablemente ocurría siempre, Escalona le cayó en gracia y de la conversación entre los tres resultó este último como “auxiliar” del doctor Delgado en su trabajo. Nunca hubo resolución, nombramiento escrito, ni contrato, ni papel sellado ni sin sellar, ni firma de nadie sobre ningún documento, pero a partir de ese momento, bajo el inapelable mandato de su palabra de honor, Delgado Barreneche iba adelante con Escalona detrás por todos los puntos geográficos de la región donde la Comisión de Aguas tuviera trabajo. Y es evidente que esa fue la primera “corbata” que Escalona lució en su vida antes de que nos acostumbrara a verlo con las otras.

Este insólito aspecto de “empleado” en la burocracia oficial le hizo gracia a sus amigos, que cuidaron bien de que el mismo no se prolongara demasiado. Por su parte, el propio Rafael se gastaba lo que se ganaba con la misma facilidad desconcertante que todavía emplea; no como lo había planeado, en atender sus necesidades de ropa o sus urgencias físicas, sino comprando cuanta carabina y cuanto revólver y cuanta munición se le pusiera delante de los

ojos, en lo que fue el principio de su casi desconocida afición por las armas de las que tiene una colección respetable.

Con Delgado Barreneche anduvo de la Ceca a la Meca y hasta a Barranquilla fue a templar una noche, después de un viaje agotador. Para los amigos su ausencia fue una incógnita, y cuando regresó a los días, convertido en un perfecto camaján, con botas de cañita de color grisáceo —color que nunca jamás se le hubiera ocurrido a ningún vallenato lucir en un par de zapatos— con un pantalón de lino color crema y una camisa *nomeplanche* azulita, Jaime Molina salió corriendo a buscar a Alfredo Araújo, a Juancho Castro y a Dámaso Villazón que se encontraban escondidos jugando póker en los últimos aposentos del Almacén Colombia de Carlos Pérez, y les dijo perplejo e irónico: “salgan pa’ que aguaiten al Rafael que acaba de llegá de Barranquilla. Vengan pa’ que lo vean. Ahora sí que está de remate”. Y todos salieron para encontrarse en el mismísimo sardinel del almacén con la nueva y estafalaria estampa de “ejecutivo barranquillero” que acaba de adquirir el cantor, por obra y gracia de su “trabajo” en la Comisión de Aguas. Poco rato después de haber llegado se enteró de que Valledupar estaba convertido en el ojo del huracán de un rumor tenebroso y espeluznante que había bajado como susurros gélidos de la cordillera y se había extendido como llamas en potreros de verano a todo lo ancho y largo de la provincia.

Los viejos patriarcas estaban indignados y estupefactos; a las beatas que, en olor de santidad, atravesaban el parque o caminaban raudas por la calle de Santo Domingo para ir a la misa de cinco de la iglesia de la Concepción o al antiguo Convento, se las veía poseídas por una ira santa y una terrible opresión en el pecho que les impedía aceptar como posible siquiera lo que se comentaba en todos los aposentos, salas, corredores, tiendas, ventorillos y cantinas. Los padres de familia con hijas en edad de merecer, se encerraron con sus esposas a discutir la posibilidad de una apostasía colectiva si “las cosas seguían así”. Las madres estaban nerviosas. Las muchachas se pusieron ariscas con la tajante prevención que les hicieron en sus casas en caso de que “él trate siquiera de agarrarles una mano” y no faltaron los que, iracundos por tanta vagabundería disfrazada de catequesis, volvieron a recargar los mohosos casquillos olorosos a cobre de las escopetas de chorro, esperando con deleite secreto nada más que

una oportunidad, así fuera mínima para descerrajarle todos los tiros en la panza lasciva. Otros se inclinaban por dirigirse mejor al señor obispo del Vicariato o al arzobispo de la Diócesis o al Nuncio Apostólico y nombrar una comisión que fuera hasta Riohacha o a Bogotá, si era del caso, a poner en conocimiento de las autoridades eclesiásticas los estragos y depredaciones que entre las menores vírgenes y las mayores no vírgenes, estaba causando. Fue entonces cuando Escalona se enteró de todo.

De que en Atánquez había perjudicado a dos muchachitas en una sola noche de confesiones y penitencias; que a Patillal llegó por la mañana con el invento de una reunión de Hijas de María, pero don César Molina y don Lino Yanet no le aflojaron la cara ni dejaron siquiera que le prestaran las llaves de la Iglesia, que era donde se suponía llevaba a cabo sus fechorías; que ya había estado por Villanueva, Urumita, San Juan, El Molino, Barrancas, Fonseca y quién sabe dónde más haciendo de las suyas y dejando un reguero de vejaciones ocultas; que en alguno de estos lugares un buen amigo de Escalona (cuyo nombre se omite por razones de respeto) estuvo toda una noche, sin que se le moviera un solo músculo de la cara ni le parpadearan los ojos, cazándolo con un viejo pero efectivo Winchester entre las manos, a la espera no más de sentir el tenue rumor de la sotana para apretar el gatillo...

En fin, que la cosa no eran simples comentarios sino graves y evidentes hechos y la atmósfera que los envolvía estaba en plena ebullición.

Siguió averiguando más y más detalles y sus amigas y todo el mundo se los suministraron con la preciosista minuciosidad de las tejedoras de encaje: que si fulanita había caído, que si menganita también; que de la hija de Perana se comentaba lo mismo y de la de Zutana parecido. Lo último que le informaron después de dos semanas de indagaciones fue que tanto el Arzobispado como el Vicariato habían sido enterados; y el último viernes, mucho antes de que saliera el sol, al cura de este cuento lo habían visto de Pueblo Bello hacia arriba, rumbo a Nabusímaque, confinado por tiempo indefinido a la yerta soledad de la Misión Capuchina en las estribaciones de la Sierra Nevada.

Antes de que se callaran por completo las lenguas y se secaran las lágrimas de tanta jovencita y tanta mujer madura que él paso por las armas, Escalona estrenó en la casa de citas de la época, que consideró el lugar apropiado, el extraordinario paseo EL GAVI-

LAN CEBADO que es, a juicio de muchos, el canto más completo de su espléndida obra musical:

*Allá en la Sierra vive un gavián cebado
que es el terror y el control de las mujeres
le ponen trampas para matarlo
pero él es adivino y entonces no viene*

*Levanta el vuelo de madrugadita
cuanto todo el mundo se encuentra dormido
y amaneciendo regresa a su nido
pero en las uñas lleva una pollita*

*¡Ay! señores tengan cuidado
que aquí está el gavián cebado
muchachas dejen la bulla
que llegó el gavián sin plumas*

Las estrofas de este canto, que son más y que aparecen completas en la segunda parte de este libro vienen a ser no solo una muestra irrefutable de las virtudes y del talento de Escalona para relatar, sino fundamentalmente un ejemplo clásico de la buena narrativa que ha sido característica básica de la música vallenata.

Algunos investigadores nacionales y uno que otro extranjero, cuya superficialidad para el análisis resulta conmovedora, tanto más cuanto que sus *sesudas* investigaciones se remontan a una “antigüedad” máxima de 20 años a esta parte, han dado en la flor de afirmar con contundencia de academia, que no existe narrativa en la música vallenata.

Despropósito tan grande sólo es posible como resultado de la ignorancia de que el vallenato auténtico, ya sea de Escalona, de Chico Sarmiento, de José León Carrillo, de Chico Bolaños, de Eusebio Ayala, de Juan Muñoz, de Zuleta o de Morales, es básicamente la narración con música de hechos, sucesos, acontecimientos y situaciones vividas, ya directamente por el autor del canto, ya por terceras personas, amigas o no de quien la relata.

Una ojeada simple y desprevenida a cualquiera de las composiciones de nuestra música, desde los primeros cantos que se conocen, porque fueron transmitidos oralmente de generación en generación, lleva, sin mucho esfuerzo, a la conclusión inequívoca de que lo que se está escuchando no es otra cosa que una historia; un hecho real que ocurrió, un suceso acaecido cualquier día, en cualquier parte y en medio de cualesquiera circunstancias, que luego —y es aquí donde surge el prodigio— es retomado por el

cantor, que lo adorna, lo exalta, lo engrandece, lo exagera o rebaja de acuerdo con su personal interés o capacidad al describirlo; pero que en su versión musical es un reflejo exacto del acontecimiento, que acabó enriquecido, embellecido, por la ternura o el ingenio y la exactitud de los versos.

¿Qué otra cosa que una narración, estupenda narración, son, entonces, los versos de José León Carrillo (1840) cuando, quejándose por el desaire que le hizo su medio hermano que además era su compadre, le manda un recado que le advierte:

*Te comiste la pata e' la puerca
y no me diste ningún chicharrón
yo también, yo también haré lo mismo
cuando mate, cuando mate mi lechón*

*Me contaron anoche en el Valle
que estuviste de fiesta mayor
que botaste el festejo a la calle
pero a mí no me dieron razón*

*Me dijeron que tus hijas en la noche
con los ricos se pusieron a bailar
yo a las mías no les permito esos berroches
porque no me las van a perjudicar...?*

¿Y qué nombre le ponemos a la habilidad o destreza para contar cosas, que es como se define la palabra narrativa que poseyeron todos esos rústicos heraldos del vallenato, que por la sola gracia de su ingenio extraordinario iban rimando, con asombrosa habilidad métrica y gramatical, los hechos comunes del diario vivir para convertirlos en todo esto que más que música es poesía musical?...

Que se adentren y buceen y esculquen la cronología de los cantos vallenatos, desde los que lograron rescatarse en la memoria colectiva hasta los de Escalona mismo —que es lo más antiguo que algunos conocen— para que digan o afirmen si no es narrativa MIGUEL CANALES y el PERRO DE PAVAYO, y EL GAVILAN CEBADO, y las SABANAS DE MANAURE también llamada LOS TRES MONITOS, y LA VIEJA SARA y LA PATILLALERA y LA CUSTODIA DE BADILLO y decenas de títulos más de Escalona mismo y de los que no son Escalona.

Que escuchen a Leandro Díaz contando (que narración es contar) la historia de su vida desde cuando *en la casa de Alto Pino/ se oyó la primera vez/ el leve llanto de un niño/ que acababa de nacer/*. Ese niño nació/ para alegrar la familia/ pero que grande dolor/ sintió su madre querida/. Dicen que el niño la suerte/ no sabe donde la tiene/ y aquel que menos se quiere/ resulta ser el más fuerte/. Que paren el oído para que se enteren de lo que le pasó a Emiliano *una tarde en Villanueva/ en que se quiso Toño lucir conmigo/ y yo a veces me imagino/ que esa es la gente que lo aconseja/* resulta que, *estaban Maximiliano/ y José Bolívar en la parranda/ ensalzando a Toño Salas/ y demeritando al pobre Emiliano/ y a mí no me importa/ que Toño me quiera/ si de todas maneras/ se arreglan las cosas...*

Ojalá se arreglen, previo un seguimiento a fondo de la música vallenata por parte de sus casuales críticos; se arreglen, decimos, estas equivocadas apreciaciones que, antes que causarle daño al vallenato, ponen en ridículo a quienes las afirman públicamente con dogmatismo sólo comparable a su audacia. Otra cosa es que se le quiera exigir al vallenato un relato épico o narraciones heroicas sobre guerras civiles o epopeyas que no se han dado, un poco a la manera del corrido mejicano, que al fin de cuentas parece ser el modelo único que citan los críticos para afirmar paladinamente que no hay narrativa en el vallenato.

Pero sigamos con Escalona.

El viajeo permanente con el doctor Delgado Barreneche lo alejó un poco de los amigos, de las amanecidas en el Hotel América, de las tertulias musicales en la primera casa donde coincidieran tres o cuatro y también del ambiente familiar donde pese a los frecuentes discursos de don Cleme y a una que otra llamada de atención de Aló, sus hermanos y hermanas lo seguían protegiendo y pechichando con una solidaridad rayana en la compinchería. Ello era lo que le permitía estar fuera de la casa de lunes a viernes por razones del trabajo y de sábado a domingo por razones de su callejeo constante cuando salía a buscar a Poncho Cotes, a Jaime, a Dagoberto López, a Miguel Canales o al primero con quien se tropezara, para recomenzar la fiesta perenne de la amistad.

Capítulo III

APARECE “LA MAYE”

*(Comienza a girar el carrusel. Mujeres y mujeres.
Donde nace el contrabando. “La Monita de ojos verdes”.
El Liceo Celedón...)*

Todavía maniatado a la oficina de la Comisión de Aguas, a mitad de ese año ocurrió el otro suceso que iba darle a su vida un viraje de 180 grados. Comenzaban las vacaciones intermedias y en los pueblos se reunían los estudiantes que habían regresado a sus casas desde Santa Marta, Barranquilla y Valledupar. Esa tarde del 25 de julio, en una esquina cualquiera de La Paz se había formado un grupo de muchachas que salieron a la novelería de un payaso que andaba por las calles seguido por unos pelaos y unos cuantos perros, en medio de gran algarabía. Marina Arzuaga, Fidelina Moscote y Ana Clara Vence, alumnas de la Escuela Magdalena de Santa Marta, entre otras, se pusieron a ver las piruetas y malabarismos que el inesperado visitante hacía para llamar la atención de la gente, que en mayor número seguía amontonándose en las otras esquinas. “De pronto —recuerda Marina Arzuaga— sentí que un muchacho buen mozo, al que yo no conocía pero que andaba sacando pecho, se me acercó y sin más ni más me dijo:

—¿Cómo está usted, linda?—

—Muy bien, gracias —le dije yo—.

—¿Cuándo llegaste? —volvió a preguntar, esta vez tuteándome, y le respondí:

—Yo llegué antes de ayer—.

Las amigas que me acompañaban y presenciaron la escena, una vez que él se retiró, comenzaron a ponerme pereque:

—¡Andale! Flechaste a Rafael. Cuidate, mijita, que ese es un picaflor. Abrí el ojo, que ya no te lo vas a quitar más nunca de encima...

Yo pensaba que había hablado con **Pachín**, su hermano, porque cuando el se me estaba acercando lo ví exacto a **Pachín**. Pero mis amigas me dijeron que no era ningún **Pachín**, que era Rafael Escalona, el que hace cantos, el que tiene en cada puerto un amor. Yo me reía y él se fue y no lo volví a ver más".

El matrimonio Arzuaga Mejía era y es aún una de las familias más prestantes y adineradas de La Paz, en la cual la única mujer era Marina. Criada con mimos, halagos y cuidados excesivos por parte de sus padres y de sus tres hermanos: Luis Enrique, Claudino y Juan José, se convirtió en una niña consentida, acostumbrada a las cosas buenas y super protegida por su familia. Su padre, don Juan José, siguiendo una tendencia típica de la sociedad pacífica que acabó por convertirse en costumbre, consideraba que mientras más lejos fuera el sitio donde estudiaran los hijos tanto mayor sería su cultura y la importancia de sus conocimientos. Por eso a Marina no la matricularon en el Colegio de la Sagrada Familia que dirigían las religiosas Terciarias Capuchinas en Valledupar y donde estudiaba la flor y nata de esta ciudad, sino que la mandaron al prestigioso instituto Escuela Magdalena que en Santa Marta dirigía la señorita Isabel Segunda Gómez más conocida como "**la seño Chave**". Y por eso también, dicho sea tangencialmente, hoy por hoy no es raro encontrar en La Paz prósperos ganaderos y poderosos hacendados tapados de plata que probablemente terminaron la primaria en Argentina o hicieron tres únicos años de secundaria en México o se graduaron de bachilleres en Chile o, a lo mejor, concluyeron profesiones que nunca han ejercido, en desconocidas universidades de Checoslovaquia o cuando menos del Paraguay. Era en esos tiempos como una moda; más aún, como un pugilato tácito para ver qué padre mandaba a estudiar su hijo más lejos de donde el otro había mandado al suyo. Y don Juan José no pensaba ser menos que los demás; a su hija, entonces, no la puso donde las monjas de Valledupar sino que la envió a la capital del departamento, porque así debía ser dentro del sui-géneris código social de La Paz.

Pocos días después de ese primer encuentro con payaso al fondo, la chiva de **Chiche** Pimienta descargaba en las puertas del

hotel de Macha Manjarrés en Valledupar, a Marina Arzuaga, que venía con una corte familiar integrada por su hermano Enrique, por su primo hermano Julio Araújo, por su prima Fidelina Moscote y por su amiga Matilde Monroy, oriunda de Codazzi, que tenían la misión de llevarla sana y salva hasta las puertas mismas de la Escuela Magdalena, en Santa Marta, donde **la seño Chave** en persona estaría esperándola.

“ Nos estábamos bajando del carro —dice ella— cuando casualmente Rafael pasaba por ahí y nos vio. En seguida se acercó a saludarnos y cuando me dio la mano me dijo:

—¡Ajá!, y se encontró con el tigre, ¿no?

Yo le pregunté: ¿y porqué me dice eso?—.

Porque usted me tiene miedo —respondió él abriéndome los ojos.

Y de verdad que yo sentí algo de miedo y me entré al hotel. Pero por la noche volvió. Estaba recién arreglado y oloroso a un perfume de moda que se llamaba *Silencio en la Noche*. Nos invitó a salir y mis hermanos accedieron porque íbamos las tres, y él nos llevó a ver una película que estaban presentando gratis en el teatro Victoria y que recuerdo muy bien que se llamaba “Los hijos de María Morales”. Después fuimos a la heladería de don Víctor Cohen, paseamos por el parque y a las 10 de la noche nos acompañó al hotel y nos despedimos. A las 2 de la madrugada del día siguiente arrancamos para Santa Marta y no volví a acordarme de él”.

El, por su parte, al otro día se encontró con Alfonso Murgas, quien le dijo que **Poncho** Cotes se retiraba como profesor de la Escuela de Artes y en el segundo semestre pasaba a enseñar Literatura en el Loperena.

Pero un día de septiembre una sobrina de Escalona que estudiaba en la Escuela Magdalena se acercó a Marina y le secreteó un mensaje en el oído: “Tengo en el bolsillo un papelito que te manda mi tío Rafa”. Ella no se acordaba —asegura— pero buscó la forma de que se lo entregaran sin que **la seño Chave** se diera cuenta.

Acababan de comenzar en esos momentos, los capítulos finales de la soltería del más pernicioso, escurridizo y volátil soltero de las últimas décadas en toda la provincia.

Puesto en marcha el intrincado sistema de los amores por papelitos, recados, saludes, y otra serie de claves ocultas que sólo los enamorados pueden descifrar y en las cuales Escalona era

experto, ella siguió los estudios y él su vida común y corriente. Tan corriente y tan común que ni cuenta se dio de que el año iba pasando, de que en Santa Marta había hecho florecer esperanzas a una jovencita de 18 años que comenzó a quererlo tanto como lo desconocía, y que él —tan sensitivo y agudo— no había percibido el cambio que se iba a producir en su vida. Siguió trabajando, viajando como el primer día, parrandeando como siempre y repartiendo el afecto entre sus amigos, sus familiares y sus enamoradas, las imprescindibles mujeres de su vida. Cuando comenzó noviembre, en lugar de pensar que era el mes en que regresaba Marina, apareció fue con un son doliente y quejumbroso que le dedicó a **Poncho** Cotes, que tenía hondo el camino entre el Valle y Manaure de tanto irse los sábados por la tarde a ver a su mujer y a sus tres hijos y regresarse los lunes bien tempranito a cumplir con sus deberes de maestro.

Hay quienes aseguran que cuando Escalona, como ya era su costumbre, le llevó a **Poncho** los versos en un papel y la melodía en su voz para que ésta la vertiera a la guitarra, una vez comenzó a cantarlos ambos comenzaron a llorar, y el ensayo acabó convertido en un largo requiebro que duró tanto como la solemne borrachera que se metieron.

Dos días después, en la casa de Carmen Núñez en Manaure, ante Escalona, **Chaney** Celedón, Crispín Villazón y delante de los inocentes Sarita, Sofía y Fausto que no sabían de qué se trataba, su papá, guitarra al pecho, les cantaba a todo pulmón:

*De las bonitas sabanas de Manaure,
de las sabrosas sabanas manaureras
se viene Poncho lunes por la mañana
llorando de nostalgia, por su querida tierra*

*¡Ay! tan alegre como sale,
hombe el pobre Poncho pa Manaure
pero los lunes se regresa
hombe todo lleno de tristeza*

*¡Ay! porque deja en la sabana
hombe tres monitos que lo llaman*

El nombre verdadero de este canto es LAS VACACIONES, pero la voluntad popular lo modificó después por LA NOSTALGIA DE PONCHO, para acabar llamándolo definitivamente con el nombre de

Los tres monitos. Que en realidad son pelinegros. Este primer son que le dedicó al amigo y a su mundo hogareño apretó más el nudo del afecto mutuo y se olvidó el un poco de los otros amigos, de la gente de Villanueva y puso la brújula hacia Manaure otra vez. *De suerte Poncho —como dijo en el son— que ya noviembre vino/ y el Loperena pronto se vá a cerrá/ y en vacaciones con gallos y con amigos/ en tu pueblo querido te vas* (por no decir nos vamos) *a desquitar/.*

Y comenzaron a desquitarse.

A veces era él el que subía al pueblecito, otras era **Poncho** el que bajaba hasta La Paz, pero cualquiera que fuera la modalidad, lo cierto es que 90 días de descanso escolar apenas fueron suficientes para que los dos amigos ensayaran las formas más refinadas y exquisitas de lo que, según ellos, era el desquite.

Mientras tanto, en La Paz, don Juan José Arzuaga y doña Concha Mejía enterados por el correo inalámbrico de los rumores sobre los “amores” de Marina con el muchacho ese hijo de don Clemente Escalona y doña Margarita Martínez que se la pasa es haciendo cantos y bebiendo con gente de todas las edades, habían redoblado la guardia en torno a la hija que recibieron en el Valle y embarcaron en la chiva del **Chiche** expresamente fletada para la ocasión a fin de que, si acaso Escalona aparecía en el momento preciso, no tuvieran tiempo ni de picarse el ojo. Pero él no iba a aparecer en ese noviembre ni en los días siguientes, atareado como estaba en sus “ocupaciones”.

A mediados de diciembre de ese año 45, cuando organizó con Crispín un grupo de amigos vallenatos para “irnos a Manaure a visitar a **Poncho** Cotes”, ya había adquirido un carrito de segunda mano, que fue la culminación de sus ansias incontenibles de viajar, porque ahí sí que fue verdad que no se le volvió a ver sino el celaje. Sin embargo, la expedición fracasó. Las fechas de Navidad y Año Nuevo que se avecinaban no eran las más propicias para salir de la ciudad, así que los amigos se fueron excusando. Crispín se largó para Pueblo Bello y, cuando todo estaba listo, le tocó a él arrancar solo. Llegó a La Paz, donde dio vueltas en el carro por todas partes, haciendo sonar el pito gangoso que se-
mejaba el lamento de un chivato que estuvieran ahorcando; pasó por el Hotel América; embarcó a Miguel Canales en la cabina al lado de él y salió en gira automovilística por el vecindario. Ya cuando iban camino de Manaure, en medio de los ahogos del motor y los crujidos de la caja que traqueaba cuantas veces el

conductor le metía un cambio, el carrito comenzó a dar brincos hasta que finalmente se detuvo.

—Migue, ¿tú sabes mecánica?—, le preguntó Escalona al acompañante, una vez se bajó y logró abrir la capota.

—No Rafa, no conozco a ninguna Argénida—, le dijo Canales, con la lengua entrapichada por efectos de la botellita de Ron Caña que iba de medio día para abajo.

—¡No seas pendejo, carajo! —Estamos varados aquí, en la mitad de un camino por donde no pasan ni las ánimas benditas y vienes a hacerte el gracioso—, le replicó Escalona, con ira.

—Pero bueno, Rafa —terció Miguel— ¿cuál es el problema?, tenemos más de dos años de estar subiendo a Manaure a pie y ahora no nos vamos a morir porque el carro no quiera subir. Vámonos nosotros y cuando este carro e' mierda quiera arrancá, que arranque...

A Escalona —que recuerda la anécdota como si fuera ayer— no le quedó más remedio que sentarse en el suelo a reírse de los desplantes de Miguel Canales y a esperar, con lo que aún quedaba de la botella, a que alguien que supiera de carros pasara y los ayudara. Tuvieron la buena suerte de que al rato se aproximara una arria de mulas conducidas por trabajadores de don Erasmo Arzuaga, de San Diego, que ayudaron al carrito a subir empujado y luego, con ellos dos dentro, lo mandaron camino abajo hasta que el motor volvió a arrancar. Pero no iba a ser ese el único trastorno. Más adelante, ya cayendo la noche, después de una curva pronunciada, iba Escalona a apretar el acelerador cuando lo encandilaron dos punticos fosforescentes que, a regular altura del suelo, se movieron en la oscuridad.

—Mira Migue: ¿será una culebra? —preguntó Escalona.

—Ni que estuviera de pie —contestó Canales.

Y esta vez sí le dio tal rabieta a Escalona, que frenó el carro en seco y se bajó, dispuesto a que, o Miguel Canales lo respetaba y se dejaba de estarle mamando gallo con esas contestaciones o no seguía de acompañante suyo dentro del carro que “al fin de cuentas es mío y yo meto aquí al que me da la gana”.

Así es Rafa —le respondió Miguel— y como la botella es mía, yo me meto solo lo que queda de ella.

Y comenzó a bajarse del carro, dispuesto a regresarse a La Paz a pie; pero como las luces seguían encendidas, los dos punticos luminosos seguían también suspendidos en el aire moviéndose de aquí para allá. A los dos amigos se les pasó la juma y los invadió

la intriga: “¿Qué será esto, Dios mío?... ¿De esta vida o de la otra?...” pensaban entre sí. —Vamos a dispararle, Migue, porque a lo que sea le tiene que entrá un balazo —dijo Escalona—, echando mano a la pretina del pantalón.

—Espérate Rafa, —susurró Miguel— mejor vamos a acercarnos un poco más, no vaya y sea un perro o un gato que haya caído en una trampa.

—Pero si fuera un perro estaría aullando, Migue —replicaba Escalona—. Solamente que lo hayan ahorcado y esté agonizando...

—Eso es. Debe ser un gato o un perro que han guindado de la nuca —remató Canales.

Decidieron acercarse y entonces lo vieron: era un armadillo, era un *jerre-jerre*, como los llaman por aquí, que paradito en sus patas traseras y con el rabo maltratado por una cortadura de la que manaba sangre, alzaba las manos, se movía balanceándose trabajosamente y emitía tenues chillidos. Los dos amigos quedaron conmovidos y no sabían qué hacer; si intentar ayudarlo o simplemente pegarle el tiro para que acabara su sufrimiento. Cuando decidieron lo primero, el armadillo, gruñendo más fuerte, puso las manos en el suelo y bambaleándose más de lo usual, atravesó la carretera, hizo un esfuerzo, dio un carrerón y alcanzó el monte y se perdió. Al final del camino casi llegando a Manaure, Escalona y Miguel Canales seguían impresionados.

—Caramba, Rafa, si lo único que le faltaba era hablá —decía Miguel, pensando en el armadillito.

—Si, hombre Migue. Este es un animalito muy inteligente y muy sufrido —respondió Escalona—, y comenzó a dictarle una cátedra completa de lo que su fantástica imaginación suponía sabían los armadillos. Antes de que concluyera su prolija disertación, los ronquidos de Miguel Canales, doblada la cabeza sobre el pecho, le cortaron el chorro.

De esa experiencia, que todavía recuerda con la misma ternura que le han inspirado los animales de toda clase y tamaño, Escalona hizo el paseo llamado EL JERRE-JERRE, que es el primero de los dos que llevan ese nombre, pero que son diferentes en letra y música. Este, cuyos antecedentes acabamos de referir, está íntegramente dedicado al armadillito que se les atravesó en la carretera esa tarde en que iban a visitar a **Poncho** Cotes y que Escalona, fiel a su fantasía, convirtió de animalito asustado en fiera amenazante.

*Iba pa Manaure pero quise devolverme
me salió una fiera con figura amenazante
era un armadillo, era un jerre-jerre
que pa metéme miedo me flequeteaba alante...*

El otro *Jerre-Jerre* cantado años después, iba a ocasionarle largos y resonantes quebraderos de cabeza.

1946 lo encontró en pleno proceso de maduración física y espiritual, que se acentuó abruptamente a partir del 4 de enero cuando Jorgito, el menor de los cuatro hermanos Escalona y con el que mayores afinidades sentimentales mantenía, murió después de varios días de intensas calenturas y malestares agudos, que se conocían con el nombre de fiebre perniciosa. “Su muerte —recuerda Escalona— me tomó completamente desprevenido y todavía la recuerdo como lo que significó en ese momento para mí: una gran conmoción. Yo era un muchacho que apenas tenía o iba a cumplir 19 años y lo único que había sentido era una gran felicidad por todo y en todas partes. No sabía lo que era una pena familiar de este tamaño, así que ver morir a Jorgito me sacudió de pies a cabeza. Creo que eso me maduró más y me endureció; me volví fuerte para enfrentarme a algo para lo que no estaba preparado como era el dolor moral. Pero seguí viviendo, creciendo y cantando porque esa es la vida”.

El desarrollo vital y anímico continuó aceleradamente. Ya no hacía falta, ni le importaba mucho que nadie le dijera que era inteligente; que ninguno le asegurara que tenía una predisposición especial para la música y la rima, o que los mayores le echaran el brazo con cariño para rubricar la admiración que le producían sus cantos, ni que sus contemporáneos o los menores que él se sintieran realmente a gusto oyendo sus canciones porque él, mejor que nadie, estaba consciente y seguro de todo eso.

Claro que no podía precisar —todavía no lo puede— cómo ni cuándo ni por qué le brotaba ese deseo, esa necesidad de referir las cosas, las situaciones o los sentimientos de él, de sus amigos o simplemente del entorno en que se movían, sublimándolos bajo el prodigio de la música, porque la verdad era que nunca lo hacía deliberadamente. Nunca se formó el propósito ni se impuso la tarea de fabricar, en la más rigurosa acepción del término, los

versos rima por rima, sílaba a sílaba, rebuscándose palabras bonitas o creando metáforas elaboradas para que le quedaran buenos. El ni siquiera sabía que todo eso es poesía pero también es historia. Lo único que necesitaba era el motivo. Que se diera el hecho con todas sus circunstancias románticas o jocosas o ridículas o trágicas o simplemente ingenuas, como en el caso del *Jerre-Jerre*, que lo demás quedaba a cargo de su inspiración certera.

Ya los muchachos de la Provincia que estudiaban en el Liceo Celedón o en la Normal de Barranquilla, habían regresado comentando que su nombre comenzaba a mencionarse junto a Juan Muñoz, a Lorenzo Morales y Emiliano Zuleta, y al lado incluso del mismo **Chico** Bolaños, cuando ellos, entre la nostalgia y las matemáticas, sacaban un ratico para hablar del Valle y terminar cantando los paseos, sones y merengues que empezaban a divulgarse con el nombre genérico de *vallenatos*. Ya no cabía un miembro más en la anchurosa cofradía de sus partidarios y seguidores que se identificaban a la legua por esa áura especial de ternura y resolución que caracteriza a todos los parranderos del mundo. Ya no había, en muchos kilómetros a la redonda, una sola muchacha que no soñara con ser musa inspiradora de sus estrofas magistrales, que le habían dado respetabilidad entre los grandes del vallenato, con los que se codeaba de tú a tú; además, ya poseía la certeza rotunda de que sus amigos lo iban queriendo más a medida que más lo admiraban. Pero, en medio de ese balance halagador que a su edad podía realizar, algo había que no le dejaba encontrar acotejo consigo mismo. Su vanidad —que no ha sido poca— estaba satisfecha, pero el desasosiego apenas estaba comenzando. No podía identificarlo, pero era como la vaga sensación de que se había comportado mal con la muchacha pacífica a quien le despertó las primeras ilusiones sentimentales; como un guayabo moral revuelto con dolores de estómago, pues en esos primeros días de enero cargaba un reconcomio por dentro tal que —como dijera la Chenchá— *no hallaba pared con qué ras-carse la espalda*. Se fue para Patillal, donde se reunió con los amigos, y regresó a los quince días sin saber mucho qué cosa distinta de la que estaba haciendo quería hacer con su vida. Lo único que tenía claro era que todo ese peso interior sólo se aligeraba cuando se transformaba en canto.

En los últimos días de enero la alta sociedad vallenata comenzaba a organizar los bailes que abrían la temporada carnestoléndica. El pueblo raso bailaba día y noche en los umbrosos y recursivos salones de carnaval, como el archifamoso Salón Central que, administrado por Marcelo Calderón, abría sus puertas a las 10 de la mañana para que entrara Ño Raimundo y todo el mundo con su correspondiente *capuchón* enlazado por el talle. El Salón Rancho Alegre, orientado y dirigido por don Víctor Cohen en los patios del elegante Hotel Buenos Aires, era otra cosa: allí no se permitía la recocha de los *capuchones* y, tal como lo decía el vistoso letrero elaborado con letras góticas, “la administración se reserva el derecho de admisión”; cosa que el noventa por ciento de los bailarines no entendía e igual los tenía sin cuidado porque, decían ellos, “nosotros no necesitamos que nos admitan con tal de que nos dejen entrar”.

En las amplias salas de las casas de don Oscarito Pupo, de doña Rita Molina de Pavajeau, de doña Nepta Cotes de Pumarejo, de doña Victoria “Toya” Maestre de Molina, la mamá de Jaime, se llevaban a cabo en riguroso turno los grandes bailes donde las damas de alcurnia lucían sus deslumbrantes y primorosos disfraces de bailarinas orientales, llenos de tules y gasas flotantes; de majas españolas, con mantillas y castañuelas; de madames pompadures que no podían caminar por los alambres de las crinolinas y que sudaban la lipidia bajo las elaboradas pelucas llenas de rizos que, a base de maguey e ingenio, fabricaba Helina Molina; y, en cierta ocasión, hasta una muy original comparsa de Patrias vivientes envueltas en el tricolor nacional, con gorro frigio en la cabeza y el escudo de Colombia sobre el pecho, que hizo su entrada triunfal al primer baile de la temporada a los acordes marciales del ¡oh gloria inmarcesible!

Escalona poco iba a estas fiestas. Le aburría la parafernalia de esos bailes de carnaval de la llamada gente bien donde, primero que todo, había que embadurnarse la cara y disfrazarse de lo que fuera para estar a tono con la ocasión y después estarse ahí parado una y más horas esperando que cada pareja o cada comparsa entrara y, cuando hubiera llegado la última, esperar otra vez a que las mujeres, solas, como si estuvieran de pelea con los hombres, se sentaran todas en fila de sillas pegadas a la pared, mientras ellos desaparecían a grandes zancadas para el

patio o la cocina donde, mimetizada detrás de la olla con ensalada de pollo, había una botella de White Horse. Jaime Molina tampoco aceptaba esas solemnidades de mentiritas para algo tan desenfrenado como un carnaval y no le llamaban la atención esos bailes de gala, pero iba y les sacaba más jugo después que finalizaban. Entonces salía a buscar a Escalona para contarle, entre risotadas y burlas, los más destacados momentos de la velada. Así se enteró Escalona de que la noche del sábado de pre-carnaval, don Rigoberto Benavides, el cachaco refinado y elegante que desde décadas atrás se había instalado en la ciudad, donde tanto contribuyó a todas esas exquisiteces sociales, había tenido un fuerte disgusto con su esposa doña Fabriciana.

Benavides, como se le dijo siempre, llegó a Valledupar como farmaceuta del Batallón Bomboná, pero a un solo golpe de ojo abarcó de inmediato la dimensión humana y social de una comunidad exigente y desconfiada con los forasteros. Tuvo él el tino de entender con precisión la escala de valores vallenatos, aprenderse de memoria el orden exacto de las jerarquías establecidas y la prudencia para esperar pacientemente su hora. En la penumbra de la obsecuencia y la discreción se fue vinculando, como boticario servicial y oportuno, con las familias distinguidas, de las que vio nacer varias generaciones, hasta cuando su don de gentes y su amistad personal con apellidos ilustres le abrieron las puertas de la sociedad vallenata de entre la cual escogió a una de sus más bonitas damas para desposarse. El cachaco Benavides, por obra y gracia de su matrimonio con doña Fabriciana Calderón, entre otras cosas, alcanzó un lugar destacado en el mundo social; lugar que él hizo más notorio por virtud de los refinamientos y lujos con que vivía. Su ropa, íntegramente de lino holandés blanco, era enviada a Barranquilla a la lavandería del hotel Tívoli donde la arreglaban semanalmente y la volvían a despachar a Valledupar. Se bañaba en agua de colonia Jean Marie Farina y tenía una verdadera colección de zapatos blancos en todos los estilos. Era todo un personaje que, sin haber dejado nunca de ser cachaco en la mejor acepción, era también un vallenato integral.

La noche del baile que nos ocupa, al momento de aplicarle las gruesas capas de polvo blanco del maquillaje que él debía llevar para lucir mejor el disfraz de Pierrot, porque ella era Colombina, se sorprendió doña Fabriciana de la profusión de pliegues y caminitos casi invisibles que descubrió en el rostro de su consorte. “¡Qué horror Rigo!, estás lleno de arrugas”, exclamó sorpren-

dida. Y él la apartó y corrió al espejo donde, claro, comprobó que “todo no es nada más que un invento suyo mija”.

—¿Cómo que invento mío?, —refutó furiosa—. Además de viejo estás ciego; mírate, mírate bien al espejo.

—¿Por qué mejor no se mira usted? —replicó él.

—Mírate tú, que no quieres dar tu brazo a torcer —terció ella. Y por ahí derecho, entre las mutuas invitaciones a escrutarse las vejees, acabaron en una discusión fenomenal que amenazó cancelar el debut de Colombina y de Pierrot.

La oportuna intervención del doctor Pupo, que quería mucho a Benavides y que llegó en ese momentico a buscarlos para ir al baile juntos, atenuó la ira unánime de la pareja que se recompuso zapatillas, bombachos, golas y gorros y arrancaron para donde Ita Molina como si nada hubiera pasado. Pero Pupo no era escaparate de nadie y contó el cuento, que al ratico se regó por toda la fiesta, y a los dos días, cuando Jaime se lo contó con pelos y señales a Escalona, se convirtió en otro de sus paseos, que se llama precisamente LAS ARRUGAS DE BENAVIDES:

*Parece que te estás poniendo viejo
le dijo a Benavides, Fabriciana
Esas son mentiras del espejo
que yo no tengo arrugas en la cara...*

Y como el que está en la hecha está en la sospecha, con las mismas que estrenó su nuevo paseo salió a las volandas para La Paz, antes de que don Clemente lo llevara en persona a pedirle excusas a Benavides, que estaba furioso. Llegó a La Paz apenas con el tiempo justo para sumarse a un grupo admirable que, encabezado por Andrés Becerra, arrancaba en esos momentos para Manaure con el propósito de subir hasta El Plan. Fue apenas una jugada de la casualidad que él hubiera llegado a La Paz en esos momentos; porque ni se tropezó en el camino con Manuel Moscote, a quien habían enviado al Valle a buscarlo, ni tenía pensado ir al pueblo en esos días. Cuarenta y ocho horas más tarde allá, encima de la serranía, abrazaba a su Majestad la Vieja Sara María Baquero que, en unión de sus hijos, sobrinos, nietos y de un largo primerío que estaba bajo su mando y jurisdicción, echaba la casa por la ventana agasajando a Rafael Escalona al que por fin lograba conocer.

Al regreso de El Plan, donde permanecieron una semana larga, hicieron otra larga escala en Manaure. Allí la reunión fue como una gigantesca manifestación pública. Llegaron los que hacían falta de Villanueva y de La Paz, los de San Juan, los de San Diego, los de Urumita, y la barra fuerte de Valledupar, encabezada por Lucho Pimienta, que se devolvió para Manaure a las carreras, no tanto por el jolgorio cuanto por cuidar la primera y única nevera de palo que había en ese pueblo, que era propiedad suya y de la cual ya había tenido noticias de que estaba en manos y a disposición de “esta horda de irresponsables”.

Una mañanita se levantó Escalona de la hamaca y se dio cuenta de que era febrero. Pensó en Marina Arzuaga y se les revolvió ese sedimento agridulce de interés, cariño, complejo de culpa, ansiedad y temor que tenía asentado en las tripas como se asienta la borra en las ollas de preparar café. Salió para La Paz a averiguar por ella, pero le informaron que antier se había ido para Santa Marta. Su singular teoría de que un clavo saca otro clavo, si no lo remacha más, fue la tabla de salvación en ese momento terrible y arrancó para San Juan, después de haber alistado un maletín ajeno con ropa que le prestaron. A Juan Brugés, a Enrique Egurrola y a Checha Urbina aún no les había pasado el guayabo poderoso con que regresaron de Manaure. Más de una docena de bultos de cerveza y unas cuantas botellas de whisky que habían consumido no era asunto despreciable, y apenas estaban reponiéndose del trajín etílico, así que la llegada de Escalona les produjo pánico. Pánico que no les duró mucho rato, porque por la noche ya estaban sonando las guitarras debajo de la luna sanjuanera, mientras en el patio de la casa de Turo Molina, sobre los tres tacanes hervía la olla con el sancocho de gallina.

Ahí, esa tarde de febrero de 1946, Rafael Escalona conoció a Fernando Daza popularmente llamado **Tatica**. Y vio también, cuando pasaba por el sardinel de la casa de enfrente, a una primorosa estudiante de la escuela pública que tendría como unos 15 ó 16 años y a la que comenzó a seguirle el rastro. Antes de que saliera el sol y que los contertulios se desmadejaran en los taburetes, ya él había descubierto cómo se llamaba, qué edad tenía, qué curso estaba haciendo y además que vivía en Los Pondores, un caserío a menos de cinco minutos de San Juan, en carro, y un poco menos de media hora a paso ligero. Su nombre era Ambrosina Ariño y le decían “**La China**”, pero bien pudo ha-

berse llamado “**Paloma**” tales eran la malicia y agilidad con que se escabullía de aquel audaz vallenato que, sin que nadie se lo hubiere presentado ni saber si ella estaba dispuesta a darle los buenos días, se le venía con todos los arreos de frente y sin ninguna pena a echarle corte por las esquinas.

En San Juan no había carnavales ni fiestas paganas ni no paganas. La moral de hierro que había implantado el cura párroco, reverendo Padre Dávila, era como una losa de concreto vaciada sobre los más elementales sentimientos de la gente de esa comunidad. Lo que no estaba prohibido era pecado y lo que no era pecado ni estaba prohibido ni había con quién hacerlo, remataba Escalona sentenciosamente. Los hombres solteros y aún los casados insatisfechos, debían inventarse viajes de negocios a otros pueblos, donde nadie negociaba nada, con el único fin de buscar un desahogo a sus más apremiantes necesidades físicas porque allí en San Juan no había, nunca hubo y todavía no hay, casas de cita, lenocinios, burdeles, ni ninguno de “esos inventos del mundo el demonio y la carne para perder a los hombres”, decía el cura. Dentro de esa draconiana concepción de las buenas costumbres, inculcadas a punta de sermones entre la población femenina y en no pocos caballeros, fácil era suponer que a Rafael Escalona las muchachas lo tuvieran poco menos que como la personificación del Diablo, del que debían huir, como éste de la cruz.

Pero suspiraban por él. Y padre Dávila aparte, notables fueron los estragos que logró hacer aquí, allá y acullá de San Juan. Algunas había que se le resistían y casi siempre esas fueron las que primero mencionó en sus cantos. Tal, por ejemplo, esta joven estudiante pondorera a la que le gastó viajes, visitas, tiempo, labia y una gran dosis de su tenacidad, todo lo cual se estrelló contra el muro de resistencia que ella levantó desde el primer momento. Fastidiado en su orgullo y en sus ganas, acabó conformándose con hacerle el paseo EL CAZADOR, que también llaman LA PALOMA MENSAJERA, que compuso y estrenó antes de retirarse de San Juan por una larga temporada. Su primera estrofa deja abierta la posibilidad de que, al final, él acabe saliéndose con la suya, cosa que a estas horas de la vida nadie podría afirmar o desmentir.

*Oyeme paloma si me sigues molestando
te voy a poné una trampa para que caigas en ella;
aunque digan que yo soy un hombre malo
que no tengo sentimientos porque cazo mensajeras...*

*¡Ay! yo no sé por qué se espanta
esa paloma pondorera
¡Ay! te voy a poné una trampa,
hombe, para que caigas en ella.*

Con la misma frescura e igual impasibilidad que ha tenido para pretender que las cosas, por ser hechas por él siempre son bien hechas, sólo al llegar al Valle se acordó de su "empleo". Fue a la oficina y su jefe no le dijo nada, ni le recriminó esa larga e inconsulta temporada vacacional que él se había autodecretado; pero las cosas no siguieron siendo lo mismo que antes. Volvió a cogerle el ritmo, que no era ritmo sino trote físico, al oficio al lado del doctor Delgado Barreneche, pero empezó a echar de menos a los amigos y a las guitarras, las reuniones con Emiliano, la posibilidad de organizar una fiesta a cualquier hora del día o de la noche, mas, por encima de todo eso, añoraba su libertad. Su sacrosanta libertad para hacer, como estaba acostumbrado desde siempre, lo que le fuera dando la gana con su vida. Ni él mismo sabe si fue que el doctor Delgado, acostumbrado a otro estilo de ayudantía lo fue soltando poco a poco, o si fue que él, no acostumbrado a ninguna clase de jefatura, se le soltó de un tirón. Pero una mañana, con la misma inesperada decisión con que se sometió a la rutina del empleo, suprimió la coyunda que lo amarraba a las espaldas de Delgado Barreneche y no volvió nunca más a las oficinas de la Comisión de Aguas.

Al empezar mayo ya había recuperado el último minuto de sus días. Tenía el camino a Los Pondores hecho un canjilón de tanto atravesarlo a pie en compañía de Leticia Fuentes, que lo llevaba y lo traía de San Juan hasta allá y de allá hasta San Juan, siguiéndole las pisadas a la paloma pondorera. Pero el pensamiento seguía en Santa Marta; mucho más ahora, cuando ya se acercaba el mes de julio y las vacaciones escolares eran la única oportunidad que tenía para volver a ver a Marina e intentar un diálogo con ella.

A estas alturas ya la contraofensiva familiar de los Arzuaga-Mejía estaba funcionando como un reloj. La **seño Chave** en Santa Marta está al tanto de todos los pasos e intenciones de Escalo-

na, y con igual vehemencia y mayor energía, participa de la estrategia planificada en el hogar para “no permitir que a esa muchacha se le vaya a meter en la cabeza coger amores con Rafael”. La vigilancia es implacable. Las encomiendas que van de La Paz a la capital del Magdalena, empacadas en gigantescas cajetas de cartón y rotuladas “A la señorita doña Marina Arzuaga, remite de La Paz Concepción Mejía”, son sometidas a una aduana minuciosa, bajo la mirada alerta de la directora que, esculcados centímetro a centímetro los kilos de queso y registrados los compactos turrone de dulces de leche y de toronja y de maduro y sacudidas las sedosas camisas de dormir y meneados con una larga espátula los frascos de mantequilla criolla, son, entonces, sí, entregados a su destinataria, que debe abrir y leer las cartas familiares en presencia de la celosa vigilante para evitar que —quiénquita, porque él es capaz de todo— Rafael haya logrado enviar un mensaje cifrado aún dentro de los renglones de las misivas paternas.

El encargo para la **seño Chave**, que desde el principio tuvo especial cariño por la alumna, iba a ser cumplido con inalterable resolución. Por lo que en vacaciones de julio, en lugar de llevarla como siempre hacía, a la estación, para que se embarcara en el tren que la dejaría en Fundación desde donde tomaba un bus para Valledupar, esta vez, con el dinero que le enviaba directamente a la rectoría don Juan José Arzuaga, compró pasajes para ir a conocer a Barranquilla, Cartagena y, “si nos queda fácil, de pronto hasta Medellín”.

Se dio entonces el caso de que, mientras él aquí organizaba sus propios escuadrones de aliados y vigías que irían a comunicarle los pormenores de la llegada y a planear el modo de conectarse con Marina, ella, siempre bajo la guía de la señorita Isabel Segunda Gómez directora de la Escuela Magdalena, paseaba por el Paseo Bolívar de Barranquilla y por las murallas de Cartagena, una ansiedad más intensa que la de él; que en vista de que ella no vino en esas vacaciones, reanuda sus viajes por todos los sitios por donde siempre estuvo viajando, y un domingo de misa mayor en San Juan, se vuelve loco con una joven muy bella de cuerpo escultural y piel dorada, de pelo de trigo y ojos verdosos, inteligente, agradable y de una espiritualidad que la envuelve como un halo propio. Su nombre, por exigencia del propio Escalona, no se va a escribir ni una sola vez en este libro, así que llamémosla simplemente La Monita de Ojos Verdes.

La niña también estudia en Santa Marta en la Escuela Normal y es una de las jóvenes más atractivas y queridas de San Juan; además, canta como los ángeles. Pero se desaparece de su vista y no la va a volver a encontrar sino muchos meses más tarde en circunstancias bien difíciles para él.

Mientras tanto, el comentario sobre su sorprendente capacidad para enamorarse de cuanta mujer ve, trasciende el círculo de sus amistades y se riega por todo el pueblo que, escandalizado ante una realidad que transgrede abiertamente las rígidas normas impuestas por el padre Dávila, se deshace en críticas y censuras para la desesperada tendencia de este jovencito precoz y mundano que anda siempre con gente mayor y se enamora hasta de una escoba con faldas y —agregan algunas— se las da de mucho cuando ni siquiera bachiller es. El se disgusta cuando sabe que se lo están comiendo a lengua; le parece el colmo que la gente se escandalice porque a él le gustan las mujeres pero no dice nada porque a un fulano bien conocido le gustan es los hombres. Se retuerce de la inconformidad contra toda “esta gente chismosa y abusiva que no tiene por qué carajo meterse en lo que yo haga con mi gusto porque pa’eso fue que Dios me lo puso ahí donde lo tengo y ese es asunto mío y de la que a mí me guste y me quiera, ¡Ajá! Entonces, bien pueden decirle a todos esos majaderos que andan buscando lo que no se les ha perdido y a todas estas viejas pendejas que lo que están es faltas de marío, que conmigo no se-metan porque yo ni soy de aquí ni me parezco a nadie, ¡Ajá! Partía de hipócritas y solapaos que hacen cosas peores que yo, que lo único que hago es que cuando me gusta una mujer se lo digo. ¿O es que quieren que se lo diga a la pared... ¡Ajá! Y además, ¿qué cuento es ese de que no soy bachiller? ¿Cuántos bachilleres no hay aquí ordeñando vacas? Que se miren ellos primero y no estén tratando de disminuir a los demás. Parranda de cretinos...”.

No contento con estas retahilas que soltaba ante quienes se las quisieran oír, una mañana amaneció cantándoles en sus propios patios LAS LENGUAS SANJUANERAS, el paseo con que se sacó el clavo de todos los que se atrevieron a criticarlo en San Juan.

La vida que lleva en esos tiempos es la vida que le gusta y la que le proporciona todas esas experiencias, que más tarde se traducirán en música. Pero entiende que tampoco puede seguir tan libre como un pájaro y tan limpio como los pañalitos del niño Dios.

Quiere trabajar pero no bajo las órdenes de nadie. Le fue bien en su empleo en la Comisión pero no está para repetir esa tarea con ninguna otra persona. Entonces decide qué es lo que va a hacer. De tanto oírlo contar le había quedado sonando la posibilidad de ponerse a negociar llevando mercancías o semovientes a Maracaibo, tal como lo hacían muchos de sus amigos y gran parte de la gente prestante de la Provincia. Esa era la solución. De ese modo trabajaban y adquirían dinero “honradamente” personajes como don Fidel Mejía, un pereirano que llegó por estas tierras con fama de muy rico y que en verdad no hizo más que explotar un filón que los demás no conocían; **Tatica**, lo mismo que el **Tite** Socarrás, Enrique Orozco, los Villazón y don Tirso Maya. Santos Giovanetti y otros. Y si ellos podían “¿por qué yo no?” se preguntaba.

“Así —dice— irrumpí en la Guajira inmensa. Crucé la frontera y comencé una nueva actividad al lado de hombres rudos, de costumbres fuertes y sentimientos nobles, que se ganaban la vida en un oficio mercantil que se llama contrabando pero que en esa época estaba protegido y “legalizado” por algo más poderoso que la ley, que es la fuerza de la costumbre. **Tatica** me introdujo en todos los secretos del negocio y con él fui la primera vez y muchas más. Comencé con unos veinte cochinos que compramos en compañía. Me entusiasmaba la idea de ganar dinero viajando, que ha sido una de mis aficiones, pero también me atraía la aventura en sí misma. Ir en esos tiempos a Venezuela llevando contrabando no era soplar y hacer botellas. Había que tener los riñones en su sitio y los pantalones bien amarrados. Los caminos no eran sino trochas que en verano se convertían en un desierto de polvo y en invierno en unos tremedales. No había término medio. Uno sabía a qué horas salía de Valledupar o de La Paz o de San Juan, pero nunca podía adivinar qué día ni en qué momento podría llegar a la frontera.

“Pero llegábamos. Además, esos viajes tenían la extraña hermosura de las empresas difíciles. Salíamos a veces solos, a veces en caravanas de tres, cuatro o cinco carros que nos juntábamos, nos esperábamos y nos ayudábamos en el camino cuando cualquiera sufría una avería. Las noches, por ejemplo, eran algo especial. A veces en la ruta nos sorprendía la claridad de la luna llena y si llevábamos, como siempre llevábamos, una botella de whisky desperdigada por ahí en la cabina, lo más seguro era que el viaje resultara más largo de lo previsto. Nos deteníamos en algún

paraje acogedor, cualquiera sacaba una guitarra y de ahí en adelante uno no se volvía a acordar del negocio sino por los chillidos de los cochinos. El solo hecho de estar al lado de mis amigos, de oírlos cantar de pueblo en pueblo, de compartir también esos aspectos de sus vidas, compensaba los malos ratos que también pasábamos, los zancudos, la sed, los trasnochos y hasta cualquier mal resultado del negocio.

“Así pasé y llegué mil veces por Villanueva a la casa de los Socarrás, donde la figura del general presidía todo el ámbito social de la época; por San Juan, al acogedor regazo de **Fefa Brugés** que le enseñó a sus hijas a quererme tanto; por Distracción; por Fonseca, donde Juana Pitre, cuya hospitalidad nos abrumaba; por Riohacha, donde los Henríquez; por Barrancas, donde los Gómez y por todos los pueblos de la Guajira hasta llegar al mismo Cabo de la Vela, lo que en esos tiempos era una hazaña. Y así nacieron, en su orden, los cantos de la época: **CARMEN GOMEZ**, a quien conocí una noche en casa de su hermano “Chema” y que me dejó impactado. Ha sido una de las mujeres con más garbo, señorío y distinción que he visto en mi vida.

“**EL CHEVROLITO**, que es un paseo que le compuse a **Tatica**, mi grande amigo, una tarde que fui a San Juan para organizar otro viaje y me esperó con la noticia de que el carrito propio con que tanto había soñado y por el que tanto se había sacrificado era por fin una realidad.

“Efectivamente, en el patio de la casa, en manos de un muchacho que lo brillaba y lo brillaba con un trapo rojo, estaba una flamante camioneta Chevrolet modelo 46 que acababa de llegar “importada” por las leyes guajiras del propio mercado de Maracaibo y con la que él esperaba, entre otras cosas, negociar este mundo y parte del otro allá en Venezuela.

“Había también otro motivo mucho más importante que el negocio: **Tatica** andaba desesperadamente enamorado de la **Yiya Zuleta**, una muchacha hermosa que vivía en La Paz y a la que no hallaba cómo conquistar. Cuando nos mostraba el reluciente Chevrolet, me tomó del brazo, y apartándome hacia la culata del patio, me dijo, bajando la voz: “con este chevrolito es que se va a vé, Rafa, si la **Yiya** se va conmigo o no se va”. Y se sonrió.

“Yo, de verdad, quería que **Tatica** realizara sus deseos, porque para nosotros en esos tiempos, las ilusiones, los sueños, anhelos y sentimientos de los amigos eran una empresa común. Un empeño y una tarea de todos. Si uno de nosotros sufría, todos sentíamos el

mismo sufrimiento, si alguno triunfaba, todos estábamos triunfando. Era apenas natural que si alguno andaba enamorado, los demás padeciéramos las mismas nostalgias y las mismas ansiedades que padecía él. A mí me pasó eso con **Tatica** y después con **Poncho** Cotes y con el **Tite** y con Jaime Orozco y con **Caviche** Aponte y con todos lo que trasegaron conmigo esta etapa de la vida.

“Hice fuerza pues para que lograra conseguirse a la Yiya y decidí ayudarle poniendo mi granito de arena. Entonces le comuse el paseo EL CHEVROLITO, en una de cuyas estrofas él le dice a ella por boca mía:

*Cogé los colgaderos nada má,
que a ónde vamo a dormí, me encargo yo;
no te debéi por eso preocupá
porque mi hamaca es grande y caben dos*

*¡Ay de por Dios mi Yiya, de por Dios,
y recogé tus chismes y vamonó...!*

“En uno de esos amaneceres llegamos una vez a Paraguachón, un arroyo caudaloso derivado del río Limón de Venezuela, que había que atravesar y que tenía fama de ser un lugar teso y peligroso porque allí los indios se dedicaban a asaltar a los viajeros para quitarles la mercancía. El solo nombre infundía pavor. Se escuchaban cuentos de comerciantes que habían sido asesinados en sus orillas y sus cadáveres echados a las aguas, de donde nunca fueron rescatados. En invierno el caudal aumentaba de tal modo que era un verdadero río de corrientes impetuosas. Ahí tocaba esperar a que bajara la creciente y nos picaban los mosquitos y nos acosaba el hambre y se nos iban poniendo los nervios de punta por la incertidumbre sobre cuándo podrían atacar los indios. Uno dormía con un ojo abierto y el revólver en la mano.

“En Paraguachón pasamos más de dos ratos difíciles y en alguna ocasión se corrió por toda la provincia la noticia de que el carro donde yo viajaba había sido asaltado y no se sabía de nosotros. De regreso, cuando llegamos a Fonseca nos estaban esperando con ese cuento y todo el mundo salió a vernos para saber qué era en verdad lo que había ocurrido. Afortunadamente era una equivocación. El lamentable caso había sido con unos

muchachos de la Zona Bananera que iban de ayudantes en otro vehículo de Uribia, a los que, en efecto, los indios habían atacado, robado y asesinado una noche antes de que llegáramos nosotros al arroyo.

“Ya en el carro, sano y salvo, pensando en la tragedia de que nos habíamos librado y en cómo las cosas a veces son bien diferentes de como los demás las juzgan, se me ocurrió hacer PARAGUACHON.

*Oigan señores, yo conozco muchos hombres
que hablan de machos cuando están bebiendo ron;
los invito a Paraguachón
pa que prueben sus pantalones...*

*Paraguachón es un arroyo que hizo el Diablo
y que divide a Colombia de Venezuela;
y a mí me dijo un venezolano:
Mira chico, tú aquí no llegas.*

Por cada ruta que siguen los vehículos de la era del contrabando Escalona va dejando expectativas. Mujeres a las que nunca más regresa y promesas de visita que nunca cumple. Hace amistades en cada parte y se enamora en cada lugar por donde pasa. De todas estas sensaciones va quedando la historia perpetuada en el canto. Después de CARMEN GOMEZ y EL CHEVROLITO y PARAGUACHON le hace EL COPETE a una atractiva jovencita de San Juan, que años más tarde sería su cuñada. El la había visto ir y venir por las calles, pasar por la puerta de la casa donde él se alojaba, entrar y salir de misa, hasta que un día la volvió a ver en un grupo numeroso que llegó a La Paz y supo que por la noche estaban invitadas a cine por unas amigas. Intrigado, se apostó en el solar donde don Chepe Romero enseñó a los pacíficos los artilugios del proyector cinematográfico, y entonces la contempló a sus anchas. Era una morena clara, de hermosos cabellos negros que llevaba recogidos en soberano copete encima de la frente, al último grito de la moda.

A Escalona toda la vida le ha gustado mandar razones, enviar recados escritos o verbales para explicar hasta lo más intrascendente, y las mujeres no escaparon a esta tendencia suya. Al día siguiente la dama del copete tenía en sus manos un papelito “que te manda Rafael Escalona” sin que ella todavía supiera quién era el inesperado corresponsal que se atrevía a “irrespetarla”

haciéndole un canto a ella, que ni siquiera había mirado para la puerta desde donde él espiaba.

*Oye morenita, oye morenita:
así es que me gusta verte:
con la cara pintadita
y ese bonito copete.*

*Como te vi en cine anoche
así es que me gusta verte;
porque me estás dando el golpe
con ese lindo copete...*

Pero la destinataria no se inmuta, y menos cuando le advierten que el joven poeta no es bachiller. El tampoco insiste y olvida el copete. Sigue viajando a la frontera y más allá. Trabaja y se hace a unos cuantos pesos en el floreciente negocio del contrabando y tiene a La Paz, San Juan y Villanueva, convertidos en algo así como sedes de sus actividades. A Manaure va poco porque **Poncho** Cotes, que es quien lo liga a ese pueblo, vive ahora en el Valle muy juicioso y consagrado dictando clases en el Loperena. Con él y con los demás amigos se encuentra los sábados, domingos y feriados en cualquiera de estos sitios donde haya gallos, parrandas o la necesidad de una serenata de esas multitudinarias que él y ellos, todos perfectamente embriagados, salían a dar debajo de las ventanas a sus pretendidas.

Antes de que finalice el año, sus sentimientos son un perfecto revoltillo de nombres de mujeres y de ilusiones con distintos nombres: se escribe a escondidas con Marina en la Escuela Magdalena; le manda papelitos y razones a la Monita en la Normal; redobra el ataque en Los Pondores con miras a cazar a la esquivia **China** Ariño; se enamora de una princesa guajira a la que le canta LA FLOR DE LA GUAJIRA y cuando llega noviembre se encuentra en un laberinto igual a los que van a ser la constante de su vida sentimental desde ese momento y para siempre. Una vez comienzan las vacaciones y empiezan a llegar los buses con sus cargas estudiantiles, con la que primero se tropieza es con la Mona y arrecia su empeño por conquistarse a esa muchacha que lo ha desequilibrado, que no lo ha dejado dormir bien desde cuando la vio, que lo ha tenido vuelto un ocho pensando en ella día y noche y que, ahora que volvió a verla, se da cuenta de cuánto le gusta y

de cómo desea que ella le pare bolas. Pero tropezó con otro muro de piedra. Parecía como si todas las sanjuaneras se hubieran puesto de acuerdo para cortarle las alas antes de que lograra levantar el vuelo.

El sigue insistiendo a punta de papelitos cortos o de extensas cartas en las que va dejando pedazos de su alma. Le manda larguísimas razones que suelta durante horas y horas en los oídos de muchachitos escogidos al azar, que luego van a repetir un sartal de incongruencias totalmente diferentes de aquellos dolientes requiebros orales. Otras veces los recados son tan cortos y tajantes que al momento de darlos más parecen una amenaza. Ella recibe y oye y admite todo esto pero no dice esta boca es mía. Hasta el día en que él creyó entrever una esperanza, y el sobre rosado en que iba la esquila más apasionada y mejor escrita le es devuelto sin abrir.

Escalona queda desconcertado. La banderilla de fuego que le ha clavado esta enérgica sanjuanera le bailotea en el lomo y no sabe cómo sacársela. Es la primera vez que, como en el juego infantil, le pintan en el suelo la raya donde no debe poner el pie y lo que está sintiendo en esos momentos es una mezcla de anhelos insatisfechos y orgullo herido. Pero no se va a aquedar así con un palmo de narices. Va directamente a la casa de la muchacha, saluda a todo el mundo, conversa con la gente mayor y, haciéndose el loco para demostrarle que ella no le importa tampoco un soberano comino, habla esa noche de un largo viaje que tiene para Venezuela, “donde —dice— me están esperando los González para un negocio muy bueno que quieren hacer conmigo”. Los González son una poderosa familia de la casta epiayú que domina una extensísima región de la Guajira colombo-venezolana. El viaje, en efecto, se realiza. **Tatica** prepara el carro y entre ambos recogen unos pesos, arrancan y duran viajando hasta finales del mes, y él cree que se ha sacado el clavo; pero al regreso todo el mundo sabe que la **Mona** es un martillo que sigue golpeándolo.

El mes de diciembre es un permanente ir y venir a San Diego, donde ha establecido el cuartel general de sus actividades festivas, bajo la comandancia de Andrés Becerra y del **Negro Calde** y con la participación de Juan Muñoz, que ya tiene montadas en su acordeón la casi totalidad de sus composiciones hasta ese momento. En San Diego conoce a Salvadora Dangond, una mujer del pueblo; emprendedora, servicial y querida por todo el mundo pero que no carga agua en la boca para cantarle las claridades al que sea y

que adora a la hija que tiene, por la que está dispuesta a matarse con el mismísimo Demonio si es del caso. Becerra le dice, cuando se la presenta, que Salvadora es lo más bueno y atento del mundo pero que hay que sobrellevarla cuando coge rabia porque entonces no tiene que vé con nada ni con nadie. Sus pleitos e insultos son famosos en el contorno y cuando alguien cae en desgracia con ella... “¡que se atese, porque lo que le va es a llové lengua de la brava!...” Con tan claras advertencias Escalona queda preparado para cualquier riesgo desde el comienzo de su amistad con el más renombrado personaje de San Diego, con el que acaba sosteniendo unas muy buenas relaciones.

Cualquier día, en una pasada por La Paz, llega al hotel América y se encuentra con **Poncho** Cotes quien lo andaba buscando y le trae dos buenas noticias: la primera es que para el año entrante Cotes se viene de Manaure con su familia para vivir de un todo en La Paz. Ya tiene casa alquilada y solo espera que **Chiche** Pimienta le haga el trasteo para traerse a Carmen y a los tres monitos una vez pasen las Navidades y el Año Nuevo. La otra es que María Salas, hija de la Vieja Sara y hermana de Emiliano, bajó de El Plan y le dijo antier en Manaure que la vieja se había quedado esperando la visita que ambos habían prometido hacerle a mediados de noviembre cuando ya Poncho se hubiera desocupado en el Loperena; y que Emiliano le mandaba a decir que tenía un muchachito de un año que iba a bautizar y quería que él, Escalona, fuera el padrino.

—“Caramba Poncho —dice Escalona— es que he estado tan ocupado que no he tenido logro. Yo te he andado buscando por todas partes...”

—Sí Rafa, yo te comprendo; porque esas ocupaciones tuyas también las he tenido yo —le responde **Poncho** alzando la mano en la que empuña una cerveza—. Pero mientras logramos desocuparnos vamos a ponernos de acuerdo para ver si subimos al Plan ahora en diciembre”.

Estando en la organización del viaje, llegó al hotel un muchacho preguntando que quién era el señor Rafael Escalona.

—Yo soy, a sus órdenes —contestó él. El muchacho se acercó, le tiró un papelito en la mesa y salió a las carreras. El lo abrió, lo leyó, lo releyó y se quedó ahí con **Poncho** Cotes y con los que se fueron sumando toda la tarde y parte de la noche, exhibiendo la sonrisita triunfal del que se ha salido con la suya.

Al día siguiente en la mañana, Ana Clara Vence, la amiga íntima de Marina, llegaba sin respiración a la casa de don Juan José preguntando por ella, con quien se encerró en el aposento.

—Mary —le dijo acezando—: Rafa está aquí y quiere venir a visitarte.

—¿Y él no vive es en San Juan? —preguntó Marina con mucha ironía.

—No Mary, mira —replicó Ana Clara reconviniéndola—. No te vayas a poner a peliar; no te conviene negarte. Si él me buscó para que yo te dijera esto, es porque está interesado en tí.

—En mí y en toítas las que se le pongan por delante, remató ella.

—Bueno —insistía su amiga—. Yo vengo a decirte esto es porque él me buscó temprano y me mandó que te lo dijera. Además, me mostró el papelito que tú le mandaste ayer con el pelao. No veo entonces por qué te pones ahora con eso cuando tú misma tomaste la iniciativa.

—Iniciativa no, —alegó Marina— lo que hice fue decirle que no me volviera a mandar ni papeles ni cartas ni a hablarme más nunca en la vida... Y soltó el llanto.

Y por la noche, con la punta de los botines relucientes como un espejo y envuelto en una nube fragante de *Silencio en la Noche*, Rafael Escalona estaba sentado en los taburetes de don Juan José Arzuaga, haciéndole la primera visita formal a Marina que, a partir de ese momento, entraría a la historia folclórico-musical de Colombia con el nombre de “La Maye”.

La informal formalización del noviazgo de Escalona y Marina cayó como una bomba en toda la provincia y les hizo astillas los oídos a los familiares de la novia, que seguían en sus trece. El más rebelde era Luis Enrique, el hermano mayor que, aunque formaba parte del cortejo ritual que se sentaba al pie de la joven cuando llegaba el enamorado, nunca dio su brazo a torcer.

—Es mejor que se vean aquí en la casa delante de todos nosotros —dijo un día don Juan José para aplacar la inconformidad al hijo.

—Si seguimos oponiéndonos va a ser peor agregaba doña Concha.

—Lo que pasa es que ustedes dos, tanto cuidar y cuidar a Marina y siempre acaban haciendo lo que a ella le provoque —contradijo Luis Enrique—. Van a ver que se va a burlar de ella y de toditos nosotros.

—¡No vuelva a repetir eso más nunca en la vida! —replicó don Juan José perdiendo la compostura— ¡No lo vuelva a repetir! No ha nacido el hombre que se burle de mí y mucho menos de una hija mía. Aquí viene a visitarla y de aquí la saca para la iglesia; y que no se vuelva a tocar este tema nunca más —concluyó el sapiente viejo, poniendo punto final a una discusión que no lo era y abriendo un amplio compás de receptividad al hasta ahora rechazado pretendiente.

De la protocolización social de esas relaciones lo único que cambió para la novia fue que la frecuencia de los papelitos y razones disminuyó para dar paso a las largas esperas de ella sentada en el taburete hasta bien entrada la noche, acechando la llegada de Escalona. Que a veces iba hasta tres o cuatro veces al día; y días había en que no lo veían ni de lejitos, para retornar en el momento menos pensado cargado de regalos y lleno de explicaciones que pretendían justificar su ausencia. Pero la Maye, enamorada hasta los tuétanos, haciendo gala de la infinita paciencia que Dios le dio, agarró su cruz, se abrazó a ella y echó a andar paso a paso, segura de que al fin su perseverancia podría más que todas las sanjuaneras juntas; que todos los amigos del mundo reunidos; que las más acentuadas ansias de viajar de este moderno e incontenible Marco Polo, y hasta más que él; el mismísimo Rafael Calixto Escalona Martínez, tal cual su madre lo había parido.

En medio de los altibajos de los amores que a ratos marchaban sobre rieles —y en veces los rieles se trababan— se va acercando la hora en que ella debe alistarse para regresar a la Escuela Magdalena, que abre clases en el mes de febrero. Entonces los enamorados hablan a solas largo y tendido y ella lo convence de que debe seguir estudiando y que el mejor lugar para hacerlo es, claro, el Liceo Celedón de Santa Marta.

A él la idea le parece estupenda. Tal vez porque realmente considere que vale la pena terminar el bachillerato y continuar una carrera; tal vez simplemente porque la perspectiva de un viaje, cualquier viaje, así sea para algo tan inesperado y lejano de su ritmo de vida como es comenzar estudios, lo entusiasma lo suficiente para decidirse a emprenderlo, o quizá porque piensa que es ésta la ocasión de poner en su puesto a todas las pretensiosas que le han echado en cara que no es bachiller y se lo han restregado varias veces como el gran impedimento para que él pueda enamorarlas. Total, que en Valledupar habla con sus pa-

dres y les comunica su decisión de seguir estudios y se devuelve a La Paz y a todos los pueblos de la región a comentarles a los amigos que va a seguir estudiando y que en dos semanas a lo sumo, parte para la capital del departamento a buscar cupo y a matricularse en el Liceo Celedón. Antes, les recoge el guante a los que lo han criticado y les responde musicalmente en un paseo cargado de ironía que se llama precisamente, EL BACHILLER:

*Como yo no tengo diploma de bachiller
en el Valle dicen que no puedo enamorar.
Mira cómo aprecian las mujeres el papel
y tanto de sobra que se ve en el basural.*

La despedida que a fines de enero le hacen sus colegas de andanzas es de tal magnitud que provoca la protesta de los vecinos de La Paz, que a la semana de ruidosos festejos recogen firmas en un memorial dirigido al alcalde, en el cual invocan la Constitución Nacional y solicitan que él, como primera autoridad, le ponga final al canturreteo de **Tatica** y **Poncho** Cotes, a los *pring, pring, pring, prang* de las guitarras de Juan Brugés y Juancho Rois y Lácides Daza, al *tun turran tan tan* de la caja de Pichocho, a los *quejidos* del acordeón de Juan Muñoz y al *voza-rrón* de Andrés Becerra y a todo ese infernal bullicio que han instalado en el Hotel América con el insólito pretexto del viaje de alguien que toda su vida se la ha pasado es viajando.

Una madrugada imprecisa, después de ese adiós interminable y sin haber cruzado aún el abismo del guayabo descomunal, Escalona llega a la ventana de **La Maye** para darle LA DESPEDIDA y notificarla musicalmente de algo que ella sabe mejor que nadie puesto que es, en gran medida, la autora de esa situación:

*Yo vengo a darte mi despedida
con este merengue sentimental,
para que sepas Maye querida
que yo me voy de Valledupar...*

La composición es un merengue y es la primera que le hace a Marina. En ella aprovecha para despedirse y para pedirle que no lo llore; para decirle que ojalá, antes de que él se vaya, se vuelva a poner el trajecito aquel de flores pintadas que ella se ponía en las largas horas de expectativa, esperando que él apareciera; pero

también sirve para advertirle que suprima esos celos terribles que en **La Maye** se van a volver crónicos, porque “los celos te van a matar y si tú te mueres entonces tengo que buscarme otra”. Se-
mejante alarde de ingenio para disculparse culpando, para de-
fenderse con un ataque y para ensayar una perfecta coartada
sentimental, sólo se le ocurre a alguien que como Escalona está
dispuesto a todo por Marina, pero que quiere dejar claramente
sentado que ese *todo* no incluye, ni jamás incluirá, la renuncia a su
desenfrenada pasión por todas las mujeres del mundo. Y no
admite que esto se llame así, sino que le pone el nombre de celos,
para no aceptar que es él el culpable de que algo pase, sino ella la
responsable por ser tan celosa.

En una tarde de febrero, después de 8 horas de viaje por una
ruta que él mismo va a immortalizar un año más tarde, llega a
Santa Marta y se presenta al plantel. El Liceo Celedón es un
mundo completamente diferente al que él había vivido hasta
pisar sus aulas. Allá no hay parranderos ni tertulias musicales ni
viajes; sus habitantes son gente de estudio, dirigidos por profes-
ores severos e ilustrados que no se andan por las ramas en cuestio-
nes de exigencias y deberes. El prestigio de que goza el plantel en
la Costa Norte no se lo han regalado y sus directivas hacen valer
este fuero ganado a través de años de excelencia académica.
Conque Escalona es un alumno más cuyos paseos y merengues y
sones si bien concitan el entusiasmo de sus condiscípulos y paisa-
nos, nada le agregan ni le quitan a su condición de simple estu-
diente que tiene que estudiar y cumplir estrictamente las normas
establecidas.

Mal que bien se somete sin chistar a las reglas estudiantiles, y
consciente de que allá no tendrá a quién acudir en los momentos
críticos, se decide a hacer las cosas bien hechas y acaba echando
mano de los innumerables recursos de su memoria y su intelligen-
cia para no quedarse atrás en rendimiento. Cuenta además con la
afectuosa solidaridad de sus paisanos y condiscípulos, que lo
ayudan mucho; en parte porque realmente le tienen cariño y en
parte porque se les da por pensar que el honor de los provincianos
queda a salvo en la medida en que Escalona —que es el símbolo
del orgullo regional— sea un buen alumno. Pero el internado es
una auténtica tortura. No es el encerramiento. No es el horario
estricto. No es el hecho de que no pongan una botellita de whisky
como refresco en el almuerzo, ni tampoco que no les den cerveza
en lugar de agua. Es la comida, la ridícula comida que les ponen a

él y a todos sus paisanos como si en lugar de hombres de pelo en pecho fueran pajaritos. Es ese pan minúsculo que “más parecería para comulgar que para desayunar”; esa ñizclita de mantequilla que le pasan por encima; ese muy ocasional huevo frito solitario en medio de un enorme plato grasiento y esa taza de café con leche, helada casi, que colocaban ahí en el puesto de cada uno para comenzar el día. Eran esos cuatro granitos de arroz acompañados de unas cuantas hilachas de carne que les daban dizque de almuerzo y comida lo que lo estaba matando de física hambre y lo mantenía malgeniado e inconforme.

Pronto descubre **La Maye** que su idea de entusiasmarlo para que se fuera a continuar estudios —quién sabe si con el recóndito propósito de tenerlo cerca y poder controlarlo más fácilmente— no se tradujo, como ella esperaba, en mejores oportunidades para verlo y estar juntos. Todo lo contrario. Enterada de que ahora el peligro, como lo llamaba, estaba *ad portas*, **la seño Chave** redobló la vigilancia y sembró de alarmas los más impensados recovecos de la oportunidad por donde pudiera filtrarse la astucia de Rafael Escalona.

Los sábados, las internas de la Escuela Magdalena y de los otros colegios salían a pasear por *el camellón*, que era una larga avenida de cemento al pie de la playa, convertido en sitio obligado de reuniones y encuentros de la gente de Santa Marta. Allí todo el mundo se encontraba con todo el mundo y se formaban las tertulias políticas, sociales, intelectuales, familiares y sentimentales de los samarios y de quienes vivían en la ciudad. Pero esas horas de esos días que **La Maye** esperaba con ansias, sólo servían para que **la seño Chave** se le convirtiera en estampilla humana de tal modo adherida a ella que no le permitía ni un resuello. Los fugaces raticos en que Marina se desprendía de esa pegadura para conversar con Matilde Monroy o con Fidelina Moscote o Ana Clara Vence, que le transmitían razones de Escalona, eran interrumpidos por el consabido “Marina, venga para acá” que le soltaba la directora del plantel cuando, a la distancia, lograba entrever la silueta inconfundible de Escalona allá al final del *camellón*.

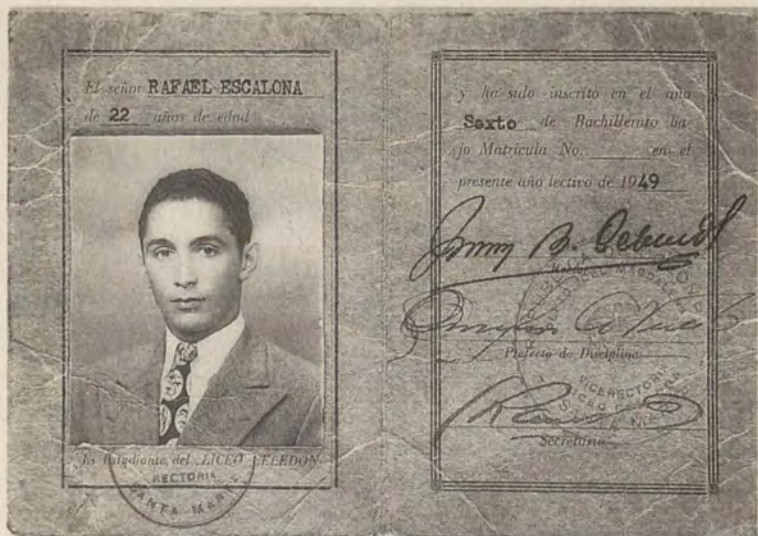
Definitivamente la señorita Isabel Segunda Gómez no gustaba de Escalona. Ella compartía plenamente la misma apreciación de Luis Enrique, el hermano mayor de Marina, de que “ese no es el hombre para ella”. Marina, en cambio, no sólo consideraba que ese sí era el hombre sino que, además, estaba dispuesta a enfren-

tarse a los mismísimos ejércitos celestiales, si era el caso, para defender su determinación. Por su parte Rafael, ajeno a la batalla interna que estaban librando entre sí **la señora Chave** y **La Maye**, seguía enviándole sus papelitos a ella en la Escuela y recados a la **Monita** en la Normal. Marina sabía de esto último y estaba que se consumía de los celos; **la señora Chave** se consumía de nervios de verla tan flaca y consumida, y Rafael, aparte la consunción por la exigüedad de los alimentos, se consumía del gusto dándole gusto a lo que más le gustaba: estar enamorado de varias y andar detrás de todas las mujeres.

La situación llegó a su punto culminante una tarde en que Marina, aprovechando que había llegado una prima suya a visitarla al internado, solicitó un permiso especial “para salir a acompañarla a hacer unas diligencias, porque ella no conoce bien a Santa Marta”. La directora le dio el permiso siempre y cuando la acompañara Pura Moscote, “que es tan seria”. Salieron y fueron a la Normal a buscar a Fidelina, que estudiaba allá, y la primera diligencia que comenzaron a hacer fue irse para la heladería “El Páramo”, donde casi se caen de para atrás cuando se tropezaron con Rafael Escalona que, muy acomodado en una mesita ante sendas copas de helados, estaba también haciendo su propia diligencia acompañado de **la Monita** y de otras amigas. A **la Maye** los nervios le produjeron un ataque de risa. A **la Mona** la risa que tenía se le convirtió en llanto y a Escalona el susto le produjo una tremenda ira que tuvo que intervenir Manuel Moscote **Ticoque** para aliviar la tensión del momento. Las inesperadas —¿o deliberadas?— visitantes no alcanzaron a sentarse y las que estaban sentadas se levantaron y salieron precipitadamente. Lo habían cogido con las manos en la masa y eso era algo que él no iba a aceptar nunca. Así que, pese al desconcierto, se levantó todo digno, fulminó con una mirada a las intromisas y salió, pasando por encima de **la Maye**, de sus primas y del **Ticoque**, que no hallaba qué hacer para disimular la desapacible situación en que se vieron envueltos todos.

A partir de ese día se cortaron abruptamente los recados, los papelitos llenos de corazones y golondrinas y las relaciones con **la Maye** se congelaron. Cuando llegó el mes de julio **la señora Chave** ya tenía lista la consabida gira para llevarse a Marina a conocer a Colombia poco a poco, y el novel liceísta partió para Valledupar, a donde llegó cantando y contando sus peripecias alimenticias de estudiante provinciano en el internado samario y más entusias-

mado que nunca con la sanjuanera monita de ojos verdes. EL HAMBRE DEL LICEO, paseo-son en el que se perfiló definitivamente ese magistral estilo de narración descriptiva propio de Escalona: irónico, gracioso, directo y con una fascinante simpleza que lo mismo relata un itinerario de rutina: *Desde Santa Marta cojo tren en la estación / paso por la zona la tierra e los platanales / y al llegar a Fundación / cojo un carro para el Valle /* ; que se lamenta y burla de su esquelética situación de estudiante voraz sometido a las estrecheces culinarias de un internado en la capital del departamento: *Con esta noticia le fueron a mi mamá / que yo de lo flaco ya me parecía un fideo / ¡ay! es el hambre del Liceo / que no deja engordá / ...* fue la segunda composición que hizo ese año de 1947. En ella se volvió a apartar de los temas románticos y retomó el estilo de sus mejores relatos musicales, para contarle a todo el mundo, con su gracia y mordacidad, por qué estaba tan delgado y cuáles eran los tormentos del apetito que sufría un estudiante provinciano acostumbrado a las exorbitantes porciones de carne gorda de novillo empotrerao, a los succulentos sancochos caseros, a la yuca-harina de nuestra provincia, al queso fresco jugoso de suero; que inesperadamente es sometido a un régimen alimenticio más apto para infligir castigo que para alimentar internos.



Carnet de estudiante del Liceo Celedón, de Santa Marta.



Foto Scopell Fotoshop.

De izquierda a derecha: Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Quique Scopell, Rafael Escalona y Tito Fuenmayor. La fotografía fue tomada en Barranquilla, al parecer en el periódico *El Heraldo*.



Foto Scopell Fotoshop.

Escalona y García Márquez cantando y tamborileando un vallenato.



Foto de estudio de juventud.

Todas las fotos
de estas páginas
pertenecen
al archivo de
Consuelo
Araujonoguera.



En Valledupar, en la primera campaña presidencial de Alfonso López Michelsen.



Recibiendo un diploma de manos del maestro José Barros.



Con la autora de este libro, durante el festival vallenato de 1972.



Uno de sus hobbies, que sigue practicando hasta en su apartamento de Bogotá: fabricar caucheras.

Capítulo IV

UN TESTAMENTO MUSICAL

*(El Imperio de la Vieja Sara. Un cachaco que sí sabe.
Tres mujeres en disputa y una molinera impasible.
La creciente...)*

Los casi seis meses de ausencia del ámbito provinciano profundizaron sus afectos y afinidades con los amigos que aquí quedaron. Una vez llegó salió calle a calle a visitar a la gente, a saludar, averiguando por todos, y a hacerle saber al que quisiera saberlo que él había vuelto y que seguía siendo el mismo Rafael sentimental y detallista. Cumplida esta tarea, que nadie le había impuesto y que desde temprana edad manifestó como una de las condiciones de su carácter, se fue para La Paz a buscar a **Poncho** Cotes, dispuesto a que esta vez sí, aprovechando las vacaciones, irían a El Plan a visitar a la Vieja Sara y de paso, si conseguían a Emiliano, bautizarle también el muchachito, que ya andaba caminando.

Encontró a **Poncho** en lo fino. Ahí estaba el mismo amigo de años atrás, en el mismo sitio donde lo dejó su afecto y con su lealtad intacta. Ahí estaban también el mismo Hotel América y las mismas barras de siempre frecuentándolo y echando de menos al jovencito audaz que se había madurado biche y que tanto les había enriquecido la vida a todos ellos, que eran personas mayores. El recibimiento fue discreto porque prefirieron de inmediato comenzar a organizar el gran viaje hacia El Plan, y una vez allá en la Serranía, donde nadie podría molestarlos, dejar, entonces sí, que el estropicio sacudiera la cordillera.

Pacho Mendoza, **Poncho** Cotes y Andrés Becerra se encargaron de pasar la voz, informando que Escalona había regresado y al poco tiempo estaban todos los que eran reunidos en La Paz rumbo a Manaure desde donde subirían a El Plan. En el Chevro-lito de **Tatica**, que aún no le había servido para conmoverle los sentimientos a la **Yiya Zuleta**, se vino la pesada de San Juan reforzada por Raúl Guerra y Joaquín Gámez y parte de la de Villanueva, que se sumó en el camino. De Urumita vinieron otros tantos, acompañados por Víctor Soto, que era una especie de tambor mayor, porque, además de la guitarra tocaba muy bien el acordeón; y con los de Valledupar partieron todos ese mismo día. Al rato, el camino de Manaure era una larga caravana de carros viejos que lentamente iba trepándose al lomo de los cerros para llegar a las sabanas manaureras, última estación antes de la meta final. El gentío llegó más de allá que de acá, por efectos de las botellas de House of Lords que Escalona cuidó de ir repartiendo en el camino. En casa de Petronila Cáceres se detuvieron “un momentico, mientras averiguamos si hay suficientes animales para todos nosotros” —dijo **Poncho** Cotes—. Y el “momentico” se prolongó toda la tarde, toda la noche y dos y tres días más, hasta cuando la tan anunciada y programada visita a El Plan se fue diluyendo en un delirio onírico en el que ya ninguno sabía si era que iban o que habían regresado de donde la Vieja Sara o simplemente estaban allá al pie de ella. La Vieja Sara por su parte, dolida pero impertérrita con el fracaso de la tan cacareada visita, mandó a sus dos hijas, Matilde y María, a que les dieran al jara-ganazo de Escalona y al irresponsable de **Poncho** Cotes, una razón que les hizo espumas los huesos y les puso la carne de gallina.

El desenguayabe de tamaño parranda fue en San Diego, a donde llegaron más muertos que vivos y con los hígados casi deshechos. Allí se apoltronaron en la casa del **Negro** Calde y cogieron de su cuenta a Juan Muñoz, que había regresado en esos días de sus viajes de correo; silenciaron las guitarras, y el acordeón de Muñoz sirvió de marco a los cantos de Escalona. Dos días tendrían de andar en ese trajín cuando se presentó la situación a la que más le habían huido todos los sandieganos en su vida: un enfrentamiento personal con Salvadora.

El cuento es éste: una vez instalados debajo de un árbol, Escalona observó de lejos a una atractiva jovencita que se había arrimado a la cerca del patio a curiosear sobre la parranda. La muchacha —como era de esperarse— llamó la atención del com-

positor que, ni corto ni perezoso, se separó de los contertulios y se arrimó a la cerca a ponerle conversación a la joven que de todo andaría pendiente menos de hacer conquistas entre los señores de ese grupo. Pero Escalona pensaba de otro modo y, no contento con la acometida verbal que le hizo a la muchacha, y que en verdad acabó fue espantándola, al rato se perdió de la parranda y se fue a pie a seguirla por las calles de San Diego.

Poco antes de darle alcance y cuando ya la tenía a suficiente distancia como para que sus llamadas de atención fueran escuchadas por ella, se percató de que sus pasos conducían inequívocamente hacia la casa de Salvadora quien, habiendo observado desde un buen rato la escena de la persecución que Escalona le hacía a su hija, lo estaba esperando en la puerta de su casa con los dos brazos en jarra sobre las caderas, y cara de poco amigos. Sorprendido, Escalona aún tuvo un segundo de agilidad para desviarse y hacer el quite preciso sobre la entrada del callejón en que se bifurcaba la calle y seguir derecho, muy orondo y cara tiesa, como si jamás en su vida hubiera visto ni a Salvadora ni a su hija. Cuando pasó la zona de peligro aún retumbaban en sus oídos los ecos del vozarrón de la corpulenta mujer que vociferaba su justificada inconformidad.

El optó por hacerse el griego y a los días, tranquilazo como si nada hubiera pasado, atravesó patios y traspatios y se acercó a la alambrada de la casa de Salvadora a saludarla y a ponerle conversación; pero ella le contestó con dos piedras en la mano. Notificado de la declaratoria de guerra que le formulaba la popular cuanto temible Salvadora, no le quedó más remedio que responderle con un merengue que lleva por título el nombre de la protagonista, SALVADORA.

*Porque San Diego tiene fama
de ser un pueblo de gente buena,
pero las lenguas se comparan
con esas lenguas sanjuaneras*

*Me levanté de madrugada
a saludarla como amigo,
y Salvadora me ha salido
con unas cortas y otras largas...*

Al retornar al Liceo la situación con **La Maye** estaba en statu-quo. Ella, muriéndose de los celos y del orgullo esperando que él

la buscara, le diera una explicación y le pidiera disculpas, y él, fresco como una lechuga, convencido de que era ella quien debía hacerse perdonar por ese acto increíble de haberlo encontrado atendiendo a unas amigas. Pasó buena parte de ese semestre sin mayores variaciones en las actitudes de cada uno, hasta que un viernes por la tarde Escalona encontró en su camino la otra espina que lo punzó bien hondo. En la Secretaría de Hacienda del Magdalena trabajaban a órdenes de don Joaquín Pinto dos simpáticas muchachas que se movían dentro de un círculo de amigos provincianos, especialmente vallenatos. Dilia Alzamora y Letty Pumarejo, sobrina ésta última de don Tobías Enrique, habían convertido el despacho en una especie de Consulado de Valledupar donde se reunían permanentemente los estudiantes del Liceo oriundos del Valle. Jaime Araújo, que era novio de Letty Pumarejo y que a su vez trabajaba en la Contraloría Departamental, llevó cualquier día a Escalona a una de esas reuniones que hacían a espaldas de don Joaquín, quien no gustaba de los vallenatos “por ilusos y por maquetas”, según su tajante descripción. Introducido en ese acogedor grupo, Escalona continuó yendo solo y llevando más amigos. Ese viernes, la reunión comenzó temprano y fue mucho más concurrida, puesto que se trataba de organizar un paseo que harían a Taganga el domingo próximo y debían aprovechar la ausencia del anti-vallenato de don Joaquín, que andaba en comisión por Plato.

Llegaron todos los que habían citado y después de explicar de qué se trataba y de haberle encargado a cada uno su correspondiente tarea, comenzaban a despedirse cuando apareció en la puerta la dama que meses más tarde iría a inspirarle a Escalona su célebre *Testamento*. Genoveva, para sus íntimos Vevita, Manjarrés Meza, llegó saludando de beso y abrazo a los conocidos, que eran la mayoría, y se sentó al borde del escritorio de Dilia Alzamora, a enterarse de los pormenores de la organización. “Llegué tarde porque tenía mucho oficio”, dijo. Alta, delgada, de cuerpo esbelto, con una esplendorosa mata de pelo negrísimo, de cejas espesas y ojos profundos, tenía un regio perfil y un rostro de gitana poderosamente atractivo; era, además, alegre, entusiasta y llenaba con su presencia cualquier reunión. Como nadie cayó en la cuenta de presentarlos, Escalona se replegó al último rincón de la oficina, desde donde se puso a detallar a esa esplendorosa y cimbreante morena que jamás había visto en su vida y que le hizo

sentir la sensación de que era la primera vez que miraba una mujer en el mundo.

El sábado tempranito llegó a la pensión donde vivía Jaime Araújo a despertarlo para solicitarle toda la información posible sobre **Vevita**. Jaime se la suministró completa. Le dijo para empezar que ella era oriunda de San Juan del Cesar...

—¿De San Juan del Cesar? —Preguntó Escalona, incrédulo.

—¡Claro! —respondió Jaime— De donde mismo es **la monita de ojos verdes**. Escalona empezó a morderse las uñas y Jaime siguió contándole que el padre de ella se llamaba Nicolás Manjarrés Ariza y que era un Otelo de lo celoso: que la mamá se llamaba Ena Meza y era de Ciénaga y que ella, **Vevita**, estudiaba en la Escuela Magdalena...

—¿En la Escuela Magdalena? —volvió a preguntar Escalona.

—Sí. Y si no me equivoco, en el mismo curso de Marina Arzuaga. Creo que las dos se sientan en el mismo pupitre —remató Jaime.

—¡No seas vergajo! —alcanzó a decir Rafael antes de que Jaime saltara de la cama sacudido por sus propias carcajadas...

El domingo, durante el paseo a Taganga, que casi acaba en tragedia puesto que la lancha donde viajaba una parte del grupo estuvo un rato a la deriva por un daño en el motor, Escalona no apareció. Pero **Vevita** tampoco fue. Los que pensaron que ambos habían iniciado un entendimiento y se habían puesto de acuerdo para no ir al paseo, se equivocaron. La verdad era que a ella no le interesó de entrada ese muchacho; y si a él, ella le despertó con gran intensidad las mismas ansias que le despertaban todas, no sería sino mucho más adelante, al volver a encontrarse, cuando se producirían las circunstancias que convirtieron a **Vevita** en la responsable de una de las mejores y más famosas composiciones de Escalona. Entre tanto, Marina estaba casi de muerte. Su natural disposición al mimo y al consentimiento, sumada al silencio de Escalona, le habían producido una melancolía que llegó a extremos tales, que **la seño Chave** adelantó para ella las vacaciones y armó viaje por el resto de la Costa Norte que aún faltaba por conocer. Como Marina gozaba del privilegio de estudiar sólo las materias que más le gustaban, que no eran sino tres: Taquigrafía, Contabilidad y Mecnografía, los exámenes que debía presentar fueron adelantados para octubre a fin de que antes de que llegara noviembre ya, la pobre, hubiera acabado de padecer ese tormento intelectual que no la dejaba disfrutar a sus

anchas del otro tormento sentimental, que era más sabroso y llevadero.

Arrancaron otra vez para Cartagena, Montería, Sincelejo, Lorica, y pueblos aledaños, en un intento de hacer una pequeña vuelta al mundo sabanero, y con el propósito —acordado entre los padres de Marina y **la seño Chave**— de que el periplo demorara lo suficiente para que la joven solo llegara a La Paz justo antes de las doce de la noche del 24 de diciembre y así, entre villancicos, pólvora multicolor y aguinaldos, se olvidara por fin, “del sinvergüenzazo ese que lo que ha venido es a intranquilizar a la muchacha”.

Pero no sabía la adversidad con quién se las estaba viendo. Marina se buscó la manera de hacerles saber a los amigos de Escalona que se iba de viaje, posiblemente para nunca más volver, y que a lo mejor se quedaría estudiando en Medellín y, quién quita, de pronto hasta se enamoraría de algún antioqueño, que dicen que son buenos esposos; por lo menos, son más considerados que la gente de aquí y... uno nunca sabe. “Hay —remataba filosóficamente— que dejar que Dios se encargue de las cosas, porque El es el que sabe lo que más le conviene a cada cual”...

El patético mensaje, dicho así con la rotunda seguridad que da el despecho, produjo sus resultados. Pensando Escalona que no era improbable que **La Maye** acabara convertida en una rubicunda matrona antioqueña de camándula en mano y decenas de muchachitos agarrados del pollerín, armó viaje para Cartagena, dispuesto a hablar con ella y a que supiera de una vez por todas “que si tiene amores conmigo los va tener como yo diga y no como digan su papá, su mamá, sus profesores, sus amigas y ella misma”.

Era, como ha sido siempre, su orgullo, vanidad y autosuficiencia lo que lo motivaba. Para él en ese momento lo que contaba no era la joven que le gustaba y que lo quería intensa y desesperadamente y a la que él también, a su modo, quería, sino por encima de eso, su ego monumental, su autoestimación; y no estaba dispuesto a permitir que nadie interviniera en sus cosas y en su modo de hacerlas. En un bus salió **la seño Chave** con Marina Arzuaga y otras parientas para Cartagena y en otro siguió Rafael. Ella llegó en la nochecita y él en la madrugada, pero no se vieron ni de lejos. Al fin de cuentas no sabía dónde encontrarla, porque no tuvo el cuidado de averiguar en qué sitio se alojaría. Al medio día despertó en el cuarto de un hotel, bajo el zumbido de un ventilador de techo que botaba un aire caliente por la habitación. Vio en

la mesita de noche un teléfono y descubrió que levantando el auricular una voz femenina y dulce decía:

—Operadora, a la orden—. Y él le respondió en seguida:

—¿Cómo está usted, linda?

—Operadora, a la orden —Volvió a decir más fuerte la voz.

—Sí... muchas gracias, linda, ¿cómo está usted?

—Por favor —insistió la voz perdiendo algo de su dulzura— soy la operadora del hotel. Si usted desea comunicarse con alguien le ruego darme el número.

—Bueno —dijo Escalona— yo me quiero comunicar contigo. Entonces la que tienes que dárme lo eres tú...

¡Clic! Fue la respuesta que obtuvo.

Se quedó desconcertado, pero en seguida volvió a levantar el auricular y antes de que la voz dijera "operadora a la..." él se le fue encima con un largo discurso de regaños, amenazas de quejas a la gerencia, cátedra sobre urbanidad y buenas maneras y averiguaciones sobre su nombre, edad, estatura, sitio donde vivía y horas de salida, etcétera, que la pobre operadora, sorprendida pero entusiasmada con semejante vaciada que más parecía un volcán de pasión eructando avalanchas de piropos revueltos con advertencias, e insinuaciones entrelazadas con amenazas de hacerla despedir, no le quedó más remedio que escuchar y aceptar el incontenible monólogo de ese extraño interlocutor que, sin haberle respondido siquiera la fórmula convencional del saludo telefónico, se le vino con toda clase de regaños, propuestas e invitaciones "para que nos veamos esta noche cuando salgas de aquí. ¿Te parece bien?"...

Concertada esta extravagante cita propia de sus actitudes en su desaforado seguimiento a todas las mujeres que se le pusieron en el camino, Escalona salió a vagar por los alrededores del hotel y a meterse en cuanto almacén viera abierto, esperando que fueran las seis de la tarde hora en que debía recoger en un taxi a su desconocida conquista.

Ya hemos descrito la innata tendencia de Escalona por comprar regalos y adquirir cuanta chuchería y curiosidad tropiezan sus ojos. De Venezuela, en la época del contrabando, traía frascos de encurtidos ingleses y exóticos perfumes de Francia; laticas de sardinas; cajas de dátiles secos, paquetes de chocolates envueltos en papelitos dorados, y en todo eso invertía buena parte del dinero que se ganaba en el negocio. De Leticia llegó una vez a Valledupar con cientos de pirañas disecadas, caracolitos de colo-

res, collares de cuentas indígenas y canastos típicos que luego repartió entre sus amistades. Porque él nunca ha comprado nada especial para alguien determinado, sino que primero adquiere el regalo y luego es que piensa, o sale a buscar, a quién dárselo. Aún hoy, no es raro verlo descender del avión de Bogotá o de Barranquilla trayendo apretadas debajo del brazo varias cajas de brevas con arequipe, algún envoltorio de los quesitos que venden en Eldorado, aparte de otros tantos paquetes con toda suerte de cacharritos y comestibles.

Esa vez en Cartagena entró a un almacén y vio collares de perlas falsas, aretes de fantasía, pulseras de cobre reluciente como oro, cintas de raso y peinetas de carey y mil cositas más de esas que venden los almacenes de los puertos para descrestar turistas o enamorados gastones. Y compró de todo. Siguió andando y llegó a la tienda de un turco, donde mandó a cortar tres yardas de satín blanco y cuatro de opal del mismo color. Compró unas pantuflas chinas llenas de dragones bordados con mostacillas y sutaches, un par de garzas hechas con alambre y conchitas de mar y lo que le quedaba lo remató en un frasco de agua de colonia que compró pensando en **Poncho** Cotes pero que terminó en manos de Alfredo Araújo. En eso se le fue la tarde y parte de la noche y cuando regresó cansado al hotel decidió que él no tenía por qué andar como un buen pendejo detrás de nadie y que la que quisiera casarse que se casara con quien le diera su p... gana porque lo que soy yo mañana mismo me voy, que nada estoy haciendo aquí donde no conozco a nadie ni nadie me conoce a mí y si la grandísima alborotada esa del teléfono cree que va a pasar su rato sabroso a costillas mías va a tené que buscá otro palo donde amarrá su burro...

Y tempranito compró su pasaje y abordó la flota.

Fue en el camino entre Cartagena y Barranquilla en medio de nubes de polvo, sentado al lado de una vieja que llevaba una bangaña llena de alegrías con coco y anís de las que también compró una docena, que volvió a pensar en la vieja Sara María Baquero. Lo agarró de plano el sentimentalismo y la añoranza por aquel formidable espécimen humano que era la maternal y enérgica amiga de los amigos de sus hijos, en cuya compañía tanto había disfrutado de las cosas del alma. Recordó aquellos días en El Plan repletos de amistad, de atenciones, de la sana alegría que dan las cosas simples y poco le faltó para que le dijera al chofer que se desviara un poco y echara a rodar por la inexis-

tente carretera hacia El Plan. Apenas se bajó del tercer bus que tuvo que abordar en su largo recorrido y puso el pie en Valledupar, comenzó a silbar. Era que ya, en el exclusivo pentagrama de su exuberante talento musical, traía escritos los compases del merengue con que por fin iba a satisfacer uno de los más grandes y profundos deseos de su corazón.

Sin preocuparse mucho por la insistencia de don Cleme en saber de las calificaciones en el Liceo “que me las trae Crispín ahora que venga” según dijo, esa misma tarde salió para La Paz a buscar a **Poncho** Cotes. A él le entregó un llavero que traía un cangrejito disecado colgando de una cadena y se puso a silbarle y a cantarle lo que estaba haciendo para la Vieja Sara.

Tres días después, un jueves temprano, sin mucho preparativo y sin ninguna otra compañía, ambos subieron a El Plan donde llegaron antes del anochecer. Como todo debía responder a un plan minuciosamente elaborado para hacerse perdonar las dos veces que habían dejado esperando a la vieja con sus sancochos listos, Escalona y **Poncho** se quedaron ocultos un buen rato hasta cuando la noche plena cayó sobre la sierra.

Cuarenta años han transcurrido desde ese momento y todavía la voz de Escalona se quiebra al rememorar la escena: “Nos quedamos algún rato en la casita de Simón Salas que quedaba delantico de la de la Vieja Sara, para que ella no nos viera. Al oscurecer más, vimos que las brasas del fogón comenzaban a apagarse y nos fuimos acercando pero los perros formaron un alboroto que obligó a que alguien, dentro de la casa, encendiera una lámpara de petróleo que era la luz de la época. Cuando sentimos que se estaban levantando y comenzaban a quitarle la tranca a la puerta, **Poncho** Cotes se apresuró y preludió la guitarra y enseguida comenzaron a sonar los compases del merengue. Fue como si hasta los perros hubieran entendido porque se callaron y entonces cantó como él solo sabe hacerlo:

*Yo vengo a hacerle a la vieja Sara
una visita que le ofrecí
pa que no diga de mí
que yo la tengo olvidada.*

*También le traigo su regalito
de un corte blanco con su collar
pa que haga un traje bonito
y flequatee por El Plan*

*Para que diga
que este regalo
se lo hizo un compadre
de su hijo Emiliano..."*

Una semana con sus días y noches completos estuvieron los dos amigos en los predios de la matriarca rebosante ella de alegría con la presencia de ambos. Allí compartieron el gozo del merengue con los hijos de la vieja y con sus primos, nueras, yernos y cuanto ser viviente habitaba esos parajes, donde ella reinaba en forma absoluta. Sus dos hijos y su sobrino, músicos los tres, alternaban con **Poncho** Cotes en la amenización de las horas; pero ya Emiliano Zuleta comenzaba a rivalizar con su hermano Toño Salas en la destreza en el manejo del acordeón y en la construcción de los versos de sus respectivas composiciones. Y aunque era apenas una competencia tácita, que más se originaba entre los mismo familiares que tenían sus propias preferencias, que entre ellos mismos, cada uno sabía que el otro era un contendor de respeto en el arte musical.

Desayunos que se servían a las 11 de la mañana, almuerzos que se despachaban a las 5 de la tarde, comidas que empezaban a cocinarse a las 10 de la noche, fueron testigos de ese interminable desfile de melodías y versos vallenatos que fueron pasando de garganta en garganta y de dedos a dedos en aquellos 7 días inigualables, en que el afecto por el compositor y su amigo se desbordó en atenciones y delicadezas.

Un día, Emiliano agotó su repertorio de paseos, merengues, sones y puyas y repasó todo lo que Escalona tenía compuesto hasta ese momento. Simón Salas —que era tan bueno como los anteriores— demostró su calidad; pero Toño no compareció para participar en esa cordial confrontación en que habían pasado una tarde y la noche que se les vino encima. Todos estaban ya agotados, extenuados por tanto ron, tanta comida, tanto cantar y tanto ejecutar la guitarra y los acordeones, y de uno en uno fueron cayendo dormidos en hamacas y camas de lienzos. El cuarto principal, que era el más amplio y alto, había sido destinado para las hamacas de Escalona y **Poncho** Cotes, una seguida de la otra, sin el apretujamiento en que quedaban las de los demás familiares. A un lado de las mismas, en una troja cubierta con hojas de plátano, a la usanza de las fincas de antaño, descansaba Emiliano Zuleta.

“Serían como las 12 de la noche —recuerda **Poncho Cotes**— cuando nos despertamos sobresaltados con el estrépido de unas puertas violentamente abiertas y el ruido de unos cascos de caballo casi encima de nuestras cabezas. Logramos apenas incorporarnos en las hamacas en el momento preciso en que una especie de visión, una estampa griega, como de centauro, entre relinchos y caracoleos se colocaba entre la hamaca de Rafael y la mía. Creí realmente que estaba delirando y pienso que a Escalona se le debieron pasar todas las borracheras juntas bajo el efecto de la aparición. No había acabado de restregarme los ojos para saber si aquello era verdad o mentira cuando sentimos las notas del acordeón que, desde encima de su caballo y dentro de la casa sagrada de la Vieja Sara, comenzaba a desgranar Toño Salas para acompañar el merengue que cuatro días atrás llegamos cantando y que él se aprendió enterito de tanto oírnoslo:

*Se oye una voz en la noche,
se oye una voz que la llama;
ese soy yo y Poncho Cotes
llamando a la Vieja Sara...*

“Ha sido una de las cosas más impresionantemente hermosas que me haya tocado presenciar en mi vida: un hombre de la humildad y la modestia de Toño Salas, que sólo se crece y se agiganta cuando se abraza al acordeón para extraerle todos sus tonos y hacer de su escala sencillamente lo que a él le dé la gana; que había estado todos esos días más bien apartado y discreto dejando que Emiliano llevara la voz cantante y dominara el auditorio; que a quienes lo conocemos bien no nos cabe ninguna duda sobre sus indiscutibles cualidades de intérprete magistral, y que de pronto se presenta ahí a media noche montado en su caballo, atravesando alcobas y deteniéndose al pie de nuestras hamacas para dejarnos escuchar su versión del merengue que Escalona le había compuesto a su madre, fue algo que nos atravesó la piel y se nos incrustó en el alma.

“Fue una escena que nunca se borrará de mi mente. En la madrugada, sin poder conciliar el sueño, yo pensaba en los versos del Maestro Valencia en su poema San Antonio y el Centauro: *Yo soy el viejo Hipofos, el último centauro, que circundó sus sienes con el agusto lauro...*, y sin hipérbole, pensé y sigo pensando que Toño Salas, esa noche única, era el centauro de la música que

circundaba nuestras sienes cansadas con el lauro de la poesía que Escalona y él y Emiliano y todos ellos habían creado para nosotros”...

A principios de diciembre de ese 1947, Escalona conoce a un joven cachaco que se preciaba de sus ancestros vallenatos y al que años más tarde la música vallenata y el país entero van a deberle la introducción de la primera en los exigentes y sofisticados círculos sociales de Bogotá.

El comentario sobre LA VIEJA SARA y su excelente descripción métrica se regó por todas partes adicionado con la visita nocturna de Toño Salas con caballo y todo para interpretarla a su leal saber y entender y dejarla así tal cual y para siempre. Todo el mundo estaba pendiente de Escalona para sentarse a escuchar la nueva composición, y el más interesado era Hernandito Molina, que andaba buscándolo apenas llegó del colegio San Bartolomé de Bogotá, a mediados de noviembre. Molina no sólo quería escuchar el merengue recién creado sino también relacionarlo con un hijo del presidente López Pumarejo que había llegado desde principios de mes a la región y se encontraba en la hacienda *El Diluvio*.

Alfonso López Michelsen llegaba por primera vez a la tierra de sus mayores, pero no venía a ciegas. Conocedor minucioso del linaje materno de su padre y de la historia de la región, podía detallar pormenorizadamente nombres, apellidos, lugares, fechas y demás situaciones que tuvieran que ver con sus ancestros; poseedor de una vastísima cultura y una refinada educación adquirida en el exterior, no menospreciaba el origen provinciano de la rama materna de su ilustre padre, que también había nacido en provincia. Por el contrario, introducido en la música de Rafael Escalona gracias en parte a Hernandito Molina, que solía cantarla en reuniones íntimas a que era invitado allá en la casa del joven matrimonio López Caballero en Bogotá, y en parte también a la interpretación que de la misma hacía en su guitarra el doctor Irusta, un exuberante vasco que andaba por estas tierras como administrador de la hacienda El Diluvio, Alfonsito, como le decían cariñosamente los patriarcas vallenatos, fue desde el primer momento un entusiasta partidario de esos cantos que narraban y describían en forma tan certera como hermosa situaciones y personajes que para él, como para el más auténtico

conocedor, tenían significaciones más profundas que las de un simple episodio. Al llegar aquí ya conocía los versos y las circunstancias completas de MIGUEL CANALES, de EL PERRO DE PAVAJEAU, de LAS VACACIONES, de CARMEN GOMEZ, de EL CHEVROLITO y le entusiasmaba especialmente EL JERRE-JERRE que le había escuchado a Irusta en las horas de la siesta en la Hacienda El Diluvio. Conque Molina entonces, se sentía en la doble obligación de propiciar ese encuentro y salió a conseguir a Escalona donde quiera que se hallara. No tuvo que andar mucho. Avisado por amigos comunes, Escalona llegó a la casa de los Pupo, donde el cachaco hijo del Presidente de la República conoció al compositor patillalero a quien tanto había oído mencionar y se dio gusto escuchando sus composiciones en la propia tierra y con la gente que mejor sabía interpretarlas. Alfonso López Michelsen se fue para *El Diluvio* el 6 de diciembre con la promesa de que “el año entrante, a mi regreso, nos reuniremos allá en la hacienda”.

El día 7 por la mañana, caminando Escalona por la calle del Cesar vio desde lejos una silueta que creyó reconocer, que entraba en la tienda de víveres y abarrotes “Los Barranquilleros”, que don Tomás Fernández había instalado en la esquina contigua a “El Rey de los Bares” y que pronto se convirtió en sitio obligado de reunión de los compradores y finqueros de la ciudad. Apresuró el paso y llegó a la tienda a comprar nada pero no encontró lo que de verdad estaba buscando. Se quedó unos minutos más, intrigado y pensativo, y se disponía a marcharse, cuando escuchó que desde dentro del almacén salía la misma risa fresca y espontánea que había oído hacía varias meses en las oficinas de la Secretaría de Hacienda del Magdalena. Espero un ratico más y siguió esperando hasta que la insistencia del dependiente en preguntarle qué se le ofrece al señor, a sus órdenes señor, atiendan al señor, lo irritó lo suficiente y salió. Se apostó en la esquina del “Almacén Raquelita”, que quedaba diagonal a “Los Barranquilleros” y ahí estuvo hasta las 12 menos cuarto. Y nada. Muy despacio dobló la esquina y enrumbo por la calle San Francisco pensando llegar hasta donde doña Teresa Pacheco a tomarse unas cervecitas y a resolver su intriga, y en ese instante ya no fue la risa sino la voz misma que casi encima de él le dijo desde dentro del carro que le pasaba cerca: “adiós Rafael, adiós...” mientras se agitaba una mano que salía del vehículo.

¡Vevita Manjarrés estaba en el Valle! ¡Ajá! Entonces no había sido ilusión. La había visto de espaldas entrando a la tienda, después la oyó reírse dentro de la tienda y a la salida de la tienda ella misma sacó la mano y avanzó la cabeza desde la cabina de una camioneta para decirle “adiós Rafael, adiós”. Desechó la idea de la cerveza y fue a buscar a Jaime Molina, que quedaba callejón de por medio con doña Teresa, y le contó lo que le estaba pasando. Tenía que saber ahora mismo, ya, inmediatamente, dónde estaba alojada Vevita. “Pero te equivocaste de Jaime —le previno éste—. El tipo que te da todos los detalles es Jaime Araújo, porque él es el amigo de ella. Yo no la he visto en mi vida ni en pintura, así que anda a buscarte otra paloma mensajera que te ayude a rastrearla porque yo sí no te voy a servir para esto”.

Efectivamente, Jaime Araújo andaba muy orondo y feliz de anfitrión de Vevita y sus amigas en Valledupar, y Escalona no demoró en encontrarlos en la esquina de Rosa Urbina y en enrollarse con el grupo, que era bastante numeroso. Almorzaron todos juntos en casa de las Pumarejo donde estaban alojadas las visitantes; hicieron compras toda la tarde y fueron a la heladería de don Víctor Cohen en una alegre algarabía de cinco mujeres y tres hombres, que anduvieron ese día por las calle de Valledupar. Por la nochecita remataron la jornada en la Iglesia de la Concepción delante de la imagen del santo Ecce Homo, a donde acudían los visitantes de la ciudad, atraídos por la fama de sus milagros y convencidos de que no era de buen augurio estar en Valledupar y salir de él sin haber ido a llevar preces ante la imponente estatua morena de Jesús atado a la columna. Después de los rezos y la iluminación de los lampadarios se despidieron ahí en el atrio de la iglesia, porque la casa de las Pumarejo quedaba cerca, y al día siguiente, fecha de la Inmaculada Concepción cuando ellas quisieron llegar a San Juan, ya Escalona hacía horas que estaba allá esperándolas.

Marina Arzuaga, **La Maye**; la sanjuanera **Monita de Ojos Verdes** y Genoveva Manjarrés **Vevita**, coparon la máxima capacidad de sus sentimientos en ese último mes del año 1947 y en buena parte de 1948. Tal vez la circunstancia de que en esas épocas las relaciones románticas de un hombre y una mujer estaban en gran medida limitadas por la severidad de las costumbres, que entre la gente de clases sociales altas sólo permitían un noviazgo formal

o, en su defecto, el intercambio silencioso de miradas, gestos y ademanes comunicantes, cuando lograban estar el uno frente al otro en medio de testigos; o, en el mejor de los casos, una atosigante correspondencia de cartas, tarjetas postales, papelitos y fotografías, que a la larga no comprometían a nadie a nada, fue lo que le permitió a Escalona mantener, sin estrellarse contra el suelo, el equilibrio en esa cuerda floja de sus acrobacias sentimentales.

Porque era algo más que una simple audacia eso de tener una novia semi-oficial en La Paz y estar al mismo tiempo enamorado hasta la médula de otras dos dignísimas muchachas de San Juan que, de contera, vivían ambas en la misma calle y eran conocidas entre sí. Pero él lo hacía. Y a ratos inventándole excusas a ésta y mandándole razones a aquélla o dejando a la otra a la expectativa sin decirle oste ni moste; y en otras oportunidades buscando a la otra que se quedó esperando la vez pasada mientras le sacaba un pretexto a aquélla para poder ver a ésta, la realidad es que en esos tiempos vivió haciendo malabarismos con su presencia y con su corazón para tratar de asir la fórmula imposible de tener contentas al mismo tiempo a tres mujeres a quienes amaba y deseaba con igual intensidad.

Planteadas así las cosas, las perspectivas de su permanencia en Santa Marta, a donde debía regresar en febrero de 1948 para continuar estudios en el Liceo, se presentaban bastante complicadas para cualquier otro que no tuviera la entereza y las agallas de Escalona. El no ignoraba que la suya era una situación sentimental difícil y delicada, tanto más cuanto que las tres jóvenes que ocupaban su atención se hallaban de igual a igual en cuanto a condiciones sociales y a calidades espirituales; pero no estaba él en esos momentos —como no estuvo nunca jamás— en capacidad de analizar cerebralmente algo para él tan vital como sus relaciones sentimentales con las mujeres. En cuestiones de tanta envergadura como esas, él era sencillamente instintivo, y si algún escrúpulo pudiera mortificarlo, lo descartaba de plano echando mano de aquella manida filosofía patillalera de *Manoché* de que “el que tiene más saliva traga más harina”.

Lo demás... era lo de menos.

Si un día amanecía con las velas desplegadas hacia los vientos de La Maye, salía a propiciar un encuentro con ella o le enviaba una extensa carta llena de frases y sentencias capaces de derribar la misma muralla china. Si por la tarde la ansiedad se la producía

el recuerdo de **Vevita**, ponía la brújula rumbo a **Vevita**. Si la noche lo agarraba en la esquina de los desvelos pensando en **La Mona**, su nombre era el nombre de la bandera que enarbolaba su pasión en las madrugadas. Y así, de una manera que para cualquier desprevenido pudiera parecer cruel o egoísta, pero que honradamente sólo era el resultado de la concepción machista en que habían sido concebidos, paridos, y criados él y todos los varones de estas tierras, Escalona nunca tuvo dudas ni reato alguno sobre su libérrima e inmodificable facultad, no digamos ya para hacerles la corte y encenderles las esperanzas a tres jovencitas al mismo tiempo sino además, para seguir tan campante y despreocupado, sin compromisos con nadie, a la espera de la próxima que apareciera y le gustara.

Los últimos días de ese diciembre y los primeros de enero de 1948 permaneció más tiempo entre San Juan, Urumita, Villanueva y La Paz que en Valledupar. En el primer pueblo tenía más de dos razones para su estada porque, aparte de las dos muchachas que se disputaban abiertamente su preferencia, estaban también otras personas como **Fefa Brugés** y sus hijas; **Tatica** con su garganta siempre disponible para el canto; **Juan Brugés** y **Juancho Rois** y **Enrique Luis Egurrola** con las guitarras listas para cualquier emergencia parrandera y una lista de amigos que le ayudaron a construir la que él hoy define como una de las etapas más bellas y gratas de su vida.

Propio del talante amatorio de Escalona ha sido la tendencia a disimular su pasión y la subyugación inconsciente que la misma impone, con cierta dureza y rigor hacia las mujeres a que ha estado ligado, en contraste con la largueza y desbordante simpatía que manifiesta hacia sus amigos. Con las mujeres es atosigante en detalles y acucioso en amabilidades cuando está en las preliminares de la conquista; dulce y tierno hasta el empalago cuando se inicia en firme el romance; y al final severo, impositivo en las normas e intransigente en las exigencias cuando la posesión plena le da —como dice él— todos los derechos. Con los amigos en cambio, los sentimientos y las actitudes han sido siempre parejos y equilibrados y si en alguna ocasión se han alterado ha sido sólo para acentuar más su afecto y devoción por ellos. Este duro contraste en el prodigarse del amor y el de la amistad, ha ocasionado el que muchas de las mujeres que amó y lo amaron desenfrenadamente, hoy puedan fácilmente detestarlo o que igualmente él las deteste a ellas. Pero en cambio no hay un solo amigo

de Escalona, desde las lejanas épocas de la infancia patillalera, incluyendo a los que llegaron después de la fama, que no mantenga su afecto y admiración por él.

Esos amigos en San Juan eran los que en esos días de vacancia estudiantil se embarcaban en el chevrolito de **Tatica** para ir a templar la carrera a Urumita a donde llegaban a la casa de Pedro Nel Aponte en busca de su hijo Luis Carlos, más conocido como **Caviche**, con el que Escalona se tropezó varias veces en los tortuosos caminos del contrabando, o en hotelitos de segunda en Maracaibo. **Caviche**, al igual que Rafael, era otro que se había salido del cascarón antes de tiempo y desde los 11 años se dedicó a bailar en los salones de carnaval, en lugar de estar jugando a la **lleva** o echando a volar cometas en los solares. El también, cuando tenía apenas 15 años, se enroló en el grupo de los audaces que buscaban la vida por los vericuetos de la frontera venezolana llevando café, que luego era exportado en goletas a Aruba. Las intempestivas visitas del grupo sanjuanero a Urumita daban como resultado que **Caviche** sustrajera de la despensa de su tío Ospicio López —el anfitrión por excelencia del pueblo— una o dos botellas de House of Lords que se llevaban para el río donde se bañaban en cueros mientras **Tatica**, a petición de Escalona, cantaba un bolero que estaba de moda y que a él le gustaba mucho: *era que estabas preciosa / con el color de rosa / de tu traje sencillo y sin igual / era que eras novia mía / y yo te sentía / nerviosa entre mis brazos palpar / y era que todo fue un sueño / pero logré mi empeño / porque te pude besar...*

Tantos ires y venires propios de su temperamento no alteraron para nada sus relaciones con las tres muchachas que se lo disputaban. Todo lo contrario. Ya había afianzado su amistad sentimental con **Vevita** y en todo San Juan sólo se hablaba de eso. **La Maye**, cansada de esperar que él fuera a buscarla a La Paz, salió a buscarlo ella y un mediodía se presentó como una Verónica de angustia y dolor en la casa de **Fefa Brugés**, solicitándole a su hija Cielo que le diera razón de Rafael y que la ayudara “porque tengo más de seis meses que no lo veo ni de lejos”. **La Monita**, a ratos esquiva y a ratos receptiva, también estaba dentro del juego, y unos días era el as de espadas y otros le tocaba el papel de la sota de bastos. Cada una sabía que la otra era una rival de peso, y aunque se encontraban en ocasiones y se trataban socialmente, se tenían tirria y cada una odiaba a la otra. Rafael, en cambio, las quería a las tres y no entendía por qué ellas mismas no podían

también quererse entre sí. No obstante este triángulo, sobre el cual se hacían lenguas en toda la provincia, la historia sentimental en esos momentos la iba a protagonizar únicamente **Vevita Manjarrés**. Ella tenía sobre las otras la ventaja de su temperamento dulce y a la vez enérgico. Sería, tranquila, ecuaníme y con un carácter firme, supo desde el primer minuto que la fórmula infalible para Escalona era la palabra NO. Y se la pronunció muchas veces ante cien solicitudes y mensajes; ante docenas de papelitos llenos de corazones atravesados por flechas dibujadas con tinta china; ante muchas cartas repletas de urgencias y rotuladas para “la señorita **Vevita Mal-genio**” que le hacía llegar con Cielito Romero. Pese a esto, el andamiaje de resistencia que la ponderada muchacha había edificado para parapetarse, no demoró mucho en caer estrepitosamente ante los furiosos ataques del enamorado, que ni el 24 ni el 31 de diciembre fue al Valle ni pasó por La Paz, entusiasmado como estaba con este nuevo amor que tanto trabajo le había dado conseguir. Para ella era una relación llena de riesgos y sorpresas porque no ignoraba el compromiso tácito que él tenía con **La Maye**, y, más que con **La Maye**, con su familia y con toda la sociedad de La Paz, que seguía el curso de esas relaciones como si fuera algo de la incumbencia de cada cual, pero se ilusionó tanto con él y él se enamoró tan intensamente de ella, que no tuvieron más vida ni más tiempo ni más afán que el de quererse por encima de compromisos, ataduras, comentarios, vigilancias y hasta por encima de los temores de ella y las volubilidades de él. “**Vevita** —recuerda él ahora— me llenó de dulzura. Era de carácter firme pero muy suave y hasta para hacerme un reclamo tenía gracia y sabía decirme las cosas. A veces se ponía muy brava y entonces yo le decía **Vevita Mal-genio** y le cantaba versos que hacía sólo para ella y todo acababa bien. En verdad nos quisimos mucho”...

Sólo a fines de enero decidió Escalona regresar a Valledupar, y eso porque ya no encontró más camisas, pantalones, calzoncillos ni medias que ponerse en los escaparates de los amigos. Don Clemente lo estaba esperando más severo que de costumbre y a punto de estallar. Quería, necesitaba, exigía, una reunión a solas con este jovencito que estaba convencido que la vida nada más era trago, amigos, cantos, mujeres y viajes. Y, ... ¿de los estudios qué?, ¿o es que él cree que va a hacer lo que le dé la gana?... Y, ¿dónde están las calificaciones?... Pues sépanse —decía mirando

para todos lados el día del regreso— que esto se va a acabar y se va a acabar hoy mismo porque si él no viene ahora, lo voy a buscar yo en persona. Yo mismo voy. Sí señor. Pero ni don Clemente fue a buscar a nadie a ninguna parte ni el jovencito tenía el mínimo propósito de modificar su estilo de vida. Llegó por la tarde, entró como una tromba a su aposento, se acicaló y salió a ver que había pasado en el Valle durante los largos días de su ausencia.

Raúl Bermúdez le comentó que el problema en el Liceo se estaba arreglando y que los estudiantes deberían estar alerta para viajar en cualquier momento, según las informaciones que él tenía. Pero lo del Liceo, en lugar de arreglarse se empeoró y durante buena parte del mes de febrero estuvo cerrado. Ese tiempo fue bien aprovechado por los enamorados que estaban a sus anchas en Valledupar, a donde Vevita se trasladó para darle ajo a morder a sus dos inmediatas rivales, y él se regodeó a sus anchas disfrutando de todas las cosas que le agradaba hacer cuando estaba enamorado: visitar, mandar cartas, pintar siluetas de parejas besándose o de golondrinas suspendidas en el aire, dar serenatas, invitar a cine y a la heladería y olvidarse de que a 5 kilómetros estaba La Maye a la espera, y otros kilómetros más adelante estaba La Mona desconcertada.

En la esquina izquierda del parque Alfonso López, frente a la casa de Pedro Castro quedaba la colmena del paisanito. Era éste un macizo y jovial inmigrante griego de nombre Pantelis Lazariadis Sofroniú que sentó sus reales en Valledupar, donde se convirtió en parte sustancial del paisaje y de las actividades vallenatas. La colmera era el eje de la vida política y el sitio de atracción de la clase dirigente. Para los niños era el recurtidero de los antojos infantiles cuando, a la salida de las clases y muertos del hambre, nos guindábamos de su altísimo mostrador en demanda de una Kola Román y una mogolla, que nos ayudaban a esperar el almuerzo, o en solicitud de unos paqueticos de Frunas que entonces se disputaban nuestras preferencias con las cocadas de Aminta Monsalvo. Eran contadas las personas que entonces tenían radio-receptores en sus casas y una de ellas era el paisanito, que cuidaba de encenderlo y ponerlo a todo volumen desde bien temprano, para que los transeúntes se enteraran de lo que estaba pasando en el mundo. Ahí, resguardados por el ramaje de un higuito centenario que estaba al pie de la casita de madera, se

reunían viejos liberales como Santander Araújo, Pedro Castro Monsalvo, Eloy Quintero, Marcelo Calderón, Noé Martínez, Clemente Escalona, Oscarito Pupo y muchos otros, que eran mayoría en la ciudad y que en agrias discusiones en las que echaban pestes contra el gobierno de Ospina Pérez que “está matando a los liberales”, se enfrentaban con don Roberto Pava-jeau, Hernando Molina, Benavides, José Eugenio Martínez, Luis Sierra, cuatro de los quince o veinte godos que había, que respaldaban frenéticamente al gobierno en su lucha contra “los bandoleros”, como llamaban a la guerrilla del llano.

En ese radio del paisanito fue que se escuchó un sábado por la noche a una emisora de Barranquilla informando que el Liceo había sido abierto y que sus alumnos deberían estar allá antes del 27 de este mes para matricularse... Escalona también la oyó cuando, de regreso de casa de las Pumarejo, pasó por la colmenita donde todavía se hallaban algunos contertulios. Pese a que él no era más que un estudiante y los estudios los seguía en ese plantel del que acababa de enterarse que había sido abierto, dentro de sus planes no estaba incluido un viaje hasta tan lejos, tan aburridor y, peor, para demorarse tanto. El dato, pues, lo tomó de sorpresa y lo dejó pensativo. A la mañana siguiente, en misa de 8 se encontró con **Vevita** y le comentó la noticia. Ella no la había oído y no dudó un solo instante de que era un invento de él para salir de viaje inmediatamente, sabrá Dios con qué planes.

—Puedes preguntarle al paisanito, si quieres, para que veas —le dijo él.

—Sí, claro —respondió ella—. Cuando yo le pregunte ya tú lo has aleccionado para que me diga lo que tú quieres que yo oiga.

—¡Cómo se te ocurre! —replicó Escalona—. El paisanito es un hombre serio.

—Bueno, tú verás si te vas y no han abierto el Liceo —remató ella y se fue.

Quedaron disgustados. El se metió al Bar Colombia donde encontró el grupo fuerte de los jugadores de póker y se sentó a verlos jugar. Pero al rato tenía puestos a prueba los nervios de esos curtidos apostadores con su interminable y desesperante capacidad para silbar y silbar y seguir silbando pasito todo el bendito día, hasta por la tarde, cuando ya nadie soportó más ese flautín tenue pero persistente y salieron todos decididos a que era mejor emborracharse con whisky o con cerveza que dejarse emborrachar por el silbido recurrente de Escalona. El convidó a

Calixto Baute y llegaron a la puerta de don Santander Araújo, donde estaba su hijo Jaime conversando con Claudio Quintero. ahí tomó asiento y siguió silbando y tamborileando con los dedos sobre el cuero del taburete y después pidió a uno de los menores de la casa que le buscara una hoja de papel y un lápiz.

Dos días más tarde, el 24 de febrero de 1948 al amanecer, las matronas vallenatas que iban para misa de 5 contemplaron sobre una de las bancas del parque un racimo humano de hombres amanecidos, abrazados sobre una guitarra. Eran Jaime Molina, el Yío Pavajeau, Luis Joaquín Pumarejo y Poncho Cotes que habían comenzado a notificar a Valledupar y al mundo que Rafael Escalona acababa de hacer su famoso *Testamento* musical. Testamento, que igual habría podido llamarse también "El Itinerario" dada la magistral descripción de la ruta terrestre por la que debía seguir el estudiante y que era la misma que durante 8 y más horas, por carreteables polvorientos y en algunos tramos rodeados de abismos, tenían que cruzar los viajeros de la Provincia que necesitaban llegar a Fundación, Ciénaga o Santa Marta.

Por muchas otras razones distintas a la calidad intrínseca del relato, este paseo marcó un hito en la obra musical de Rafael. En él logró, sin proponérselo, hacer una síntesis perfecta de las dos condiciones prevalecientes en su música: la romántica y la costumbrista. Primero encuentra uno la espontaneidad y frescura en la expresión del amor por la mujer, que en Escalona nunca ha sido rebuscada ni cargada de adjetivos innecesarios: (*oye morenita te vas a quedar muy sola / porque anoche dijo el radio que abrieron el Liceo / como es estudiante ya se va Escalona / pero de recuerdo te dejo un paseo*); combinada ésta con la manifestación de un orgullo sano pero profundo por su tierra (romanticismo) a la que exalta a través de quien en ese momento era su más destacada figura nacional: Pedro Castro Monsalvo. Sigue con la narración costumbrista, hecha con hermosa simplicidad no exenta de ironía con la que describe paso a paso cómo y por dónde debe transitar para llegar a la meta ineludible (*paso por Valencia / y llego a la Sabana / Caracolcito y luego Fundación / y entonces, me tengo que meter / en un diablo, al que llaman tren / que sale y por toa la zona pasa / y de tarde, llegamos a Santa Marta*). En la tercera estrofa aúna romanticismo y costumbrismo y describe el reclamo que le hace a la orgullosa, dejándole, de paso, el dardo de una advertencia funesta con la que intenta amansarle sus malos genios: (*ese orgullo que tú tienes no es muy bueno / te juro que más*

tarde, te vas a arrepentir / Yo solo he querido dejarte un recuerdo / porque en Santa Marta me puedo morir / y entonces, me tienes que llorar / y de ñapa me tienes que rezar / Y claro, te tienes que poner / traje negro aunque no gustes de él...) y al final, se desborda toda la galantería de quien es galante por excelencia para, con el pretexto de su nombre, decirle mil cosas bonitas, de esas que a las mujeres siempre nos gusta oír aunque solo sean imposibles poéticos (*a un ángel yo le hubiera pedido / tu nombre, pa que fuera el más lindo / y al cielo, yo le hubiera robado / tu nombre, pa que fuera el más raro...*).

Sirvió EL TESTAMENTO también para que el nombre de Pedro Castro, que en verdad no se caracterizó por ser un amante integral de la música vallenata, como en cambio sí lo fuera don Roberto Pavajeau, don Hernando Molina, don Evaristo Gutiérrez y su mismo hermano don Aníbal Guillermo Castro, entrara a la lírica vallenata y de ahí en adelante fuera citado cien veces más y se perpetuara en la memoria colectiva, que hoy lo recuerda y lo investiga mucho más por ser un personaje de los cantos de Escalona, que por todo lo que realmente hizo y consiguió como político y hombre de estado en beneficio de esta región. Que fue bastante.

Los ecos del paseo que le hace a Vevita Manjarrés trascienden pronto la Provincia y el departamento y llegan a Barranquilla por medio de Guillermo Buitrago, de Ciénaga, quien los introduce en las emisoras del Atlántico en su versión de guitarras y maracas; versión que después va a ser profusamente divulgada por Bovea y sus Vallenatos, tanto en Bogotá como en el exterior. Escalona llega al Liceo haciendo sonar los tacones de los zapatos y sin la cortedad del año anterior. Los profesores han comenzado a descubrir también al compositor, además del alumno, y pronto le brindan confianza. El aprovecha todo esto y poco a poco empieza a elaborar las mil argucias verbales con que acaba conquistando la voluntad de toda la administración académica para seguir siendo interno pero permanecer en la calle todo el tiempo que se le ocurra, para aceptar la comida que le ponen pero alimentarse mejor que todo el internado y, finalmente, para montar él un régimen particular muy especial dentro de la disciplina que era fama existía en el centro educativo.

Así, aparece de pronto “arreglando un asunto” un lunes en Barranquilla, “haciendo diligencias” un jueves en Valledupar o cualquier otro día en cualquiera otra parte, para no mencionar

las frecuentes salidas dentro de Santa Marta donde los más notables miembros de la sociedad lo llevan y lo traen a sus fiestas y reuniones, a sus almuerzos en el Club Santa Marta, a las sesiones de la Asamblea, donde también lo invitan, y a otros sitios que no son los más indicados para un alumno que está haciendo el quinto de bachillerato.

A finales de marzo es la Semana Santa y los alumnos provincianos organizan viaje para Valledupar para estar el Lunes Santo en los actos religiosos en honor del patrono Santo Ecce Homo. Los buses que, a la inversa, hacen el recorrido desde Fundación donde los ha dejado el diablo que llaman tren, vienen atestados de estudiantes y no estudiantes oriundos de Valledupar y pueblos aledaños que tienen cita con el milagroso santo. **La Maye** es de las primeras que sale de la Escuela Magdalena desde el mismo Viernes de Dolores y llega a la ciudad en las horas de la tarde. Más atrás llega Rafael, que ya ha ido atenuando el resentimiento de Marina y la tiene más de acá que de allá, a punto de reconciliación, después de los estragos que le causó **EL TESTAMENTO**. Ambos deciden aprovechar esta espiritual ocasión del rito religioso para hablar con seriedad y con serenidad de sus cosas.

—Ya está bueno Rafael, ya está bueno —le repite ella una y otra vez por escrito y verbalmente.

—Pero, ¿qué es lo que está bueno? si yo no he hecho nada, —se defiende él.

—Vamos a ponerle seriedad a esto Rafael, mira todos los problemas que tengo en mi casa y fíjate cómo te portas tú de mal, —insiste **La Maye**.

El no admite los reclamos ni acepta juicios sobre su comportamiento, porque dentro de su talante machista no existe la posibilidad siquiera de un examen de conciencia, ni mucho menos el que otra persona le formule un cargo. Lo único que le entusiasma de la discusión es la perspectiva de pasar unos días en paz con **La Maye** para dejarla contenta y tranquila; y, sobre todo, para que ella lo deje tranquilo y no vivir él con ese peso mortificante del sufrimiento que él sabe le está causando. Se ponen de acuerdo para verse el Lunes Santo en misa mayor a las 8 de la mañana y en la procesión de las 5 de la tarde, después de la cual ella viajará a La Paz para regresar el Jueves Santo temprano.

Lo acordado se lleva a cabo en su primera parte dentro de la mayor armonía, pero como nunca ha de faltar un miércoles a

mitad de semana, —al decir del viejo Camilo Molina— el Jueves Santo se presenta una situación que ninguno de los dos habría remotamente imaginado que podría ocurrir. Después de haber visto a los penitentes flagelándose en la mañana, por la tarde van a pasear al parque, que a esa hora está atestado de gentes que esperan el comienzo del Sermón de las Siete Palabras. Las primas y **Ciro Araújo** son los acompañantes de **La Maye**, que deliberadamente se rezagan para dejar que ésta hable a solas con **Rafael**; y en esas estaban cuando, de pronto, el mundo se le vino encima: a espaldas de ellos, muy cerca, la risa fresca e inconfundible de **Vevita Manjarrés** los notificaba de su presencia, mientras al final del camellón divisan el contoneo imponente de **la Monita de Ojos Verdes** que viene caminando como una reina por la misma vía por donde ellos van.

El grupo se queda petrificado ahí, en medio de las dos rivales, que a cada extremo deben estar solazándose con la presa que les cayó en la trampa. Pero las primas de **La Maye**, que le hacen el cuarto, reaccionan y se adelantan solidarias hacia ella, que está lívida y con los ojos húmedos, diciéndole a Escalona: “¿Viste **Rafael**?... Yo te lo dije **Rafael**, yo te lo dije”...

Escalona queda totalmente perturbado, porque esto es peor que lo de la heladería y peor que las veces en que tuvo que entrar a las carreras en la primera casa que encontró en la calle cuando iba con una y la otra venía. Por unos instantes se confunde y no halla que hacer, pero se le sale el ego monumental que lleva dentro y procede acorde con su temperamento. En ese momento —pensó— la agraviada es **Marina** porque la que tenía el turno era ella y no las otras dos. Además, ¿qué diablos vinieron a hacer ese par de mujeres aquí al Valle sin haberle dicho ni una palabra?... ¿O es que van a ponerlo contra la pared a hacer el ridículo?... Pues se equivocan toditas dos. Ellas no saben con qué candela se están jugando. “**Ciro**, —le dice pasito al amigo— adelántate y ataja a **La Mona** y busca la manera de llevarte a **Vevita** también. Yo me quedo con **Marina**”. A **Vevita** no hubo necesidad de que nadie se la llevara porque cuando vio que las cuatro primas se le venían encima, sacó el quite al encuentro y desapareció del parque. Y **La Mona**, antes de que **Ciro** la atajara, se dio cuenta de que ese no era su momento y siguió de largo por otro camellón. **La Maye** lloró un ratico pero al final acabó triunfante esa semana de pasión.

Esos instantes cruciales del Jueves de Pasión fueron la prueba de fuego para Escalona. No precisamente para demostrarle su

preferencia a Marina Arzuaga ni su presencia de ánimo en algo tan difícil como estar en el vértice de semejante triángulo, sino para acabar de convencerse —por si alguna duda tuviera— de que “en asunto de mujeres” como lo iba a decir en un canto más tarde, no sólo tenía bien aprendido aquello de que él quería a la que lo quisiera y olvidaba a la que lo olvidaba, sino que la única ley que acataba y ponía en práctica era su cómoda Ley del Embudo. Porque, si bien en aquel instante se quedó con Marina, con el correr de los días continuó sus relaciones con ella y con las otras dos como si nada hubiera pasado.

Volvieron los cuatro personajes a Santa Marta. El al Liceo, La **Mona** a la Normal y Marina y **Vevita** a la Escuela Magdalena, donde la aparente amistad entre ambas acabó definitivamente rota. Pero **Vevita** que es una joven espiritual y delicada, comienza a ver apagarse aquella atracción fulgurante que la condujo hacia Escalona, y poco a poco, sin dramatismos ni rupturas bruscas, se va marchitando el amor y para fin de año ya lo único que queda entre los dos son los versos de EL TESTAMENTO. De las tres, ella fue la que primero se convenció de que no existía persona en la tierra ni santo en el cielo que hiciera el milagro de modificar la condición de Rafael, y ella no tenía vocación de mártir. Años más tarde se casaría con un profesional, con el que tampoco alcanzó la felicidad, y tiempo después murió, dejando como única descendencia el recuerdo de su exquisita personalidad, su gran simpatía y su nombre, que él quiso cambiarle por Mortificación o Tormento Divino, perpetuado en las estrofas de uno de los mejores cantos del gran compositor vallenato.

En la cuarta semana de junio, quizá por la única razón de sus recién adquiridos pero bien cimentados privilegios en el Liceo, Escalona no está allá sino aquí en Valledupar. Parece ser, recuerda ahora, que adelantaron las vacaciones intermedias de ese año (1948) porque lo cierto es que para el día 20 se encuentra en San Diego, en un fiestonón de tiros largos que se celebra en el pueblo con motivo de las festividades de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. En la casa de don Erasmo Arzuaga estaba instalada la parranda y había grande entusiasmo y expectativa, porque de Fonseca había llegado un acordeonero joven pero de mucho renombre por la alta Guajira, al que llamaban **el Pollo del vallenato**, y que venía a ver qué era la friega de los intérpretes de esta zona. Se llamaba Luis Enrique Martínez y tenía dos días de estar sen-

tando cátedra nada más ni nada menos que al pie mismo del veterano Juan Muñoz y en la presencia de Escalona, de Emiliano Zuleta, del **Negro Calde** y de los más idóneos intérpretes y conocedores del tema. La otra novelería que tenía alerta a la población era la gran verbena que las muchachas de la congregación de Hijas de María de la población de El Molino había ido a poner en San Diego para recolectar fondos para la iglesia de su pueblo. Los dos eventos se juntaron y pronto la placita de San Diego fue un hervidero de gente alegre y muchachas animosas, que estaban dispuestas a reunir ese día la plata que necesitaban para echarle el cemento al piso de la Iglesia. Entre las más entusiastas sobresalía una morena muy bonita, de aspecto lejano, que fue la que de inmediato le llamó la atención a Escalona. Era Elsa Armenta, joven que acababa de cumplir veinte años y que había ido a San Diego resguardada por mil recomendaciones que su mamá le había hecho a doña Clotilde Vega de Zabaleta, bajo cuya responsabilidad viajó la delegación de molineras, y a su cuñada Emma Zabaleta, que era la presidenta de la Congregación de Hijas de María, de la cual Elsa también formaba parte.

Escalona comenzó su asedio ese día, sin ningún resultado, y al siguiente inventó viaje para El Molino. Pero allá se llevó la primera sorpresa de su vida: la joven no tenía ni el más remoto deseo o interés o curiosidad siquiera por el inesperado visitante, que llegó en la tarde y se encontró con un cerco hostil de caras duras de hombres que, cual más cual menos, cargaban todos un revólver en la pretina de sus pantalones, y de mujeres a las que lo que menos les llamaba la atención era aventuras con forasteros. Salió de El Molino tal como había entrado, y este fracaso estruendoso en un terreno donde siempre se las ganaba todas, enervó su orgullo y lo dejó fastidiado. Los siete días que estuvo en el Valle, los dedicó entonces a esa viajadera ansiosa e interminable que lo acosó siempre y que lo mantuvo más tiempo dentro de un vehículo rodando por carreteras que en algún lugar definido por tiempo determinado.

Elsa Armenta ni siquiera se tomó el trabajo de decirle nunca que *no* porque jamás le dio oportunidad mínima de que él le manifestara nada ni le preguntara si era *sí*. El no tuvo tampoco modos, medios, tiempo, ni arrestos para hacerla destinataria de sus célebres papelitos y mensajes porque ni encontró con quién, ni la localización misma del pueblo, que era de por sí un inconveniente geográfico notable, se prestaba para ello; por todo lo cual

la admiración y el interés por la morena de El Molino que lo deslumbró en San Diego, acabaron convertidos en lo único que él podía hacer sin el consentimiento de ella: una composición musical. En Villanueva, a donde fue a consolarse de su fracaso, se escuchó por primera vez el merengue LA MOLINERA que desde el primer momento entró a la lista de los clásicos del vallenato:

*Ay mi vida, ay mi vida,
no creas que es cosa de juego;
tengo mi vida perdida
desde que te vi en San Diego.*

*Te fuiste para El Molino
y yo me vine para el Valle,
pero me dejaste herido
y ahora tienes que curarme.*

*Porque yo tengo un dolor
dentro de mi corazón
porque un corazón herido
de curarse es con cariño...*

Sus versos son un largo y profundo lamento con el que confiesa la sinceridad de su situación; reclama quejumbrosamente un poquito de atención siquiera y deja sentada su recursiva imprecación romántica, buscando con ella conmover a la impasible molinera. Pero son también el testimonio de la absoluta indiferencia que a ella le produjo el hombre más renombrado y disputado por las mujeres en esos años. El caso de la molinera fue la excepción que confirmó la regla en la larga lista de heroínas y protagonistas de las canciones con trasfondo romántico hechas por Rafael. Regresó al Liceo, y a mediados de julio de ese mismo año compuso EL RETRATO DE CHIPUCO, dedicado a Chema Gómez, el compositor fonsequero radicado en Santa Marta con el que había tenido algunos roces menores por opiniones de éste sobre la melodía de algunas composiciones de Escalona, desmenuzadas por Gómez durante las tertulias con amigos comunes de Santa Marta. Pero es también, pese a la simpleza de sus estrofas, la afirmación tranquila del orgullo por nuestra vallenatía en un momento y lugar donde la palabra y la condición misma de *vallenato* eran utilizadas y tenidas por muchos como un peyorativo:

*Se lo mando a Chema Gómez,
para que lo mire con gusto,
el retrato de este hombre
que es el mismo compai Chipuco.*

*Compai Chipuco es el hombre
vallenato de verdá:
como dice Chema Gómez
tiene la patas pintás...*

En las vacaciones de julio resuelve atender una vieja invitación que le han hecho algunos condiscípulos oriundos de Plato, un pueblo a orillas del río Magdalena, sector que no conoce y que despierta de inmediato su curiosidad. Rogelio Peña, Rafael Díaz, Otto Cortina y César Alfaro son los anfitriones plateños que lo llevan a conocer el lugar donde una hermana de César, de nombre Carmen, va a despertar en él la misma ineludible atracción que a los doce años ejerció Rosa Elvira y a los quince **la china** Ariño y a los dieciocho **La Maye**, Hilda, **Vevita**, y a los veinte Esperanza, Helena, Gloria, Olga y todas las mujeres del mundo durante toda su vida. Los plateños son espléndidos festejando la llegada del condiscípulo y amigo compositor en una fiesta que es amenizada por Pacho Rada y en la que Carmencita Alfaro es la figura principal. Apenas la ve, le gusta; pero él no se atreve a brincar la alambrada de las simples galanterías porque la experiencia vivida en El Molino todavía está fresca y no se le va a olvidar nunca más aquel sabio refrán de **Manoché** de que *cada gallo canta en su gallinero*. No obstante, acorde con su innata condición de trovero, le solicita a Pacho Rada que lo acompañe con una música cualquiera, la que Pacho escoja, y que se preste para él poder comenzar a versear. Pacho utiliza una música de Juan Muñoz, y Escalona le canta a Carmen:

*Si Plato fuera un imperio,
si Plato fuera un reinado,
debía ser Carmen Alfaro
la reina de los plateños.*

*Tiene presencia de reina,
tiene porte de sultana,
y reina con sus miradas
a orillas del Magdalena...*

La visita se prolongó más de una semana, durante la cual Escalona fue un huésped intachable que guardó adecuadamente las reglas sagradas del hospedaje. Al venir a Valledupar y regresar después al Liceo, Carmencita Alfaro no era sino un grato recuerdo entre los muchos que tenía almacenados en el subconsciente y un punto de referencia amable para reafirmar su gratitud hacia los plateños que lo acogieron con tan sinceras muestras de cariño.

El paso del tiempo en esos últimos meses de 1948 borró definitivamente en Vevita hasta el último vestigio de su afecto y él así lo entendió. Dedicó a **La Maye** mayor tiempo, sin perjuicio, claro de su interés por **la Mona**, que se acentuaba cuando en las horas del recreo iba a verla jugar básquet en la cancha de la Escuela Normal que quedaba a pocos pasos de las aulas del Liceo. Ella, por su parte, descartada una de las dos competidoras, como lo era su paisana, comenzó a prestarle mayor atención de la normal al persistente muchacho, que no se daba por vencido. Quedó pues el pugilato planteado entre dos fuertes contendoras que se respetaban y temían al mismo tiempo. **La Maye**, por encima de cualquier otra cosa, confiaba en la fuerza de su amor insomne, con el que sabía podría derrotar a la mismísima diosa Venus si se interpusiera entre ella y Escalona; pero, romanticismo aparte, no ignoraba que jugaba mucho a su favor el hecho de que sus relaciones con Rafael ya tenían, con gusto o sin gusto, la aprobación de su familia. **La Mona**, en cambio, se sentía plenamente segura del poder de sus encantos, que saltaban a la vista, y también de la incontenible pasión que sabía despertaba en el compositor, que se volvía materialmente loco cuando la veía de lejos. Al llegar las vacaciones de noviembre todos los jóvenes provincianos que estudiaban en Santa Marta y Barranquilla sabían, con pelos y señales, los intríngulis de los amores que por partida doble mantenía Escalona con las dos muchachas, y no faltó entre sus amigos el gracioso que dijera que cualquier día Escalona iba a salir en la nochecita de novio para San Juan y terminaría en la madrugada casado en La Paz. Fue un chiste que no despejó la encrucijada de sus sentimientos pero que tenía la fuerza lúgubre de una premonición. Cualquiera que hubiera sido la razón, lo cierto fue que, sumados ratos, minutos, horas, días y semanas de esa temporada húmeda y lluviosa, más tiempo fue el que permaneció en predios de **La Maye**, que visitando la **Monita de los Ojos Verdes** en San Juan.

Fue esa la época en que toda la región parecía una gigantesca esponja que por donde se pisara rezumaba humedad. Todo estaba enchungado y los campos y las calles no eran sino unas inmensas lagunas debido al invierno que se desencadenó desde octubre y que aún en esos primeros días de noviembre estaba en su apogeo. Había tanta agua por todas partes que ya la gente estaba pensando seriamente en acudir al expediente de una rogativa celestial y volver a sacar el Santo Ecce Homo tal como lo sacaron en aquel marzo de fuego, cuando sobre la tierra calcinada caían uno tras de otro los semovientes con la jeta cuarteada y los pulmones resecos, y los potreros ardían solos, convertidos en extensos territorios en llamas. Un grupo de ciudadanos notables se alistaba para ir a visitar al reverendo padre Vicente de Valencia, párroco de Valledupar y rector moral de todos los contornos, a fin de exponerle el novedoso propósito de ahora de invertir la petición y volver a sacar al milagroso Santo para implorarlo pública y masivamente que aplacara ese agobiante invierno, que había hecho salir de madre los ríos, borrando linderos de posesiones y cambiándole el curso a los caminos. El primero de noviembre, por ejemplo, durante las siete horas que estuvo lloviendo, nadie dudó de que los pacíficos iban a ser borrados de la faz de la tierra una vez el río Cesar comenzara a hincharse con las aguas del Guatapurí y a desparramarse incontenible por los playones cercanos. El puente Salguero, juraban los más viejos, no existiría al día siguiente cuando escampara, si era que escampaba ese diluvio. Al fin, al cabo de unos días, las lluvias fueron amainando sin necesidad de la rogativa, a la que no convino el padre Vicente con el argumento, lúcido y severo, de que:

—“Vosotros nunca estáis satisfechos con nada, ¿eh? —les dijo. Queréis un Dios de bolsillo del cual podáis echar mano cuando hay verano para que os mande la lluvia y cuando llueve mucho para que os haga salir el sol, ¿eh?... Pues saberos que la imagen del Santo Ecce Homo no sale de la Iglesia, así amanezcamos todos ahogados. ¡Sabadlo! Y ahora, iros, iros” —concluyó—, mientras les daba la espalda y tomaba el breviario que leía todas las tardes antes del rezo del Santo Rosario.

Y difundida por todas partes la versión de que el padre Vicente no dejó sacar al santo, la gente se dedicó mejor a buscar fórmulas caseras para los sabañones, a inventarse otros remedios más efectivos que la quema de hojas y bruscos secos para espantar la

zancudera que se adueñó de los aposentos, y las mamás a cocinar y preparar emplastos calientes de tripas de totumo y jarabe de rábano para los bronquios congestionados de los muchachitos. La tanda de gripa que cundió en la ciudad fue terrible y Escalona no demoró en caer tumbado por la fiebre y la tos persistente. Dos semanas estuvo así y un medio día de sol esplendoroso se sintió mejor y se dio un baño de matarratón y de hojas de eucalipto que, traídas desde la misma sabana de Bogotá, vendía el cachaco Benavides en su farmacia. El cielo estaba despejado y desde cualquier punto de la ciudad se podían ver con nitidez los dos picos más altos de la Nevada, que se recortaba azul con su gorro blanco sobre el horizonte.

Se alistó para ir a La Paz a ver a Marina y salió en busca del doctor Leonardo Maya para que lo llevara en su carro, en el que recogerían unas compras para la despensa de la finca Palmarito, donde pernoctarían. Pero no bien habían embarcado todo en el flamante Chevrolet negro del médico, cuando comenzó a oscurecer el tiempo y los cerros que bordean a Valledupar empezaron a desaparecer tapados por los densos nubarrones.

—Hasta aquí llegó el viaje, Rafa, porque yo con la lluvia no me to mi carro en esos lodazales —le dijo el doctor Maya.

—No, hombre, médico, si todavía no ha caído ni una gota, vámonos, vámonos rápido, —insistía Escalona.

—No, Rafa, no. Mira, —respondía Maya— antes de que lleguemos a la esquina de la bomba se habrá desgajado un aguacerazo igual al del primero de noviembre, observa cómo está la Nevada: relampagueando seguido.

Efectivamente, el espectáculo telúrico de la tremenda tempestad que se desataba sobre la cordillera se observaba con claridad desde el andén de la tienda de “Los Barranquilleros”, donde hacían las compras. Alcanzaron a meterse al carro antes de que una llovizna fina comenzara a caer sobre la ciudad, y con el comistrajo fueron a dar a la media-agua de “El Toco”, un sitio donde Luis Tiberio Araújo —un hombrecito flaco y menudo que hacía vida marital con una corpulenta mezzo-soprano negra del Valle del Cauca de nombre Lola— había instalado una especie de club-bar muy privado y exclusivo para parranderos de alto vuelo intelectual y exquisitos modales, como el doctor Maya Brugés.

Setenta y dos horas más tarde, cuando ya había escampado en la ciudad pero aún seguía “lloviendo” buen whisky en los gaznates de los dos amigos, nacía LA CRECIENTE DEL CESAR, un

paseo dedicado a **la Maye** que tiene entre sus doce estrofas ésta que por sí sola bastaría para consagrar a su autor como maestro indiscutible de la fascinante narrativa del vallenato y hacedor privilegiado de esas metáforas que, de pronto, fulguran en su obra:

*Está lloviendo en la Nevada
y en el Valle va a llové,
el relámpago se ve
como vela que se apaga...*

En seguida del cual viene un chorro de cuartetas imperiales de indiscutible belleza lírica y gramatical.

LA CRECIENTE DEL CESAR es la ratificación inequívoca de la predisposición innata de Escalona para la rima certera, exacta, fluida y transparente que, a salvo, por su propia gracia, del facilismo chabacano y ramplón de otros estilos, le confiere prestancia a los versos de su obra sobre la cual, en esos momentos, ya nadie discute calidades ni maestría.

El protagonismo que el vive durante esa época traspasa el ámbito de sus incoherencias sentimentales y trasciende su tarea musical, sobre la cual comienzan a edificarse las primeras bases del mito. En Ciénaga, Santa Marta, Barranquilla y en pequeños pero importantes círculos de Bogotá —para no mencionar la totalidad de la Provincia que se extiende monolítica desde los playones de Caracolicito hasta los confines de Barrancas—, en Riohacha y en la Alta Guajira y en apartados sectores de la Guajira Venezolana, se habla de sus cantos y se cantan sus canciones. Cada juglar es un mensajero y cada amigo un divulgador de sus relatos musicales, que van haciendo camino y dejando huella hasta en los fríos salones capitalinos, donde un grupo de jóvenes y condiscípulos del barrio La Magdalena presididos por Alfonso López Michelsen, forman espontáneamente la primera cofradía de amantes y defensores del vallenato de Escalona. A ellos, **los magdalenos**, como se les conocía entre la juventud bogotana de esa época, se les debe en gran parte el que hoy, cuarenta años más tarde, el vallenato auténtico, en Bogotá, no haya sido definitivamente apabullado por la avalancha de versos cursis y música estridente que con el nombre de tales pululan en emisoras y sitios de diversión.

Capítulo V

EL “PRIMO” DE ARACATACA

*(“Te garantizo que don Fidel...”. Un conflicto que crece.
Parody se saca un clavo. El recuerdo de tu voz.
La Golondrina. El 24 de Marzo. Vienen los cachacos...)*

Purificado —pensaba Escalona— de tentaciones inciertas y redimido de sus veleidades románticas con este canto que lo congraciaba plenamente con **La Maye** y le aseguraba el discurrir tranquilo de esas vacaciones, se dedicó más a los amigos de Valledupar y de La Paz y disminuyó sus desplazamientos por los otros contornos de la geografía provinciana. Había además un motivo adicional: la invitación que el año pasado para estas mismas fechas le formulara el hijo del presidente López Pumarejo, estaba reconfirmada por don Oscarito Pupo, quien le manifestó que Alfonso López Michelsen, con la niña Cecy y unas hermanas y amigas de ésta, estarían llegando a Valledupar para seguir a *El Diluvio* en los últimos días de noviembre. La sede de sus actividades en ese penúltimo mes de 1948 quedó, pues, situada en ese paralelo imaginario que, suspendido sobre los dos pueblos, lo mantenía más tiempo en la mitad de la carretera yendo de aquí o regresando de allá, que en alguna de las dos partes de modo concreto y tangible.

La Maye estaba radiante por el triunfo de su persistencia; y los estragos que en ella habían causado las vigiliass, los celos y las incertidumbres estaban conjurados por el hechizo de LA CRECIENTE DEL CESAR, que la inundó de felicidad y reverdeció sus esperanzas. Todo ello le permitió entender, con un razona-

miento que nunca antes se hubiera hecho, que era natural que él a veces no viniera a verla, porque, claro, todos los días no son iguales y uno a veces puede y a veces no. Además, como él tiene tantos compromisos sociales y familiares, porque la gente siempre lo está llamando y buscando, es lógico —le explicaba a Fidelina Moscote, que había gastado tres años tratando de explicárselo a ella— que él también tenga que atender a esa gente y estarse unos días aquí y otros allá. Fíjate por ejemplo, Fide —seguía diciéndole con argumentos que eran más para ella misma que para la prima, que los sabía desde siempre— el viernes éste, pasado mañana, llega ese señor de Bogotá, el doctor López; pero no López, de los López de Pablo y Juancito de aquí de La Paz, sino el hijo del expresidente de la República López Pumarejo, que dicen que es primo del señor Tobías Enrique... Bueno, él llega en el avión con la señora y unos familiares y a Rafa le toca ir a recibirlos porque está invitado a la finca de ellos...

La llegada de los distinguidos visitantes se cumplió el día fijado, y esperándolos en el aeropuerto estaban la familia Pupo, Hernandito Molina, el doctor Irusta, y Rafael Escalona que se hizo acompañar por Fermín Pitre, un acordeonero de Fonseca que Alfonso Castro Palmera cargaba de arriba para abajo por todos los recovecos del barrio La Garita y al que secundaba en la caja, con dominio y propiedad que después harían escuela, el cañaguatero Cirino Castilla. La estancia donde don Oscar Pupo fue breve, y una vez finalizado el almuerzo partieron en varios carros para *El Diluvio* donde la alegre comitiva permaneció cuatro días.

Allí Escalona departió y compartió con el grupo de amigas que trajeron los López Caballero y al cabo de los días le fue llamando la atención la cachaquita menuda, graciosa y parlanchina que destacaba entre todas. Se llamaba Esperanza *nosequé*, y a medida que más la trataba, más le atraía esa nueva clase de mujer, para él totalmente desconocida, que tenía la insólita costumbre de tratarlo de usted y de solicitarlo todo diciendo que le hicieran el favor y pidiendo perdón y dando las gracias. Le gustó también la cara sonrosada y esa piel de porcelana blanca que se ponía como una brasa al rojo vivo cuando el sol de las dos de la tarde caía como un chorro de plomo derretido sobre el zinc de los techos. No alcanzó a enamorarse. No. Ni más faltaba que él tan circunspecto y medido como lo imaginaban las bogotanas, fuera a tomarse esas libertades y a echarle barro a su poética imagen de hombre romántico, sí, pero respetuoso, que sólo vivía para su único amor

que lo era Marina Arzuaga. Dejó entonces que el aleteo se le apaciguara en el mismo sitio donde había comenzado y sólo como una muestra de caballerosidad y galantería para con ese ramillete de flores de las sabanas cachacas, improvisó unos versos sueltos que días más tarde, en un trasnocho de la inspiración, acomodó en un canto completo que se llamó ESPERANZA:

*Vi que pasó una mariposa blanca
y se ha posado en un ramo de claveles.
Yo pensé que era Esperanza,
pero la esperanza es verde...*

Las cachacas estaban dichosas por esa maravilla increíble y fantástica y divina y regia, ala, completamente regia, de esa belleza de canto tan pero tan lindo, ¿no?, que en un instantico no más, había compuesto ese príncipe que es Rafael, ala. Y él, avanzado su prestigio en un territorio que le era desconocido como ese de las damas del altiplano, se dio por satisfecho y quedó en paz con su vanidad.

Pero no eran de su índole las actuaciones convencionales dentro de un protocolo social sin ningún resultado práctico diferente al que dijeran más tarde que cómo era de querido y fino ese muchacho Escalona, el que hace cantos. Dentro de su lineal concepción de la vida, las mujeres, salvo las de la familia, habían sido hechas por Dios únicamente para el goce exclusivo del hombre. Por algo fue —filosofaba a solas— que el Señor, que creyó que todo estaba bien hecho sin estarlo, admitió la imperfección de su obra y resolvió poner a dormir a Adán y extraerle una costilla para convertirla en otro ser igual pero diferente que lo pechichara, lo consintiera, lo atendiera, le lavara la ropa y le soportara su mal genio y se acostara con él a darse gusto cuantas veces él quisiera. Y si Dios así lo había dispuesto, ¿por qué iba nadie a torcer esa norma? Por lo menos él, Escalona, no iba a intentarlo. Se despidió, pues, de sus anfitriones, y se trajo a Hernandito Molina que estaba entusiasmado cantándole a los cachacos el merengue de Lorenzo Morales para Carmen Ramona Bracho:

*Carmen Bracho no sabe la pena,
Carmen Bracho no sabe el dolor,
si supiera la acobardaría
la negra tristeza de mi corazón...*

Al llegar al Valle, su débil propósito de buen comportamiento con **La Maye** se vio abruptamente interrumpido por un par de ebúrneas pantorrillas que él había visto muchas veces moverse ágiles en las canchas de básquet de la Normal de Santa Marta y que ahora cruzaban parsimoniosamente por la esquina de la calle grande con la calle del Cesar, golpeadas suavemente por el tafe-tán rosado de una falda que caía más arriba de las rodillas. Las hubiera distinguido a una legua de distancia y sabía perfectamente que sobre ellas sólo podía continuar aquel cuerpo macizo y cimbreante de caderas llenas y senos túrgidos de **la Monita de Ojos Verdes**. Desde la estrecha cabina del jeep que los traía de *El Diluvio*, las vio muy bien afincarse seguras sobre los tacones de las zapatillas blancas en el altísimo sardinel de la tienda de doña Paulina Maestre de Socarrás, a la vuelta de la cual desaparecieron.

El grito de espanto del dependiente hizo salir a la gente a las calles para ayudar a los lívidos pasajeros del jeep a enderezar el vehículo, que no se volteó del todo porque la punta del andén de la casa de Macha Manjarrés atajó la voltereta. Era que él, imprudentemente, en el instante en que vio las piernas, agarró el timón y le dio un viraje buscando cruzar la calle de arena para seguir las, y casi se matan. No esperó siquiera que enderezaran el carro y llegó a su casa sin sosiego; se bañó sin sosiego; se vistió sin sosiego y totalmente desasosegado salió a caminar por la ciudad en busca de la muchacha vestida de rosado. Pero no la encontró por parte alguna y lo único que logró averiguar era que hacía cinco días que estaba en Valledupar y que esa tarde se había ido para San Juan después de hacer unas compras. El se metió en otro carro y pasó de largo por La Paz, por Villanueva, por el ramal de El Molino y llegó a San Juan a las siete de la noche blanco del polvo como un cuque.

Antes del 24 de diciembre nadie daba razón de Escalona por parte alguna. Hasta los más indiferentes amigos estaban comenzando a preocuparse de esos abruptos cambios en su comportamiento, porque si bien él no había sido modelo de ecuanimidad en lo referente a las mujeres, ya iba siendo hora de que le pusiera un poquito de seriedad a su situación, no exactamente con **La Maye** en sí, cuanto con la hermana de los Arzuaga. Pero él andaba en otro paseo. La larga espera y el constante asedio a la sanjuanera esquiva acabaron concretados en unos resonantes amores que a nadie sorprendieron, porque todo el mundo estaba seguro de que eran viejos cuando se publicaron.

Para el día 22 él decidió venir al Valle a buscar ropa y medios para regresar a pasar con ella la Navidad y el Año Nuevo. Antes de despedirse ella le anticipó el aguinaldo, que era una caja de pañuelos blancos marca Pyramid hechos en Inglaterra y marcados con las iniciales de él, bordadas con hebras de su cabello. Le dijo que esperaba que él también le diera un regalo de Navidad, pero que sólo quería la seguridad eterna de que nada ni nadie los separaría. El no se comprometió a tanto y sólo atinó a decirle que “tú sabes que tú eres la que me gusta y a la que quiero”. Pero en el camino comenzó a silbar y cuando llegó al Valle y regresó a San Juan le llevó el regalito. Un merengue con este mismo nombre donde le manifiesta sin más preámbulos qué es lo que quiere darle él a ella, dejando a su buen entender la forma de adquirirlo. Su letra es explícita sobremanera:

*Me pediste un regalito
para el día de Navidad
yo quiero darte un nenito
que diga papá y mamá.*

*que diga papá,
que diga mamá,
que abra los ojos y pestañee
y que los vuelva a cerrá...*

El de 1949 iba a ser para él un año difícil y complicado desde sus comienzos. El 1º de enero lo encontró en San Juan despabilado en la parranda oyendo a **Tatica** y a sus otros amigos cantar y tocar las guitarras, como si en lugar de una fiesta de Año Nuevo estuvieran apostando una carrera de resistencia. Ese iba a ser el tiempo de sus grandes conflictos, no digamos ya a nivel local femenino sino también a otros niveles de mayor profundidad. En enero, antes de regresar al Liceo donde debía terminar el bachillerato compuso el son LA PLATEÑA. El ahora dice que no fue Carmen Alfaro la inspiradora del mismo sino “otra muchacha natural de esa población, que conocí en La Paz una tardecita”. Sus amigos dicen lo contrario. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la composición estuvo bien lograda y pronto andaba de boca en boca. Como siempre ocurría cuando él se dejaba sentir con un paseo o merengue o son sensacional, el festejo se hizo por triplicado en La Paz en el Hotel América; en Villanueva en los predios de

El Cafetal; y en San Juan en algún lugar que escogieran los integrantes de su barra de parranderos con los que agotó los días y las noches hasta el momento de continuar sus obligaciones estudiantiles.

En el Liceo las cosas marchan regularmente. Su situación de alumno ha mejorado porque ahora es estudiante de último año, lo que le agrega nuevas prerrogativas a las que él mismo había conquistado a golpe de vallenatos. **La Maye** está en la Escuela Magdalena resguardada por la **seño Chave**, que ve con un suspiro de alivio todo lo que está pasando con la otra, y la otra está en la Normal saboreando su triunfo.

Que no le va a durar mucho.

En vacaciones de julio, cuando regresan todos, él trae hecho un canto a Rafael Parody, un sobrino del padre Dávila que estuvo unos días por Buenos Aires y cuando ingresó al Liceo sólo hablaba de **ché** para arriba y **ché** para abajo. Los condiscípulos se molestan con este pedante compañero que quiere descrestarlos hablándoles ni más ni menos que con acento de jugador de fútbol argentino y Escalona se encarga de ridiculizarlo en el paseo que titula **EL CHE SANJUANERO**, cuya primera estrofa dice así:

*Al padre Dávila le mandé la noticia
que un sanjuanero en el Liceo está perdido;
Rafael Parody se ha metido a adventista
niega a San Juan y dice que es argentino...*

Más tarde, capeando la ira de Parody, una noche de coloquios y añoranzas con **Tatica**, decide regresar a la alta Guajira y llegar otra vez a la frontera. Hace el viaje, no como socio de las quince varas de gallinas criollas que llevan a Maracaibo encima de los cochinos y carneros, sino simplemente como compañero de cabina en el camión International que para esa época ha comprado **Tatica**. En los caminos descubre que muchos de los que empezaron con él en 1946 no están y que otros son ostensiblemente ricos. Sobresale entre estos últimos el rubicundo pereirano llegado al Valle cuando Escalona apenas podía invertir mil quinientos pesos en los primeros chanchitos y que poco a poco se fue apoderando prácticamente solo del negocio y acabó dueño de una flota de camiones de alto tonelaje que salían cada semana repletos de novillos gordos de la hacienda "Veracruz" en La Gloria, y regresaban hasta el tope de las varillas de la carrocería llenos

de cuanta cosa enlatada había en el mundo. Don Fidel, que así le decían a este respetable y sagaz comerciante, que estableció su familia en Valledupar, era sinónimo de billete, de poder y de status.

A Escalona no le satisfizo este descubrimiento. Le parecía sencillamente impropio, por no decir injusto, que los caminos abiertos por los provincianos a base de riesgos, sudores e ilusiones en la búsqueda de fuentes de trabajo, acabaran sirviéndole casi exclusivamente a un tipo hábil y emprendedor pero que ni siquiera era de por aquí, para convertirse en menos de tres años en el rey de las vías y en el mandamás del negocio. Así se lo expresó a **Tatica** de manera vehemente, en largos parlamentos que duraron todo el viaje y en los que no cesó de lamentarse de que esa era una gran vaina, carajo, que él, que estaba bien fregao luchando todavía como estudiante pobre en el Liceo para sacar un título de bachiller, a veces no tenía ni los veinte centavos que costaba la entrada a cine o los quince de la embolada y en cambio este tipo arrogante y cachaco que nadie sabía de dónde había aparecido, ya estuviera millonario echándole vainas a él y al mismo **Tatica** que bastante se había fregado y expuesto su vida con los indios esos que no tienen que ver para matar a ninguno y ahora, como no, aparece este don Fidel como el verraco de una actividad que la inventamos fuimos nosotros, ¿o no? Bonita que está la cosa. Y siguió despotricando contra las injusticias de la vida y la falta de autoridad del gobierno que debía establecer muy claramente que la gente de Antioquia debía trabajar en Antioquia y la de Caldas en Caldas y la de Nariño solamente en Nariño para que nos dejen a nosotros los del Magdalena entendernos con las cosas del Magdalena. ¿No te parece Tatica? Así es Rafa, pero, le respondió Tatica ya llegando a San Juan, en estos asuntos de negocios y billetes pasa como con las mujeres: el que tiene más saliva, traga más harina.

El recordó el dicho de **Manoché** tantas veces aplicado por él a sus propias voracidades eróticas, comprendió su contundencia y se quedó callado y no volvió a acordarse más de don Fidel ni de su poder económico porque había una razón mucho más importante que lo esperaba en San Juan.

La cosa con **la Monita de los Ojos Verdes** estaba cada vez más acentuada. En esos días no se desprendió de San Juan, porque supo que un joven de ahí mismo rondaba la calle donde vivía **la Mona** y no estaba él dispuesto a que le saliera otro don Fidel

sentimental que le fuera a crear servidumbre en un camino que él había abierto.

Habló con ella, que bullía de pasión también, y él le propuso que se fugaran. Ella no estaba esperando eso sino la palabra matrimonio, pero no descartó del todo la posibilidad de una fuga primero, para acabar después casados ante cualquier párroco de los pueblos de la Provincia que los conocían. Pero ninguno de los dos se atrevió a dar el paso. Ella argumentó que de qué iban a vivir y él le dijo que ese era problema de él. Ella le replicó que era problema de ambos porque ambos tendrían que comer y vestirse y montar una casa y demás. Pero él le dijo que él no tenía los brazos partidos ni era ningún flojo para sentarse a esperar que les dieran todo lo que necesitaban. Total, en discutir y alegar se fueron yendo las entrevistas y los días y se aproximó la fecha del regreso a Santa Marta donde, —le dijo él— gracias a Dios ya este año termino.

El, inexplicablemente, armó viaje con tres días de anticipación a la fecha establecida, pero antes de irse le dejó con **Tatica** y **Juan Brugés** y **Enrique Luis Egurrola** un soberbio presente que era como un anticipo de todo cuanto estaba en condiciones de poner a sus pies: collares de perlas de la Guajira, medallones antiquísimos de oro puro, la mismísima casa quinta del propio presidente Ospina Pérez desbordante de orquídeas multicolores y hasta una sinfonía ejecutada por el rey de los turpiales que vive a las orillas del río Cesar.

EL MEDALLON, que como a veces ocurría, muchos se apresuraron a bautizar como “El Collar de Perlas” y hasta como “Don Fidel” fue el mensaje-propuesta que Escalona le dejó a **la Monita** antes de irse para la capital del Magdalena a hacerle frente a un llamado urgente y secreto que le trajo **Jaime Araújo**.

Estos son apartes de sus estrofas:

*Te garantizo que don Fidel
¡ay! a pesar de que tan pobre soy
mucho dinero podrá tener,
pero no te dará lo que yo te doy.*

*No pierdas la idea porque es verdad
que te llevo en avión a Bogotá.*

*Y si quieres también podemos ir
en la luna de miel a Medellín.*

*No pierdas la idea porque nos vamos
en la luna de miel a Maracaibo...*

Hay, dentro del estribillo, otra estrofa que suele ser cantada por muchos conjuntos pero que en verdad son versos apócrifos inventados y agregados por otra persona y que no tienen ninguna razón valedera para figurar ahí. Dice:

*No pierdas la idea, Rosamaría,
que te llevo en avión a Montería*

El solo hecho de que el nombre de **la Monita de Ojos Verdes** no es ese, aclara suficientemente esta adición, que parece ser fue introducida al original en los años 60, cuando la música de Escalona se cantaba en todas partes al gusto de cada cual y cuando ya el paseo EL MANANTIAL, dedicado a su hija Rosamaría, era conocido por mucha gente que había oído cantar el gallo y no sabía donde.

Mientras EL MEDALLON refulgía en la Provincia, Escalona llegaba a Santa Marta donde lo estaba esperando una joven con una angustia retardada de cincuenta y ocho días. Llegó sin un peso más de los que le entregaron para la pensión y gastos del mes de agosto, y en una semana se los había gastado casi todos buscando soluciones de urgencia para el tremendo problemón que se le había venido encima.

Pero ni las milenarias artimañas caseras de comadronas alcahuetas, ni las recetas médicas de farmaceutas comprensivos dieron resultado alguno. Para empeorar las cosas, la joven era de una familia "considerada", definición que en esa época equivalía a lo que hoy se llama clase media alta, y sus padres y sus cuatro hermanos, gentes de maneras afables y recio carácter, gozaban de grande aprecio en los círculos sociales por la compostura, la inteligencia y la hombría de bien que habían exhibido siempre. El asunto no era, pues, para arreglarlo haciendo un buen paseo. Al cabo de semanas de peligrosos ensayos y tremendas discusiones, él le pidió otro mes de espera que se fue cumpliendo en medio del desespero de ella que ya empezaba a no poder disimular su estado, y la rabia de él, que se volcó íntegra contra la imprevisión de estas mujeres de ahora que no les puede uno echar un piropo cuando ya están con las piernas abiertas.

Mediaba septiembre cuando el rumor del lío en que estaba envuelto Escalona se fue deslizado por los salones del Liceo, primero; por los sitios de reuniones de vallenatos y provincianos, después; por las casas de familias amigas, más tarde; hasta cuando ya era una noticia conocida por casi todos menos por la familia de la joven. Al finalizar el mes, con cuatro y medio de embarazo, hasta el más ciego de los parientes habría podido suponer qué era lo que le pasaba a la niña de la casa, cuya conducta y buen parecer tanto habían cambiado últimamente. Ella se atrincheró en un mutismo de hielo y no dejó que la interrogaran siquiera. Se encerró en su cuarto por dos semanas más hasta cuando los hermanos, impasibles pero decididos, echaron la puerta abajo de dos soberanas patadas y la alzaron de la cama para llevarla al médico, así se muriera ahí mismo encima de la camilla de reconocimiento.

Fue a mediados del mes de octubre cuando Escalona, en una madrugada de pavor, salió sigilosamente del Liceo con rumbo incierto a perderse de la vista de los cuatro hombres que llegaron a buscarlo sin aspavientos ni amenazas pero con una resolución de acero que les produjo temor a los profesores y condiscípulos que hablaron con ellos.

El escándalo acongojó a unos, indignó a otros, entristeció a aquellos, desbordó la locuacidad de éstos; pero hubo uno que aprovechó la situación para sacarse un clavo que tenía dentro: Rafael Parody, el sobrino del padre Dávila a quien le decían burlescamente el Ché sanjuanero, escribió un canto muy regular que tituló La Ceguera de Escalona pero en el que no dejó nada dentro del tintero. Dice así:

*Hombe, me han dado una noticia
bastante lamentable del pobre Rafael
que a Barranquilla ciego tuvo que viajar
pa've si allá la ciencia lo podía curar.
El pobre Rafa ha quedado miope;
anda de lentes y usa bastón,
según me han dicho, oigan muchachos
que le han prohibido tomar el ron;
enamorarse tampoco puede
y es hombre digno de compasión.*

*Hombe, al darme la noticia
que Rafa estaba ciego lo lamenté bastante,
un telegrama al pobre le quise pasar
pa preguntarle cómo seguía de su mal;
a los amigos les comentaba
esa de malas de Rafael;
siendo tan joven quedarse ciego
y sus estudios iba a perder;
y consideraba a la pobre Maye
en su tristeza, ¡pobre mujer!*

*Hombe, después me contaba Jaime
que fueron artimañas, mentiras de Rafael;
nada de ciego, nada de eso sucedió
que el vagabundo a una pobre niña engañó.
Entonces fue que salió huyendo
con dos puñales y un pistolón
se le pusieron las cosas serias
y a Barranquilla dio un carrerón;
bien disfrazado llegó de lentes
cual fuera un viejo, con su bastón...*

Este trastorno —que nadie se atreve a llamar inesperado porque mucho es que no hubiera ocurrido antes y en más mujeres, según decía sabiamente Jaime Molina— liquidó en forma definitiva las posibilidades de obtener su título de bachiller.

En Barranquilla estuvo un largo tiempo buscando luz para su equívoca “ceguera” y a principios de diciembre, discreto, barbado y con la lira rota llegó a Valledupar, donde los amigos, enterados de su regreso, lo rodearon inmediatamente. No hubo nunca honor lavado con sangre ni matrimonio obligatorio porque la muchacha que iba a ser madre, en el colmo del buen sentido, les dijo categóricamente a sus familiares que ellos iban era a desgraciarla casándola a la fuerza con un hombre que no iba a vivir con ella ni un solo día, porque si hubiera querido hacerlo lo habría hecho espontáneamente; y que si ellos insistían en matarlo, fueran también comprando el cajón para ella porque se cortaría las venas inmediatamente. Que la dejaran parir su hijo tranquila porque él no se lo había hecho ni a la fuerza ni sin su colaboración y que se dejaran de tanta fartedá que ella no era la primera ni sería la última en el mundo que lo daba por amor y que el que ensillaba su caballo sabía para donde iba y que les cuidaran mejor el fondillo a sus mujeres y a sus hijas que ya el de ella no te-

nía nada que cuidarle. El resultado de esta enérgica retahíla fue que todos dejaron de hablarle y ella salió de su casa para nunca más volver. Hasta cuando nació el nieto.

El traspié vivido por andar dándoselas de padrote, como decía Jaime Araújo, lo acogotó por un tiempo que no fue muy largo. A él, sin necesidad de que nadie lo defendiera, le sobraba inventiva para fabricar un muestrario de excusas a, cual más convincente, sobre el problema de las mujeres y sus víctimas los pobrecitos hombres; así que al pasar de los días el asunto de Santa Marta no fue sino un mal recuerdo que se fue difuminando poco a poco. **La Maye**, en cambio, y toda su familia, estaban que trinaban. Ahora era ella la que estaba dispuesta a no tolerarle ni un instante más tanta desconsideración y tanto problema y se preparó, porque apenas lo viera le iba a cantar la cartilla y a ponerlo en su puesto. Pero no lo vio enseguida ni después, porque una vez se repuso de su vergüenza él arrancó para San Juan a donde se llevó a **Poncho** Cotes, cuya lealtad y cariño tanto necesitaba en esos momentos.

En San Juan buscó a **la Monita de Ojos Verdes** desesperadamente. Necesitaba hablar con ella largo y tendido; pero Cielito Romero le informó que ella estaba pasando unos días en Villanueva ensayando una nueva misa de Navidad que se sabían las cantantes del coro de la iglesia de allá. Decidió esperarla tantos días cuantos fueran necesarios, pero ella no apareció ninguna de las veces que él mandó a averiguar si había regresado. Fue a Villanueva, pero le dijeron que ella se había ido al día siguiente del ensayo y que no había dicho cuándo podría regresar. Entendió que **la Mona** le estaba sacando el cuerpo y eso lo puso frenético. Le mandó un papelito, dos, tres, diez, y nada. Pero para el 24 de diciembre, en la fiesta a que lo había invitado Santos Giovanetti la volvió a encontrar. El llegó esplendoroso, bañado en agua de colonia y acicalado por los mimos y pechiches de Cielito Romero, que se sentía en esos momentos más obligada que nunca a protegerlo y cuidarlo; y ella, **la Mona**, estaba en ese momento llevando la voz cantante en el conjunto de guitarras que interpretaban un valse añejo y sentimental que tenía a la concurrencia al borde de las lágrimas. Se llama "Los Rosales".

*Han brotado otra vez los rosales
junto al muro del viejo jardín
donde tu alma selló un juramento,
amor de un momento que hoy viera su fin.*

*Tierno llanto de amor fuera el tuyo,
que en tus ojos divinos yo vi,
ojos garzos que a mí me engañaron
al ver que lloraron los míos por ti...*

Escalona estaba conmovido. Para él esa escena era como un latigazo sobre la carne viva. Pensó acercarse al grupo e interrumpirla para que ella supiera que él estaba ahí y que había venido por ella y nada más que por ella, pero se dio cuenta de que no podía seguir metiendo la pata y menos en un acto social tan bonito y bien organizado como esa fiesta a que lo habían invitado. Decidió esperar a que ella acabara de cantar completo el valse, pero cuando comenzaron los aplausos y las peticiones de “que te cantes otra”, ella desapareció y no hubo quien la encontrara esa noche ni los días siguientes: El 27 de diciembre Cielito Romero le dijo la verdad: **La Monita** tenía novio y no quería saber “ni una palabra” sobre Escalona.

El 6 de enero se llevó a cabo en Villanueva un matrimonio de postín, al que fue invitada media provincia. Escalona, los Molina, los Pupo, los Pavajeau, Hernán Maestre, los Araújo, los Baute, Lalo Montero, los Castro Palmera, los Castro Castro y lo más granado de Valledupar se trasladó a la ciudad de Santo Tomás desde bien temprano. La fiesta comenzó a las diez de la mañana después de la misa solemne, que contó con la presencia del señor obispo de Riohacha, monseñor Vicente Roig y Villalba, quien vino expresamente a impartirle su bendición a la pareja. La música de viento que dirigía don Reyes Torres estaba a cargo del baile, y el coro de jóvenes villanueveras, que siempre se destacó por sus magníficas voces, tenía el propósito de entonar cantos suaves, música romántica entre una tanda y otra. Así lo fueron haciendo después del almuerzo cuando concluyó el protocolo y la fiesta comenzó como Dios manda. El ambiente era especial y a las cinco de la tarde, entre paseos de la banda y romanzas del coro, entre porros y boleros, Escalona volvió a escuchar que habían brotado otra vez los rosales junto al muro del viejo jardín, y las estrofas del valse, sumadas al temple que cargaba, lo regresaron ipso-facto a la escena en la casa de San Juan donde la voz de soprano de **la Monita** sobresalía impecable entonando su acusación:

*Mas los años al pasar me hicieron
comprender la triste realidad:
que tan solo es ilusión
lo que amamos de verdad...*

El asegura ahora que nunca ha llorado por una mujer de la que estuviera enamorado. Que ha llorado y llora por sus amigos y por mujeres, sí, pero por mujeres muertas que hayan sido sus amigas o sus familiares o por amigas vivas que tengan algún sufrimiento; pero, ¿por mujeres que me hayan gustado o que me gusten? No, hombre; ni pendejo que fuera, jura y rejura. Las mujeres que a uno le provocan como mujeres no son para llorarlas sino para conseguirlas. Y —agrega con malicia— para hacerlas llorar si es del caso...

Pero los amigos saben que ésta lo hizo derramar más de una lágrima. En todo caso la fiesta matrimonial para él concluyó porque la añoranza y el recuerdo lo estaban matando. Se escurrió de la reunión y se vino para el Valle a su casa, a conversar con su hermana Magola, a la que toda la noche estuvo atacando a preguntas sobre qué haría ella en tal situación y cómo respondería en tal otra en caso de que tuviera un enamorado así o así y las circunstancias fueran de este o de aquel modo. Pero aunque resistió el bombardeo de interrogantes y absolvió las más extravagantes premisas sentimentales, Magola no le resolvió el problema que nadie le iba a resolver. Entonces lo vieron por todas partes desmarrado e intranquilo como perro con gusanera; entrando y saliendo por las puertas de todas las casas que acostumbraba visitar, sin detenerse mucho tiempo en ninguna; malgeniado y silencioso durante largos períodos, para terminar, como cosa extraña, encerrado hasta dos días y más en su cuarto, en una evidente demostración de que algo andaba muy mal. Sus familiares creyeron que era paludismo, pero el doctor Maya fue a visitarlo y descartó esa posibilidad. No tenía ni asomo de fiebre que era el primer síntoma; no le dolían los huesos; no tenía la boca amarga. No era —de eso pueden estar seguros— el temible mal de la época. Tampoco era tifo; así que los amigos recibieron permiso para entrar al cuarto y conversar con él a corta distancia. Jaime Molina no fue a verlo. Simplemente le comentó a su hermana Helina: “lo que sí te puedo jurá con un cristo es que el Rafael está más sano que tú, que yo y que too el mundo. El lo que está es puyao porque **la Monita** en San Juan le pegó un tijeretazo que le

va a costá Dios y su ayuda pa'que le vuelvan a crecé las alas. Ese es too el tropel que carga. Vái a ve".

Dicho y hecho. El 10 de enero de 1950, días después de que Magola recogiera en el cuarto de él montones de hojas de esquelas vueltas miguitas, tinteros vacíos y sobres sin rótulos que evidenciaban los tormentos padecidos, él se levantó. Para levantar en vilo a toda la provincia con el testimonio sublime de la HONDA HERIDA, que de parte a parte le abrió la **Monita** y gracias a la cual la música vallenata tiene hoy la composición lírica y sentimental más hermosa y métricamente perfecta de cuantas existen en ese género:

*Solamente me queda el recuerdo de tu voz
como el ave que canta en la selva y no se ve.
Con ese recuerdo vivo yo,
con ese recuerdo moriré.*

*Que yo tengo una herida muy honda que me duele,
que yo tengo una herida muy honda que me mata.
Un hombre así mejor se muere,
¡ay! para ver si al fin descansa...*

Aquí Escalona echó sus restos.

Hasta los más entendidos y conocedores de su proverbial facilidad para transmutar en música sucesos de cualquier índole, recibieron el corrientazo de asombro y quedaron suspendidos en el mismo estremecimiento que todavía hoy, 40 años después, seguimos sintiendo con estas estrofas. Muchos sabían que él podía convertir en pieza musical el afecto por un amigo, como hizo con Miguel Canales; que tenía gracia y sindéresis para relatar jocosamente una intrincada historia en que el personaje principal —aparentemente— es un perro, como sucedió con el de Pavajeau; que le sobraba talento y sutileza para hacerle una crítica sangrienta a un gavilán cebado de dos patas, manos y sotana; que tenía una sensibilidad especial para captar y expresar las ilusiones románticas de los amigos, como hizo con **Tatica** en el CHEVROLITO y con **Poncho** Cotes en LAS VACACIONES; que le sobraban ingenio y arrestos para reírse del tragicómico incidente de una pareja añosa en LAS ARRUGAS DE BENAVIDES y hasta para inventarse y dejar un TESTAMENTO musical a una novia muy querida. Pero nadie esperaba que aquellos aparentes malestares físicos, que encubrían un delirio de amor, fueran a

reventarse en una confesión íntima de transparente belleza en que la hondura del sentimiento y el casi insufrible desasosiego espiritual deben recurrir a todo para buscar el alivio: a la metáfora certera y doliente, que invoca y evoca el recuerdo de una escena familiar que lo sigue golpeando más allá de las retinas (*solamente me queda el recuerdo de tu voz, como el ave que canta en la selva y no se ve*). A la confesión espontánea, no exenta de humildad, de un hecho que se emprende a sabiendas de su inutilidad (*me puse a escribir una carta para ti. La rompí porque no iba a tener contestación*). A la advertencia previa para que nadie venga después a recriminarle nada (*como yo soy quien siento el dolor, será por eso*). Y a la desesperante invocación de un auxilio que está más allá de toda participación humana: (*para vivir como yo vivo, un hombre así debe estar muerto*). Y, como Escalona es Escalona, también a la última súplica, al intento final de averiguación para saber si quiera, antes del golpe definitivo, qué es, por Dios Santísimo, lo que ha ocurrido (*oye monita de ojos verdes, yo quiero saber lo que ha pasado*)...

El remate es, naturalmente, la queja, el grito, el ¡ay! desgarrador, que físicamente le resulta imposible acallar más tiempo, acompañado de la acusación implacable (*como tú sabes que te quiero, por eso te vales de ocasión*)...

A Villanueva fue a dar Escalona buscando a **Poncho** Cotes para cantarle el extraordinario merengue. Quiso la buena fortuna que Escalona encontrara a **Poncho** acompañado de Emiliano Zuleta, quien de una vez se aprendió el canto y lo vertió a la nota "corta y recogida" característica de su ejecución musical. En esta versión de Emiliano se estrenó y se hizo célebre HONDA HERIDA, y mantuvo su prestigio de primerísima composición de la música vallenata, gracias también al talento y la maestría de Nicolás **Colacho** Mendoza, quien, sin disminuirle la belleza de los compases originales, le hizo una estupenda introducción y le respetó la cadencia rítmica propia de los merengues de Escalona. Hasta cuando, a principios de 1987, el conjunto del acordeonero Gonzalo **El Cocha** Molina y la voz de Diomedes Díaz hicieron añicos, volvieron migas y desvirtuaron totalmente el que ha sido uno de los cantos más perfectos de la música vallenata.

HONDA HERIDA, desde su mismo título, por su letra y hasta los últimos compases de su música, es poesía pura. Es la composición más grande que Escalona creó y que sólo va a tener una aproximación lejana en LA GOLONDRINA y, un poco menos,

en EL DESTIERRO DE SIMON. Interpretándola, oyéndola, aprendiéndosela y celebrándola se puso en pie la región entera, y casos hubo de varios heridos de verdad, como los que se desmangarraron de un camión repleto que iba para Codazzi cuando el chofer, que la cantaba eufórico de entusiasmo y ron, soltó el timón en la curva de los Brasiles, colocó las dos manos sobre el pecho y sacando la cabeza por la ventanilla les gritó desgañitado a los vecinos del caserío:

*Ay, ay, ay, ay me estoy muriendo
ay, ay, ay, ay tengo un dolor...*

El drama por el que atravesaba Escalona en esos momentos era tan intenso y desgarrador que ni el desbordamiento de la admiración y el cariño de que lo hicieron objeto sus amigos y hasta quienes no lo conocían, sirvió para fortalecer el descaecimiento en que estaba sumido. La protagonista de su paseo lo había dejado perfectamente acogotado y habría de pasar un buen rato antes de que se repusiera del golpe. Tales eran su guayabo y desconcierto que lo único que deseaba en esos momentos era irse. Irse bien lejos, donde el recuerdo se fuera apaciguando por la inminencia de situaciones nuevas y gente distinta. Pensó en la Guajira, que lo atraía desde siempre con sus costumbres exóticas y sus leyes atávicas, donde todo lo que se necesitaba para ser feliz era un chinchorro con una india adentro. Y comenzó a estudiar los modos para concretar lo que ya estaba resuelto sería su mudanza. El día 30 de ese mismo enero, el principal paso estaba dado: un paseo con el nombre de MALA SUERTE, que era como él consideraba la suya, fue conocido por sus amigos vallenatos que, sin haberse repuesto del impacto de HONDA HERIDA, escucharon esta nueva composición de acento triste y versos dolientes:

*Díganle a Turo Molina
y también a Chema Maestre
que yo me voy pa la Guajira
porque aquí tengo mala suerte.*

*Y si no puedo volver
porque en la Guajira muero,
sólo quedará el recuerdo
de aquel amigo que se fue...*

¡Qué dolor tan grande y cuánta desesperanza en el alma!, decía líricamente Alfonso Murgas, comentándole a **Poncho** Cotes, la situación esta del pobre Rafa que está sufriendo mucho por esta cosa, hombre, que tú sabes son cosas de hombres y tal pero que, está sufriendo mucho, está sufriendo mucho, insistía Murgas. **Poncho** —que conocía bien el almendrón— no se dejaba impresionar, pero tampoco minimizaba la realidad de la situación sentimental del amigo, porque, entre otras cosas, él, el mismo **Poncho**, andaba metido en un arañagatal semejante al que había vuelto ripio a Rafael Escalona.

Solamente Jaime Molina, con su natural escéptico y certero, se moría de la risa en los conciliábulos amistosos que se formaban tratando de buscarle lenitivo a una gravedad del alma que para él ni era del alma ni era tan gravedad. “Esto le dura —sentenciaba Jaime— hasta cuando vuelva a tropezarse con un hembronón igual a **la Mona**. Lo demás es puro cuento”. De todos modos, los amigos se lo llevaron para La Paz donde **Poncho** le confesó a Escalona el secreto que lo estaba atormentando: estaba enamorado de una muchacha en Villanueva pero tenía dos arroyitos que pasar: uno, que él era casado y la muchacha era virgen, y el otro, que se desprendía del primero, que el papá de la muchacha no gustaba de él ni en pintura.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Escalona con una frase que lo reveló de cuerpo entero—. ¿Quién ha dicho que porque eres casado no te puedes enamorar de la que te dé tu real gana? ¿O es que porque ella es soltera y tú eres casado, ella es mejor que tú? Pues se va a ver, porque vamos a ir ahora mismo a Villanueva y yo en persona voy a hablar con el señor ese, a ver qué es lo que me va a argumentar para tacharte a ti.

Rafael Calixto Escalona Martínez, el auténtico, el real, renacía de sus cenizas y asumía la exacta personalidad con que había nacido y con que iba a morir: autoritario, impositivo, desafiante y altanero cuando en su camino o en el de sus amigos se interponía algo que los hiciera tropezar. **Poncho**, más mesurado y consciente de que esa no era la fórmula, pospuso el viaje, que de todos modos iban a hacer más tarde, explicándole que tenía que ir donde el doctor Zapata, “médico que me está atendiendo para una afección que cargo en las amígdalas y que me tiene fregao”.

—“¿Y ese doctor Zapata de dónde salió?” —inquirió Escalona, intrigado al oír a **Poncho** mencionando con tanto aprecio a alguien a quien él no conocía.

Poncho le explicó que el doctor Zapata era “Manuel Zapata Olivella, un muchacho médico de por allá de Bolívar, que está haciendo el año rural aquí en La Paz”.

Cuando conoció a Zapata Olivella, Escalona quedó maravillado de que hubiera una persona de la que él no sabía absolutamente nada que a su vez supiera tanto sobre él y sobre sus composiciones musicales, que conocía de memoria todos sus cantos, que estaba enterado de sus mínimas circunstancias y que además los cantaba con gracia. Hablaron toda la tarde y parte de la noche y el médico hizo una brillante disertación literario-filosófica de la incontrastable importancia crítica de *EL PERRO DE PAVAJEAU* y *EL GAVILAN CEBADO*, sobre *MIGUEL CANALES* y *EL HAMBRE DEL LICEO*, mucho más allá del contexto sociológico del resto de sus personajes. Tanto que, por un momento, Escalona alcanzó a tener la clarividente sensación de que no había sido él sino ese jocundo y elocuente muchacho negro que hablaba tan bonito, el verdadero autor de los cantos. “Esto debe ser —pensaba perplejo— lo que la vieja Loa nos explicaba allá en Patillal que era la transmutación de los seres. A lo mejor, quién quita, este médico que acabo de conocer es el autor ignoto pero real y yo no soy sino el pendejo que he sido utilizado para materializar estos cantos.”

Cavilaba confundido sobre esto cuando el tema bajó de tono y el médico le contó de un joven amigo de Aracataca, a quien Zapata Olivella, el año pasado en Barranquilla, le había informado extensamente sobre la obra de Escalona, y que el muchacho se había vuelto loco con *MIGUEL CANALES*, con *LA ENFERMEDAD DE EMILIANO*, con *EL TESTAMENTO* “y con todas estas maravillas que tú has hecho”. Escalona respiró tranquilo con esta última aseveración.

—“Tienes que conocerlo —le dijo Zapata Olivella—; él está deseoso de conocerte y además te vas a sorprender de lo bien que canta tus paseos y merengues. Es un pelao inquieto que le gusta escribir y ahora mismo está trabajando en *El Herald*. Cuando vayas a Barranquilla llámalo. Se llama Gabriel García pero los amigos lo conocen por Gabito”. A la mañana siguiente Escalona y **Poncho** Cotes iban rumbo a Villanueva haciéndose lenguas sobre la extraordinaria simpatía del médico de La Paz al que no demoraron en identificar como uno de los suyos. **El Tite**, **Geño Celedón**, **Chico Daza**, **Jaime Orozco** y **Armando Zabaleta** los estaban esperando con una parranda descomunal, como las de las

primeras épocas. El caso era que no sólo estaban por festejar dos nuevos cantos sino que uno de los amigos andaba enamorado y todos los demás se sentían obligados a participar de sus dolencias espirituales y a buscarle soluciones a las mismas. Una vez llegados los pusieron al tanto de la intransigencia de Ovallito, como llamaban confianzudamente al padre de Thelma Ovalle, la espigada muchacha por la que andaba trastabillando **Poncho** Cotes.

—El hombre está rebelde —decía prudentemente **Chico** Daza— muy rebelde; y por lo que se sabe aquí en Villanueva, ella debe estar encerrada porque ni en misa la han visto.

—Puede ponerla en un altar si le parece —opinaba **el Tite**— pero después que Cotes se resuelva y ella quiera, no hay encerramiento que valga.

—Que me lo digan a mí —remataba por debajito Escalona, que ya había desistido de su descabellada visita donde el señor Ovalle a exigirle que aceptara complacido a **Poncho** Cotes como novio oficial de su hija mayor. Y volvió a sumergirse en el hueco sin fondo de su desencanto amoroso.

Después de la parranda, Escalona siguió pensando en la frontera; y como de Villanueva a San Juan era un brinco, le dio por ir a buscar a **Tatica**, con el que volvió a coger el camino Guajira arriba y más allá, buscándole alivio a su congoja. Volvió a pasar por la Dístra, por Fonseca, por Barrancas, por los mismos lugares recorridos tantas veces en tantas aventuras; llegó otra vez a Riohacha a la casa del “conde” Henríquez, donde lo agasajaron con la cordialidad del primer día; regresó a Paraguachón y entró a Venezuela metido de cabeza en el tráfico del comercio extralegal. Más de un mes duró por fuera del país, lejos del ámbito que él había enriquecido espiritualmente y donde su presencia se echaba de menos. Promediando la segunda semana de marzo regresó, y en una parranda interminable que tuvo lugar en *Palmarito*, la finca del doctor Maya Brugés, les cantó a sus amigos la novedosa fórmula de un Mejoral musical que se había inventado, tratando de curarse el gran dolor que todavía cargaba entre pecho y espalda a causa de la ingratitud incalificable —pensaba él— de la muchacha de San Juan que fue la que, definitivamente, lo estremeó más fuerte.

*Yo pensé que un Mejoral
podría curarme este gran dolor;
pero qué me iba a curar
si es una pena de amor.*

*Yo me fui para Venezuela
decepcionado de Valledupar,
como si la ausencia fuera
remedio para olvidar.*

Escalona parecía, como se dice en las artes taurinas, cogido gravemente y no trató de negarlo. Los versos que aquí se copian son bastante claros en este sentido; pero, pese a la intensidad devastadora de sus penas, no estaba él para morir por nadie y sus dramas y dolores de amor se iban diluyendo tranquilamente en el cauce sonoro que él iba abriéndole a cada problema sentimental. Antes de que concluyera el mes, de celebración en celebración de los cantos salidos como un chorro uno detrás de otro, ya se había aligerado de la pesadumbre en que fueron concebidos, porque las ocupaciones de los festejos no daban lugar para más nada.

La situación de Cotes en cambio, no era nada fácil. El no sólo cargaba con el *inri* de ser un parrandero insigne, bohemio integral, intelectual completo y para colmo poeta, todo lo cual en esa época y en nuestro medio social lo consideraban como una anormalidad, sino que además estaba casado por la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana y tenía tres hijos. No era pues viable que los padres de Thelma incurrieran en el exabrupto de permitir o tolerar siquiera unas relaciones tan disparejas. Pero **Poncho**, seguro de que el amor todo lo puede, se valió de un amigo común para mandarle una propuesta a la mamá que, mujer al fin y al cabo, podía ser más receptiva ante la situación de su hija. La respuesta fue contundente: "Que se vaya a la mierda con matrimonio civil y todo".

Escalona quedó más chocado que el mismo Cotes y volvió a sentir la necesidad de ir personalmente a arreglar ese problema de una vez por todas; pero a cambio de eso, que todos sabían que no iba a modificar en nada la actitud de los padres de Thelma, acabó haciendo un merengue, que cantaron en un formidable coro bajo la ceiba de Villanueva el día 5 de febrero y cuyo título es EL GAVILAN RASTRERO:

*En la ceiba e Villanueva
canta un gavián bajito;
y es diciendo que se lleva
a una paloma que ha visto...*

Muchos aseguran que la estrofa original no era así en los dos últimos versos sino que, más de acuerdo con la realidad, decía:

*Y es diciendo que se lleva
a una hija de Ovallito...*

Pero **Poncho** asegura que Escalona no se atrevió a tanto; además, él tampoco habría permitido que a su futuro suegro lo fueran a irrespetar desafiándolo en un canto. El resto del merengue son advertencias e información sobre la propuesta y sus resultados:

*En la ceiba e'Villanueva
canta un gavilán sin plumas,
y es diciendo que se lleva
de las dos hermanas una.*

*Yo le propuse una cosa
y no quiso su mamá;
ahora me la voa llevá
para taparle la boca...*

Tiempos después, el gavilán manaurero cargaba con la palomita de Villanueva con la que convivió largos años y con la que tuvo varios hijos entre los cuales se destaca Alfonsito Junior, compositor e intérprete afortunado de la música vallenata.

El día 24 de marzo de ese año de 1950 el joven redactor de El Heraldo recibió una llamada. Rafael Escalona estaba en Barranquilla, en el Café Roma, y quería saludarlo por recomendación de Manuel Zapata Olivella “que me ha hablado mucho de ti y que me pidió que no me fuera a regresar al Valle sin hablar contigo”. “No te vayas a mover de ahí, que en seguida salgo para allá”, fue la respuesta ansiosa del novel cronista que, por fin, vería satisfecho su deseo de conocer al compositor de vallenatos.

El Café Roma era el epicentro de Barranquilla. Lugar obligado de reuniones de negocios y de toda suerte de actividades que se movían en la ciudad, era frecuentado por gentes de toda clase y procedencia: curazaleños, jamaicanos, venezolanos, europeos, turcos, sirios y libaneses que habían convertido la capital del Atlántico en el paraíso de las más insólitas posibilidades del progreso. Comerciantes honrados y que no lo eran; industriales ilusos; cambalacheros de verdad; escritores en ciernes, literatos y

poetas, todos llegaban al Café, donde, en medio de la caterva que lo concurría, siempre había un sitio especial reservado para don Ramón Vignes, un ilustre catalán que se había leído todos los libros del mundo y que aglutinaba a su alrededor un grupo de jóvenes costeños que comenzaban a padecer la fiebre de la literatura.

Ahí Escalona se reunió con Gabriel, que llegó feliz cantándole EL HAMBRE DEL LICEO. Después Escalona le cantó LA VIEJA SARA y EL CAZADOR y EL BACHILLER y HONDA HERIDA y García Márquez descubrió entonces, de primero, lo que algunos buenos observadores irían a notar más tarde: que la música de Escalona que andaba por el mundo sonando día y noche en emisoras y fiestas privadas, no se parecía —o se parecía muy poco— a lo que el compositor había hecho originalmente. Gabo se lo dijo, Escalona lo admitió y los dos discutieron en un largo coloquio para acabar concluyendo que en ese asunto de obras intelectuales, llámense canciones, novelas, ensayos o dramas, pasaba ni más ni menos lo que los viejos decían que pasaba con los hijos: uno los engendraba, les daba la vida, los formaba y los enseñaba a caminar y cuando ya pisaban firme, se largaban con el primero o la primera que pasara, por el rumbo que mejor les parecía. “No había que hacerse ilusiones”. remataba el periodista.

Escalona estaba cautivado por este otro formidable conversador que, tal como se lo había advertido Zapata Olivella, estaba más al tanto de su obra musical que lo que él mismo habría podido suponer. Y García Márquez fue más lejos: le habló de su casa en Aracataca y de sus amigos de la infancia, entre los cuales Luis Carmelo Correa ocupaba primerísimo lugar en su afecto. “Correa —le explicó— está emparentado con un señor de nombre Santander Durán, que vive en Valledupar y que tengo entendido es cuñado tuyo”.

—“Claro —respondió Escalona—, él es el esposo de mi hermana Abigail”.

—“Bueno —siguió diciendo García Márquez—, Santander es primo de Carmelo y tú eres cuñado de Santander y como Luis Carmelo es para mí como un hermano, quiere decir que tú y yo somos parientes...”.

Bien entrada la tarde, cuando habían agotado varias tandas de cervezas en el Café Roma, Rafael Escalona y García Márquez felices por su inesperado parentesco, salieron para El Heraldito, donde el primo García les presentaba su primo Escalona a otro

par de parientes de la que iba a ser una notabilísima familia de las glorias del Caribe: Alfonso Fuenmayor y Germán Vargas. Treinta y dos años después, ungidos ambos por el éxito, allá en el Gran Hotel de Estocolmo, en el jubileo del Premio Nobel, cuando ya el famoso novelista había incluido el nombre de Escalona en la mitad de sus libros y le había dicho al mundo que “Cien Años de Soledad” no era más que un vallenato de 350 páginas, el compositor patillalero iba a recibir aún, estampado de puño y letra de Gabo en la primera hoja de un ejemplar de esa novela, el homenaje de una dedicatoria descomunally generosa y vibrante que sintetizaba todo lo que García Márquez sintió desde siempre, por Escalona. Dice así: “A Rafa Escalona la persona que más admiro en el mundo”.

En abril de ese mismo año (1950) Gabriel vino a Valledupar y se alojó en la casa de don Clemente Escalona y doña Margarita, donde, contrariamente a lo esperado, no se dedicó tanto a parrandear con su primo que le contó que acababa de terminar dos nuevas composiciones: LA HISTORIA, un paseo sentimental que le compuso a Jaime Orozco Gámez, un amigo de Villanueva que para esos días andaba vuelto añicos a causa de un corte de franela sentimental que le habían propinado; y LAS DOS HERMANAS, un paseo poco conocido cuya circunstancias históricas, el mismo Escalona nos contó así: “La historia de LAS DOS HERMANAS es una historia real. Aunque historia puede ser verdad o puede ser mentira; pero esto es verdad. No le cuento el nombre de las dos hermanas porque son personas respetables y están casadas. Tobías Enrique Pumarejo, el autor de “El Alazanito”, de “La Mariposa”, mi maestro a quien yo le bañaba su caballo en Patillal, el hombre que llenaba de alegría las sabanas de mi pueblo y todos los caseríos de mi provincia, cuando yo fui grande de cuerpo, que perdí la timidez, lo frecuentaba mucho y él me brindaba trago; yo le preguntaba por sus cantos y él me preguntaba por los míos. Un día en un pueblo, cuyo nombre tampoco digo, me llevó a una tienda donde vivían dos hermanas; ellas vendían cerveza, pero como a mí no me ha gustado la cerveza, **don Toba** me mandó a comprar una botella de whisky. El tomando cerveza y yo tomándome el whisky nos pasamos toda la tarde y parte de la noche; pero en los pueblos de provincia las tiendas decentes se cierran temprano. Las dos hermanas nos

pidieron que nos retiráramos y cerraron la tienda. Nosotros seguimos tomando en otra parte y esa noche, pensando en ellas, se me olvidaron todas las heroínas de las canciones de Tobías y de mis canciones. Al siguiente día buscamos a **Chema** Martínez con su acordeón; llegó Armando Zabaleta y seguimos parrandeando. Tobías Enrique me dijo: "Rafa, me parece que las morenas de la esquina te flecharon". Yo le contesté: "Y a usted también debieron flecharle". El se puso a reír y me respondió: "Claro que sí, lo que tenemos que definir es cuál te gusta a ti y cuál es la mía". Después de mucho rato, cuando ya llevábamos muchas botellas de cerveza y otras tantas de whisky, le pedí a **Chema** Martínez que me acompañara con su acordeón para cantarles con mi mala voz la canción que le había compuesto a las dos hermanas.

Esa canción es un paseo y dice:

*Yo en este pueblo conozco a una morena
de ojos muy lindos que son cautivadores;
vive en esquina, tiene una tienda
tiene una hermana y no tienen amores.*

*Enamorado que estaba de una de ellas
el gran negocio me propuso Tobías:
partimos hermanas, partimos tienda
y queda arreglada la compañía...*

"Tobías estaba casado. Parece que no le pudo hacer frente a la morena del negocio. Yo en ese pueblo era un forastero y tuve que irme para donde tenía que irme. Después me casé. Las dos hermanas también se casaron. Sólo quedaron en el pueblo, Luis Enrique, **Chema** Martínez y Armando Zabaleta cantando el canto de LAS DOS HERMANAS. Esta es la historia que usted quería conocer y nadie la conoce".

A García Márquez, en esa ocasión, lo que le llamó la atención fue la estampa y las maneras señoreras de don Clemente Escalona, con quien pasó largas horas escuchándole sus historias interminables sobre su acendrado liberalismo, su amor por el partido y su participación en la Guerra de los Mil Días, donde se jugó la vida en las batallas de Carazúa, de El Banco, y de San Juan de la Ciénaga. También le contó cómo, gracias a él y al coronel Bibiano Caballero y a la oportuna intervención de don Francisco Villazón, "padre de este muchacho Crispín, que es amigo de mis hijos", le salvaron la vida al general Uribe Uribe, que estuvo a

punto de caer en una emboscada cuando su cabalgadura fue derribada de un tiro de escopeta y él tuvo que salir a pie huyendo. “Bueno, jovencito —decía don Clemente— Bibiano, Pacho y yo llegamos en ese momento y montamos al general en una de nuestras bestias y lo pusimos a salvo”.

Le habló también don Clemente de las gentes de Ciénaga y de Aracataca, cuyas genealogías conocía como la palma de sus manos; le habló de la vida y de la muerte, de los hombres y las mujeres, del valor y la cobardía, del miedo y la esperanza y al final de los días, el joven redactor que el 9 de abril de 1948 había salido de El Espectador de Bogotá para El Universal de Cartagena y ahora se hallaba en El Heraldo de Barranquilla, tenía delineada en su mente la figura del protagonista de una de las más bellas novelas cortas de la Literatura Universal: “El Coronel no tiene quien le escriba”.

Pero no usurpemos los recuerdos ni abusemos de la confianza del grande escritor y esperemos mejor a que él mismo, algún día, se decida a contarnos la historia oculta de su apasionante personaje. La visita del periodista se terminó al cabo de una semana larga en la que Escalona llevó a Gabriel por todos los recovecos y metederos de Valledupar, mostrándole una parte del mundo fascinante pero real, donde había perros convertidos en héroes de relatos verídicos con trasfondo de celos y tormentos; donde a los curas sensuales y pecaminosos los hacían desterrar a punta de versos implacables; donde un rutilante carrito comprado con mil sacrificios servía de pretexto para contar el indeclinable afecto por el amigo; donde una campesina noble, servicial y humilde se convertía en emperatriz de todo un territorio por la sola gracia del cariño de sus súbditos; donde, en fin, la cotidianidad de la vida no era sino el origen de la poesía; y antes de que García Márquez llegara de regreso a Aracataca, ya Rafael Escalona estaba en Villanueva en la casa de Evarista Socarrás preguntando por su hijo, el Tite.

Convencido de que ya nunca más sería —ni quería ser— otra cosa que un cantor, Rafael siguió cantando, y en el transcurso de esa etapa feliz en que parecía que todos los recursos líricos se habían concentrado en su imaginación, creó LA GOLONDRINA y después le cantó al general Dangond un merengue confianzudo y sabroso, aliñado con la indispensable malicia que sólo era capaz de ponerle alguien como Escalona que, por haberlos pade-

cido tanto, estaba en capacidad de entender plenamente los sufrimientos del respetable y conspicuo ex-oficial de la Guerra de los Mil Días, ahora desarmado, sitiado y totalmente indefenso ante una viuda de El Molino.

*En su automóvil resplandeciente,
de Villanueva para El Molino
va el general y regresa siempre
con esa viuda muy resentido.*

*Allá en Codazzi a mí me dijeron
los que conocen al general
que en la batalla no tuvo miedo
y en El Molino lo ven llorar...*

Hasta este momento, nadie pudo nunca saber a ciencia cierta a quién, realmente, le hizo Rafael Escalona el paseo LA GOLONDRINA. **Poncho** Cotes que se supone conoce todos los secretos de la vida del compositor, cree, después de muchas disquisiciones ante quien esto escribe, que no hubo en verdad una mujer determinada que lo inspirara. Que fueron todas reunidas, maceradas por la nostalgia e idealizadas por la necesidad, las que se convirtieron en una sola a la que él le canta con un nuevo estilo literario y una nueva forma métrica que, a su vez, tiene un acento musical de cadencias lánguidas que no se semeja a nada de lo anteriormente hecho por él. Que son todas las mujeres de su vida y ninguna en particular las que él desea dejar para seguir volando libre como una golondrina. Que son de muchas y no de una sola las lágrimas que lo enternecen y el mensaje que les deja. Que son todas al tiempo y no una, aislada, las que sienten el amor de él como una cruz sobre sus vidas y las que se quejan de los sufrimientos que les impone.

Eso cree el amigo más estrechamente ligado a su vida y a su obra. Pero nosotros no. El análisis que se desprende del seguimiento a su tarea musical, tomando como base su personalidad y sus actuaciones, nos lleva a la conclusión lógica de que solamente un amor que hubiera tenido una fuerza eminencial y una entidad devastadora para dejar huella profunda, tanto más honda cuanto más independiente fue para no dejarse tiranizar por el compositor, podía llevarlo, como lo llevó, a esos estados de gracia sentimental de donde surgió HONDA HERIDA y meses más tarde LA GOLONDRINA. Y ese amor se dio y tuvo nombre propio que

no es otro que el de **la Monita de Ojos Verdes**. A ella, a la sanjuane-
ra de formas perfectas pero, además, de notable espiritualidad, de
condiciones intelectuales y cualidades materiales, como la de su
voz hermosa hecha para el canto, que es el único recuerdo que a él
va a quedarle en medio de la bruma de la soledad, tal como en el
monte uno escucha los trinos de las aves sin saber desde qué árbol
están cantando; a ella y no a ninguna otra, le cantó Escalona sus
encendidas protestas de amor y también LA GOLONDRINA.

Basta con repasar uno por uno los cantos que creó durante
esas relaciones, desde aquel insinuante REGALITO de fines del
48, cuando en medio de la ternura del amor recién iniciado ya evi-
dencia él la pasión que va a consumirlo más tarde: *yo quiero dar-
te un nenito / que diga papá y mamá / que abra los ojos y pestañe
/ y que los vuelva a cerrá* / le dice, sin miramiento alguno en su
forma poética de manifestarle su deseo de que ella le dé un hijo. O
EL MEDALLON donde le promete todo cuanto una mujer-
mujer ambiciona para engalanarse: collares de perlas auténticas,
de esas de la Guajira, que sirvieron durante muchos años para en-
joyar las coronas reales de la España conquistadora; pendientes y
medallones que usaron los mismísimos piratas ingleses que asalta-
ron a Cartagena; joyas mucho más delicadas y valiosas, como la
colección de orquídeas del Presidente de la República cuya casa
también pone a los pies de ella; y como si todo esto no fuera sufi-
ciente, algo que él y únicamente él, como hombre de verdad, pue-
de darle, mucho más allá de las meras riquezas materiales. Eso
que no se consigue con la plata de don Fidel y que él, Escalona,
tiene por montones: amor y satisfacciones en todas sus formas y
expresiones. Todo esto es el camino que lo lleva a HONDA HERI-
DA —que, como su nombre lo indica es ni más ni menos que la
transfixión de Escalona— para continuar con MALA SUERTE,
que viene a ser responso del mismo novenario, con EL MEJORAL,
que sigue la misma línea, hasta llegar a LA GOLONDRINA.

Sus estrofas, dos de las cuales reproducimos, y su música legíti-
ma, la auténtica con que fue creada (no esa estridencia vertigino-
sa de “pases” “pitos” y “arreglos” que a troche y moche se les ha
dado por utilizar ahora en las grabaciones discográficas) nos
llevan a afirmar lo anterior sin perjuicio, claro, de que el Maestro
que es quien sabe por donde le entra el agua al molino, diga otra
cosa:

*Muchas lágrimas salieron
cuando yo le dije así:
me duele porque te quiero
hombe, pero yo me voy de aquí
porque como aquí no puede estar
iré vagando por la vida
lo mismo que la golondrina
que nadie sabe a donde va
A donde va...
A donde va...*

*Arriba de las estrellas,
donde está el reino de Dios,
allá quisiera estar yo
¡ay! para no sufrir por ella
pero como no estoy allá
sigo vagando por la vida
como la errante golondrina
que nadie sabe a donde va
A donde va...
A donde va...*

LA GOLONDRINA y EL GENERAL DANGOND que fueron hechos en ese mismo orden durante los meses de mayo y junio de ese año (1950), antecedieron a un largo período de ausencia, cuando regresó a San Juan y a Urumita para seguir viajando, unas veces con **Tatica** y otras con **Caviche** Aponte, que estaba llevando café a Aruba en compañía de Tony Fernández. Convertido, a fuerza de cicatrices, en lo que él mismo definió como un hombre completo, se metió de frente en el negocio del comercio fronterizo, ahora endurecido por la competencia y de donde habían desertado muchos de los pioneros ante la presión de los recién llegados que, mejor organizados y con más dinero, sacaban la mejor tajada. Los meses finales de ese año se sumergió de cabeza en el frenesí viajero que iba a acompañarlo siempre; y yendo y viniendo de la Provincia a la frontera y de la frontera a cualquier lugar de la Provincia, pasó la mayor parte del tiempo entre julio y parte de noviembre. Hasta cuando tuvo que suspender sus inopinados desplazamientos porque Hernandito Molina, desde Bogotá, le mandó a avisar con Alfonso Araújo Cotes, que antes del 1º de diciembre estaría llegando a Valledupar con Rafael Rivas Posada, con Francisco **Pacho** Herrera, con Jaime García Parra,

con Pedro El Pibe Torres y con Miguel Santamaría Dávila, parte del grupo de Bogotá conocidos como "Los Magdalenos", que ya habían dispuesto todo para venir a pasarse unas vacaciones aquí a conocer a Escalona, a Morales, a Emiliano, a Juan Muñoz, a Juan López, a Luis Enrique Martínez y a todos esos juglares cuyos sones ellos estaban cantando desde por lo menos tres años atrás.

Los cachacos vinieron.

Y la estridencia de su estada en Valledupar sacudió los cimientos de una ciudad tranquila que durante más de tres semanas vio una agrupación febril de muchachos, con la piel roja como camarones muertos y estrenando euforia, desplazarse por las casas de don Oscar Pupo, de don Roberto Pavajeau, de su paisano don Rigoberto Benavides y por pueblos y veredas cercanos siguiendo el rumbo trazado por Escalona al ritmo de los acordeoneros, hasta caer rendidos de cansancio y repletos de alegría en las hamacas dispuestas para ellos en los amplios aposentos de la casona solariega y venerable del doctor Molina. A principios de enero (1951) cuando se fueron los huéspedes de Molina, las relaciones de Escalona con la **Maye** se habían restablecido por obra y gracia de la parranda que el grupo llevó a cabo en La Paz en casa de los López, y la cual acabó convertida en una serenata masiva que más de treinta personas, que no sabían donde estaban paradas, fueron a llevar a las ventanas de la casa de los Arzuaga.

Comenzaban, para Rafael Calixto los últimos capítulos de una soltería tan deliciosamente transcurrida y tan bien administrada que, de hecho, pareció que nunca la hubiese perdido.

Capítulo VI

PRIMERA VEZ EN LA VIDA

*(Una señora patillalera. El 14 de abril a las 4:00 a.m.
Ada Luz. En Urumita en la casa e Pedro Nel.
Gabo regresa. Simón sale de El Plan...)*

Los estragos que las desavenencias con Escalona causaron en La Maye se notaban fácilmente en el rostro de la bonita muchacha pacífica que se había adelgazado en forma alarmante. Sus padres, sus hermanos y su largo primerío recibieron, pues, con un suspiro de alivio, la reanudación de unos amores que habían combatido con fervor de cruzados pero que era lo único que podría aliviar la lamentable situación espiritual y física de la joven a quien tanto querían todos. Ya hasta el recalcitrante Luis Enrique estaba convencido de que a ella nadie le iba a sacar del corazón ese amor desmedido, inmenso, monumental, infinito y noble que sintió, que estaba sintiendo y que iba a sentir toda su vida por Rafael. Así que cuando el enamorado, con la frescura y la parsimonia de quien no ha roto un plato, llegó a visitarla una noche, después de muchos meses de no detenerse ni en la calle donde ella vivía, todos se sintieron liberados de un peso enorme y le dieron gracias a Dios. Era preferible mil veces que siguiera con él a que se muriera de amor, que era para donde iba sin remedio, pensaba reflexionando Fidelina Moscote. A lo mejor, él algún día se cansa de esa vida de mujeres y parrandas y reuniones con los amigos y viajes interminables —decía Matilde Monroy— y quién quita que acabe convertido en un respetable patriarca de panza voluminosa y chancletas de cordobán. En fin, que sea lo que Dios

quiera, remataba doña Concha sabida como estaba de que en estos casos de amores contrariados lo único que no se podía hacer era nadar contra la corriente.

Florecidas sus ilusiones y reverdecidas sus esperanzas, **la Maye** salió a temperar a "Los Guacimitos" una finca de su hermano-medio don Juan Daniel Calderón que quedaba de San Diego hacia abajo por la región que antes llamaban El Jobo y que ahora se conoce como Tocaïmo. Al cabo de un tiempo, Escalona fue a visitarla. Allá permaneció tres días juiciosísimo y atento, llenando de detalles y promesas a **La Maye**. Una tardecita, en esa hora incierta en que el monte comienza a llenarse de ruidos extraños y ni es de día ni es de noche, paseando ambos por las orillas de los potreros, se tropezaron con un armadillo pequeñito al que se le notaba que se había separado de la fila natural que estos animales mantienen cuando aún no han crecido lo suficiente. **La Maye** gritó y él se apresuró a cogerlo. Era un animalito asustado y hambriento que, de una vez, encontró refugio, comida y cariño en las manos de Escalona. En medio de los gritos y comentarios de los trabajadores lo llevaron a la casa y dispusieron un pedacito de territorio para él en el traspatio donde se criaban los animales domésticos.

Todo estaba bien. Los novios felices, los familiares contentos, y el armadillito disfrutando de su nuevo hábitat, donde le sobraba comida y seguridad. Pero una mañana doña Rosa Antonia, la mamá de Juan Daniel, se llevó un soberano disgusto: el armadillo de los enamorados había escarbado y escarbado la tierra por todas partes, le había hechos huecos a montones y había sacado de sus cuevas unas morrocoyitas de las que estaba criando la morrocoya grande.

Busquen el armadillo ese —fue la orden tajante de la dueña de casa— y échenlo otra vez pal monte, porque si me vuelve a destripá las morrocoyitas así, lo voy a matar. Escalona se anticipó a los trabajadores y encontró el armadillo metido en la cueva de los morrocoyos y como ya estaba para concluir su visita, resolvió traérselo para su casa de Valledupar. Decidido el viaje, **La Maye**; su novio y los anfitriones salieron a la carretera, como era la costumbre, a esperar carro que pasara. Al rato apareció **Romancho** Peraza en el suyo y se detuvo. Enterado del cuento del animalito, de la contrariedad de la señora Rosa y de las intenciones de Escalona de criarlo en el Valle, se puso a acariciarlo encima de la tabla del portón donde lo habían colocado. El

animal, que estaba amarrado de una cabuya, comenzó a andar con ese bamboleo trabajoso que en las superficies lisas se les acentúa por la dificultad de las pezuñas para agarrarse con la pericia que lo hacen en los suelos de tierra.

Cuando **Romancho** lo vio soltó la risa y exclamó: “mejоче, vé, si se parece al mismo Sabitas”. Todos soltaron la carcajada, porque evidentemente el movimiento ondulante del animalito les recordó el modo como caminaba don Sabas Torres. Pero **Romancho** siguió, “y se parece en la cabecita también, que Sabitas la mantiene agachá; y en los brazos corticos... ve, mejor dicho Rafa, este animal y Sabitas son idénticos”. Cuando llegaron a La Paz, y al día siguiente al Valle, estaba listo con letra y música, el segundo JERRE-JERRE que, a diferencia de aquel con el que se tropezó en el camino de Manaure cuatro años atrás, iba a meterlo en un lío cuyos resultados sacudieron toda la región.

El merengue, que es el aire musical de esa narración, habla por sí solo:

*Tengo un armadillito
que en el Jobo me encontré;
tan inocente que es
y me lo tienen mal visto.*

*El primo Romancho tiene
cosas que me mortifican;
ha dicho que el Jerre-jerre
se le parece a Sabitas...*

El canto no se conoció de inmediato, como era costumbre con los demás que había compuesto, pero el cuento del parecido de Sabas Torres con un armadillo que Escalona había traído desde “Los Guacimitos” se fue filtrando poco a poco porque el mismo **Romancho**, que era el autor de la comparación, lo fue comentando entre amigos que después le preguntaron a Escalona cómo era la cosa. Este les relató el asunto con pelos y señales a todo el que se lo fue averiguando, les dijo lo que **Romancho** había dicho y acabó cantándoles el JERRE-JERRE N^o 2 que, como era de esperarse, no demoró en llegar a los oídos de Sabitas. Cuando don Sabas Torres estalló en La Paz, don Pedro Canales fue al Valle y le comentó la cosa a la mamá de Escalona quien se disgustó mucho y le llamó la atención a Rafael. Escalona trató de hacerle entender a don Sabas, por interpuestas personas, que no había sido él, ni

más faltaba, el autor de semejante insolencia. Que quien había dicho que era igualítico al armadillo había sido **Romancho** Peraza y no Rafael Escalona. Que tuviera la seguridad de que a él, Escalona, jamás se le habría ocurrido decir una sola frase que pudiera mortificarlo. Que no estaba en su ánimo ofenderlo a él ni a nadie. Que le juraba que...

Pero a don Sabas todo eso le supo a cacho. Para él lo único cierto y evidente era que un canto de este muchachito irresponsable lo tenía en la cima del ridículo y lo había convertido en el hazmerreír de todo un pueblo. Los amigos de don Sabas comparían totalmente su disgusto que fue creciendo en la misma medida en que su ira provocaba la difusión del merengue y el merengue seguía aumentando su inconformidad. A tales extremos llegó la cosa que no faltó el lambón que le dijera a don Sabas que lo único que lo podría resarcir del daño de que había sido víctima era que al Escalona ese le metieran su buen carcelazo.

La Paz, y con ella la región entera, se dividió en dos bandos sectarizados hasta los huesos. De un lado los amigos de don Sabas, que estaban ávidos de darle su escarmiento a quien se había atrevido a tanto, y del otro los amigos de Escalona que creían que la cosa no era para verla bajo ese prisma. Los primeros, apoyados en Beltrán Orozco, que era el alcalde godo del gobierno del doctor Laureano Gómez, indujeron a Sabitas a que le pusiera una demanda a Rafael Escalona por el delito de calumnia. Y Sabas Torres se la puso ante el despacho del alcalde, quien citó a Escalona para que compareciera el día 5 de febrero de ese año de 1951. La citación no tardó en convertirse en la comidilla de todas las esquinas, tertuliaderos, casas y traspatios de la Provincia entera, que prácticamente se apostó sobre las expectativas para no perder detalle del enfrentamiento que estaba planteado entre el compositor y su demandante.

Pero no eran esos los aguaceros que iban a mojar a Escalona. En el Hotel América se concentró lo que él llama su contingente de amigos, que iban a acompañarlo hasta la alcaldía donde lo esperaba don Sabas con los suyos. El bando pro-Escalona lo formaban **Poncho** Cotes, Miguel Canales, Dagoberto López, **Monche** González, **Pacho** Mendoza, Humberto Costa, el acordeonero Carlitos Noriega y, algo rezagado del grupo con un bojote entre las manos, **Romancho** Peraza que, al fin de cuentas, era el que había provocado todo este lío, por andar buscándole parecido a los animales. Con don Sabas estaban en el despacho,

además del alcalde, cuya parcialización era manifiesta, don Hernando Morón Canales y Manuel Moscote. Morón Canales era de los que le había dicho a Sabitas que no permitiera ese irrespeto; que ya Escalona había comparado a todo un mayor del Ejército Nacional con un perro rabioso y no había pasado nada, y que ahora lo venía a comparar a él con un armadillo. Que ya era tiempo de que alguien lo pusiera en su puesto. Manuel Moscote, pese a la gran amistad que mantenía con Escalona, no compartió el texto de ese JERRE-JERRE segundo que había venido a dividir a un pueblo como La Paz, donde todo el mundo era amigo de todo el mundo, y por eso fue a la alcaldía a servirle de testigo a Sabitas.

Comenzó la audiencia pública en medio del gentío que se apretujaba en el incómodo recinto y de los curiosos que se guindaban de las ventanas buscando un mejor foco visual. El alcalde le dijo a Escalona lo que ya él sabía y éste comenzó a defenderse con la misma argumentación escurridiza con que intentó excusarse ante Sabitas. Sabitas contraatacó. Escalona le dijo al alcalde que él había llevado a Carlitos Noriega como un defensor y que quería que lo escucharan. Noriega habló y echó sin resuello el discurso que le enseñó **Poncho** Cotes sobre las metáforas, la retórica, la sinécdoque y los recursos poéticos a que acuden los compositores y comenzó a tocar el JERRE-JERRE para ilustración de la audiencia. El alcalde le dijo que se callara la boca y cerrara el acordeón. Escalona le preguntó al alcalde que por qué se iba a callar Noriega. El alcalde le respondió a Escalona que respetara porque lo podía fregá como alcalde y pegarle como hombre... y se formó un tiraitape verbal, un dimetúqueyotediré, hasta cuando el acusador, que lo era Hernando Morón Canales, pidió que se siguiera el curso del juicio como era debido. A punto de ser apabullado por las acusaciones, reforzadas con la actitud hostil de Beltran Orozco, Escalona, en un raptó de lucidez, le dijo al alcalde que hiciera comparecer el armadillito para que él y todos los allí presentes vieran con sus propios ojos, que se iba a tragar la tierra, si Sabitas y el animalito eran o no igualíticos entre sí. Rápidamente, sin esperar asentimiento de la autoridad, **Romancho** Peraza sacó el animalito, que llevaba escondido en el bojote, y lo puso encima del escritorio del alcalde. Cuando el armadillito comenzó a tratar de caminar sobre esa base lisa y esmaltada, la carcajada que atronó el ambiente se escuchó por toda La Paz, y

hasta Beltrán Orozco sacó el pañuelo haciendo creer que se limpiaba el sudor, y era para taparse la boca y disimular la risa.

Don Sabas estaba energúmeno, el alcalde ofuscado, la gente desternillada de la risa y la situación poniéndose fea. Sabitas, lívido de la ira, volvió a arremeter y dijo casi ahogado: "Yo no me parezco a ese animal, yo no tengo rabo, yo no tengo rabo". Por unos instantes se hizo un silencio espeso y la angustia del acusador impuso respeto. Parecía que Escalona perdería esta partida, pero él, con asombrosa frialdad se paró y le dijo al alcalde: "Sabitas dice que no tiene rabo, señor alcalde, pero para que lo demuestre, tiene que bajarse los pantalones"...

La hilaridad volvió a cundir en la sala y el asunto terminó con el carrerón que Escalona y sus seguidores pegaron hasta el Hotel América, donde se refugiaron, convencidos de que iba a haber un carcelazo colectivo. Finalizando el mes de febrero, todavía en La Paz, de donde ya no saldría más en las mismas condiciones en que había llegado cinco años atrás, Escalona les cantó a sus amigos del Hotel América LA DEMANDA, un merengue que narra las peripecias vividas a causa del armadillo, con el mismo estilo y la misma música del JERRE-JERRE que les dio origen. Estas son unas cuantas estrofas sueltas:

*Primera vez en la vida
que a Escalona le sucede:
lo llevan a la oficina
por culpa de un Jerre-jerre.*

*A Sabitas le informaron
y por eso es mi enemigo,
que yo lo había comparado
con un maluco armadillo.*

*El amigo jerre,
que nadie lo quiere,
pobre animalito
lo tienen mal visto.*

*Sabitas me demandó
y él mismo metió la pata;
de la oficina salió
con la cabecita gacha.*

La sofoquina por la que pasaron Escalona y sus amigos con el bendito jerre-jerre y los comentarios que quedaron sonando sobre si el canto era un insulto o simplemente un relato jocoso, mas la llamada de atención de Aló, que por primera vez desaprobó una composición de su hijo, acabaron resabiando al compositor que, molesto por la interpretación equívoca que se le había dado a lo que no era otra cosa que su costumbre de ponerle música a los sucesos, decidió callarse la boca y dejar que el mundo se viniera abajo si le daba su gana porque lo que era él no iba a volver en su vida ni a silbar una melodía. Le pareció injusto haberlo puesto en semejantes aprietos, no tanto de parte de Sabitas, que al fin y al cabo tenía razón y derecho a estar disgustado, sino de parte de esa parranda de irresponsables azuzadores, empezando por el Beltrán ese que se quiso lucir con ellos prevalido de que estaba detrás de un escritorio oficial. Además, pensaba, no sólo a él. El mismo Sabitas salió de ahí peor de como había entrado; porque si la cosa la mantienen callada y no le dan tanta trascendencia, lo más seguro habría sido que ese canto no hubiera pasado del conocimiento de unos cuantos amigos que, si acaso, lo cantarían en alguna parranda. “Ahora —dijo Escalona— se van a jodé porque no vuelvo a cantar ni la lotería”.

El disgusto con la música acentuó su dedicación a la **Maye**. En La Paz y en Valledupar y por todas partes se comentaba que durante cinco años y siete meses de amores, era la primera vez que Marina no tenía competidora a la vista. Todo parecía indicar que el buen juicio y la mesura le habían llegado por fin a Rafael Calixto, que ese mismo año, el 27 de mayo, cumpliría 24 de edad. Fuese determinación, fuese casualidad, lo cierto es que el mes de marzo, completo, lo pasó Escalona mudo. Se sabía de él por sus visitas diarias al pueblo donde estaba Marina y por las 39 composiciones, más la cantidad de versos sueltos que había hecho, pero no se le había vuelto a ver en parrandas ni estrenando cantos. Y treinta días de silencio para alguien tan dispuesto a musicalizarlo todo, eran un tiempo largo que comenzó a preocupar a amigos y admiradores. Solamente Jaime Molina en Valledupar, con su profundo conocimiento del amigo, se reía solo de dos cosas que él creía entrever más allá de los comentarios sobre la tan sonada resolución de Escalona y su tan alabado juicio con la **Maye**: “Primera, le decía Jaime a su hermana Helina, preparáte pal pretinazo porque ese tal juicio del Rafael es pa los pendejos. Sabrá Dios que estará tramando. Y segunda, no he creído yo ni un

momento en la vida que sea cierto eso de que no va a volvé a cantá. El día que el Rafael deje de silbá y de hacé canto, tené tú la seguridá que es que está pa moríse". Y remataba con la sentencia que sacaba de casillas a Escalona: "¡Yo sí lo conozco a él!". Esto lo dijo Jaime también en la puerta de Carmen Montero, donde lo escuchó Bambino Ustáriz quien, dos días después, primer sábado de abril, se lo manifestó a Escalona. Rafael se fue enseguida para donde Jaime a reclamarle "qué es la vaina que tú cargas conmigo, que cuanta cosa yo hago, o digo, o pienso, tú tienes que estar diciendo la última palabra. Yo no me meto en tus mamarrachos ni en tus amores para que tú andes dando opiniones sobre todo lo mío..." Pero Molina, inmutable porque conocía perfectamente donde le ponían las garzas sus huevos al compositor, siguió frente a sus lienzos y le respondió únicamente: "Si queréi apostamos una caja de whisky ya mismo pa vé quién tiene la razón". "Bueno la apostamos —gritó Escalona—, y te voy a probá no sólo que estoy juicioso con Marina, sino que por primera vez en la vida voy a bebé a costillas tuyas porque no vuelvo a cantá más nunca".

Bajaron ambos del balcón donde Jaime pintaba, para irse a la casa de Sara Helena Castilla a apartar la caja de whisky, cuando al llegar a la puerta de la calle los detuvo **Chemita** Carrillo, eterno secretario del juzgado Promiscuo de Valledupar a cargo del doctor Hernando C. Molina, para contarles, entre carcajadas y ahogos, el hilarante suceso que había tenido ocurrencia "ahorita en la mañana, ahí en el juzgado". En medio de un grupo numeroso que se fue formando en el sardinel de Rosa Urbina oyeron el cuento de **Chemita** y de ahí salieron todos para la casa del doctor Molina a enterarse con pormenores de lo ocurrido. El ilustre jurisconsulto estaba precisamente relatándoles a don Virgilio Baute y a los doctores Ovidio Palmera y Alberto Gutiérrez Céspedes el caso de Juana Arias "que llegó esta mañana, energúmena, a entablar querella contra Luis Manuel Hinojosa porque se llevó a una su nieta llamada Ramona. Pero no ha sido únicamente el inaudito escándalo que ha formado aquí dentro, hombre, sino la exposición de motivos que ha hecho. Te aseguro, Virgilio —remataba el juez entre risas y gestos— que ni en el foro romano se habría podido presenciar un espectáculo de elocuencia tal"...

Juana Arias quedó en que volvería el lunes, porque ya el sábado se cerraban las oficinas. Y el lunes llegó y continuó la escandalosa descripción de los sucesos ante un nutrido grupo de personas y personajes vallenatos que, atraídos por la jocosidad de la situa-

ción ya referida por el juez y sus empleados, fueron al juzgado para no perder detalles del acontecimiento.

Tanto el juez Molina como Juana Arias eran oriundos de Patillal. El primero, descendiente de distinguidas familias de la provincia, se convirtió en reputadísimo y prestigioso miembro del poder judicial del Magdalena, donde fue el magistrado más joven, después de una brillante carrera intelectual que inició, adolescente aún, en los claustros del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Allí culminó su bachillerato bajo la rectoría de monseñor Carrasquilla quien sintió especial deferencia por el austero muchacho llegado a Bogotá desde las lejanas estribaciones de la Sierra Nevada, en el departamento costeño. Más tarde optó su título de doctor en Derecho en la Universidad Nacional durante una etapa en la que compartió inquietudes y mantuvo amistad con José Eustacio Rivera, con Camacho Carreño, Ricardo Rendón, León de Greiff y muchos otros con los que, entre domingos y feriados, se iba a tomar sifón al Café Automático. Dedicado a las más altas disciplinas espirituales desde su juventud, acumuló una vasta cultura y profundos conocimientos de jurisprudencia que lo colocaron a temprana edad como una de las figuras más descolantes del Magdalena Grande. Fue poeta y alternó inspiraciones con el vate barranquillero Domingo C. Licon, más conocido por el seudónimo de Evaristo Carrillo. Amigo personal de López Pumarejo, de escritores, artistas, periodistas y políticos de renombre en el país y en el departamento, tuvo todas las oportunidades y le sobraron condiciones para haber ocupado posiciones mucho más altas que las que a regañadientes ocupó (gobernador, magistrado, presidente del Tribunal Superior), pero a todos los honores que lo tentaron antepuso cada vez su profundo provincianismo y su acendrado amor por Valledupar, de donde no quiso salir nunca más después que regresó de Santa Marta.

En toda la región se le tuvo siempre por hombre justo, sabio y estoico que ocupaba su tiempo únicamente en la lectura y en la impecable redacción de los fallos que jamás fueron rechazados ni modificados por el Tribunal y que en muchas ocasiones crearon jurisprudencia; y que sólo tenía por diversión su afecto por la naturaleza y su amor desmedido por los animales, especialmente por los gatos, de los cuales llegó a tener hasta dieciséis ejemplares viviendo en su casa y metidos en su chinchorro. Era toda una institución moral y un ser humano de modales finos y continente severo, nimbado por una aureola de respeto y venera-

ción, al que todos llamaban el doctor Molina. Menos **Aló** Martínez y su hijo Rafael que toda la vida le dijeron **Nando**.

Juana Arias, en cambio, pertenecía a los estratos más humildes de Patillal. De aspecto cerril, enteca, de piel oscura y voz cavernosa, mantenía las greñas en pleito permanente con el peine y cargaba una calilla en la boca con la candela hacia dentro. Un vestido que alguna vez debió de haber sido negro y unas raídas chancletas completaban su aspecto de bruja buena. Era alharaquenta e inteligente y estaba, como estaban todos los de su clase en esos tiempos, ennoblecida por la bondad de sus sentimientos y vinculada a la gente de clases altas por el afecto común y por esa tendencia gregaria que ha mantenido a los patillaleros unificados donde quiera que se encuentren. Así que el doctor Molina era para ella, pues, una especie de ultrapoder, que no sólo le castigaría la audacia al abusivo que se había sacado a su nieta, sino que hasta podía, por medio de una providencia, devolverle la virginidad, que en esos tiempos era, para pobres y ricos, pero mucho más para los primeros, el principal tesoro familiar.

Rodeada de un gentío digno —como dijera el juez— del foro romano, Juana Arias volvió el lunes 3 de abril al Juzgado Promiscuo, donde echó otra vez su cuento, renegando y maldiciendo contra Luis Manuel Hinojosa, el respingado patillalero que cargó con Ramona en un flamante camión. Y el doctor Molina volvió a oírla, volvió a reírse y al final, cuando Juana esperaba una drástica sentencia, él le propuso que se tranquilizara, porque ya esos eran hechos consumados que no tenían remedio, dada la edad de la nieta y que lo mejor era dedicarse a criar los biznietos que ya venían en camino...

El caso de Juana Arias fue el comentario de esos días, y una mañana Escalona comenzó a silbar. Pero se calló de pronto. Jaime Molina estaba pendiente y tenía espías por todas partes con la misión de vigilar al compositor, que al sábado siguiente todavía andaba silencioso. Pero a mediados de esa semana Escalona no aguantó más y llegó a la casona de la plaza buscando a **Nando**. Se encerró con él en el largo aposento sombreado por los azucenos y olorosos a libros viejos, y **Chemita** Carrillo contó que durante el rato que allí estuvieron los dos solos, apenas se oían las carcajadas del juez perfectamente sincronizadas con cortos intervalos de silencio. Era que Escalona le estaba cantando a su principal protagonista, el paseo LA PATILLALERA, que cuenta el resonante suceso jurídico-sentimental y con el que reafirmó la

indiscutible narrativa de la música vallenata, explicando, de entrada, que sólo una situación como esa lo obligaba a salir de su voluntario silencio musical.

*Yo había resuelto no hacer más cantos
desde el suceso del Jerre-jerre
porque Sabitas me mandó.*

*Pero resulta que ocurren casos
y me dan ganas y no me aguanto
como el que a Juana Arias le pasó...*

Intempestivamente, el día 14 de abril de 1951 a las cuatro de la mañana, acompañados por don Aníbal Guillermo Castro, don Roberto Pavajeau, don Ignacio Maya, Alfredo Araújo, Carlos Pérez y Jaime Molina..., Rafael Calixto Escalona Martínez, el indomable, el desenfrenado, el escurridizo, se unía en matrimonio con Marina Arzuaga Mejía bajo la bendición del reverendo padre Fray Joaquín de Orihuela, en la iglesia del seráfico San Francisco de Asís en La Paz.

La pareja de recién casados se instala en Valledupar en la casa materna de Escalona, pero sigue vinculada a La Paz, donde queda la finca de Marina en la que el compositor comienza a hacer el largo y doloroso curso de aprendiz de agricultor. Siembra arroz y comienza una pequeña ganadería y se mete tan de lleno en el oficio que los amigos le pierden el rastro. De abril a mayo y de mayo a junio nadie va a tomarse el primer trago con el Rafael Escalona casado que cumple rigurosamente su papel de esposo ejemplar. Hasta el día en que va pasando por la tienda "Los barranquilleiros", donde se encuentra parte de la que fue su barra de amigos tomándose unas cervezas y comienzan a burlarse de él y a mamarle gallo porque —le dicen— tú te casaste y es como si te hubieras muerto. ¿La Maye te tiene la jáquima puesta, o qué?, y otras sátiras por el estilo que a él lo dejan picado. Y una tarde, a principios de julio, es él quien sale a buscarlos a todos y los reúne en una parranda allá en su casa y les canta EL HOMBRE CASADO en aire de merengue, para reafirmar que él sigue siendo tan libre como el primer día y que el estar casado no le impide *amanecé por la calle / sin que se ofenda la Maye / y parrandiar cuando quiera / en mi casa y fuera de ella /*.

A mitad de mes hace otro canto muy célebre, que se originó en las malas cuentas que él le presentó a Juan Gregorio; un hombre bueno e inocentón que había sido criado donde **Aló** y que seguía viviendo con los padres de Escalona, aun después de haberse conseguido una mujercita a la que ellos, con sobrados motivos llamaban **la Culocontento**.

Resulta que **Aló** y don Cleme viajaron a alguna parte y en la casa sólo quedaron Rafael y Marina acompañados de Juan Gregorio y la casquivana muchacha. Tuvo necesidad Juan de salir dos días de Valledupar, porque debió ir a Patillal a cumplirle una encomienda que le había hecho **Aló**. El sospechaba que su mujer no era modelo de buen comportamiento, así que procedió a encarrecerle a Rafa —como le decía— que le echara un ojo “no vaya y sea que la muy jaragana me la pegue estando yo por fuera”. Escalona, perro viejo en estas mañas, le dijo que se fuera tranquilo, que se despreocupara, que él sabía las intenciones de las mujeres con solo mirarles el blanco del ojo. Pero por una puerta salió Juan Gregorio a las 11 de la mañana a buscar carro para Patillal y por la otra se largó **la Culocontento** en la madrugada del día siguiente. Cuando en la mañanita Escalona y **la Maye** llamaron pidiendo el café, ni rastro. Escalona estaba perplejo y apenado, y resolvió su improvidencia haciendo el paseo EL POBRE JUAN que fue con lo que esperó a Juan Gregorio una vez regresó de su mandado. El compositor se lo dejó escrito, junto con una larguísima explicación, en un papel de envolver, porque debía irse para la finca a darse cuenta de su arroz.

*Qué me hago yo si viene Juan
y viene pidiendo café,
para no darle la noticia, tan mala
que su mujer se le fue.*

*Me dijo que se la cuidara
tan avispao como soy yo
pero se fue de madrugada, con otro
después que el gallo cantó.*

Buscando la ubicación precisa para su vida, que ha comenzado lentamente a dar un viraje radical con ocasión de su nuevo estado y del hijo que se anuncia, Escalona disminuye el tren social y musical que siempre ha tenido y se le ve únicamente en sus

funciones de jefe de hogar, al que parecen satisfacerle mucho sus obligaciones.

La única de las viejas costumbres que persiste en él es la de estar viajando siempre; pero ahora con la muy justificada razón del cultivo de arroz que está sembrando en La Paz y que debe atender. Su experiencia en la agricultura, en la ganadería, en todo lo que se da en el campo le fascina y lo hace sentir realmente feliz. Es en esa época cuando cambia radicalmente sus hábitos de vestir y hasta sus modales para acabar convirtiéndose, poco a poco, en una versión muy original de esa mezcla sorprendente, que él se inventó, del charro mexicano revuelto con cowboy gringo. A partir de ese tiempo comenzamos a verlo luciendo las camisas a cuadros, los pantalones ajustados, las botas y los finísimos sombreros tejados que "el Conde" Henríquez y otros amigos guajiros le mandaban desde Riohacha, completado todo esto por las cananas, los anchos cinturones y un par de lindas pistolas repletas de munición.

La Maye se dedica a la espera del primogénito y él trabaja. Dos meses largos, casi tres, pasan sin que se vuelva a saber nada del compositor aunque al amigo todos saben donde encontrarlo. Y un mediodía de octubre, al calor de la siesta, Valledupar es sacudido por la noticia que desde las primeras horas de la madrugada trajeron los buses y que tiene conmocionada a Villanueva y a los pueblos cercanos: la carga de café, la gigantesca carga de cientos de sacos de café que durante meses acumularon Enrique Orozco y **el Tite** Socarrás para meter de contrabando en Aruba había caído antenoche en Puerto López. Las informaciones eran claras, precisas, y no dejaban lugar para ninguna duda ni para la más remota especulación. El barco "San Marcos", de propiedad de los Iguarán, que iba hasta el tope fletado por Enriquito y **el Tite** para uno de los más grandes compradores de la isla, había sido abordado por la fragata Almirante Padilla ahí en Puerto López, donde mismo lo habían surtido los camiones, y su mercancía decomisada íntegramente.

La carga equivalía a cientos de miles de pesos. Casi todos los haberes de este par de amigos que, por obra y gracia de un barco vagabundo —como decía **el Tite**— quedaban ni más ni menos que a las puertas de la ruina. Y no sólo ellos. El café en ese entonces, como tiempos después la marihuana, era despachado a nombre de un solo tipo que aparecía como jefe del negocio, pero detrás del cual siempre había dos o tres financistas poderosos que ponían el

billete y obtenían las mejores ganancias. Otros cuantos de menor categoría económica, se sumaban y obtenían utilidades en proporción a lo invertido. En esta ocasión algunos amigos del Tite y de Orozco estaban también vinculados al viaje del “San Marços” y por igual se encontraban golpeados. Escalona quedó atónito. Sabía, por su propia experiencia en los desesperantes caminos hacia la frontera, cuánta ilusión, cuántas ansias de mejorar económicamente y qué cantidad de riesgos del cuerpo y del alma se padecían en ese amargo negocio del contrabando. Así que no le era, no podía serle indiferente la terrible situación en que de pronto se encontraban este par de amigos; especialmente el Tite con quien desde el primer momento se identificó, por las muchas cosas que tenían en común, la primera de las cuales era esa desmesurada pasión por la vida y ese desbordado afecto por los amigos.

En el primer carro que encontró salió para Villanueva y cuando llegó encontró un hombre derrotado, cabizbajo, profundamente triste, que sentado en un taburete en el traspatio de la casa de Evarista le dijo cuando lo vio entrar: “Rafa, estoy arruinado. Lo he perdido todo, todo. Esto es lo mismo que encontrar a la mujer de uno acostada con otro”.

Escalona lloró. El entendía la hondura de esa frase y mejor que ninguno estaba en capacidad de medirla y sopesarla en su dramática realidad. “La mujer de uno acostada con otro” es la ruina de un hombre. Y el fruto de largos meses de esfuerzos económicos comprando esta cosechita aquí, pagando esta otra con intereses por allá, rebuscándose un dinerito por este lado y consiguiendo otro por otra parte para obtener unos cuantos pesos de ganancia que le permitan a uno vivir mejor..., “para, de pronto, aparecer ese barco bandido, barco e mierda, que nadita tenía que hacer aquí cuando a él lo mandaron fue a Corea a matá chinos... llegar ese barco maldito... ¡nojoda! a dejarlo a uno arruinado... No Rafa —decía el Tite—, esto es pa hombres. Pero tengo fe en Dios y en Santo Tomás de Villanueva que no me muero sin que lo haya hundido un submarino, carajo, y ese día la fiesta del santo la pago yo, así me toque vendé hasta los pantalones que tengo puestos”.

La tristeza que abrumó al Tite contrastó con la reacción de Enriquito. Este era otro personaje provinciano cuya devoción por los gallos de pelea, traspasó los límites de lo normal y se convirtió en leyenda. Hijo de un famoso abogado, Enrique Orozco Ariza, que era godo hasta la médula y fanático seguidor de Laureano

Gómez, Enriquito, en medio de su contrariedad, pensó únicamente en irse para Bogotá de inmediato, convencido de que las amistades políticas de su padre, entre las que se incluía el mismísimo presidente Laureano, le permitirían, si no recuperar la carga, obtener por lo menos la devolución del "San Marcos" que era de los Iguarán, poderosa casta guajira que tenía también gran prestigio e influencias en todo el país. Tres días estuvo Escalona en Villanueva acompañando a su amigo y allá se encontró con medio Valledupar, que había ido a lo mismo. La casa de Evarista Socarrás parecía un velorio del gentío, de las visitas, del entra y sale de la gente que llegaban uno tras de otro a que les echaran el mismo cuento que habían oído echar a otras personas que a su vez también lo habían oído de boca del Tite. Y al cabo de las primeras setenta y dos horas, lo que comenzó como una demostración de peserosa solidaridad acabó convertida, como ya ustedes supondrán, en un parrandón de marca mayor donde la música se confundía con las lamentaciones y las risas con las lágrimas. Cuando regresó de Villanueva, Escalona tenía elaborada la letra y la música del paseo-son que, a decir de muchos de sus partidarios, es el más sentido y hermoso de cuantos compuso para sus amigos. Sin dejar de lado esta apreciación, muy respetable para nosotros cuanto que es sustentada por conocedores integrales de la vida y de la obra de Escalona, nos atrevemos a recomendar se escuche también el son EL DESTIERRO DE SIMON; pero sin duda este canto al Tite es una de sus obras mejor logradas.

*Allá en la Guajira arriba,
donde nace el contrabando,
el almirante Padilla
pasó a Puerto López
y lo dejó arruinado...*

*Pobe Tite, pobre Tite,
pobre Tite Socarrás,
hombre que ahora está muy triste
lo ha perdido todo por contrabandía...*

Las primeras estrofas de este paseo-son tienen la textura y el linaje característico de las mejores composiciones de Escalona. La misma transparencia del verso, la misma fluidez en la rima y la misma precisión semántica, donde no se encuentran despilfarros ni de la gramática ni del sentimiento, todo lo cual le ha permitido

siempre al compositor patillalero decir las cosas más grandes con un lenguaje cotidiano, manoseado, humilde casi, y por lo mismo certero. EL TITE SOCARRAS, como es el nombre real de este paseo, es además de un canto narrativo, un canto sentimental, pese a que el autor ironiza un poco con la actitud de Orozco, quien creyó resolver el problema en una entrevista con el presidente Laureano Gómez, que nunca le fue concedida:

*Enriquito se creía
que con su papá Laureano
muchas cosas conseguía
y se fue pa Bogotá
pero todo fue en vano...*

La estructura poética del canto, incluyendo la melodía pausada con deijos largos y sostenidos, es un lamento; una queja amarga que se acentúa por la incapacidad de los afectados para modificar lo que ya está hecho. Sólo queda, como patadas de ahogado, la apelación a una maldición-venganza que el Tite espera concretar con la ayuda del santo patrono de Villanueva:

*Barco pirata bandido
que Santo Tomás me crea
una fiesta le he ofrecido
cuando un submarino
te voltee en Corea...*

*¿Y ahora pa donde irá?,
¿y ahora pa dónde irá?
a ganarse la vida
el Tite Socarrás.*

El mes de noviembre de ese año (1951) es marcado por dos hechos notables: el día 2 nace la primogénita de Escalona y **la Ma-**ye a la que le ponen el nombre de Ada Luz; y el día 23 **Poncho** Cotes, el gavilán rastrero de Villanueva, logra burlar la vigilancia de la familia de Thelma y se fuga con ella, apadrinado y protegido por un grupo de amigos que se dieron trazas para que el plan se llevara a cabo sin riesgo alguno para la joven y mucho menos para el galán, que ahora luce sombrero y una poblada barba que se ha dejado crecer como parte de la estrategia pre-rapto.

En enero de 1952, con Ada Luz de dos meses de nacida, Escalona y Marina se instalan a vivir en la finca "Chapinero", situada a pocos kilómetros de la ciudad y donde él sigue dedicado a la agricultura. Pero el cambio resulta desfavorable para la niña, que se enferma a cada rato y comienza a producirle las primeras angustias paternas. Don Pedro Nel Aponte, padre de su amigo Cavi-**che** y con cuya familia de Escalona, ha mantenido muy buenas relaciones toda la vida, se lo encuentra un día en La Paz y ahí se entera de que el matrimonio está viviendo en la finca y que el clima no les ha sentado ni a la niña ni a **la Maye**. De inmediato surge la invitación para que se vayan a temperar a Urumita donde —como Escalona lo sabe bien— el clima es tan agradable y sano. Escalona da las gracias, dice que va a pensarlo y se despiden. Sigue visitando a sus amigos en el pueblo y le cuentan algo que le causa mucho pesar: don Humberto Costa Cotes, el gran patricio liberal, uno de los más fervorosos defensores de su música, está aquejado de una tremenda dolencia. Su situación es lamentable y parece que insoluble. En La Paz todos comentan el caso y Escalona decide ir a visitarlo esa misma noche, antes de regresar al Valle.

Va, y sale apesadumbrado. Aquel hombre aguerrido, altanero, franco hasta la dureza, de mucho carácter y vigor, que siempre se distinguió por su vestir conspicuo y sus maneras firmes, que le sirvió a medio pueblo, que nunca se excusó de hacer un favor... está acabándose lentamente. No hay ni vestigios del caballero de polainas y saco cruzado de dril que con un sombrero coco en la cabeza viajaba de La Paz a Valledupar a visitar a parientes y amigos. Don Humberto, en fin, es una sombra... Esta imagen desgarradora va a quedar fija mucho tiempo en la cabeza de Escalona, y aún en medio de sus ocupaciones y trabajos, ahora duplicados porque son dos las fincas que está atendiendo, sigue impresionado y pensando en cómo se deteriora un ser que hasta hace poco tiempo fue todo entereza, lucidez, inteligencia. En febrero, a las primeras horas de una noche de silencio, paseando con **la Maye** por las orillas de los campos de arroz, le cantó a ella los primeros versos de un son que hoy muy pocos conocen y que se llama DON HUMBERTO:

*Les voy a contar un cuento
que en La Paz me lo contaron
y es que el pobre don Humberto
vive triste y solitario.*

*El era un hombre correcto
querido de mucha gente,
me duele su mala suerte,
¡pobrecito don Humberto!*

A finales de abril, acosado por la mala salud de su hijita, decide aceptarle la invitación a don Pedro Nel y se traslada para Urumita con **la Maye** y con Ada Luz que está de seis meses. Urumita siempre ha sido para él un lugar de especial significado. Allá viven los Barros, los López, los Araújo y, en primer lugar, la familia de don Pedro Nel Aponte y doña Blasina López, cuyos hijos reciben con alegría a los nuevos huéspedes. Además, piensa él, Urumita está relativamente lejos de Valledupar y de La Paz, donde están las dos fincas en las que pasa la mayor parte del tiempo, y suficientemente cerca de Manaure, donde ahora vive **Poncho** Cotes con Thelma y donde también están otros amigos con los que no demora mucho en reanudar su amistad de soltero. Se instala, o mejor, instala él a **la Maye** y a Ada Luz, y a los pocos días comienza a girar vertiginosamente el carrusel vital en que siempre estuvo sentado Escalona, subiendo y bajando. Pasa unos días en Valledupar, otros en La Paz, otros en Urumita y otros en la carretera en permanente movimiento. **Caviche** Aponte es su llave en esos tiempos. Con él sale a cazar por las noches y “de cacería” en el día. Uno de esos, se topa en una calle con un ejemplar femenino igualitico a los que a él le han gustado toda la vida: morena, acuerpada, piernigorda, caderona y de buena estatura y, sin pensarlo dos veces, le sigue el rastro un largo rato. La muchacha se llama Cenobia Alvarado y vive con la abuela que es una especie de cancerbero terrible, lo que para Escalona no es nada del otro mundo, acostumbrado como está a esta clase de situaciones. Estudia el caso y decide conquistarse primero a la abuela, cosa que logra en pocos días.

La Maye olfatea que algo extraño hay en esas cacerías nocturnas, de las que nunca jamás Escalona ha regresado ni con un miserable conejo, y se pone en guardia, pero no tiene cómo averiguar en qué negocios anda Rafael. Lo cela, le indaga, le pelea bajito, porque sabe que no debe molestar a los anfitriones con sus reclamos; pero no consigue nada. Una mañana, después de una noche eterna en que salió desde las siete armado con dos escopetas y regresó a las otras siete sin ninguna de las dos y con un tufo que derribaba estatuas, **la Maye** estalló y comenzó a cantaletearle:

que mira Rafael que ya vas a comenzar lo mismo de antes; que fíjate todo lo que me hiciste sufrir cuando estábamos de novios; que tú no quieres coger juicio; que ya esta niñita nació y tienes que pensar en ella; que siempre es la misma cosa Rafael; que mira que estamos aquí en la casa ajena, que...

Escalona, que estaba en un chinchorro, se levantó como si no oyera, se acercó a la cunita donde su hija mayor jugueteaba y le agarró un piecito; se quedó mirándola sin atender el ronroneo de quejas y acusaciones de **la Maye**, le besó la planta del pie y le dijo: "Ada Luz, no le hagas caso a tu mamá. Yo te voy a hacer una casa en el aire". Y salió con **Caviche** a bañarse al pozo de la Quinta, dejando a **la Maye** más furiosa con semejante promesa tan inútil. "¡Una casa en el aire!..., ¿habrase visto?, solamente a Rafael se le ocurre arreglarlo todo con un chiste. Ahí está él pintado. Nunca le pone atención a nada. Con bonita cosa viene él a componer el mundo", decía Marina Arzuaga mientras recogía pañales y trapos y daba grandes pasos por la habitación.

Las aguas del pozo refrescaron el guayabón que cargaban los dos cazadores, que habían pasado la noche donde la abuela de la Alvarado en su trabajo de ablandamiento. Dentro del río siguieron bebiendo y Escalona silbando. A las 12, fueron a la casa a almorzar y por la tarde, pese a la ira de Marina, volvieron a salir para la cantina de Alberto Gómez, desde donde mandaron a llamar a **Chema** Ramos, que era en esos tiempos el mejor acordeonero de Urumita. Cuando llegó, ambos estaban en temple y Escalona lo llamó a parte y comenzó a secretearle en el oído mientras **Chema** marcaba compases con su acordeón. Acoplado el instrumento a su medida —que es ninguna— Escalona se puso de pie en medio de la cantina y les informó a los urumiteros, primero que al resto del mundo, del novedoso y original obsequio que había decidido hacerle a su hija: una casa en el aire:

*Yo voy a hacer una casa en el aire
solamente pa que vivas tú;
y después le pongo un letrado bien grande
con nubes blancas que diga Ada Luz*

Este paseo, primero de los dos únicos que les compuso a sus hijas, ocupa por derecho propio el lugar que le corresponde

dentro de la temática de las mujeres en la obra musical del maestro. Habiéndole cantado ya, muchos años atrás, a dos niñas hijas del amigo que lo esperaban todos los sábados en las sabanas manaureras, a una pondorera esquiva que más parecía una paloma, a **Carmen Gómez** en Fonseca, a la Yiya Zuleta en el **Chevrolito**, a Francia María en el **Copete**, a la propia **Maye** en la **Despedida** y la **Creciente del Cesar**, a la imponderable **Salvadora**, a la amantísima **Vieja Sara**, a Vevita Manjarrés, a la impasible Elsa Armenta, a la cachaquita **Esperanza**, a la atractiva plateña, la innombrable **Monita de Ojos Verdes** que desquició sus sentimientos y desbordó su inspiración. Estando ya impregnada su obra del inconfundible hálito femenino, que para él va a ser imprescindible en su vida, aún a través de experiencias ajenas como las de Jaime Orozco, para quien compuso una *Historia*, o como las del *general Dangond* con la viuda de El Molino, o por experiencias compartidas como las que vivió con don Toba y *las dos hermanas* o por sucesos jocosos pero de profundas sugerencias espirituales como en *Juana Arias* o el pobre Juan..., lo menos que se podía esperar de Escalona era que le cantara también a quien no sólo era su hija, sino sobre todo, su primera hija en el mundo.

ADA LUZ, la composición musical, es entonces, el reflejo exacto, la radiografía espiritual, el retrato idéntico, casi que un trasunto químico y biológico de Rafael Escalona el hombre, en su relación con una mujer a la que ama por encima de todas las otras que ha amado y amará en su larga trayectoria de enamorado y amante, pero la única a quien ama de un modo diferente a como las ha amado a todas. Esta no es la que le produce aquellas descargas de pasión encendida que casi lo vuelven loco cuando reconoció un par de piernas torneadas; no es tampoco la que le inspira los sentimientos cambiantes y a ratos culposos del afecto por la **Maye**; no es la que lo encandila en un bazar pueblerino y lo hace salir corriendo detrás de ella; no es la que le proporciona un afecto maternal que lo reconcilia consigo mismo y con la figura comprensiva y generosa de **Aló**. Esta de ahora no es la vieja fea pero buena como el pan que va donde el magistrado a que le reparen el honor que también ella posee y que no es privativo de las clases altas...

La mujercita a quien en la tarde de los celos de su mamá él le prometió que le iba a hacer una casa especial, es su hija. Y como tal, él, que en materia de mujeres creía conocerlo y saberlo todo, descubre que el amor también es un sentimiento sublime y desin-

teresado y una relación que exalta y purifica. Entonces le canta con inmenso amor y con una gran ternura que le imprimen a su voz un tono diferente en el que no omite, antes bien acentúa, el celoso afán y el esmero que desde entonces pone para que cuando llegue la hora de los pretendientes, el que ose acercarse hasta Ada Luz sea un ser excepcional que vuela muy alto (por eso lo compara con un aviador) a fin de que pueda alcanzarla:

*El que no vuela no sube
a ver a Ada Luz en las nubes,
el que no vuela no sube allá
a ver a Ada Luz en la inmensidad...*

Otra vez la metáfora se hace presente en las estrofas de Escalona; pero, al igual que en veces anteriores, no hay rebuscamiento ni retoricismos pedantes que empañen la sencillez de los versos. El, lo único que sabe es que a su hija no se le va a acercar el primer Perico de Palotes que pase; que no es un don nadie el que pueda pretenderla y requerirla de amores cuando sea una señorita. Y para ello está él dispuesto no sólo a construir una casa en el aire, sino a entenderse con el mismo Dios para que sean dos los ángeles —y nadie más— los que se encarguen de servir de sostén y cimientos a su novedosa construcción:

*Como esa casa no tiene cimientos
vean el sistema que he inventado yo:
me la sostienen en el firmamento
dos angelitos que le pido a Dios.*

Que es además, *la única forma de vivir tranquilo / porque ese camino no lo sabe nadie*; aparte de que le sirve también para reafirmar un aspecto de su personalidad que él no se preocupa por disimular: la vanidad.

*Cuando en las nubes vean a una persona
allá en la tierra pegarán el grito:
¡qué pretensioso se ha puesto Escalona,
que tiene a su hija con los angelitos!*

La temporada que pasa en Urumita lo retorna a su condición de cantor excelente. Parece como si el matrimonio le hubiese crea-

do responsabilidades pero no impuesto obligaciones ni límites de ninguna clase. Trabaja y canta, sigue enamorando y canta, pelea con **la Maye** y canta, y les canta otra vez a las novias o enamoradas de sus amigos, como lo hizo ese mismo mes de junio con Eduvilia López, una margarita sin deshojar que vio por primera vez debajo del palo de higuito, una tarde, de regreso del pozo de la Quinta, y hacia la que enseguida se encaminó, tratando de echarle mano. La tajante advertencia de **Caviche Aponte** de que esa muchacha era su novia secreta y como tal no podía pretenderla, lo frenó en seco. Hasta allá no llegaba Escalona. El podía vivir irremediabilmente perdido por todas las mujeres de la tierra, pero hasta allá —hasta traspasar los límites impuestos por una amistad— no llegaría ni llegó nunca. Así que, hechas las aclaraciones del caso, acabó cantándole a Eduvilia para interpretar los sentimientos del amigo que era su novio, oculto, porque pese a la vieja amistad existente entre las familias de ambos, la pareja no había podido formalizar sus amores. Escalona compuso para ellos **MARIPOSA URUMITERA** que es otro de sus buenos y desconocidos paseos. Su primera estrofa habla de su calidad:

*Como el pájaro viajero
de lejos he venido a verte,
mariposa de ojos negros
de las alas transparentes...*

Casi en seguida hace el merengue **EL COMPADRE TOMAS**, que tiene un estilo similar y el mismo corte narrativo costumbrista de **JUANA ARIAS**. Su relato está basado en una historia en la que él mismo se ve involucrado cuando un mediodía se presenta por los alrededores del vecindario un hombre de aspecto humilde preguntando por la casa donde vive Rafael Escalona. Cuando se la indican y llega, toca la puerta un buen rato hasta que una de las hijas de don Pedro Nel, malhumorada por la impertinencia que interrumpe la siesta, le abre y averigua de qué se trata. El le dice que ha sabido que Rafael ahora está aquí en Urumita y él necesita urgentemente hablarle. Rosario Aponte, que así se llama la joven hija del dueño de casa que recibe el mensaje, llama a Escalona y lo hace levantar urgida por el apremio que le manifiesta el visitante.

Escalona lo reconoce de inmediato: es Tomás, un muchacho, —que ya no lo es tanto— conocido desde hace muchos años en

Valledupar y al que acompañó a casarse con Mercedes, la joven aquella que criaron donde las religiosas de Villanueva. Escalona, además, les bautizó el primer muchachito que les nació dos meses después del matrimonio. Tomás carga una mortificación. Tiene, hace días, un tropel en la cabeza, y como sabe que Escalona en cuestiones de mujeres posee más experiencia que cualquiera, una vez supo que se encontraba en Urumita salió a buscarlo para contarle su desgracia: Mercedes, la sumisa, la paciente y bondadosa, la mosquita muerta que lo enamoró precisamente por su mansedumbre, le ha sacado las uñas y está hecha una pantera. Lo insulta por nada, no lo atiende, lo ajíla de la casa, no le pone la comida y ni siquiera quiere acostarse con él. Mejor dicho, compadre —remata Tomás—, es como si me hubiera casado con el mismo Demonio...

Escalona oye las quejas y queda sorprendido con esa metamorfosis que ha sufrido una comadre de la cual él siempre había creído que no era otra cosa que una monja sin hábito. Pero después reacciona y le dice a Tomás que no sea pendejo; que qué está esperando para darle su tatequieto; que se amarre los pantalones, porque si no ella va a terminar pegándole a él y poniéndolo a cociná pa ella y pa los pelaos, que se deje de tantas contemplaciones y proceda como un hombre, que si se deja desde ahora se va a fregá pa siempre... Y el pobre Tomás, más confundido que cuando llegó, sale de la casa de los Aponte.

Los motivos de la visita causaron diversos comentarios entre los de la casa y en el vecindario, donde se supo inmediatamente lo que había ido a buscar el compadre. Todo eso le sirvió al compositor para referirlo con música en el merengue que le dedicó al ingenuo y maltrecho Tomás:

*Como vivo en Urumita, en la casa de Pedro Nel
llegó el compadre Tomás
y preguntó por Escalona...
Yo lo busco porque quiero hablar con él,
pa ponerle las quejas de mi señora...*

Y mientras en Urumita comienzan a cantar los padecimientos de Tomás a manos de Mercedes, él en Villanueva, que frecuenta cada rato, se enfrenta en un duelo romántico con el destacado médico José Alfonso Martínez Quintero. Es éste un joven profesional recién graduado, bien parecido, correctísimo en el trato y

excelente bailarín que clasifica entre los buenos partidos de la población. El doctor Martínez anda pendiente de Magolita Farfán, una urumitera espléndida que vive en Villanueva y que mantiene entusiasmados a todos los hombres de la provincia y a la que Escalona le ha hecho varios intentos en cada viaje que efectúa.

Una noche hay una fiesta en el pueblo, y cuando Escalona llega acompañado de **Caviche**, encuentra que Magolita es la principal atracción de la misma pero que el doctor Martínez parece ser el que lleva las riendas del festejo. El, que anda interesadísimo en la muchacha, se da cuenta de que su desventaja es enorme: el médico tiene días de estar ahí al pie del cañón y él apenas acaba de llegar. Sin embargo, después de muchas horas de estar en la retaguardia, viendo el avance del médico en su flequeto danzante con la agraciada, llega el momento de los versos. El doctor Martínez es un gran médico pero no sabe hacer una rima, y como la hora no es para atender enfermos sino para que se luzcan los buenos repentistas, Armando Zabaleta comienza a echar versos y le contesta **Chema** Martínez y después Emiliano y después Toño Salas. Y después Escalona, que hace unas estrofas para desafiar al doctor Martínez y para decirle a Magolita cuánto le gusta ella. Magolita se apena con su enamorado por la descarnada declaración que le hace el compositor y opta por desaparecer disimuladamente de la sala donde se ha montado la piquería. Pero Escalona sabe que ella no anda lejos. Que por ahí por el patio o en algún aposento debe estar sentada oyéndolo, y le espeta esta sextilla:

*No me importa, no me importa que Magola
cuando yo llegue al baile se trate de esconder;
porque es que la mula cuando es cimarrona
se coge cansada de tanto correr;
entonces, cuando la vean mansita,
me la llevo, la pobre Magolita...*

Esta estrofa que fue elaborada con la música de EL TESTAMENTO no pertenece ni jamás perteneció a este paseo como lo asegura el autor de un libro sobre vallenatos. La cosa es otra. La costumbre en las parrandas y fiestas, cuando llega la hora de echar versos, es la de tomar una música cualquiera, sea del autor que sea, que se preste para la construcción de las estrofas que van surgiendo improvisadamente entre los verseadores. Generalmen-

te se escoge la música de un paseo lento que, por ello mismo, le permita al verseador elaborar mentalmente las frases o cuartetas con la rima justa y la melodía precisa para que la estrofa surja perfecta. Se usa poco el merengue rápido y menos aún la puya, porque son aires muy ligeros que, de no tener el verseador un dominio total sobre la versificación, pueden llevarlo a un espantoso ridículo que es el peor fracaso que pueden sufrir estos juglares y parranderos. Y es que cuando un cantor o cantante de vallenatos, en medio de una parranda se levanta a echar versos, es porque sabe hacerlos y domina este difícil y hermoso género. De lo contrario no lo hace. Escalona, que sí sabe hacerlos, se puso en pie esa noche y escogió la música de EL TESTAMENTO, paseo que hacía cinco años le había compuesto a **Vevita Manjarrés**, para decirle a otra mujer una cosa diferente. No hay, pues, ningún asomo de verdad en la afirmación de que la arriba citada es una estrofa de EL TESTAMENTO que nunca ha sido grabada; lo cierto es lo que aquí se consigna según el testimonio del autor de ambas canciones.

Para diciembre, el embarazo pronunciado de **la Maye** dificulta la crianza de Ada Luz. Marina quiere regresar al Valle porque se da cuenta, tarde como siempre, de que Escalona está más en la calle que al lado de ella y de la niña, que el matrimonio no lo ha modificado ni un milímetro, que tenerla ahí en la casa de don Pedro Nel es para que ella esté acompañada y él poder andar libre como siempre ha andado. Y comienza a ponerle el parrampaplán para que regresen a la finca en Valledupar. El le dice que sí, que la semana entrante, que mañana, que pasado, y entre semana y semana se pasa más los días en Villanueva y en San Juan y en cualquier otro sitio y lugar que en la casa de cuya hospitalidad han disfrutado por más de cinco meses.

Y es que ahora él se ha enrolado con otro parrandero de tronío que ha surgido en Villanueva y que, como él, está imbuido por las mismas ansias irrefrenables de viajar, de enamorar, de conquistar mujeres, de llevarlas de un sitio a otro, de anochecer aquí y amanecer allá, de vivir la vida intensa y desesperadamente. Silvestre Dangond, que así se llama el personaje, es un importante miembro de la sociedad villanuevera. Viudo, rico, dueño de varias fincas entre las que sobresalen por la extensión y la calidad de las tierras, "Las Marías" situada en la Jagua de El Pedregal y "El Centenario" que

queda en la zona de Casacará, se encuentra enamorado en Urumita, sin menoscabo de las otras dos mujeres que tiene en las haciendas citadas. Su estampa, fiel trasunto de sus ancestros europeos, es ni más ni menos la de un corpulento vikingo de piel dorada, cabellos rubios y ojos verdi-azules que en el lenguaje pueblerino equivalen mejor a la definición típica de “ojos rayados”. Todos lo conocen como **El Mono Dangond** y sus características físicas corresponden al tamaño de su monumentalidad espiritual, de la que sobresalen el don de gentes y la simpatía, que lo vuelven famoso al poco tiempo. **El Mono** entra entonces por derecho propio al mundo de Escalona donde a poco se convierte en pieza fundamental del acelerado engranaje que lo mueve. Asiste a sus parrandas o es anfitrión de ellas. Participa de sus aventuras. Le cuenta sus amoríos y lo hace confidente de sus conquistas. Así se entera Escalona de que en Urumita está para mudar, o mudó ya, a una cachaca muy bonita, sin que ello sea motivo para interrumpir sus otras dos “obligaciones” en “Las Marías” o en “El Centenario”, ni cancelar a la querida de asiento que mantiene en Villanueva. Escalona está fascinado. Solamente alguien que fuera su par, que se le comparara sin desventajas en la habilidad para la conquista y en la sutileza para el manejo de situaciones tan difíciles, en las que hay más de una mujer al fondo, merecería de parte de él asombro y reconocimiento. Y el **Mono Dangond** es ese par. Es el que se le puede medir de tu a tú en las arriesgadas lides sentimentales en que ambos viven batiéndose día tras día, sin pedirle más a la vida que mujeres y más mujeres con las cuales poder combatir. Para Escalona, que ha sido el número uno de su grupo, el **Mono Dangond** no es otra cosa que un tigre, un auténtico felino en el milenario arte amoratorio que, con menos sentimentalismos que los suyos, va devorando presa sobre presa a lo ancho y largo del territorio en que se mueve. Y de la amistad, que también era admiración, surgió el último merengue que Escalona compuso en esa temporada, antes de salir de mudanza para Valledupar. Su título es obvio: EL TIGRE DE LAS MARIAS y estas son apenas dos de sus excelentes estrofas:

*Villanueva no sabía
qué clase de pelusita
es el tigre e'Las Marías
que ahora vive en Urumita*

*Oiganlo roncá
por la Serranía;
es el tigre e'Las Marías
que anda por Casacará*

Después de muchos ruegos e insistencias de Marina, a finales de octubre regresan al Valle, donde se entera de que Gabriel García Márquez anduvo buscándolo por todas partes y fue hasta La Paz preguntando por él. El "primo" de Aracataca había llegado a la ciudad portando un enorme maletín de cuero negro del que extraía libros de tapas rojas y letras doradas en el lomo, que ofrecía en las oficinas de los más prestantes profesionales vallenatos. Leonardo Maya le contó a Escalona que había adquirido una fantástica enciclopedia marca Uthea "que le compré a un muchacho muy inteligente de allá de Aracataca que dice que es pariente tuyo o de tu papá". El otro cliente que adquirió libros de los que vendía el joven agente viajero fue el doctor Luis E. Toscano Arteaga, un médico momposino recién instalado en Valledupar.

El dos de noviembre de 1952, el mismo día en que Ada Luz cumple su primer año, nace la segunda de las hijas, que recibe el nombre de Rosa María. Para esa época Escalona acaba de sembrar en la finca de La Paz un arroz que está pintando bonito y del que espera recoger una buena cosecha para cumplir los compromisos y le queden unos cuantos pesos con los cuales organizarse mejor. Pero el nacimiento de Rosa María es el principio de una larga cadena de complicaciones y sufrimientos. La niñita nació casi asfixiada y durante los tres primeros meses padece una bronquitis aguda que la mantiene entre la vida y la muerte. Largas horas de la noche y todo el día pasan sus padres al lado de su cuna, de donde tampoco se desprenden el médico y los familiares. Llegan momentos críticos en que Rosa María queda prácticamente muerta, y la confusión es tremenda en la familia de Escalona. Por fin, después de más de cien días de angustias y carrerones, a mediados de marzo de 1953 la niña se restablece y comienza a recuperarse. Los médicos prescriben antibióticos y reconstituyentes, pero las viejas expertas mandan también los insuperables baños de hojas de matarratón, de flores de alhucemas, de hojas de eucalipto y otros mil menjurjes propios de la farmacopea doméstica de los pueblos.

Una mañana, viendo todos estos preparativos que se hacían en la casa para bañar a la hija: limpieza de la ponchera con agua caliente, cocimiento de las hojas, enfriamiento del agua, cerramiento de la alcoba, etcétera..., Escalona, entre risueño e intrigado, decide que lo más indicado es hacer que brote un manantial en lo más alto de la Serranía para que se bañe sin problemas la pequeña Rosa María, no únicamente ahora, cuando de tres meses largos ignora de la que se ha librado, sino más tarde, cuando en los días sofocantes de la adolescencia, los enamorados vayan a visitarla. Así nació el paseo ROSAMARIA que otros llaman también El Manantial:

*Rosamaría no tiene que envidiar
el que otra tenga tocador moderno.
Para mirarse ella tiene como espejo
las bellas aguas de ese manantial*

*donde se bañará Rosamaría
donde se mirará todos los días.*

Pero, como según la filosofía patillalera, a ningún roto le falta su descosido, la alegría y tranquilidad por la recuperación de la hija se ve entorpecida por la evidencia de que lo que parecía que iba a ser una magnífica cosecha, acaba convertido en un rastrojal de matas de arroz, que lo que Escalona encuentra cuando vuelve a la finca. El gusano hizo estragos mientras él estaba al lado de su hija enferma y las espigas que reventaron hermosas sólo sirvieron de alimento a los insectos, que se dieron un banquete con las esperanzas de Rafael. Regresa cabizbajo a la casa de Aló que es donde han pasado el viacrucis de la enfermedad de Rosamaría y le cuenta a la Maye la situación. No hay nada qué hacer. Los que siguen son meses cruciales en los que se siente todo el peso de la tremenda carga que lleva encima: una esposa, dos hijas, muchas deudas y ninguna perspectiva en el horizonte para salir de los compromisos económicos que son bastantes.

Una tarde, viajando, se entera de que la mayoría de sus amigos andan metidos en el embeleco del algodón que, le dijeron en Codazzi, es la gran revolución agrícola del país y de América Latina. No lo piensa dos veces, y de vuelta al Valle sale a buscar a don Carlos Coronado, el jovial y eficiente gerente de la Caja Agraria donde él tiene la deuda. Coronado no está, pero la

secretaria le informa que después de las tres de la tarde llega a la oficina. Escalona sale y decide entrar al Bar Colombia a esperar que sean las tres y allí se encuentra con Coronado, que está refrescándose con unas cervecitas en compañía de otros amigos. La inesperada reunión se convierte en una tenida de boleros y bambucos en medio de los cuales Escalona le cuenta su problema al gerente y éste le dice que no hay cuidado, que se despreocupe, que los bancos son pa eso: pa prestá la plata y ganá intereses, que haga el papeleo, que él le presta toda la Caja Agraria si es del caso.

El día lunes, que es la fecha para firmar un nuevo pagaré de refinanciación del arroz y otro de crédito para el algodón, Escalona se presenta a las oficinas de la Caja informándoles a todos del paseo que ese fin de semana le compuso a don Carlos Coronado, uno de los gerentes más queridos en esta región en toda la historia de la Caja Agraria. Se titula precisamente EL SEÑOR GERENTE, y su texto, más explícito que cualquier disertación, se escuchó por primera vez en una parranda de padre y señor mío que, esa misma noche, organizaron en “El Toco”.

*Señor Gerente, cómo voy a hacé
para pagarle lo que me prestó;
llegó el gusano y se comió el arroz
y ahora no tengo como responder...*

*Y el Gerente me contestó:
no se preocupe Rafael
la Caja se lo arregla bien
para eso soy gerente yo...*

Antes de finalizar ese año de 1953 tiene organizada una sociedad agrícola-musical con Rafael Roncallo, un barranquillero enorme, romántico y soñador, compositor de boleros, guitarrista notable, bohemio, declamador de versos y paternal investigador de la vida y milagros de las muchachas nocturnas de Barranquilla donde todos lo quieren y donde es personaje destacadísimo por su posición, su dinero y sus múltiples cualidades. Con Roncallo bebe y parrandea y siembra algodón en las tierras de su hermano Nelson Escalona. Viaja con frecuencia a Barranquilla y se integra al naciente grupo de La Cueva, que ya ha comenzado a ser adoctrinado en la devoción por el vallenato gracias a la

dulzaina de García Márquez. Compone EL VILLANUEVERO que es la respuesta musical a las constantes razones que le envía Reyes Torres para que vaya a Villanueva a bautizarle el pelao que ya va a ponerse los pantalones largos y está moro. Hace también LOS CELOS DE LA MAYE, cuarta composición que le dedica a Marina, y una noche de regreso a Barranquilla la **Maye** le cuenta que la Vieja Sara estuvo haciéndole una visita y le puso un sartal de quejas sobre él, que francamente la dejaron preocupada. “Rafael no sirve pa ná —le dijo—. Tan viejo como está él y tan revieja como estoy yo y todavía se pone a echáme mentira. Me ha dejao esperándolo dos veces pa mi cumpleaños con sancocho listo y hamaca colgá. Dígale que yo estuve aquí pero no vuelvo má. Y si él no quiere volvé allá, que tampoco vuelva”.

—¿Cuándo vino la vieja Sara? —preguntó Escalona.

—Vino el viernes y estuvo aquí toda la tarde, respondió la **Maye**.

Pocos días después de este ultimátum, finalizando octubre, Escalona topó de nariz a boca con la Vieja Sara que estaba haciendo compras por la calle del Cesar. Reclamos vienen y excusas van. Sátiras de la vieja y defensas de Escalona que intentando complacerla le dice que sí va a volver a El Plan, que es que ha estado muy ocupado. Ella le repite lo que le dijo a Marina: “donde mí no vai a í porque yo ya ni te creo ni te espero má”. El, para mal de sus pecados, le dice entonces que bueno, que sí va, pero va para la casa de Simón Salas que le tiene ofrecido un sancocho de gallina. La Vieja Sara no entiende la chanza; se duele de lo oído y lo único que atina a responder con toda la fuerza de su ironía es esto: “¿gallina Simón Salas?... quisiera vélo. Te dará gallinazo. El no tiene gallina”... y le da la espalda a Escalona y se va.

Días más tarde, Escalona preocupado por la rabia de la vieja pero muerto de la risa por todo lo que ella le dijo, le comenta a Simón Salas la afirmación de ésta en el sentido de que él, Simón no tenía gallinas sino gallinazos. Y Simón tampoco entiende y queda doblemente resentido con su tía. Entonces, para sacarse la espina que le han enterrado injustamente, compone un merengue cuya primera estrofa es una directa y desobligante alusión a los obsequios llevados a El Plan por Escalona cuando la visitó por primera vez.

*Una señora del poblado y que se fue
a indisponerme con Rafael allá en el Valle
seguramente que necesitaba un traje
o a la llegada una tacita de café...*

Simón hizo su merengue y ello le bastó para quedar tranquilo. El sabía que no podía divulgarlo jamás porque si llegaba a oídos de la aludida se iba a acabar el mundo. Así que lo dejó quietecito en su cabeza como un musical desquite que le ayudó a olvidar la ofensa de su tía. Pero alguna tarde en Manaure, tomando en la única compañía de su sobrino Juan Manuel Muegues, lo cantó y Juan Manuel se lo aprendió; y semanas más tarde éste último cometió la imprudencia de tocarlo y cantarlo completico en El Plan en la propia casa de la vieja Sara delante de Simón, de Toño, de Emiliano y de toda la prole que se hallaba reunida celebrando un cumpleaños.

Sara María Baquero escuchó y quedó estupefacta con la insolencia del sobrino pero ordenó que le repitieran tamaño ultraje. Y cuando Juan Manuel, tembloroso pero obediente, fue soltando las notas y vocalizando las estrofas, la Vieja Sara estaba llorando de la rabia. Ofuscada y soberbia se levantó del asiento, botó el tabaco al suelo, insultó a los dos irrespetuosos, desagradecidos, desgraciados y señalando la puerta de la casa le dijo a Simón que se ajilara de El Plan y más nunca en la vida le volviera a poner los pies en su territorio.

Cuando a principios de noviembre Escalona supo este desenlace contado por Toño Salas, quedó de una pieza. Le parecía inconcebible que algo para él tan intrascendente como quedar mal en una visita anunciada, pudiera desencadenar un drama de esta magnitud y le dolía que todo esto estuviera ocurriendo únicamente como resultado de su involuntario incumplimiento. Por eso cuando **Poncho** Cotes lo buscó por todas partes para decirle que quería que fueran a El Plan apenas terminara clases en el Loperena, Escalona, compungido, le echó el cuento de todo lo que había pasado y ambos decidieron desbaratar el viaje porque no les pareció prudente hacerlo en esas condiciones. Primero había que buscar la reconciliación de la familia por encima de todo y después sí, irían ellos mismos a El Plan acompañando a Simón en su regreso.

Hablaron Escalona, **Poncho** y Becerra aquí en el Valle y pusieron al tanto a Beltrán Orozco, a José Orozco y a los amigos de

Villanueva, a los de La Paz y Manaure para que todos colaboraran en la búsqueda de la paz y la amistad de una familia para ellos tan entrañable.

Este fue el origen de el son EL DESTIERRO DE SIMON que nos atrevemos a calificar como uno de los dos mejores de toda la música vallenata. Ojo con la letra y cuando tengan la oportunidad pónganle cuidado a la música:

*Poncho Cotes tenía un viaje para El Plan
me invitó y con mucha pena no acepté su invitación
porque me han dicho que en ese lugar
ya y que no vive el compadre Simón.*

*Preguntaba cuáles fueron los motivos
que tuvo ese gran amigo pa ausentarse del lugar
y Toño Salas en el Valle me dijo
que la vieja Sara lo botó de El Plan...*

Capítulo VII

UNA DECADA Y UNA OBRA

*("Los Magdalenos" comenzaron y Bogotá continuó.
Algodonales en Codazzi. La muerte del Tite.
De Rojas Pinilla al Frente Nacional, pasando
por la Brasileira, la Custodia y el Cristo...)*

Una década larga comprendida entre los primeros meses de 1943 y los penúltimos de 1953, le bastó a Escalona para crear un buen número de las mejores composiciones de su obra musical y de toda la música vallenata. Cincuenta y cuatro cantos de castiza estirpe, nutridos todos en situaciones reales que él recreó y embellició al volverlas música; hechos sin el atolondramiento de las inspiraciones por encargo que ahora abundan en la música vallenata y repletos de testimonios y vivencias, que son la médula de la narrativa, serían suficientes para consagrarlo como maestro de este género musical. Y aunque en esos momentos apenas está a la mitad del camino, la que pudiera llamarse su OBRA, así con mayúsculas, está lista y es completa. En ese momento hasta el crítico más exigente e implacable puede tomar una cualquiera de su medio centenar de composiciones y voltearlas al derecho y al revés, esculcarlas, desmenuzarlas, disecarlas como desee, que lo único que va a encontrar es un compendio lírico de la historia de un pueblo, una región y las gentes que la habitan, con su equipaje de sueños y realidades, con sus ilusiones y sus derrotas, con su sensibilidad a flor de piel, su humor y su entereza para transitar la ruta que ellos mismos escogieron y trazaron. Lo que van a descubrir quienes se acerquen a los cantos de Escalona es un todo poético hermoso y compacto, entero y pleno, sin las fisuras

por donde se cuele la cursilería del verso fácil, que tanto abunda ahora en los neo-compositores de este género.

Pero no era todavía el fin de su tarea y, por el contrario, el pasar del tiempo y las nuevas situaciones que se van presentando mantienen la inspiración para musicalizar los hechos de los cuales él, protagonista o no, seguirá siendo el más experto narrador. Hay, sin embargo, zonas de silencio que comienzan a hacerse notables a partir del año 1954 y que irán creciendo más, en frecuencia y extensión, en las tres décadas siguientes: 1954-1964; 1964-1974; 1974-1984. No obstante, lo indiscutible es que al término de ésta primera etapa ya descrita, la música de Escalona está haciendo carrera fuera de la Provincia. Modesta pero persistentemente los paseos, merengues y sones que hablan de **la Maye**, de los amigos y de su experiencia de estudiante en el Liceo, están sonando día y noche desde por lo menos tres años atrás en las emisoras Unidas de Barranquilla, en la Voz de Santa Marta y en sitios y reuniones privados donde los ha introducido, primero, Guillermo Buitrago con su guitarra, y donde después son divulgados más profusamente por Luis Enrique Martínez, que es pionero en la grabación de discos de música vallenata.

Pero también están dejándose oír tímidamente en algunas emisoras de Bogotá donde han llegado como resultado del despliegue social que el grupo de Los Magdalenos, con López Michelsen a la cabeza y reforzados por Hernando Molina, ha hecho de este género musical en la capital del país, y gracias a un hecho fortuito que ocurrió como sigue: Para el año de 1951, cuando el grupo de cachacos ha regresado a Bogotá después de su primera experiencia en tierras de la vallenatía, un sábado por la tarde uno de sus integrantes vive una de esas casualidades que sólo son obra de la Divina Providencia: Hugues Martínez, un joven vallenato oriundo de Atánquez, especialmente dotado para la música, con una voz increíble que se adapta a cualquier tono, que toca maravillosamente bien la guitarra, la caja, la guacharaca, lo que sea y al que ellos conocieron en unas de las tantas parrandas que hicieron durante su estada en Valledupar, se encuentra en Bogotá estudiando bachillerato. El descubrimiento no puede ser más importante. Además, Hugues es amigo y tiene la dirección de Víctor Soto, aquel muchacho de Urumita que toca acordeón y que ahora, ¡oh maravilla! está en esa ciudad, donde ha organizado un conjunto; sabe también Hugues dónde vive Alberto Fernández que es su paisano y que toca la guacharaca y canta muy bien; conoce a Sal-

tarén, un tipo alto, flaquísimo, inquieto y simpático que es un experto en sacarle sonidos a la guacharaca... Mejor dicho, Hugues Martínez es el hombre que ellos, Los Magdalenos, han estado esperando desde cuando regresaron de la que **Pacho** Herrera llamó ciudad Sagrada del Vallenato para que allá en el altiplano los ayude a officiar idóneamente el rito sacrosanto del culto por esta música. La cosa no se hace esperar. Y en una sucesión interminable de viernes, sábados y domingos el grupo formado por los dos atanqueros, por Víctor Soto, por Bovea y sus Vallenatos, que ya son un trío de renombre en los sitios de diversión, comienza en firme y de manera histórica a desarrollar el plan que nadie preparó para la vallenatización musical masiva de la capital de la República.

Cuatro o cinco años después de este primer paso que fue abriendo el camino, García Márquez cansaba los oídos de Alvaro Castaño Castillo que para entonces había puesto a marchar su sueño de una emisora diferente en Bogotá, la H.J.C.K., comentándole con sus irrefutables argumentos de formidable cuentista, las maravillas de una música llamada vallenata cuyo más destacado hacedor era un muchacho patillalero de nombre Rafael Escalona.

El empeño de García Márquez corría parejas con el propósito que ya habían iniciado Rafael Rivas, Miguel Santamaría, **Pacho** Herrera, Fabio Lozano, Alvaro Uribe Pereira y el **Pibe** Torres, quienes regresan a Valledupar a finales de 1951 y vuelven por tercera vez en 1952 a organizar, con todas las de la ley, el que habría de ser el primer viaje de Escalona a la fría ciudad andina, que acaba realizándose en 1953.

En Bogotá, a su llegada, el compositor recibe tratamiento de vedette con reportajes y portadas en la revista *Semana* entonces bajo la dirección de Alberto Lleras Camargo; el diario *El Tiempo* le dedica varias páginas del suplemento literario *Lecturas Dominicales*; concede entrevistas, da declaraciones, firma autógrafos y les hace versos a las muchachas cachacas del grupo que lo agasaja y lo lleva y lo trae mostrándole a la rancia sociedad santafereña al muchacho tímido, sencillo y modesto que por la sola virtud de su inteligencia prodigiosa ha creado una obra musical que ya comienza a trascender nacionalmente. Y paralelo a estos hechos que nadie va a atajar ni a modificar, comienza en 1954 la segunda década de Rafael Escalona, el compositor.

Desde seis meses atrás el país está en luna de miel con el general Rojas Pinilla a quien algunos le han dado el título de Salvador de la República y, por las noticias que llegan, todo hace suponer que realmente ha comenzado "la era del hombre colombiano". En la Costa Atlántica también hay entusiasmo con el nuevo gobierno militar, porque desde el arranque se empiezan a ver carreteras pavimentadas, pistas de aterrizaje asfaltadas, aeropuertos bien dotados, hospitales bien administrados y una serie de obras que hacía mucho tiempo dormían, a la espera de una ley que las concretara en realidad. En la Guajira los partidarios de Rojas Pinilla crecen cada día y a la península llegan los frutos administrativos del mandatario. En esta región del Magdalena Grande, en cambio, la gente está hermética y es escéptica. Los políticos liberales, que son la mayoría, no comulgan con esta clase de gobiernos de facto y los conservadores, desde entonces en la sombra, se preparan espiritualmente para el regreso de Laureano Gómez, en el que creen más que en el mismo Santo Ecce Homo. Al resto de la población ni le interesa, ni le preocupa, ni le importa que el presidente sea un militar, un ingeniero, un periodista o quien le dé su bendita gana porque el mundo aquí gira a otras revoluciones diferentes y el sol sale para otros asuntos más importantes. Ese pues, que comienza en el calendario escalonístico, es un año que va a ser bastante gris, insaboro y poco productivo musicalmente.

En la vida formal hogareña los días de Escalona son una sucesión de trabajo en las fincas, obligaciones en la casa y cuidados a la **Maye** y a los hijos, que ya son tres con Rafita, que nace el 16 de julio de 1954; pero su mundo interior sigue siendo el mismo calidoscopio de experiencias y sensaciones iguales y distintas a las de siempre, que se sobreponen, aparecen, se muestran y vuelven a desaparecer con la rapidez aturdidora con que él mismo hace girar el cilindro vital.

Definitivamente se han radicado todos en la finca "Chapinero" cómodamente adecuada para vivienda de la familia; pero, por ese extraño y compulsivo afán de desplazamiento que lo posee y lo va a poseer siempre, Escalona, cuya finca es apta para cualquier cultivo, resulta sembrando algodón en compañía de Alfonso Avila Quintero nada menos que en tierras bien adentro de Codazzi, a casi tres horas de viaje de Valledupar. Es como si necesitara estar cada vez más lejos de la realidad que lo circunda y siempre en pos de algo distinto de lo que tiene a mano.

Como los viajes son una de sus pasiones, vuelve a Bogotá, va a Barranquilla, a Medellín, pasa por Cartagena, llega a Santa Marta y cuando por fin recalca en Valledupar se mete de cabeza en los lejanos cultivos de algodón, que lo apartan bastante del tradicional grupo de amigos que siempre ha frecuentado. En esa época sus compañeros de tragos y actividades son Urbanito Castro, Alfonso Avila Quintero y otros de Codazzi con los que pasa mucho tiempo en esa población. Hay también otro motivo que lo hace permanecer más en Codazzi que en Valledupar y es el mismo motivo de siempre y de todas partes: allá resulta enamorado de una hija de Antonia Orozco a la que le dicen la Mona, y esta nueva posibilidad de romance basta para convocar toda la atención, la asiduidad y la constancia de que es capaz Escalona.

Mientras él realiza sus consabidos desplazamientos por los más inesperados parajes del territorio nacional, en Valledupar Alfonso Castro Palmera, Armando El Yío Pavajeau, Carlitos Espeleta, Ramiro Baute Céspedes y un grupito respetable de parranderos menores, comienza a empatar los días con las noches y los domingos con los lunes, prácticamente asidos de las notas que con gran propiedad va sacando de su acordeón un muchachito moreno, flaco y demasiado joven para su destreza musical, que cualquier día llegó a Valledupar. Se llamaba Nicolás Elías Mendoza Daza y venía de un caserío remoto, de nombre sonoro con sabor a mujer: Caracolí Sabanas de Manuela.

Colachito como le dicen sus protectores, se aprende rápidamente los cantos de Escalona que le enseña el Yío Pavajeau y Poncho Castro y cuida bien de seguirle los pasos y los pases a Luis Enrique Martínez, que para esa fecha es el acordeonero más prestigioso, el gran innovador, que va a sacar al vallenato del sonsonete monorrítmico de su melodía tradicional para enriquecerlo abundantemente con tonos brillantes, compases más ágiles y la virtuosa explotación de toda la riqueza musical oculta en el fuelle del instrumento europeo. Se producen entonces dos hechos que después serán históricos: de un lado surge el aporte importantísimo e indiscutible que Luis Enrique Martínez le da a nuestra música creando un estilo (el *vallenato-vallenato*) que después se convirtió en escuela; y el otro es el caso de que Nicolás Mendoza, el mejor y más idóneo intérprete de Escalona, se sabe de memoria y difunde parte muy importante de su obra, sin conocer aún al Maestro, cosa que ocurrirá años más tarde.

A principios de septiembre Escalona quiere ir a Villanueva para la fecha de las fiestas de Santo Tomás pero por alguna razón desconocida no realiza el viaje. Y el 27 de ese mismo mes se entera de la dolorosa tragedia que ocurrió el 26, un día después de la octava de dicha celebración. El Tite Socarrás, su amigo del alma, el parrandero de más fama en toda la comarca, el trompeador más temible de toda la provincia, el contertulio más ameno de su barra de amigos villanueveros, se mató a tiros con su suegro, Bolívar Olivella, en plena calle del pueblo a la vista de todo el mundo y sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo.

El dolor de Escalona se vuelve rabia. Tampoco va a Villanueva, y pasó mucho tiempo antes de que se decidiera a regresar al sitio donde cantó, vivió y soñó parte de sus mejores años y donde el Tite, desafiado a duelo por el padre de Raquel, su mujer, agarró el revólver y se enfrentó a aquel hombre de honor sereno y tranquilo que había perdido la paciencia y la mesura ante los constantes desafíos que el Tite borracho le vivía haciendo. Cuentan los que presenciaron el caso que Bolívar disparó primero y derribó al Tite quien, desde el suelo y malherido, alcanzó a disparar varias veces y mató a Bolívar antes de morirse desangrado sobre la calle. Fue una muerte pendeja —diría Escalona más tarde— y si yo hubiera estado allá, eso no habría pasado. Este hecho que sacudió de raíz la sensibilidad de Escalona, contribuyó en gran medida a prolongar su silencio musical, que sólo vino a interrumpirse, con la fuerza arrolladora de los años pasados, a mediados de 1955 cuando volvió a cantar. Entonces le hizo EL PLAYONERO DEL CESAR a Urbano Castro Céspedes, el amigo y compañero con quien más andaba en esos años por la región de Codazzi.

Hijo de padres que pertenecían a tradicionales familias vallenatas, Urbanito, como se le dijo siempre, escogió el monte y renunció sin más ni más a los atractivos y ventajas de la vida social de Valledupar. Siendo un muchacho todavía se internó en los extensos playones a orillas del río Cesar, hasta donde se extendían los límites de las diez mil hectáreas de terreno que formaban el globo de tierra conocido como “El Sinaí”, cuya posesión ejerció, desde tiempos inmemoriales, don Casimiro Maestre Amaya. Al morir éste la hacienda pasó a sus dos hijos, don Casimiro Raúl y doña Adela María. Don Casimiro contrajo matrimonio con doña Delfina Pavajeau y tuvo tres hijos; y doña Adela casó con el doctor Ciro Pupo Martínez, pero no tuvieron descendencia. Muerto don Casimiro Raúl en el año de 1945, el

doctor Pupo se hizo cargo del manejo de los bienes de su esposa y de los hijos de su cuñado, que quedaron huérfanos siendo aún muy niños. La administración de la hacienda El Sinaí, que en verdad no era de él sino de su señora, se la encargó el doctor Pupo a Urbanito Castro quien, con el correr del tiempo, se convertiría en experto caporal del extenso territorio donde miles de cabezas de ganado de la familia Maestre pastaban a sus anchas, sin más dominio que el lazo certero que encima de sus cabezas hacía zumbar Urbano Castro.

A este amigo y a este estilo de vida le hizo Escalona el paseo EL PLAYONERO que es, quizás, un homenaje a nuestros hombres del campo; a los que renunciaron voluntariamente a las comodidades de la ciudad para internarse monte adentro a defender y a poner a producir los patrimonios agropecuarios de esta región. A los que, en medio de los peligros que acechaban a las manadas y a sus vidas, aún tenían tiempo para descubrir la poesía y encontrar el mensaje de amor en la huella que en forma de corazón deja pintada la pata del toro en el lodo de los playones húmedos. EL PLAYONERO DEL CESAR no ha sido de los cantos más festejados y conocidos de Escalona, pero es uno de los más profundos y hermosos. Y otro de los que demuestra que la narrativa en el vallenato es una realidad evidente:

*Yo tengo, yo tengo una fama buena,
yo tengo una fama buena
extendida en todo el playón;
porque conozco en la huella
hombe si el novillo, hombe si el novillo
es cimarrón...*

El 29 de octubre de 1955, nace la tercera hija de Escalona que recibe el nombre de Margarita, en homenaje a la madre del compositor.

En el apogeo de su gloria, el alto gobierno decide invitar al cantor vallenato a Bogotá. María Eugenia Rojas de Moreno brinda una fiesta en su residencia en la que Escalona será la figura principal y allá va él con un heterogéneo grupo musical formado por Víctor Soto en el acordeón, Hugues Martínez en la guitarra, Bambino Ustáriz, improvisado de guacharaquero, Alberto Fer-

nández como primera voz, Salterén —a quien Escalona le coloca desde entonces el remoquete de “el zancudo”— en la caja, y él como jefe único de la singular tropilla organizada a las carreras para atender el llamado de la hija del presidente.

La fiesta hace bulla y se prolonga más de lo acordado. De allí salen para Bucaramanga, invitados por Samuel Moreno Díaz, a inaugurar Radio Santander, y durante el viaje, al calor de los tragos y la emoción, Escalona determina hacerle también un canto al general Rojas Pinilla. Antes de llegar a Bucaramanga ya la canción tiene forma y a la llegada se la canta a los acompañantes, a la hija y al yerno del general que se ponen felices con la composición. De regreso a Bogotá la orden filial es terminante: hay que llevar a la televisión todas estas maravillas que ha hecho este extraordinario compositor vallenato y, en un tiempo récord, *Juana Arias* es dramatizada e interpretada en la pantalla chica donde Bambino Ustáriz, en una improvisada hamaca, hace las veces del eminente y capacitado doctor Molina, mientras alguna novel artista criolla interpreta a la alharaquenta patillalera.

Los subalternos del general están dichosos y a alguno se le ocurre la idea de sorprender el Jefe Supremo con una grabación magistral de ese paseo que acaba de componer Escalona y cuya primera estrofa es todo un reconocimiento:

*Siempre que esta nación
ve su libertad en peligro
interviene el Ser Divino
y manda un libertador...*

En menos de lo que canta un gallo todo está listo y dispuesto para que la grabación se haga; y allí en la Radio Nacional, bajo la impecable dirección musical del maestro José María Peñaloza, que ha escogido a su gusto treinta músicos de la Orquesta Sinfónica Nacional, se lleva a cabo la grabación de EL GENERAL ROJAS en la que también se incluyen —ni más faltaba— solos de acordeón, de caja y de guacharaca que le imprimen el toque de autenticidad a ese himno de nacionalista acento que, en medio de la emoción de todos, canta Alberto Fernández. He dicho.

Hoy, Rafael Escalona, pese a la buena amistad que mantiene con María Eugenia Rojas, prefiere no hablar de este suceso, que muchos de sus amigos y seguidores nunca entendieron ni le perdonaron. Del paseo del general Rojas bien puede decirse que

murió dentro del estrépito castrense y los ecos marciales que acompañaron su nacimiento. Casi que es un paseo nonato. Y parodiando una composición vallenato-sabanera hay que decir que “de su recuerdo sólo quedan, aquellos que lo grabaron”...

Empero, no es justo el juicio secreto que muchos de los amigos y partidarios de Escalona intentaron hacerle para pedirle cuentas, castigarle, cobrarle o simplemente echarle en cara lo que consideraron una defección imposible en su obra musical. Y no es justo, en primer lugar, porque si bien los afectos y lealtades políticas del compositor patillalero se inclinaron siempre hacia la familia López, lo real es que Escalona no ha sido nunca un actor destacado en esa zona de la política partidista y por lo tanto sus tendencias en este aspecto, más de tipo espiritual que ideológico, no tienen ninguna incidencia en su labor musical. El es únicamente un cantor, un cronista lírico y como tal hay que aceptarlo o rechazarlo, admitirlo o criticarlo, sin caer en la trampa de montarle juicios a sus actitudes. Lo que se le podría criticar es el canto en sí mismo, su calidad intrínseca, pero no el haberlo hecho. Y en segundo lugar, porque siendo como es el más grande compositor, el más carismático y auténtico de los cantores de nuestro pueblo, ante cuya fama se fueron rindiendo de uno en uno todos los grandes en las otras actividades, no tenía nadie por qué pedirle o esperar de él, en ese momento precisamente, que hiciera una excepción con quien estaba en el curubito del poder, con la anuencia y el regocijo de la mayoría. Recuérdese no más que un dignísimo y eminente jefe liberal llamó “golpe de opinión” el de Rojas... ¿Tenía entonces Rafael Escalona la obligación de adivinar lo que iba a suceder más tarde, para eximirse de cantarle un paseo a quien ya todo el país le había cantado loas y alabanzas en todos los tonos y formas?...

No queremos aparecer demasiado apasionados en la defensa del compositor, pero hemos creído de justicia elemental sacar a la luz este episodio que, por igual, han mantenido oculto, tanto Escalona como sus impugnadores íntimos; y lo hacemos porque no nos parece conveniente ni que el compositor lo esconda, como si tuviera que avergonzarse de él, ni que los críticos lo guarden como una carta marcada, de la que puedan echar mano en cualquier momento para restarle grandeza a su obra.

Si el canto fue bueno o malo, es otra cosa. Y eso lo define la estructura musical y gramatical del mismo. Lo que no podemos es caer en el fariseísmo de negarle a un compositor, a un grande

compositor que para esas fechas le había cantado a medio mundo, su derecho legítimo a cantarle también a un general, o a un ganadero o a un comerciante —que el título no viene al caso— que ostentaba la más alta dignidad del Estado y que en esos mismos momentos a todos, o a la gran mayoría, les parecía poco menos que un libertador.

El 10 de mayo de 1956, invitada por la Junta Directiva del Club Valledupar que entonces estaba situado en la tradicional Calle Grande, Esperanza Gallón Domínguez, reina de la belleza de Colombia llega a Valledupar en un vuelo especial de la recién establecida línea aérea Taxader. Aunque el artículo 62 de los Estatutos del Club decía tajantemente que “queda prohibido llevar a los salones del Club música de acordeón, guitarras o parrandas parecidas etcétera”... los directivos corrieron a buscar a Escalona, que era la figura de mostrar, para que los acompañara al aeropuerto a esperar a la reina. La recibieron con flores y música de viento y la pasearon por las calles de la ciudad, luego le brindaron un elegante almuerzo y por la noche fue el baile de gala. El maestro estuvo al lado de ella y al día siguiente, antes de despedirse, le ofreció el agasajo que sólo él podía ofrecerle y que a ella debió satisfacerle más que todas las otras atenciones, iguales a las que había recibido en todas las partes a donde llegó con su corona y su belleza. ESPERANZA DE TAXADER, no de Colombia, fue el nombre que Escalona le colocó al paseo que le compuso a la linda bumanguesa. Paseo que también se quedó a la orilla de la popularidad que han tenido y tienen la gran mayoría de los que ha creado.

El día 2 de agosto de ese mismo año mientras Rafael andaba por Barranquilla, don Clemente Escalona Labarcés, el coronel de la Guerra de los Mil Días, el honorable soldado cienaguero que se complacía en hablar de su intervención decisiva para salvarle la vida al general Uribe Uribe, fallecía en esta ciudad de Valledupar, donde dejó sembradas las mejores raíces de su ingenio.

Está dicho y sabido que la mujer es la máxima fuente de inspiración del compositor. Un repaso somero a sus canciones, a estas alturas en que nos encontramos, arroja el resultado de que

de cincuenta y siete que lleva creadas, treinta y dos están sustentadas, de alguna u otra forma, en el afecto, la atracción, el interés, la curiosidad, el deseo o alguna otra relación con la mujer, bien suya, bien de sus amigos. Y en el resto de sus cantos, abierta o veladamente, no es difícil entrever un trasfondo femenino ligado a la esencia del relato. El caso más palpable de esta afirmación es el de EL PERRO DE PAVAJEAU que, pese a que es una narración eminentemente costumbrista, que cae más en el terreno de lo jocoso que de otra cosa, tiene, allá en los meandros de los orígenes del nombre del perro, el sello de la inequívoca perturbación anímica que un hombre de disciplinas castrenses viene padeciendo a causa del terrible tormento de los celos. El perro es el protagonista del paseo, pero no por ser el perro sino por el nombre que lleva (mayor Blanco). Y lleva ese nombre no porque sí, sino porque ese es el único que se le ocurre a un agudo observador de las situaciones vallenatas de entonces, que con sorprendente perspicacia y precisión compara la fiera del animal con el estado de ánimo que agobia permanentemente al comandante del Batallón Bomboná.

Casi puede decirse que no hubo mujer que, según él, mereciera la pena, que no hubiese sido cantada por Escalona. Para él no contaba posición social, ni atributos intelectuales, ni condiciones económicas ni nada distinto a su propio gusto y a su tendencia innata. Las mujeres le gustaron desde niño, le siguen gustando y le van a gustar siempre. Para él no importa el medio: lo que cuenta es el fin, y el fin primordial de su vida ha sido la conquista, posesión y dominio de la mujer..

Viene ahora el cuento de una de las que, a nuestro parecer, es de sus más bonitas composiciones, que tampoco ha tenido la difusión y renombre de otras tan buenas o menos buenas que ésta. Se llama NAVIDAD y fue hecha a una de esas mujeres anodinas, comunes y corrientes, de origen humilde que él encontró un día en la vida. La joven se llamaba Dioselina Brochero y había sido criada en el hogar de don Alfonso Saade y su esposa doña Carmen Mejía, donde le enseñaron buenas costumbres y la pusieron a estudiar en el Colegio de las Religiosas Capuchinas. Cuando regresó a su casa materna, en Valencia de Jesús, Dioselina era una mujercita hecha y derecha y muy atractiva. Un día de diciembre Escalona la descubrió en la tienda del pueblo a donde él iba a comprar la carne para la alimentación de los recolectores de algodón de su finca, y antes de hacerse despachar el acostum-

brado pedido, se dedicó a detallar la muchacha y a conversar con ella, que también andaba comprando la carne para el almuerzo de su casa. El tenía entonces un camioncito F-50 de color azul oscuro, que había bautizado con el nombre de “El negro querendón”, en una clara alegoría a las capacidades de su dueño; y en ese vehículo comenzó el acostumbrado proceso de viajes, pasadas por la puerta de la casa, pitadas, frenazos, visitas y lo que él ha dado en llamar “la asistencia, la asistencia”. Cuando ya los amores con la muchacha estaban andando, un día fue a Valencia a buscar la provisión de carne y encontró a Dioselina gimoteando en el sardinel de la casa de Juana Ochoa.

—¿Qué tienes tú hoy? —le preguntó Escalona.

—Es que mi mamá me está fregando mucho —dijo ella.

—¿Y por qué te friega tanto? ¿Cuál es la vaina de ella? —insistió Escalona, molesto con lo que le dijo la muchacha.

—Porque ella dice que si tengo amores contigo, es seguro que ya no soy señorita —agregó Dioselina.

—¿Y eso a ella qué le importa? —inquirió Rafael con rabia, y se encaminó a la casa de la suegra a entenderse con ella. Pero se detuvo en seco y, cambiando de parecer, le preguntó a la joven:

—¿Tú te quieres ir conmigo para que se acabe esta pendejía?

Y como eso era lo que Dioselina estaba esperando oír, se levantó alegre, le dijo que sí y salió corriendo para su casa.

—Alista tu maleta que ya vuelvo —le gritó él, antes de entrar a la tienda.

El viernes siguiente, cuando volvió por la carne, llevaba también el mundo y el demonio, que nunca le han faltado, y el bonito paseo compuesto para aquella sencilla y humilde muchacha que se llevó e instaló un tiempo en el Hotel Magdalena de Valledupar.

*Si te quieres ir conmigo, (bis)
esta es la oportunidad;
mañana me voy pal Valle
pero andá alistando el viaje,
que yo regreso el domingo
que es el día de navidad...*

1957 es el año en que Escalona y **Colacho** Mendoza se unen en una aparente relación de patrono y trabajador que no es otra cosa que el parapeto detrás del cual esconden la mutua admiración, el respeto, el afecto y las ganas que cada uno cargaba desde hacía

rato de andar al lado del otro, unidos por la misma pasión por la música, por el gusto por las mismas cosas y al mismo ritmo frenético que ambos le habían impreso a sus vidas. A partir de entonces y durante cinco años seguidos no se iba a ver a Escalona sin **Colacho** ni nadie encontraría a **Colacho** sin Escalona. Para el compositor ello era la culminación de una búsqueda inconsciente que había venido realizando de alguien que, además de amigo, fuera también un recipiente idóneo donde él pudiera vaciar, cuando lo creyera necesario, toda la carga infinita de sensaciones hechas melodías que llevaba dentro. Alguien que, además de todo eso, fuera también su égida musical. Su segundo **Poncho** Cotes. Y para el muchacho caracolico, tímido, resaca, que sólo se crecía y se hacía sentir cuando empezaba a marcar notas en el acordeón, andar de acompañante de Escalona significaba no sólo su ingreso por la puerta grande al Sanctasanctórum de la música vallenata sino también el desquite de aquella lejana tarde de 1953 cuando Escalona estuvo en la Jagua en la cantina de **Ciro Durán** y él, **Colacho**, muchachito aún, tocaba uno de sus paseos pero el maestro ni le puso cuidado, ni lo miró. Desde entonces se había prometido a sí mismo que algún día ese hombre grande que hablaba su mismo idioma pero que en esa ocasión no lo había determinado, iría a necesitar de su acordeón para cantar sus cosas.

Colacho apareció, pues, convertido dizque en conductor de los carros de Escalona, pero no había quien no supiera que lo único que en verdad tenía que conducir eran los compases de las melodías que el maestro le iba silbando para dejar perfeccionada la obra musical.

Ese mismo año, fue cuando compuso **LA BRASILERA** para una mujer extraordinariamente bonita que llegó un día al Valle, mancornada con **Alfonso Murgas**. Hoy, treinta años después, hay quienes se atreven a jurar que la heroína de este merengue, que está en la lista de los clásicos del vallenato, ni era del Brasil ni era extranjera siquiera; que se trataba simplemente de una buman-guesa de rompe y rasga, espectacular y veterana, que **Alfonso Murgas** le presentó a Escalona en el aeropuerto de esta ciudad cuando acababa de llegar en “gira turística” de fin de semana. Dicen los que conocen bien el episodio que como a **Alfonso** le ha gustado siempre exagerarlo todo y a Escalona no le han disgustado las exageraciones, **Murgas** consideró necesario ponderar la belleza física de su acompañante y hacerle, de paso, la boca agua

a Escalona, y para ello no se le ocurrió cosa mejor que decir que era oriunda del Brasil. Escalona se creyó, o hizo que se creía el cuento y lo demás surgió por fuerza de las circunstancias. El compositor se dio trazas para sacar a Murgas del ring; no se le desprendió a "la brasilera" durante los cuatro días que estuvo por aquí, y al momento de despedirse el romance estaba marchando a todo full...

Otras versiones coinciden en que la inspiradora de ese merengue tan famoso era apenas de Santa Marta, o cuando mucho de Barranquilla; en todo caso, costeña. Que era, sí, una mujer deslumbrante y canchera que no demoró en trastornarle la vida a Escalona y a quien no era Escalona, una vez llegó a Valledupar y pasó por Codazzi, donde, al fin de cuentas, acabó ajuiciándose y recogándose con un piloto de avionetas de fumigación, que perdió definitivamente el juicio por ella. Sea lo que fuere, lo cierto es que brasilera o lugareña, Escalona la idealizó y la convirtió en protagonista de una historia de amor realmente fascinante. Al cabo de unos días, después de que la dama desapareció en las nubes en compañía del joven piloto que acabó siendo su marido de asiento, la letra y la música del merengue LA BRASILERA eran escuchadas por **Poncho** Cotes en el baño de la casa de Gustavo Ariza Cotes en La Paz, a donde Escalona había ido a buscarlo para cantárselo.

Por razones que algunos suponemos tienen que ver con la verdad que hay en el fondo de esta historia, la composición no se conoció de inmediato y por lo mismo, no obstante la excelencia de sus versos y la hermosura del relato, no tuvo mayor resonancia. Solamente el disgusto de **la Maye** a quien le parecía el colmo que Rafael ya estuviera cantándole hasta a la primera sinvergüenza que apareciera por el Valle, hizo que algunos se enteraran del canto y se dieran a la tarea de investigar si efectivamente había llegado una mujer muy linda y llamativa desde el mismísimo Bellem do Pará a desquiciar al pobre Rafael Escalona, que ya estaba dispuesto a irse para la frontera a buscarla, o si, por el contrario, todo no pasaba de ser una vulgar aventura de rones, trasnochos y amaneceres con una experta combatiente de siete suelas.

En todo caso, fantasía o realidad, el canto quedó y por la fuerza de su calidad intrínseca pasó a ocupar el lugar destacado que tiene como uno de los de mejor factura métrica y de singular belleza. Pero **la Maye** no entendía de versos ni de estrofas y le sabían a cacho el lirismo y la gramática. La rabia que cargaba se

iba acentuando a medida que la gente se intrigaba más y más por la brasilera de carne y hueso y cantaba más y más la brasilera musical. Escalona, que en verdad nunca le ponía mucha atención a estos estallidos, esta vez sí se preocupó y consideró necesario darle disculpas a **la Maye** y garantizarle que no había razón para tanta inconformidad porque al fin y al cabo —le dijo— ella (la brasilera) vive es en el Brasil y yo vivo aquí contigo. Y en eso es que tú debes fijarte en vez de andar hablando tanto.

Meses más tarde, después de otro hechurón por el estilo, el 17 de mayo de 1958 Escalona, acompañado de **Colacho** se presentó por la noche a la finca “Chapinero” cantándole a **la Maye** el merengue LA RESENTIDA. Cuando entró a la alcoba se enteró de la noticia: acababa de nacer Juan José, su segundo hijo varón.

La de 1957-1958 no fue su época más prolífica como compositor pero sí la que le dio mejores dividendos en la agricultura. Estaba, como todo el mundo, convencido de que el algodón era la panacea económica para una región como la nuestra, eminentemente ganadera, pero en la que sólo hacían dinero los que tuvieran miles de hectáreas con cientos de cabezas de ganado pastando a la buena de Dios. Como él no tenía ni lo uno ni lo otro, enderezó sus esfuerzos por los lados del algodón; y la dedicación a los cultivos y sus buenos resultados, justificaron en parte el largo mutismo que siguió al paseo de desagravio que le compuso a **la Maye**. Marina y sus hijos vivían en “Chapinero” y él sembraba en Codazzi, pero ahora frecuentaba más el Valle y poco a poco fue reanudando las tertulias y parrandas con la vieja barra de amigos vallenatos de los primeros años a la que se habían sumado Adelmo Dam, recién graduado de agrónomo en Medellín, Darío Pavajeau, que un día mandó al carajo sus aspiraciones de bachiller y vino a ponerse al frente de las tierras que le tocaban en herencia, José Martín Aroca, Gonzalo Mindiola y Hugues Martínez, que estaba de regreso de sus inconclusos estudios en Bogotá. El grupo, que seguía siendo el núcleo más respetable de la bohemia vallenata, estaba bajo la dirección gastronómica de Alfonso Pimienta, la guía espiritual de Alfredo Araújo y la fiscalía intransigente de Jaime Molina.

Ellos fueron los que primero se enteraron del tropel que a principios de noviembre de 1958, le armó la gente de Badillo a Monseñor Vicente Roig y Villalba, obispo de la diócesis de Valledupar; y que fue lo que sacó a Escalona de su letargo musical.

Badillo era solo una pequeña aldea a la orilla del río de su mismo nombre, que lo único que tenía para mostrar, aparte la fertilidad de sus tierras, era la bellísima iglesia colonial y el orgullo de sus ornamentos litúrgicos, que se guardaban con celo-so cuidado en casa de Gregorio Díaz, un patriarca del pueblo. La fiesta tradicional en la cual los badilleros *la echaban toda*, era la llamada fiesta de Naval que se celebraba en honor de la Virgen del Rosario, el día 7 de octubre. Como en la población no había cura permanente, el señor obispo, con la suficiente anticipación, designaba al sacerdote que desde la víspera debía ir a Badillo a preparar a los fieles, hacer confesiones, officiar la santa misa y sacar la procesión con la imagen de la Virgen el día de la fiesta.

Los dos últimos años estos actos los llevó a cabo el sacerdote Armando Becerra, hermano de Andrés, quien se había ordenado en Valledupar en 1954; pero como a Becerra lo habían asignado como co-adjutor de la parroquia de San Juan del Cesar, Monseñor Vicente destinó para las fiestas de Badillo al padre Lorenzo de Alboraya, que estaba recién llegado de España.

Todo marchó bien hasta que Gregorio, poco antes de la misa mayor, le hizo entrega al padre Lorenzo de los ornamentos y vasos sagrados, entre los cuales estaba un cáliz sucio, desvencijado y maloliente porque ya estaba pelando el cobre. El padre lo hizo limpiar y lo utilizó en la misa; pero una vez terminadas las fiestas decidió traérselo para, desde aquí, de Valledupar, enviarlo a reparar a Bogotá donde un renombrado orfebre y restaurador, de apellido Bejarano, que era una autoridad en estos trabajos de galvanoplastia para los vasos sagrados del culto religioso. El cáliz, que no la custodia, que nunca salió del pueblo, fue traído, pues, por el Padre Lorenzo y de aquí mandado al señor Bejarano, quien hizo un excelente trabajo de restauración.

Por esas cosas fortuitas que tienen que ocurrir para que la historia siga su curso, al momento de empacar los distintos trabajos que había hecho para diferentes diócesis, el señor Bejarano empa-có el cáliz de Badillo en una caja que iba para Popayán, y en la caja destinada a la diócesis de Valledupar, nada menos que un precioso cáliz de auténtica orfebrería colonial, quedando así tras-tocados los dos vasos. Antes de que la diócesis vallenata fuera sorprendida con una caja cuyo contenido, de mucho más valor y tradición, no correspondía a lo que de aquí se había enviado, ya las gentes de Badillo, con Gregorio Díaz a la cabeza y sin saber lo que realmente estaba sucediendo, habían comenzado a refunfu-

ñar por la demora en regresar el cáliz. Los viejos badilleros no estaban, nunca estuvieron, de acuerdo con que se lo hubieran llevado, así estuviera feo, cachareto, sucio y hediondo. Los jóvenes, más suspicaces, estaban casi seguros de que el añoso cáliz no era otra cosa que una auténtica joya de valor incalculable que, con seguridad, ya debía haber sido fundida y su peso en oro despachado en algún barco rumbo a España a engrosar la fabulosa fortuna del generalísimo Francisco Franco. Eso, era lo menos que se decía. Y de las murmuraciones planeaban pasar a las acciones, cuando la curia de Popayán, angustiada por el involuntario cambio que ponía en peligro una de sus más hermosas joyas religiosas, llamó aprisa al señor Bejarano, quien se enteró de lo que estaba ocurriendo y se apresuró a comunicarse con Valledupar. El señor obispo Roig y Villalba estaba en esos precisos momentos redactando una carta para hacer la devolución y solicitar el envío del cáliz de aquí, aun a sabiendas de que el de Popayán era cien veces mejor y de mucho más valor. Y en menos de una semana se hizo el cambio y el padre Lorenzo corrió a Badillo a entregarles el cáliz embellecido y refulgente.

Pero llegó demasiado tarde. Cuando vieron el cáliz sin siquiera mirarlo, Gregorio Díaz y Nicolás Guerra dijeron que no. Que cuándo. Que Dios lo libre. Que de aónde. Que ese no era el de ellos. Que el de allá, de Badillo, era mucho más grande, más pesado, más bonito, más valioso, más cáliz que todos los cálices del mundo y, naturalmente, mucho más que ese piazó de cáliz embadurnado y derecho y con ese brillo tan brillante que más parecía una copa forrada con el papel metálico de los cigarrillos pielrojas que brillo de verdá verdá. La gente, que eso era lo que estaba esperando para darle rienda suelta a su inconformidad, no demoró en hacer causa común con los dos jefes de la población y antes de caer la tarde ya la verdad no era la verdad verdadera sino la que los badilleros habían resuelto que fuera: esa no era, no podía ser la custodia que el padre había sacado de la población. Y es claro que no era la custodia, puesto que ésta nunca salió del viejo baúl donde la guardaba Gregorio una vez finalizaban los actos religiosos; pero para la inatajable voluntad popular daba lo mismo que el cáliz no fuera custodia y que la custodia nunca se hubiera perdido porque ya la bola de nieve estaba rodando y nadie iba a atajarla haciendo precisiones litúrgicas o semánticas.

El pueblo entero se vino para Valledupar y armaron su zafarrancho ante el alcalde primero y luego ante el Palacio del Obis-

po. Fue necesaria la intervención de las más connotadas matronas, cuya santidad nadie ponía en duda; el juramento del propio señor Obispo ante el Altar Mayor; las explicaciones de intachables caballeros cristianos godos y hasta la intervención de los más reputados jefes liberales que, pese a su masonería, metieron la mano para que los badilleros medio entendieran qué era lo que había pasado y el ningún perjuicio que había sufrido el tesoro de sus vasos y ornamentos sacros. Al final se hizo claridad, pero tal como suele ocurrir en estos casos, la primera versión, la de los badilleros, había hecho carrera y acabó convertida en historia documental cuando Escalona contó el cuento a su modo, comparando este supuesto robo de una custodia linda muy grande y pesada, con el caso, ese sí verídico de principio a fin, que en años anteriores protagonizó Enrique Maya Brugés, quien en medio de una borrachera descomunal, sustrajo las dos imágenes de San Pablo (no San Antonio) y Santa Rita de Casia y las colocó en posición erótica en medio de la sabana para obligarlos a que hicieran llover sobre los resecos cultivos de la población.

La que arriba relatamos es la verdad de lo que pasó en Badillo con el cáliz. Y ello no quita que el canto sea la verdad musical de lo que le dijeron a Escalona y que es lo que él utiliza para su narración:

*...En la casa de Gregorio, muy segura estaba
una reliquia del pueblo tipo colonial
era una custodia linda muy grande y pesada
que ahora por otra liviana la quieren cambiar...*

El padre Lorenzo de Alboraya aguantó con admirable humildad cristiana el chaparrón equívoco que cayó sobre su humanidad; el señor Obispo, cuya santidad y nobleza todos reconocían unánimemente, en principio se enojó mucho y hasta les pidió a los fieles que se abstuvieran de oír, tatarrear, cantar, bailar o aplaudir siquiera la “farsa esa de la custodia de Badillo, que nadie se ha robado de ninguna parte” pero después optó por dejar que el tiempo se encargara de poner, como puso, las cosas en su sitio y años después, ambos acabaron amigos de Escalona a quien le festejaban no solo los versos de la Custodia sino los demás cantos que había hecho y los que hizo más tarde.

La popularidad que alcanzó este paseo desde el momento en que se escuchó en las postrimerías de 1958, dio para mantener a

Escalona en la actualidad aun durante todo 1959 y parte del 60 en que prácticamente enmudeció su lira. La agilidad y experticia para los versos y las melodías de que había hecho gala a partir de los quince años quedó en suspenso durante esa temporada que, sin embargo, estuvo marcada por el signo sonoro de su música, que se divulgó como nunca antes. Club Valledupar aparte, no había sitio ni lugar donde no se escucharan sus cantos y donde no llegara el eco de las parrandas que él y su corte hacían un día en Patillal o en la Vega, otro en La Mina, mañana en Atánquez o en los exclusivos metederos que, para ellos únicamente, abrían sus puertas en Valledupar.

Entre estos últimos acabó poniéndose de moda la casa de Petra Arias, una obesa “matrona” del barrio Cañaguante, que vendía cerveza en medio del estrépito de un tocadiscos imparable y que además prestaba otra clase de asesorías a los asiduos visitantes. El ir y venir del grupo por el barrio, con Escalona a la cabeza, acabó en que éste le puso el ojo a Carmen Rodríguez, una curvilínea muchacha hija del maestro carpintero Guillermo Rodríguez, famoso en la ciudad por la calidad de sus trabajos en madera. Carmen, como toda su familia, es de esos exponentes auténticamente vallenatos que nacieron con piel muy blanca y cabellos rubios y de los que aún se encuentran muchos en el Cañaguante. Por eso la apodaron La Mona y Escalona acabó completándole dicho apelativo con el nombre del barrio para dejarla, de por vida, como **la Mona del Cañaguante**.

Largos meses estuvo gastándole tiempo, atenciones, visitas y todo el arsenal romántico de que andaba apertrechado; pero la joven no cedía, convencida de que no era ningún buen negocio ese de enredarse con un hombre casado, padre de varios hijos y pa' remate —decía— con la fama de Escalona. En diciembre de 1960 después de infructuosas tentativas y desesperantes rechazos, él le dio una de tantas serenatas, en la que le cantó un merengue que acababa de hacerle y que lleva por título el apodo de ella: LA MONA DEL CAÑAGUATE. Su primera estrofa es un reconocimiento público al difícil empeño en que gastó dos años y a la reticencia de ella para resolvérselo favorablemente:

*Es una mona del Cañaguante
que se ha propuesto acabar conmigo
porque hace dos años vivo
siguiéndola en todas partes...*

Pero no iba a ser esta la mujer que se le resistiera, y en febrero de 1961 acabó ella mudándose a vivir con Escalona, con quien convivió hasta 1975 poco antes de que él viajara a Colón (Panamá) donde fue nombrado cónsul por el gobierno de López Michelsen. Carmen le dio tres hijos que son: Clemente, Marlon y Carmen Helena.

A este canto, que corresponde a la temporada que como ya dijimos fue época de prolongado silencio, siguieron lo dos que compuso en 1961. En julio, EL PIRATA DEL LOPERENA, y para el mes de septiembre EL CRISTO DE MARIANGOLA, dedicados a sendos amigos cuyas circunstancias personales lo motivaron para solidarizarse con ambos.

EL PIRATA DEL LOPERENA no es, como escribiera en alguna ocasión una improvisada analista de la obra de Escalona, “un canto del Maestro Rafael Escalona para su amada, residente en el aristocrático barrio Loperena... que lo inspiró para cantarle y convertirse en pirata etc...”. La verdad es distinta y más complicada: Hugues Martínez, de quien ya hemos hablado, formaba parte importante del grupo parrandero de ese tiempo y con Raúl Moncaleano y Efraín Molina, mas conocido éste último por el extraño apodo de “el Küinque” integró el famoso “Trío Malanga” que, si bien dominaban con maestría reconocida el ámbito de la música romántica y los boleros que en el mundo han sido, también acompañaban con sus voces, guitarras y maracas a los acordeones y cajas durante esas parrandas ecuménicas que se hacían y se hacen aún en Valledupar con el solo pretexto de que alguien quiera organizarlas.

Hugues era pues uno de los más importantes del círculo de amigos de Escalona y estaba enamorado de una paisana suya cuya familia se instaló a vivir en Valledupar y a la sazón se hallaba estrenando una lujosa residencia frente al Colegio Loperena. No eran amores de muchachos, como se les decía antes cuando los padres querían restarle importancia a los de sus hijos, sino peor: amores de una muchacha bastante niña, con un muchacho bastante maduro y madurándose más aún en medio de hombres curtidos por la vida. Los padres de Mercedes —que así se llamaba la señorita— no querían saber nada de Hugues y les importaba un comino que fuera mejor guitarrista que Andrés Segovia o que cantara mejor que Enrico Caruso. Para colmo de males de los novios, la recién estrenada vivienda era de balcón y ahí engarabitaron a la jovencita, lo que dificultó sus salidas para

conversar con el enamorado. Todo esto y otras cosas que debieron de tener que ver con la presión de sus amigos, fueron alejando a Hugues de las rondas diarias por el barrio, aunque no del afecto que le tenía a Mercedes.

Ella le hizo llegar un reclamo de que no lo veía; él le mandó a decir que para qué pasaba si no podía verla ni de lejos; los amigos se enteraron del asunto y Escalona compuso el canto en el que no faltó la presencia de Jaime Molina con su pincel para dramatizar la situación:

*Garantizo que ningún hombre resiste
esta gran pena que me viene atormentando;
por eso, le voy a pedir a Molina que pinte
este corazón sangrando...*

*Para ver si te conduelles
de mi corazón, Mercedes...*

Salvo lo anterior, **Poncho** Cotes, que en materia escalonística sabe por dónde le llega el agua al molino, dice que este paseo con otro nombre y diferentes estrofas fue hecho inicialmente por el maestro en el año de 1952 a otra dama que sí pretendió él. Parece que fue aquel un amor imposible cuya inspiradora ya murió, y el canto, sin divulgarse, quedó sepultado entre los recuerdos del compositor hasta que diez años más tarde, lo desempolvó, le acomodó estrofas adecuadas a los protagonistas, le cambió de nombre y se lo obsequió a su amigo Hugues y a su novia de entonces. Para reafirmar lo anterior **Poncho** Cotes jura que la estrofa que dice: *para ver si te conduelles, / de este corazón Mercedes, /* antes decía así: *Para ver si te conduelles entonces / del amigo e' Poncho Cotes.../*

EL CRISTO DE MARIANGOLA es un apretado mosaico de situaciones que empiezan el día que Pepe Castro, nueve años atrás, llega a Mariangola desde su finca "Santa Rosa" y encuentra que en la casa de Juana Ochoa hay una velación, con motivo de la devoción que ella tiene por el Santo Cristo, que se ha convertido poco a poco en el patrono del pueblo. Pero la imagen del crucificado que veneraba Juana Ochoa y que tanta bulla y renombre tenía en la comarca no era sino un crístico pequeño, casi de colgar

en el pecho, que a Pepe le pareció ridícula para la fama que tenían las fiestas y ofreció entonces uno más grande, más moderno y atrayente que se colocaría en un altar imponente y destacado, en lugar de esa mesita de un metro con ochenta centímetros sobre la cual Juana ponía las flores y las velas de la ceremonia. Pero una vez llegó al Valle, a Pepe se le olvidó su promesa durante casi una década, a pesar de que allá en Mariangola, él mismo “crucificó” a una muchacha que le dio dos hijos. Cualquier día de 1961 su esposa Rosalía Daza, que ha sido una mujer piadosa, se encargó de recordarle su compromiso con Juana Ochoa y, para septiembre de ese año, acompañado de una gigantesca delegación que encabezaba monseñor Vicente Roig, dos sacerdotes, la banda de guerra del Colegio de Nuestra Señora del Carmen, que dirigía el profesor Leonidas Acuña, Jaime Molina, José Tobías Gutiérrez, el “Trío Malanga”, Colacho Mendoza, Darío Pavajeau y ño raimundo y todo el mundo... Pepe fue a cumplirle a Mariangola su promesa de donarle un Cristo a la altura de su devoción.

Escalona, por su parte, se encontraba en el pueblo haciéndole su propia velación a una dama de la que andaba pendiente y se integró a la delegación vallenata que prácticamente se tomó la localidad festejando la nueva imagen. Fueron a misa, oyeron la prédica del señor obispo que no se cansó de ponderar a Pepe, “alma bendita y buena que demuestra su fe regalándole este enorme y hermosísimo Cristo a Mariangola... A Rosalía, su esposa tan discreta y resignada y a todos sus amigos que un acto de ejemplar fervor religioso, han venido a acompañarlos”... Todo esto y mucho más, dijo; pero era obvio que ninguno de los visitantes, empezando por el propio Pepe, que ya desde entonces andaba era haciendo política, estaban pendientes ni de fervor religioso ni de festejos litúrgicos sino de la monumental bebeta que organizaron con el pretexto del Cristo y que duró muchos días después de concluída la fiesta, la octava y el mes completo.

Jaime Molina que, como era su costumbre, recogía los sucesos y luego los vertía de acuerdo con su corrosivo sentido del humor y su genial inventiva de crítico agudo, hizo todo un montaje de la homilía del señor Obispo en la que lo menos que le puso a decir al inocente monseñor fue que “...ojalá el Espíritu Santo, que tan generoso se ha manifestado con Pepe, me diera a mi también la capacidad y el alcance profundo que Pepe ha tenido en sus cosas para poder yo también prodigarles a ustedes, queridas hijas de

Mariangola, no uno solo sino muchos Cristos más del mismo tamaño de éste...”

Días después, a finales de septiembre de 1961, Escalona se presentó una noche con **Colacho**, con **Mingo** Fuentes y un grupo de desconocidos a la casa del doctor Molina para congratularlo por la llegada de su primer nieto, Hernando César de Jesús Molina Araújo. Eran como las diez de la noche y ya todos estábamos durmiendo, pero se abrieron las puertas para acoger al entrañable amigo que con su impertinencia característica escogía la hora y los acompañantes más estrafalarios para ir a visitar a un bebé recién nacido. El no se conformó con la visita en la sala sino que siguió derecho a la alcoba donde estaba la cunita; destapó el toldo, levantó las manticas, desenvolvió al niño, se puso a hablarle y a curucutearlo por todas partes. Después hizo que **Colacho** entrara a la alcoba e hiciera sonar el acordeón con la música de LA DEMANDA y ahí dentro del cuarto, con su voz apagada y agarrado de la cuna improvisó estos versos a mi primer hijo:

*En esta noche tan linda
de emoción yo pego un grito,
porque ya nació Hernandito,
primer nieto de Molina,*

*Tenía la seguridad
me lo dijo el corazón,
que Consuelo le iba a dá
a mi compadre, un varón.*

*Con sinceridad lo digo
y voy a garantizá
que tiene que ser buen amigo
lo mismo que su papá.*

En medio del berrinche del niño, que no entendía ese alboroto que había llegado a despertarlo, el doctor Molina, su hijo Hernando y el Maestro Escalona se abrazaron llorando. Y llorando, cantando y bebiendo duraron hasta bien entrada la mañana del día siguiente.

Todo ese largo tiempo estuvo Escalona dedicado a sus cultivos y casi no se le veía. En los primeros meses de 1962 llegó a Valledupar un grupo bipartidista del Frente Nacional, que en las postrimerías del gobierno de Lleras Camargo andaba promocionando la candidatura presidencial de Guillermo León Valencia. El candidato mismo estaba entre los visitantes y en su homenaje se organizó una reunión social en casa de don Oscarito Pupo, que, pasadas las presentaciones y saludos de rigor, acabó convertida en una alegre fiesta de acordeones vallenatos. A Escalona lo mandaron a buscar a su finca y desde que llegó comenzó a echarle versos al doctor Valencia, que ya tenía ratos de estar escuchando sus cantos interpretados por **Colacho**. La facilidad para la rima y la precisión en el uso de un lenguaje simple y certero con que el compositor iba refiriéndose a hechos y situaciones del agasajado, que ni él mismo sabía como había podido conocerlas el cantor, asombraron al ilustre payanés que, entusiasmado por los buenos whiskys y eufórico al descubrir un ambiente que jamás imaginó podría encontrar en un lugar tal lejano como Valledupar, se levantó de la mecedora y le dijo a Escalona: “Usted es un juglar de su pueblo. Usted es el cantor de esta tierra. Yo le voy a corresponder su homenaje recitándole un poema de mi padre”. Y comenzó a recitar “Anarkos”. Pero su asombro subió de punto cuando, al titular en alguna parte del poema, que recitó mal, el doctor Molina lo corrigió con cortesía pero con completo dominio del tema. Valencia, emocionado, abrazó al doctor Molina, a quien de paso señaló como “el más grande intérprete de mi padre”, y después abrazó a Escalona a quien le dijo que esperaba volver a verlo.

El 25 de junio de ese año nació la última de sus hijas con Marina Arzuaga, a la que le puso el pleonástico nombre de Perla Marina. Y el día 15 de agosto **Colacho** Mendoza se casó con Fanny Zuleta, y fueron estos dos los acontecimientos más importantes de su historia en esa temporada. La fiesta del matrimonio de **Colacho** fue una aglomeración sofocante de cuanto ser humano era capaz de hacer sonar un instrumento musical o simplemente entonar una melodía: acordeoneros, cajeros, guacharberos, guitarristas, maraqueros, bajistas, violinistas, tamboreros, platilleros, saxofonistas, trompetistas, flautistas, y hasta los que solamente sabían tamborilear los dedos sobre los cueros de los taburetes o manejar una radiola o gritar desentonadamente dentro del baño, se consideraron con derecho para desfilar desde bien temprano dentro de la algarabía propia del acon-

tecimiento. Otros muchos fueron, no tanto por mirar a la novia cuanto por dos cosas que intrigaban sobremanera a la gente: la primera, poder ver a **Colacho** sin sombrero, del que —juraban algunos— no se separaba ni para dormir ni para bañarse, habiendo llegado esta prenda a convertirse casi que en prolongación de su cabeza. Y segundo: observar la reacción de Escalona ante la determinación que había tomado su inseparable compañero de los últimos años; determinación sobre la que él no daba buenas recomendaciones.

De la primera inquietud el pueblo respiró tranquilo. No era cierto que los sombreros de fieltro fueran una prolongación de la testa del prestigioso intérprete, que lo único que trataba era de ocultar una incipiente calvicie. Y de la otra, se enteraron a los pocos días cuando Escalona hizo el merengue cuya letra, con esta nota adicional escrita a máquina, le envió al Juez Molina:

“EL MATRIMONIO DE “COLACHO” (merengue)

*Entristecido quedó Escalona
porque Fanny se lleva a “Colacho”.
Mírenla vestía de blanco,
con su velo y su corona...*

*Dijo “Colacho”: quiero casarme,
le contesté: son cuestiones tuyas;
ahora temo de que Fanny
le vaya a sacar las uñas.*

Querido Dr. Molina:

Ahí le mando el Matrimonio de “Colacho”. Es un merengue que le hice después que salió de la Iglesia con la cara más triste que un chupafior maltratado. Es la primera copia y creo la última que haga. Le vale un par de cervezas que tendrá que darme en el “Chimborazo”...

*Cordial abrazo,
Rafa Escalona M.”*

Al entrar en la tercera década del compositor (1963-1973) los cambios en la vida de Escalona se van haciendo más notables y sus silencios más prolongados. Estos últimos, tanto, que se puede decir, sin faltar a la verdad que en ese período solamente cinco composiciones nuevas ingresan a la ya extensa nómina de sus creaciones: MARIATERE (1964); CANTO A FABITO, llamado también DOS TIPOS IMPORTANTES o EL GODO DECENTE (1965); ADIOS A PEDRO CASTRO (1967); LOPEZ, EL POLLO (1973) y DINA LUZ (1973). Pero es también ese el período en el que todos sus cantos y casi exclusivamente ellos, van a lograr realizar el viejo anhelo de los vallenatos de convertir nuestro territorio en departamento, como se verá más adelante. Introducido ya Rafael Escalona el hombre, puesto que el compositor y su obra lo habían hecho años atrás, en los altos círculos intelectuales, artísticos y sociales del país, comenzó a revelarse en él una nueva fisonomía y otras actitudes que nunca antes se habían notado en su compleja personalidad. En esos tiempos fue cuando le dio por modificar totalmente su vestimenta característica, y de aquellos atuendos méjico-cowboyanos con botas, sombrero, pistolas, etcétera, pasó a lucir unos finísimos trajes enteros de dacrón —que era el alarido de la moda masculina entonces— acompañados de hermosas y a veces extravagantes corbatas de seda italiana. El trabajo agrícola, al que siempre estuvo dedicado y administró en forma personal y directa, fue encomendado a Aristóbulo quien pasó a desempeñar el papel de hombre-orquesta, que incluía también el manejo de las innumerables obligaciones contraídas por razones sentimentales aquí en Valledupar, mientras Escalona cumplía los compromisos sociales, las invitaciones y solicitudes que comenzaban a lloverle de varias partes del país.

En junio de 1964 arrancó para Cali, encabezando una delegación de artistas vallenatos que él decidió llevar para atender la invitación que Alfonso Bonilla Aragón, Maritza Uribe de Urdinola, Fanny Mikey y otros organizadores del IV Festival de Arte le habían extendido. Se llevó a Colacho, a Hugues Martínez, a Alcides Sarmiento y al negro Adán Montero que estaba comenzando a imponer un nuevo estilo que hoy es clásico en el manejo de la guacharaca. En Cali se conocieron con Atahualpa Yupanqui e intercambiaron canciones; oyeron los poemas de Carlos Castro Saavedra; entusiasmaron a Pardo Llada con los vallenatos, y Escalona, no se sabe bien cómo, acabó enamorado de una

paisa treintañona, simpática y cordial como todas las antioqueñas, pero que —dicen sus acompañantes— no era ninguna belleza. Mucho menos, agrega Adán, en un lugar como la capital del Valle del Cauca que es la mata de las mujeres bonitas. Al regreso del Festival de Arte apareció la que fue su composición No. 66, que empezó allá mismo. Se llama MARIATERE que es el nombre de su enamorada de esos días, y muchos consideramos que es una de sus composiciones menos buenas.

Y la vida siguió su curso: mujeres, parrandas, viajes,...

El 29 de noviembre de 1965, tres años después de haberse posesionado como presidente de la República en la era del Frente Nacional, Guillermo León Valencia, cumplía su promesa. Esa noche, Escalona con **Colacho** Mendoza en el acordeón, Simón Herrera en la caja, y Donado Mendoza en la guacharaca, pusieron a trinar uno de los salones de recepciones del Palacio de San Carlos en medio de un jolgorio memorable que concluyó al día siguiente con dos grandes y valiosas lámparas de bacarat vueltas añicos, un tapiz del Siglo IX deshilachado y “la majestad de la República” —que decía inconforme Pedro Castro— flequeteando al amanecer, por entre la hilaridad y el sentimentalismo de las notas de los aires vallenatos. Una parte de la prensa se refirió al hecho discretamente, sólo para resaltar —criticándola— la impropio, inoportuna y descomedida juerga del presidente con “unos músicos costeños”. El Espectador, en cambio, publicó en primera página una hermosa crónica de Iáder Giraldo en la que el inolvidable periodista exaltaba la música vallenata y se refería a la garra del águila que el presidente Valencia le había obsequiado a Escalona.

Pero no importaba. El vallenato de Cristóbal Lúquez y José León Carrillo, el de Agustín Montero y Abraham Maestre, el de Fruto Peñaranda y todos los López, el de **Chico** Sarmiento y **Chiche** Guerra, el de los Fernández y Juan Muñoz, el de Fulgencio Martínez y el Negro Ayala, el de Carlos Araque y compai Chipuco, el de Lorenzo Morales, el vallenato-vallenato, el auténtico y puro, el sacrosanto y legítimo que dio origen a toda una escuela de la cual se derivó todo lo demás que se conoce con este nombre, acababa, por obra y gracia de un presidente de especiales condiciones espirituales, acababa de dar el salto desde los discretos salones íntimos de la intelectualidad bogotana, donde se le amaba y

se le defendía, al sitio más alto del país: el palacio de los presidentes. El reconocimiento o la crítica a ese hecho, no importaba; el primer paso estaba dado.

Veintidós años después, con el regocijo de toda Bogotá y de medio país, que entonces se lagarteó invitación y se acomodó de primero en los mejores puestos, otro presidente, Belisario Betancur, llenaba el Salón de los Gobelinos del Palacio de Nariño para brindarle al compositor, “el homenaje que desborda los límites del reconocimiento a una vida creadora y se convierte en acción de gracias al pueblo que ha nutrido en su seno a una figura de las calidades humanas y artísticas de este trovador desmesurado y cordial que es Rafael Escalona Martínez, el Maestro”... Pero en aquel momento de 1965 cuando los sones y paseos y merengues de Escalona retumbaron en la casa presidencial aquí mismo en Valledupar las opiniones se dividieron. De un lado estábamos sus irreductibles partidarios de toda la vida que, aunque éramos mayoría, lo éramos sin saberlo. Nunca antes nos habíamos puesto a investigarnos entre nosotros mismos y por lo tanto mal podíamos saber cuántos sumábamos. Formábamos, pues, una mayoría silenciosa. De otro lado, encabezados por Pedro Castro Monsalvo, con quien tuvimos una larga discusión porque él consideraba impropio del presidente Valencia haber llevado vallenatos al Palacio, estaban los del refinamiento criollo sustentado en la exquisitez de lo foráneo que, amparados en el insólito artículo 62 de los estatutos del Club de Valledupar, sentían que esa música, así fuera compuesta por Escalona y así Escalona ya tuviera fama fuera de estos contornos, no era otra cosa que música folclórica, y como folclórica que era estaba reservada únicamente para que la siguiera haciendo, disfrutando y defendiendo el pueblo. Pero no un presidente de la República, y menos, mucho menos, los socios del exclusivo Club de la muy hidalga ciudad de los Santos Reyes del Valle de Upar...

Esta era, palabras más palabras menos, la teoría del querido senador vallenato. El no estaba, no, ni más faltaba, “entiéndeme bien —insistía en decirnos en medio de la discusión— en contra del vallenato porque sí”. El también lo amaba, lo entendía, sabía de la belleza de su melodía y de la riqueza de su contenido pero, «no me parece —repetía insistentemente— que en todo un Palacio presidencial, en un salón de actos solemnes, donde se han reunido varias veces los más conspicuos jefes de Estado del mundo; por donde han desfilado los artistas más notables del arte musical,

vaya ahora un presidente a llevar un conjunto típico de música vallenata. ¡Me parece exagerado! Yo no lo habría hecho. Y sigo creyendo que el presidente Valencia se excedió...».

Rafael Suárez, Ulises Sánchez, Alfonso Saade, Carmen Montero, Gustavo Cotes, Bambino Ustáriz (q.e.p.d.) y Hernando Molina que estaban presentes esa mañana, saben del apasionamiento con que Castro Monsalvo argumentaba su crítica y del ardor con que nosotros nos atrevimos a discrepar de su opinión que, pese a todo, era una opinión honrada.

Pedro Castro sabía mejor que nadie y desde quince años atrás, que Escalona lo había mencionado en EL TESTAMENTO y luego en otros dos de sus mejores sonos; que Chema Gómez también lo había citado en boca de Compai Chipuco como una de las tres únicas deidades en quien éste creía: *no creo en santo, no creo en ná/ yo creo en López* (Pumarejo) y *en Pedro Castro/ en Santo Ecce Homo y nada má/*;... que después de ellos dos, muchos otros cantores de vallenato incluyeron su nombre en merengues, sonos y paseos. Y sin duda alguna todo ello lo halagaba. Pero no se trataba de ser condescendiente, por gratitud, con algo con lo que no comulgaba. El en ese entonces, como muchos otros aquí y en todas partes, no le daban al vallenato importancia ni valor diferente a ese valor relativo y para ellos superficial que tenían las manifestaciones de la cultura popular. Mejor dicho, los más ni siquiera consideraban que eso fuera cultura, porque en esa época y desde tiempo atrás a varias generaciones de colombianos la expresión cultura ya se la habían dado a masticar y a beber en píldoras y elixires de las recetas del Olimpo griego o de los dioses romanos preparadas en laboratorios extranjeros. Lo auténtico, lo terrígeno, lo raizal, no tenían valor, y por culto solo se tomaba lo que procedía de Europa, y en algunos sitios de la Costa Atlántica, lo que tuviera el sello Made in USA.

Es aquí, entonces, donde hay que consignar lo que les va a parecer una herejía a muchos pero que no es otra cosa que una incuestionable verdad histórica. Y ella es la de que, principalmente a los cachacos de Bogotá: a Alfonso López Michelsen en primerísimo lugar; al grupo de jóvenes llamados Los Magdalenos; a Alvaro Castaño Castillo y su emisora H.J.C.K., y a los que rodearon al presidente Valencia esa noche vallenata en Palacio, es a quienes se les debe en gran parte la difusión de este género musical por el resto de Colombia y de otros países. Que nadie, pues, se escandalice ni se llame a engaño ante esta afirmación,

que no sobrar  quienes tilden de exagerada o de lambona pero que es evidente y fácilmente demostrable con un repaso somero a la secuencia de los hechos.

Si tomamos como arranque de la difusión del vallenato las primeras grabaciones hechas por Abel Antonio Villa, Luis Enrique Martínez y algunos otros en las disqueras costeñas por all  por la mitad de la década del cuarenta, nos encontramos con que dichas grabaciones, no obstante su importancia histórica y artística, tuvieron una área de difusión circunscrita exclusivamente a sectores muy específicos de la Costa Norte colombiana. Y no de toda la Costa, por las razones ya explicadas de la poca estima en que se tenía esta música y el ningún valor que se les daba a sus cultores. Esos sectores eran minoritarios, casi marginales, y por su misma marginalidad no tenían como convertirse, como nunca se convirtieron, en difusores masivos y permanentes del vallenato. Fue indudablemente en Bogotá, en los  rculos descritos, donde se cumplió al pie de la letra aquella sentencia clásica de que nadie es profeta en su tierra; y donde, con la música de Rafael Escalona antes que con cualquiera otra, el vallenato adquirió carta de ciudadanía y comenzó a pisar firme y oírse fuerte en el ámbito musical de Colombia, entonces repleto sólo de bambucos, pasillos, guabinas y demás expresiones del folclor andino, cuando no de ritmos extranjeros. El resto de la masificación del vallenato, lo hizo el Festival de la Leyenda Vallenata, que se institucionalizó en Valledupar en 1968...

Capítulo VIII

EL HOMBRE Y... EL MITO

*(Cómo se hace un departamento. López Presidente.
La misión en Panamá y la soledad de la misión. Dina Luz.
Muere Jaime. En las nieves de Estocolmo. "El Viejo Pedro"...)*

Mediaba diciembre 1965 y al medio día de un jueves de brisas frescas se presentaron Crispín Villazón y Clemente Quintero a la casa de Hernandito Molina a comunicarle que “en el avión de ahora, dentro de un ratico, llegan amigos de Bogotá que andan por todo el país en el asunto de la campaña de Lleras”. Crispín y Clemente que ya se iban para el aeropuerto querían que Hernando Molina preparara almuerzo para unas ocho personas “que son los que vienen”. Y salieron. No habían ellos alcanzado a llegar al aeropuerto cuando el carro de Yayo Ustáriz se detenía en la puerta de la casa y de él se bajaron cinco tipos rolos, colorados y con las mangas de las camisas enrolladas encima del codo, que entre el eco de estruendosas carcajadas preguntaban por el doctor Molina. Eran Fabio Lozano Simonelli, Otto Morales Benítez, Belisario Betancur, Alberto Casas Santamaría y alguno otro cuyo nombre no recordamos. Detrás, avisados oportunamente de que el avión ya había llegado, se regresaron Crispín y Clemente. Para las horas de la tarde, y ante la insistencia de los visitantes, medio Valledupar andaba rastreando a Rafael Escalona, al que habíamos mandado a buscar por todas partes infructuosamente. Los cachachos no querían acostarse sin haber departido un rato con él, y él nada que aparecía. Las fincas, su casa, las casas de sus hermanos, las de sus queridas, las de sus compadres, los

metederos más escondidos y los escondrijos más secretos, los lugares de rochelas y los de visita formal, en toda parte donde pudo ser averiguado se averiguó por él y nada. Mandamos a buscarlo a La Paz en un carro expreso, que de su cuenta resolvió subir hasta Manaure, y tampoco lo halló. Total fue que al otro día por la tarde, después de haber conseguido a algún acordeonero de emergencia para que les hiciera la parranda, los promotores de la campaña Llerista de 1965 se fueron sin que Rafael Escalona hubiera comparecido.

El domingo siguiente, a las 11 de la noche debajo de la primera ventana de la casa Molina, sonaba bajito el acordeón de **Colacho** Mendoza y Rafael Escalona, con su propia voz, cantó textualmente estas estrofas:

*Buscaba a Miguel Canales
y no lo pude encontrar
perdido en los platanales
a orillas del río Cesar.*

*Un amigo me había visto
y esto me gritó enseguida:
te anda buscando Fabito
con tu compadre Molina*

*Te buscan por tierra y cielo
con tu comadre Consuelo
pues Fabito está borracho
y quiere escuchá a Colacho...*

El paseo es mucho más largo y sus estrofas exactas aparecen completas en la segunda parte de este libro. El nombre que Escalona le dio esa noche a la composición fue simplemente CANTO A FABITO; pero, como ocurrió siempre con muchas de ellas, más tarde alguien la bautizó como EL GODO DECENTE y terminó con el nombre de DOS TIPOS IMPORTANTES. Su letra y música también sufrieron modificaciones al ser grabadas, mal éste de que iban a padecer casi todas las composiciones vallenatas en boca de los cantantes de ahora.

La mayor parte del año 1966 Escalona la pasó en sus cultivos de arroz, que ahora sembraba en compañía de Hernando Molina en tierras de este último, cerca del Guatapurí, y dedicadísimo a la **Mona del Cañaguate**. La gente vallenata había empezado a

alborotarse nuevamente con la idea de la creación del departamento de El Cesar, un viejo anhelo que alguna vez fue proyecto en borrador que no alcanzó a ser debatido siquiera. Por sugerencia de Crispín Villazón y de José A. Murgas desde Bogotá, y convocada por don Manuel Pineda Bastidas que tantos servicios le prestó a la región, el día cinco de septiembre se llevó a cabo en el teatro de Radio Guatapurí una gigantesca reunión de la que surgieron la Junta Directiva y los comités que irían a trabajar por la creación de El Cesar. Los que nos vinculamos al comité de Finanzas, vimos cómo en un tiempo récord la tarea era recompensada por una ciudad entusiasta y generosa que desembolsaba respetables sumas de dinero para instalar oficinas, para papelería, propaganda y giras por todo el sur del viejo Magdalena, conquistando adeptos para nuestra independencia territorial. Viajes a Aguachica, Tamalameque, Río de Oro, San Alberto, Curumaní, Pailitas y decenas de sitios que nunca antes habíamos oído mencionar siquiera, se sucedían vertiginosamente. Se abrieron oficinas en Bogotá, y desde allí Alfonso Araújo Cotes, Crispín Villazón de Armas, José Antonio Murgas y Luis Rodríguez Valera se empeñaban en convencer a los parlamentarios de las bondades y la justicia del proyecto. La campaña era una demostración plena de unidad, de fervor y decisión inquebrantable de hacer tolda aparte de Santa Marta y echarnos a caminar con nuestros propios recursos.

Pero algo no funcionaba.

El entusiasmo seguía creciendo, la plata se fue acabando y se consiguió más, se acabó de nuevo y se volvió a conseguir y se volvió a acabar porque las oficinas de Bogotá eran un esponja que se chupaba todo; y cuando ya nos estábamos aburriendo de pedir y no hallábamos qué más inventar para sacarle dinero a la gente que empezaba a mirar con desesperanza la creación del Cesar, alguien pensó en Escalona. Crispín Villazón que fue el de la idea, lo cuenta así: "...el país destilaba antidepartamentalitis... y además del mal ambiente, aún se debatía la creación del departamento del Risaralda.

Por si faltara otro obstáculo, Lleras Restrepo —que no quería más fraccionamientos geográficos— era el presidente de la República. Estábamos metidos en un callejón sin salida, pero se me ocurrió de pronto una solución: buscar inmediatamente a Rafael Escalona. Lo encontramos en Pueblo Bello con **Colacho**, acompañado de un grupo de la televisión argentina interesado en el

ascenso a San Sebastián de Rábago. Le dijimos de qué se trataba y él dictó la sentencia: "nos vamos para donde los cachacos mañana mismo. No les hablaremos de política, solo les cantaremos vallenatos".

Y así se abrió el camino, con acordeones en El Tiempo, El Espectador, La República y en todos los ámbitos de la comunicación. De esta gira musical que hicimos a Bogotá, se recuerda aún con especial admiración la fiesta que brindó El Tiempo y en la cual se ratificó una vez más el poder unificador de la música vallenata; doña Helena Calderón de Santos, distinguida esposa del director don Hernando, fue una de las anfitrionas más entusiastas y simpáticas de que el multitudinario y heterogéneo grupo de cesarenses que de puerta en puerta y al ritmo de la música vallenata, les contamos y cantamos nuestros propósitos al país. Hoy, nadie se atrevería a discutir siquiera el hecho de que sin Rafael Escalona y **Colacho** Mendoza el departamento del Cesar posiblemente no existiría.

El 20 de marzo de 1967, tres meses y un día antes de que la ley No. 21 de junio por medio de la cual se crea el departamento de El Cesar hiciera tránsito en la Cámara, el senador, ex-ministro de Estado y ex-gobernador del viejo Magdalena Grande, Pedro Castro Monsalvo, falleció en un accidente de tránsito que conmovió a toda la Costa Atlántica. A las dos semanas del trágico suceso, Gustavo Gutiérrez Cabello que hacía poco tiempo había empezado su brillante carrera de compositor con un estilo romántico inusitado en el vallenato de entonces, sorprendía a los seguidores de este género con un paseo sentido y triste en el que cantaba su adiós al prestigioso hombre público.

El paseo de Gustavo, que en seguida evidenció la calidad del nuevo compositor, hizo carrera rápidamente y en unos días no se encontraba en la ciudad quien no se lo supiera y cantara. Escalona, en cambio, seguía callado y no faltaron los arúspices del mal agüero que juraran que ese silencio cada vez más prolongado del Maestro, sumado a la feliz irrupción que había hecho Gutiérrez Cabello, significaba ni más ni menos que el entierro del primero y el surgimiento del segundo. Lejos estaban de entender que ni

Gustavo andaba en plan de enterrar a nadie, ni Escalona dispuesto a dejarse enterrar. El simplemente cantaba cuando le diera la gana, espontánea y voluntariamente, tal como lo había hecho siempre, por el deseo de hacerlo, a impulsos casi, sin que le preocupara si los demás estaban esperando o haciendo conjeturas sobre si era o no era el momento para cantar. Por el contrario, celebró con los amigos el paseo de Gustavo Gutiérrez y con él se emborracharon y lloraron muchas veces la ausencia definitiva del malogrado personaje. Pero continuó en silencio.

Una tarde del 10. de agosto, en medio de una gran fiesta, se presentó enfundado en un vestido de dacrón azul tornasolado, con saco y corbata. Se celebraba un cumpleaños y después de las coplas alusivas y del repaso obligado a sus cantos, a los de Gustavo y a los de Freddy Molina, que ya daba sus primeros pasos en la composición, Escalona le pidió a **Colacho** que le diera al acordeón ese tono especial que sólo **Colacho** sabe darle para acompañar su voz, y en medio de un silencio expectante se puso de pie y cantó:

*De lejos, muy lejos, venía un vallenato,
venía tocando su triste acordeón
y cantaba con dolor, la muerte de Pedro Castro
y cantaba con dolor, la muerte de Pedro Casiro...*

*El era famoso, se llamaba Pedro
el hombre más grande que el Valle ha tenido;
en el Jardín del Recuerdo
quedó su cuerpo tendido...*

Cuando terminó, con la voz apagada por la emoción, una salva de aplausos y un rumor de abrazos festejaron el nuevo son de Escalona y la tácita ratificación de algo que sus amigos teníamos muy seguro en el corazón: la hora de su silencio no había llegado todavía.

En septiembre de 1967 vino a Valledupar una delegación enorme acompañando al Compañero Jefe, López Michelsen, al que se le tributaba un homenaje de reconocimiento y gratitud por su decisiva participación y ayuda en la creación del departamento del Cesar, del que aseguraban, sería su primer gobernador. Gabriel García Márquez —a quien la Editorial Suramericana le

acababa de publicar su novela "Cien Años de Soledad"—, Alvaro Cepeda Samudio, Juan B. Fernández, Alfonso Fuenmayor, Juancho Jinete, que eran la pesada de la Costa; Rafael Rivas Posada, José "el Mono" Salgar y Iáder Giraldo de El Espectador; Daniel Samper, Luis Carlos Galán, Gloria Moanack, Carlos Caicedo y otro reportero gráfico de apellido Díaz, de El Tiempo; que eran los más destacados integrantes de la comitiva, acabaron haciendo huelga contra el saco y la corbata impuestos para el homenaje en el Club Valledupar y decidieron mejor quedarse esa noche escuchando a Escalona y sus cantos vallenatos en casa de Hernando Molina, donde se formó un parrandón que se prolongó por tres días.

El 20 de diciembre era víspera de la gran fecha y la ciudad estaba expectante porque al día siguiente llegaría el presidente Lleras Restrepo a inaugurar oficialmente El Cesar. El doctor López Michelsen y la niña Ceci ya se encontraban aquí en la ciudad, instalados en casa de doña Paulina Mejía de Castro Monsalvo, quien la cedió para vivienda de la pareja. A las seis de la tarde una multitud feliz se apretujaba en la Plaza Alfonso López, donde comenzó a organizarse "El Pilón", que es nuestro baile tradicional. Ibamos saliendo a la esquina de la calle Santodomingo (hoy calle 15) en jubilosas y ordenadas filas, cuando ocurrió un suceso que puso de presente una de las facetas de la personalidad de Escalona: el carácter y valor civil.

Resulta que en medio de ese gentío que danzaba al compás de las coplas del Pilón y dentro del cual prácticamente no cabía una aguja, apareció de pronto por la esquina de la carrera 6a. con calle 15 un automóvil modernísimo conducido por un jovencito de la nueva clase rica que ya se daba en Valledupar, quien, sin respetar música ni danzarines, empezó a introducir el vehículo por entre la multitud. Los que estaban más cerca lo reconvinieron y le pidieron que respetara "El Pilón", que es una danza pública de mucha tradición y belleza que no permite en su coreografía nada diferente a las parejas, tantas cuantas quieran, que van bailándolo por las calles. El joven ni se inmutó y antes bien siguió haciendo avanzar el carro y alcanzó a desplazar la gente de un largo tramo de la calle. Cuando los que iban bien adelante, acompañando al doctor López y a los miembros de la Junta pro-creación del departamento se enteraron, se devolvieron y se acercaron al automóvil a decirle lo mismo al conductor, pero por toda respuesta obtuvie-

ron unos sonoros bocinazos repetidos que con su estridente ta-ta-ta acallaban los conjuntos musicales que iban en el desfile.

Rafael Escalona fue de los que se acercaron, y ya fuera de sí ante tanta ordinariez, se fue en palabras con el joven, que acabó sacando una pistola. Escalona desenfundó rápidamente la suya y con agilidad increíble abrió la puerta del vehículo y convidó al insolente a que se bajara para que, lejos de allí, se entendieran de hombre a hombre. El griterío y el corre-corre que se formó en el pedacito ese atrajo a la policía, que ya había sido avisada del enchoyamiento del jovencito rico y lo detuvo y lo condujo a sus dependencias donde hubo de pagar 72 horas de arresto por perturbar el orden público.

Meses más tarde, cuando ya el departamento estaba funcionando bajo la gobernación de Alfonso López Michelsen, el joven del cuento, que había alimentado su rencor a medida que pasaban los días y su familia conseguía más plata, divisó a "María la Bandida", la camioneta Ford de Escalona, parqueada en una zona de las famosas Cinco Esquinas. El joven se le fue en gavilla con un grupo de acólitos que cargaba dentro de su carro, todos ellos con armas en la mano. Escalona, que en ese instante se iba a embarcar en su camioneta, vio venir la cosa y en un abrir y cerrar de ojos echó abajo el espaldar del asiento de la Ford, extrajo un M-1 que cargaba dentro, lo engatilló y se les paró a distancia a los peligrosos y petulantes jovencitos que pensaban cobrarle los tres días de cárcel del jefe de la pandilla.

No obstante que lo aventajaban en número, ninguno se atrevió a disparar. Lanzaron improperios que Escalona les respondió invitándolos a que dieran un paso al frente, uno solo, "para barrerlos a toítos, parranda de atarvanes y sinvergüenzas que creen que se van a poner el Valle de ruana". Pero tampoco lo dieron. Apaciguado el compositor por los amigos y vecinos que se percataron del incidente y que salieron a respaldarlo, los muchachos del automóvil del cuento se fueron del lugar. Tiempos después, consecuentes con un estilo propio del vallenato, amigos y conocidos de las partes intervinieron para amistar a Escalona y al joven. Hoy, parece que mantienen buenas relaciones pero aquella parada en raya sirvió de mucho a los engreídos para que nunca se les olvidara que había un límite en la ciudad que no podían traspasar. Y que no han traspasado pese a todo el dinero que han acumulado y a la ostentación que hacen del mismo.

En enero de 1968 el gobernador López Michelsen expide el decreto por medio del cual nombra ad-honorem a Rafael Escalona Martínez Jefe de Relaciones Públicas del departamento; en febrero comenzamos a organizar y en abril se realiza el primer Festival de la Leyenda Vallenata. El día 4 de junio tras cinco largos meses de padecimientos físicos, doña Margarita Martínez de Escalona, cariñosamente conocida por todos con el sobrenombre de **Aló**, muere en esta ciudad, minutos después de la llegada de Rafael, quien se encontraba en Bogotá y había sido llamado urgentemente por la familia y los amigos ante la inminencia del desenlace.

La muerte de la madre, que para él fue venero de comprensión y de ternura, golpeó duramente su sensibilidad y le sobrevino tal pesadumbre que se volvió taciturno y malgeniado durante algún tiempo. El era el hijo predilecto de **Aló** y en ella encontró siempre un apoyo excepcional en todos los tambaleos de su vida; empero, el canto que todos esperaban que le hiciera, jamás se produjo y él excusó mil veces su elaboración con el respetable argumento de que hablar de las madres sin caer en lo cursi es casi imposible. Mitigada su tristeza con el ajetreo de los días, siguió ejerciendo sus funciones de relacionista del Cesar, en desarrollo de las cuales se la pasó promoviendo el departamento en cuanto reinado, feria, congreso, simposio, concurso o convite se dio a lo ancho y largo de todo el territorio nacional. Cuando no estaba viajando, estaba atendiendo gente importante que llegaba al Cesar invitada por el gobernador López Michelsen o por él mismo; y durante las otras gestiones administrativas que siguieron a la del primer gobernador, Escalona mantuvo su colaboración con igual eficiencia y el mismo desprendimiento. Nada de lo cual fue obstáculo para que entre relaciones públicas y propagandísticas del Cesar se enamorara y mudara a Eva, una muchacha que criaron donde Hernando Molina, y se enredara con Sol María Bolaños una hija de Bolañitos que años más tarde, en 1971, le causó una tremenda herida, menos romántica pero más certera que la que le produjo **la Monita de Ojos Verdes** en San Juan 18 años atrás.

Para 1973 habían transcurrido seis años desde cuando hizo el canto a Pedro Castro Monsalvo y no se vislumbraba ninguna otra composición del Maestro. Unos decían una cosa para explicar su mutismo; otros aseguraban otra; pero Sergio Moya Molina

fue quien mejor captó el sentimiento colectivo con el paseo que compuso en 1972 cuyo título es “El Silencio Musical” y cuya letra dice así:

*Hay un profundo silencio en el Valle,
un silencio musical,
y es porque el compositor más notable
ha dejado de cantar...*

*No se sabe qué le habrá sucedido
al Maestro Rafael;
parece que se ha quedado dormido
en su ramo de laurel*

Coro:

*Es un caso lamentable,
comentan muchas personas
que no se escucha en el Valle
nuevos cantos de Escalona*

*Muchos preguntan si es cierto
la noticia callejera,
de que el famoso Maestro
lo mató una molinera*

*No le ha vuelto a componer a la Maye,
tampoco a Rosa María
ni a la dueña de La Casa en el Aire
una nueva melodía*

*No podemos aceptar el silencio
que mantiene Rafael
por eso, mientras despierta el Maestro
vamos a cantar por él...*

Pero mientras Moya y muchos más se preocupaban por su silencio, él andaba rondando por la casa de los Cuadrado en Villanueva, donde vivía una niña de pelo claro y ojos verdes que le puso el corazón patasarriba y lo hizo olvidarse de la extensa nómina de nombres femeninos que habían pasado por su vida.

El entusiasmo que despertó la candidatura presidencial de Alfonso López en todo el país se reflejó de manera especial en Valledupar, donde el de por sí numeroso comité pro-candidatura que se nombró inicialmente, desapareció de hecho, apabullado en sus programas por la espontánea iniciativa popular que, en forma

masiva, se adelantaba a las convocatorias y sobrepasaba en fervor y en mística a los más generosos cálculos de los politólogos. Lo de Valledupar fue un fenómeno multitudinario de solidaridad hacia el candidato y hacia su esposa, que dejó boquiabiertos a los observadores del país, pero que para los conocedores no era sino la refrendación de un afecto ancestral que hundía sus raíces en la propia tierra vallenata.

En mayo de ese año los vallenatos andaban dispersos por todo el territorio promoviendo la candidatura López; y Escalona que entonces no era, como alguien ha afirmado, un empleado público, estrenó su paseo LOPEZ, EL POLLO que se convirtió en una especie de himno de la campaña. En septiembre fue a dar a Leticia formando parte de la delegación que el Comité Central destinó a la Comisaría del Amazonas. Eran sus primeras incursiones en el terreno político, donde a lo más que había llegado era a depositar su voto por el partido liberal a favor de sus amigos, aunque el intríngulis del resto ni la conocía ni le interesaba. Pero él estaba allá, porque sentía que debía estar promoviendo la candidatura de Alfonso López, y punto. Allá en Leticia, allá en la frontera, como él mismo lo reconoció más adelante, Escalona anduvo lejano y distraído. El recuerdo de la jovencita de Villanueva a la que mantenía asediada a cartas, marconigramas, razones, mensajes, presentes y cuanta manifestación sentimental se le ocurría, era el rescoldo donde se cocinaba una pasión madura tan avasallante como la de los años juveniles.

En cuatro días de ausencia envió no menos de doce cablegramas para ella, para la mamá de ella, para las hermanas y los primos de ella, para **Poncho** Cotes y alguna amiga de ella, muchos de los cuales llegaron a su destino con días de retraso y otros nunca llegaron. Todos decían lo mismo de diferente manera: que se estaba consumiendo de amor por Dina Luz Cuadrado, que todo lo que veía se la recordaba, que no dejaba de pensarla, que... Cuando regresó buscó a **Poncho** Cotes para cantarle, a él de primero, la composición que hizo y que le había anunciado en el último marconigrama que puso antes de abordar el avión, cuyo texto es el siguiente:

*Alfonso Cotes Queruz
Valledupar*

*Todo bien punto Campaña presidencial aumentando más que Cesar
en época de creciente punto Te llevo merengue bonito que le hice a la*

*Mona punto Espérame punto Mientras anda Villanueva darte cuenta
de ella avisarle regresamos sábado punto Abrazos*

Rafael

Cuando se cumplió lo anunciado, el compositor, motivado obviamente por el amor, regresó con un merengue que reverdeció sus viejos laureles y que se convirtió en éxito de inmediato: DINA LUZ

*Allá en Leticia, allá en la frontera
la gente miraba mi triste actitud
qué brasilera, ni qué brasilera
a mí me enloquece no más Dina Luz...*

Y enloquecido por Dina viajó en enero de 1975 a la ciudad de Colón (Panamá) a donde López Michelsen lo nombró cónsul de Colombia. Antes de viajar, en noviembre de 1974, hizo el son LA MISIÓN DE RAFAEL, que cuenta del encargo que le dio el gobierno de ir a desempeñar funciones consulares en la tierra del General Omar Torrijos, con quien después entabló una gran amistad. Este canto no fue hecho al General Torrijos, como lo afirma un beligerante contradictor nuestro en una obra. La mención del General obedece al hecho de que era la principal figura panameña y a las buenas relaciones de amistad que mantenía con su homólogo colombiano el presidente López que es, finalmente, a quien Rafael se dirige en su canción.

Dina Luz llegó a Colón en marzo de 1975, y su llegada, que marcó el comienzo de la más larga convivencia de Escalona con una mujer distinta de la **Maye**, también fue la protocolización, ante el público, del fin de su matrimonio con Marina, de quien se separó definitivamente a partir de ese momento.

El ingreso a un mundo burocrático portuario totalmente desconocido para él y donde predominaban los conflictos, los choques de intereses, las intrigas y las trampas, las zancadillas y el dá-que-te-vienen-dando para poder sostenerse, fue un cambio brusco para Escalona que, si bien en ese momento era un hombre de 48 años curtido por la vida, seguía siendo fundamentalmente un ser sentimental, generoso, noble y desprevenido, que de conte-

ra se estaba desangrando en el cepo de un amor otoñal, del que precisamente gozaba la luna de miel.

Tal vez lo único que atenuó la ordinariez del cambio fue la tranquilidad de tener a Dina Luz con él. Pero aún con ella a su lado no pudo sustraerse al agobio de la nostalgia y al peso de la evidencia que cada día que pasaba para Escalona-cónsul iba siendo un día menos para Escalona-compositor. Oprimido espiritualmente por ese embrollo diario de vistos buenos, tarifas sobre tráfico de barcos, recargo porcentual, sobretiempos, cobros en horas no regulares, documentos únicos, tránsitos sobre el canal y demás perendengues de la parafernalia consular, echó mano de sus inagotables recursos sentimentales y se puso a escribir cartas. Escribió frenéticamente tantas hojas de papel como días tiene el año y horas tienen los días. Les escribió a todos sus amigos en todas partes. Les escribió en Valledupar a sus hermanos y a sus hermanas, a su cuñada Rosario Arregocés —una mujer inteligentísima y de gran fuerza moral que lo ha querido mucho—, a su hija Ada Luz, a su hijo Berni, a **Poncho** Cotes y Darío Pavajeau, a Andrés Becerra y Alvaro Araújo, a Adelmo Dam y Alfonso Pimienta que se estaba muriendo lentamente, a Jaime Molina y a Carlos Alberto Atehortúa, a Carlos Manotas y a Hernando Molina, a Luis Camilo Maestre y a Julio Gámez. Les escribió en Bogotá a Fabio Lozano y a Fabio Echeverry, a la niña Ceci y al doctor López. En San Jacinto, a Adolfo Pacheco; y a Luis Enrique Martínez en El Copey; a Juan Félix Daza en Villanueva y a Miguel Pinedo Barros en Santa Marta, y a muchos amigos más en muchos lugares distintos.

Eran cartas por nada y por todo. Unas de recomendación para algún amigo de Colombia que le había escrito allá a Panamá solicitándole que interviniera en algo para ayudarlo. Otras, para pedirle a alguien que ayudara a algún amigo que no le había escrito pero del que había tenido noticias que necesitaba ayuda. Estas para preguntar por la gente y mandarle razones a todo el mundo. Aquellas para responder las razones que todo el mundo le había mandado con la primera gente. Y todas, un pretexto para el afecto. Fue una correspondencia nutrida y patética que cayó sobre Valledupar y sus alrededores como una llovizna sostenida durante más de mil días. Pero no era un simple despilfarro de tiempo. Era, fue, la única arma con que se pudo enfrentar a la soledad.

Entre todas, y por considerarlas testimonios de inmenso valor para el análisis futuro de lo que ha sido, lo que es humanamente

Rafael Escalona el hombre, hemos escogido dos que transcribimos.

Una, es la que el profesor Heriberto Castañeda... sí, el profe Castañeda, el mismo de su primer canto, le enviara desde Ciénaga el 18 de agosto de 1975. La otra, la que él le mandara a **Poncho** Cotes en Valledupar el 16 de octubre de ese mismo año:

“Ciénaga, agosto 18 de 1975

Señor Don
Rafael Escalona
Cónsul de Colombia
COLON (Rep. de Panamá)

Muy estimado Rafa:

Afirma la filosofía popular que en esta vida no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla, y es tan cierta esta aseveración que hoy, agobiado por la edad y lleno de dolencias físicas irreversibles, me dirijo a tí para expresarte de corazón mi gratitud infinita por el inmerecido homenaje que me rendiste un día, no muy lejano, por la Televisora Nacional.

Me privé del placer de haber visto el programa pues en aquella ocasión aquí estábamos bajo el rigor incómodo del racionamiento de luz y los televisores funcionaban muy mal y esporádicamente.

Fui informado, gracias a muchas personas amigas, y particularmente por Magola a quien encontré ocasionalmente en uno de mis frecuentes viajes a Barranquilla.

Al transcurrir tantos años sin vernos, este encuentro inesperado me llenó de emoción, pues Magola al cobijarme con su afecto, me conmovió tan profundamente, que me hizo pensar que pudiera ser la manifestación testamentaria del cariño póstumo de todos ustedes, mi querido Rafa.

Siento un gozo inextinguible al recordar tu adolescencia cuando, a la sombra de Joaquín Ribón y otros profesores colegas, vimos iniciar tu vida de estudiante ejercitando tímidamente tus primeros balbuceos musicales que hoy dan a tu nombre la fama inmortal de ser el verdadero e indiscutible “Rey del Vallenato”.

Gracias a tu esfuerzo y consagración en este campo de la cultura nacional, la vida te ha sido pródiga dispensándote la

valiosa amistad de figuras prominentes de la política y del arte, tanto en Colombia como en el Continente.

Tu arribo reciente a la actividad diplomática es consecuencia lógica de los premios que el prestigio de tu nombre merece, y que nadie egoístamente puede disminuir.

Así, pues, el alma de tus padres y de todos los tuyos, donde se encuentren, estarán eternamente glorificadas por la aureola de tu carrera artística triunfal!.. Ahora, vamos al grano:

(aquí el profesor Castañeda formula una petición)

“...La dimensión y magnitud del servicio que te pido sólo podré compensártelo con un entrañable abrazo que te envío desde esta amada tierra que será cuna y tumba de mi humilde existencia, dándote las gracias en nombre de todos los míos, querido Rafa.

Recuerdos afectuosos para tu familia y espero alegrarme con tu respuesta.

Tu affmo. profesor,

Heriberto Castañeda G.”

“ CONSULADO DE COLOMBIA

Colón, República de Panamá

Octubre 16 de 1975

Poncho:

Hoy, como siempre, me levanté muy temprano. Tú sabes que esa es mi costumbre. Aquí no cantan los primeros gallos, ni los segundos, ni los terceros. Tú no oyes a las gentes que van para la sierra, ni las que van para el coso a comprar la carne. Aquí nunca se oye a un tipo que grita a las cuatro de la mañana en la calle: Burro e mierda ¡carajo!... ¡Nada de eso!

Como vivo frente al mar, me levanto, abro las ventanas y pongo un disco. Y luego, a pensar en el Valle, San Diego, Villanueva, El Plan y las cosas que he dejado por allá... Hoy puse un L.P. de Alfredo. El primer canto que me estremeció fue “Marula”. No admiro tanto la interpretación sino la canción en letra y

música. Hay en ese canto varios versos originales de “Marula”. Otros que, seguramente, fueron agregados como ocurre siempre y es costumbre entre nosotros cuando hay un tema con una melodía pegajosa que nos gusta y cada cual, o todo el que es capaz, en una parranda, agrega algo; pone sus puntos de vista en versos, sin que esto sea plagio. ¿De acuerdo?

Me parece que la estrofa de “La Vieja Munda” fue agregada. No está mal.

Un hombre como “Marula” que fue capaz de cantar así: a la vida y a la muerte, no pudo ser un cualquiera. “Marula” tuvo que ser un hombre de un corazón con su mismo tamaño.

Y fíjate Poncho: la mayoría de nuestros compositores hacen cantos no por devoción sino en busca de elogios y alabanzas. El pobre “Marula” cantó sin esperar nada de nadie sino el reconocimiento de ser buena paga. Murió esperanzado en que lo recordaran la Vieja Sara, Matilde y María.

El nunca pensó que sus versos los cantarían y elogiarían una comadre Consuelo, un Poncho Cotes o un Escalona. Además, los muertos no oyen elogios... ni les importa. Si la comadre Consuelo, si tú, conmigo nos hubiéramos encontrado con el endeudado “Marula”, él no se habría quitado la vida.

Según mi concepto, que me gustaría compartirlo contigo, “Marula” fue y debe ser para nosotros uno de los Grandes de nuestro folklor, tú dirás: Bueno, ¿qué es la vaina de Rafa con “Marula”? Te hablo de él porque yo quiero que le hagamos justicia folclórica:

¿Dónde y en qué trabajaba? ¿Por qué se mató? ¿A quienes les debía? ¿Era inquieto con la mujeres? ¿No dejó versos para ninguna? Si es así, no me gusta eso de “Marula” ¿Cómo se mató? ¿Quién lo vio morir? ¿Qué dijo antes de matarse? ¿Creían que era cosa de juego? ¿Cómo lo enterraron? ¿Hay “una cruz sobre su tumba”?.

¿La Vieja Sara, Matilde, María, Toño Salas, Andrés qué comentaron? ¿Lo lloraron? ¿Es verdad de que Andrés lo espera para que le pague? ¿Reconocen después de su muerte que fue “Buena Paga”? ¿Le han puesto una botella de ron o una corona de flores sobre su tumba?.

Cualquier día de estos vamos a hacerle una visita al Plan. A nuestra tristeza por la razón o la sin razón de su muerte, agregaremos la nostalgia eterna de no encontrar a la Vieja Sara.

Bueno, esto es otro capítulo que juntos hemos vivido y que escribiremos juntos.

Así, Poncho, que hazme enseguida la vaina de "Marula". Yo sé, estoy seguro, que a ti te gusta y que sientes esto. Conozco tus sentimientos.

Deseo que uses el lenguaje más sencillo que te sea posible. Quiero que toda Colombia comprenda nuestro documentado y costumbrista lenguaje vallenato.

Y, ¡no sea vergajo! Mándame la carta original; no el duplicado.

Y cuídate. Tenemos muchas cosas que hacer; nos faltan muchas. No quiero que te mueras primero que yo.

Tú sin mí seguirás haciendo muchas cosas. Yo sin ti no haría nada, solo llorar y recordar... y eso es muy feo. No te mueras!

Te abraza,

RAFA".

Pero entre tantas palabras que cruzaron la frontera de los dos países en las decenas de cartas que mandó y le mandaron, ninguna tuvo la oportunidad ni la precaución de informarle a su debido tiempo de otra noticia que le desencajó el alma cuando la conoció con varias semanas de retraso: el día 4 de junio de ese año (1975) la Vieja Sara María Baquero, su segunda mamá, había fallecido en El Plan...

Durante su estada en Colón compuso ese mismo año el paseo EL MAL INFORMADO dedicado a Poncho Cotes quien fue de los amigos que estuvo visitándolo. Darío Pavajeau también fue a verlo y de allá regresó como un papá Noel sobrecargado de encomiendas, paquetes, paqueticos, bolsas, empaques, y cuanto chécher hay que el Maestro le mandaba de regalo a medio Valle. Fue esa la época en que, según aseguraba Jaime Molina, se le dio por la compra masiva de todos los relojes en todos los modelos que se vendían en Panamá para traerlos o mandarlos a regalar de a dos por cada habitante en cada casa vallenata. De tales proporciones e intensidad fue el aguacero de relojes electrónicos, de cuarzo, de cuerda, de imán, de agua, de sol, de luna, automáticos, con que Escalona inundó la ciudad, que Jaime Molina afiló su ingenio al máximo, y por cada reloj que llegaba de Colón él iba inventando tres o cuatro chistes. El último de ellos fue la versión dramática del asesinato que casi comete la esposa de Julio Gámez, insomne y desesperada por el tic-tac imparable y ensordece-

dor del último modelo que Escalona le había mandado a Julio y que éste no se quitaba nunca ni para bañarse.

Angustiada por su triste situación de desvelos ella esperó una noche a que Julio se fundiera con el guarapo de maíz fermentado y papa rallada que le dio de sobremesa, para proceder, con mucho cuidado y no poco susto, a retirárselo de la muñeca a ver si ella podía por fin conciliar el sueño. Le quitó el reloj y puso sobre la mesita de noche el extravagante cuadrante plateado lleno de lucecitas rojas, verdes, amarillas y blancas que titilaban al compás desquiciante del tic-tac, tic-tac, tic-tac, rodeado por diecinueve botoncitos que previamente debían hundirse si lo que el usuario deseaba era despertar a tal hora, o escuchar la B.B.C. de Londres, o grabar una conversación a veinte metros de distancia, o tomarle una fotografía a un avión supersónico, o aprenderse los mandamientos, o escuchar el último discurso de Gaitán o simplemente recordar las diligencias pendientes que para lo único que no estaba equipado el modernísimo aparato —aseguraba Jaime— era para hacer el amor con él.

Colocó el bendito desvelador, como ella lo llamaba, encima de la mesa, pero no logró tampoco dormir. El tic-tac, que ahora era más intenso y rápido la estaba volviendo loca, y decidió esconderlo debajo del colchón a la espera de que se apaciguara el sonido. Pero fue peor. Lo que se oía entonces era un ruido sordo y profundo y más rápido que en vez de tic-tac hacía tum-tum, tum-tum, tum-tum y le resonaba en el cerebro. Decidió que había que sacar ese aparato de la alcoba si quería echar un sueñito siquiera, porque ya iba a ser la una de la mañana y estaba completamente despabilada. Salió al comedor, lo puso encima de la nevera y regresó a la alcoba y entonces fue espantoso el sonido agudo y rechinante y mucho más rápido que le llegaba a la cama: primg-pramg, primg-pramg, primg-pramg. A punto de desquiciarse resolvió coger el aparato, “que en mala hora Rafa le mandó a Julio”, salió a la terraza del patio y lo metió bien abajo en el tanque lleno de aserrín donde se guardaban las cervezas cubiertas por bloques de hielo para su venta dominical; y se encerró en el cuarto y se acostó. Julio seguía roncando, a Dios gracias, y ella cerró los ojos. Pero el ruido grueso, subterráneo y rapidísimo que llegó a su cabeza: catatan-pum-dan, catatan-pum-dan, catatan-pum-dan la desesperó por completo. Al borde del delirio, se puso la ropa encima de la camisa de dormir y se fue a esa hora donde una cuñada que queda cinco cuadras delante de su casa y allá se

quedó profunda. Hasta cuando minutos más tarde el estallido de algo así como una bomba de nitroglicerina sacudió al vecindario que, despavorido corrió al sitio donde alguna vez estuvo la casa de Julio Gámez.

Este apareció chamuscado, con la pijama hecha flecos, la calva renegrida y preguntando por su mujer. Cuando se explicaron las cosas, Julio, llorando y con la chatarra de resortes, alambres y laticas brillantes en las manos le dijo con rencor: “Esto no tiene perdón de Dio. Y too esto pasa por queré viví durmiendo. Si es que ese reloj me lo mandó mi compadre Rafa y estaba hecho para que se moviera automáticamente al compás de mi propia respiración. Apenas me lo quitate se le descontroló el mecanismo y fíjate, casi hay un muerto por culpa de tu ignorancia ¡Bruta e mierda!...”. Cuando Jaime —según su propio cuento— se enteró de ésto, dizque dijo enérgicamente: “A mí, como el Rafael me venga a regalar uno de esos relojes, le voy es a pegá un tiro”.

Otro cuento notable de esta serie fue el de **Chemita** Carrillo a quien Escalona le mandó un reloj ovalado que tenía un mecanismo musical especial para medir el grado de alicoramamiento que fuera adquiriendo **Chema** durante sus célebres fines de semana y, previa una señal, controlar las jumas colosales que se metía. El reloj, que le cubría casi toda la muñeca, dejaba escuchar automáticamente los compases del “Danubio Azul” cuando el organismo de su usuario comenzaba a pasarse de la raya en la ingestión de licores. Así que —según Escalona y las minuciosas explicaciones del católogo— **Chemita**, además de informador de la hora, debía usarlo como un control que le indicaría que una vez comenzaran a sonar los mundialmente famosos compases de lalalalaaaa... lalalalalalalalalaaaa... él debía suspender los tragos e irse para su casa. Ana Urrutia, la esposa de **Chema**, estaba feliz con ese obsesivo que lograría por fin, evitarle todos los lunes de esta vida la tarea dispendiosa y cansona de estar mandando a sus hijos Hugo y Enrique a zancajear al papá, recogiénolo de las sillas, poltronas y taburetes donde se quedaba desparramado en la felicidad de la embriaguez.

Pero las cosas resultaron al revés. Y **Chema**, en lugar de tomar la música de “Danubio Azul” como la señal de peligro que estaba convenida, lo que hacía era entusiasmarse más y más con sus compases; le subía el volumen al reloj (porque también tenía volumen, claro) y dejándose mecer por las olas del Danubio seguía bebiendo. Hasta que a las 10 de la mañana de un lunes,

el doctor Molina, furioso por su ausencia del Juzgado, fue a buscarlo iracundo a su casa y allá le dijeron que desde el sábado había salido y no se sabía de él. De tertuliadero en tertuliadero y de casa en casa anduvo el doctor Molina preguntando y Moisés Maestre le informó que él había visto a **Chemita** en el bar “El Chimborazo” “anoche hasta bien tarde”. “Pero a estas horas ya no hay bares abiertos”, anotó el Juez. “Pueda que no los haya, doctor Molina, pero yo anoche lo vi a él ahí”, remató Moisés.

El Juez se encaminó al bar, que en efecto, estaba cerrado y trancado. “Abran en nombre de la autoridad, abran”, gritó enérgico. Un eunuco de semblante ido y ademanes lánguidos se asomó, y cuando vio el rostro severo del Juez se apresuró a abrir la enorme puerta roja de par en par. Entonces el doctor Molina contempló la escena: **Chemita** dormido plácidamente sobre una mesa con el brazo izquierdo amorosamente colocado encima de unos almohadones, mientras las meseras del bar, envueltas en las sábanas curtidas y olorosas a sus necesidades, agarradas de las manos bailaban a todo volumen el “Danubio Azul” formando una rueda enorme alrededor de Melitón Mesa, el dueño de “El Chimborazo” que, sentado en el suelo en calzoncillos, iba marcando el compás con los dos brazos. El doctor Molina —agregó Jaime— no botó a **Chemita** del Juzgado, pero si contribuyó de manera definitiva a que Escalona suspendiera el envío de más relojes a Valledupar, gracias a la carta personal que escribió al doctor López Michelsen solicitándole interviniera en el asunto.

Los chistes inventados por Jaime Molina sobre los relojes panameños llegaron a oídos del General Torrijos, con quien Escalona entabló una cordial amistad durante su permanencia en Colón. El General estuvo siempre pendiente de venir a Valledupar y esperaba ponerse de acuerdo con el presidente López y García Márquez para hacer un viaje juntos. Escalona, por su parte, salvo las largas retahílas que le mandaba a Jaime en respuesta a sus famosos y mamagallistas cuentos sobre los relojes, lo único que hacía era desternillarse de la risa cada vez que se enteraba de uno de ellos.

En Colón, acompañado de Dina Luz, permaneció Escalona tres largos años hasta mayo de 1978, cuando regresaron al país y se instalaron en Barranquilla. Antes de regresar definitivamente, compuso el paseo EL JUMBO DE AVIANCA (1976) con el que la empresa festejó la adquisición del primer avión de este tipo; y para Alfonso de la Espriella y María Cristina Tovar hizo el son

LA ULTIMA AVENTURA que se refiere al matrimonio de esta pareja.

Pero el Valle que encuentra Escalona cuando regresa de Panamá, no es el mismo Valledupar de antes. Los cantos de él y de muchos otros compositores vallenatos están en su cima más alta, y lo de moda, lo fino, lo elegante y lo que da status es hablar, opinar, discurtir y posar de vallenatólogo; citar de memoria las estrofas completas de la inmensa producción musical de los juglares, que no más de dos décadas atrás eran rebajados por las clases altas y sus sonos vetados en el ámbito refinado del Club Social; intelectuales, artistas y políticos colombianos se esmeran por figurar al lado de los acordeoneros más importantes y buscan con disimulo o abiertamente que se les nombre de jurados en el Festival de la Leyenda Vallenata.

La ardua y paciente batalla que Escalona y un grupo muy pequeño dimos desde abril de 1968 para llevar el vallenato al sitio de importancia que merece, está ganada en todo el país, donde no hay un solo departamento en el que alguien no esté difundiendo y promoviendo la música vallenata a través de la radio, la prensa o simplemente del mensaje oral y donde no se estén organizando festivales exactamente iguales, idénticos al nuestro... Pero si ese terreno, en el que tanto hizo y en el que tanto luchó Escalona está despejado, la ciudad que fue su reducto espiritual, el ámbito mágico por donde se esparció la excelencia de sus estrofas y por donde deambuló con sus amigos investido con el fuero del talento musical que lo puso a salvo de la mediocridad, se ha ido difuminando en un horizonte de progreso que en la práctica no es otra cosa que la mescolanza espesa de la mediocridad y el arribismo.

Los parranderos formidables que dejó guardando la heredad, unos se fueron para siempre y otros ya no parrandean. **Poncho** Cotes se refundió por allá en un barrio nuevo, donde para ir hay que tener carro propio porque los taxis no llegan. Darío Pavajeau se llenó de hijos y de gallos y se dedicó a cuidar los primeros y a reproducir los segundos. Andrés Becerra vive metido en "Mata Oscura". Alfonso Pimienta no está más. Hugues está resolviendo sus problemas del corazón. **Colacho** se convirtió en el acordeonero mejor pagado, lo que quiere decir que ya no hay parrandas sin billete de por medio; y aquella casona colonial de la Plaza donde tantos amaneceres vio, donde tanta memoria hay de él y de

sus más entrañables amigos, está resquebrajada para siempre en su unidad familiar.

El Vallenato ha triunfado sí, pero a un precio alto y tremendamente doloroso para él y para muchos...

Como si faltara otro trancazo en medio de ese panorama de tan desgarradoras realidades, el día 15 de agosto de 1978, fecha en que **Colacho** Mendoza y Fanny Zuleta celebrarían dieciséis años de casados, Jaime Molina muere contemplando el amanecer desde una ventana de la clínica a donde lo habían llevado dos días atrás infartado. La desazón que embarga a Escalona dobla todo cuanto ha sentido antes en este aspecto. Ni el dolor por la muerte del viejo Cleme, ni la de **Aló** su madre, que tanto lo amó y lo entendió, sirven de punto de referencia para este dolor de ahora.

Jaime Molina fue todo lo que él no era y mucho más de lo que hubiera querido ser. Jaime fue más que su hermano y mucho más que su amigo. "El fue —dijo esa vez— la parte buena de mi propia conciencia. Me burlaba, me mamaba gallo, me sacaba de casillas y se reía de mí. Pero todo eso era su forma de decirme cuanto me quería y cuan orgulloso se sentía de lo que yo había hecho... Como él era tan sencillo y humilde nunca quiso que yo me envaneciera, y se encargaba, con su actitud crítica, de recordarme que yo no era nada más que aquel muchachito de Patillal, necio, enamorado y rebuscador que comencé a inventar estrofas musicales cuando él nos dibujaba a todos, exacticos, en el cuaderno... Que él y yo no podíamos sentirnos diferentes de lo que realmente somos: dos patillaleros sentimentales a los que todavía nos sobra corazón para ponernos a contemplar la aurora minutos antes de morirnos..."

Sólo entonces entendió Escalona la magnitud del afecto que lo unió a Jaime Molina, y unos días más tarde del entierro, apertrechado en sus recuerdos, escogió las palabras más elementales, las experiencias más sencillas y le hizo un son transido de nostalgias y evocador de aquel viejo pacto sentimental que ambos hicieron alguna madrugada de parrandas:

*Recuerdo que Jaime Molina cuando estaba borracho
ponía esta condición:
que si yo me moría primero él me hacía un retrato,
y si él moría primero le sacara un son
ahora prefiero de esa condición
que él me hiciera el retrato
y no sacarle el son...*

Instalado con Dina Luz en Barranquilla, donde permanece desde 1978 hasta bien entrado el año 1985, Escalona, el más grande compositor de música vallenata de todos los tiempos, el romántico irredimible, el parrandero insigne y bohemio innato, le agarra el ritmo (¿o el gusto?) a la burocracia y se zampa de cabeza en la nómina oficial. Como Lot al salir de su tierra, él tampoco vuelve la cabeza atrás. Arrendó las tierras de sus fincas, donde labró un patrimonio y se hizo hombre de agricultura, las maquinarias con que civilizó montes y cultivó arroces y algodonales, arregló sus asuntos familiares y se marchó, perturbado por el presagio de que Valledupar para él ya no sería cosa distinta a un lugar de paso.

Pronto su casa en Barranquilla se convierte en el punto de reunión de la vieja Provincia que pasa por la capital del Atlántico en diligencias o en plan de descanso. Allá vuelve a reunirse con Miguel Canales que va a visitarlo, con los hijos del viejo Emiliano, **Poncho** y Emilianito, que son el otro conjunto de prestigio en las fiestas importantes, con Darío y Marielisa, que pasan a verlo cuantas veces llegan a la ciudad, y con los hijos de Hernando Molina que crecieron y se hicieron hombres a la sombra de la devoción y el afecto que sus padres han sentido por el compositor. Pero también lo frecuenta otro grupo de personas mayores y de jóvenes que no estuvieron entre sus amigos de antes, pero que ahora lo son por obra de las circunstancias. Uno de ellos es Julio (Julito) Oñate Martínez cuyos padres tienen un parentesco de consanguinidad con el Maestro. Cualquier día de 1979 Julito le presenta una muchacha llamativa de nombre Consuelo, que estudiaba modelaje, y a Escalona le vuelve a retoñar un entusiasmo que parecía excluido de sus posibilidades. A la modelo le hace un merengue que lleva por título el nombre de ella, el cual sólo se conoce y trasciende después que lo graban, en notorio contraste con aquellos sones, paseos y merengues de antaño que una vez los cantaba a los amigos en las parrandas y reuniones íntimas, saltaban de esos espacios restringidos y se esparcían como ráfagas de luz y de belleza que ennoblecían el ámbito provinciano. En 1981 compone **MARIPOSA BONITA**, un paseo en el que hace mención de varios amigos, entre ellos del General Torrijos, que no alcanzó a satisfacer su deseo de venir a Valledupar para aquel encuentro tan programado y esperado con lo más selecto de la vallenatía.

En diciembre de 1982 un grupo alharaquiento, recochero y vibrante de corronchos provincianos va por las nevadas calles de Estocolmo cantando a todo pulmón: *soy vallenato de verdá, tengo las patas bien pintá, tengo un sombrero bien alón y pa remate yo bebo ron...* Poncho y Emiliano Zuleta, Pablo López, Pedro García, el Maestro Escalona y quien esto escribe, íbamos formando una cadeneta humana, entrelazados por la cintura, festejando en la madrugada, al regreso del Ayuntamiento sueco, esa sensación indescriptible de haber visto a los reyes de Suecia, a la Academia Sueca, a la sociedad de Estocolmo y a los más grandes del mundo aplaudir de pie, embelesados, fascinados, absortos, a otro corroncho igual pero más grande que todos nosotros y todos ellos juntos. Estábamos orgullosos de verlo lucir el traje blanco de los viejos provincianos, parado allá en el centro de ese salón imponente, con la mirada de millones de personas en la tierra fijas sobre su figura y los oídos del mundo atentos a sus palabras... Nos dirigíamos al viejo velero vikingo adaptado como hotel, donde nos alojábamos y nadie en ese momento era más feliz que nosotros. La apoteosis del "primo" cataquero del compositor de Patillal, era la apoteosis de la Provincia, la de la Costa, la de Colombia y también, sin duda alguna, la apoteosis de la música vallenata. Desde temprano habíamos discutido y nos habíamos gritado y peleado entre nosotros, alterados por la emoción de ese día. Así que cuando decidimos irnos a pie para el barco, nos pusimos a cantar vallenatos por las calles para que desde allí, desde las nieves casi perennes de Estocolmo, donde se eligen los mejores en las letras, el arte y la ciencia, nos oyera el mundo entero y supiera que esos desmesurados, que alterábamos con nuestra algarabía la gélida madrugada sueca, no éramos otra cosa que unos dichosos ciudadanos de Macondo.

Antes de llegar al puente del barco, se alzaba un viejo árbol de ramas esqueléticas, altas y blancuzcas por la nieve al pie del cual había un banco cubierto de hielo. Ahí, con hielo y todo, nos sentamos a repasar esos momentos maravillosos y a escuchar las exageraciones y chistes que ya Poncho Zuleta había inventado sobre cada uno. Entonces Escalona nos pidió que hiciéramos silencio para cantarnos el paseo que en agosto de ese año le había compuesto a Dina. Este canto está unánimemente considerado como el mejor de los diez que ha hecho en esta última década (1976-1986). Se llama ARCO IRIS:

*Píntame una golondrina y te diré
si eres un buen pintor
debe de llevá en el pico unas espinas
y en los ojos un dolor...*

*Cuando salga un arco iris te diré
que me lo pintes tú
Si lo pintara Molina, yo diría
que es para Dina Luz...*

El paseo es un canto de amor para Dina Luz Cuadrado, su mujer desde 1975, pero también es una excepcional evocación del amigo pintor y de aquellos años infantiles, cuando en la escuela de Patillal ambos competían pintando siluetas de golondrinas, corazones flechados, rostros de los condiscípulos y, ya mayores, cuerpos lujuriosos de mujeres desnudas. Y es también la reconstrucción melancólica y triste del recorrido por los caminos enflorados de uvitos, alhucemos, arañagatos y cañaguates, bordeados por las cercas de palos de Brasil cubiertos de campanitas moradas y de las flores rosadas de las bellísimas, en aquellos parajes libérrimos que existían antes de las montañas, que era —decían los mayores— por donde se ocultaban los arco-iris después de la caída del sol...

*Cuentan que los arco-iris y que nacen
en la nevada, camino a Patillal
y después de un aguacero y que se esconden
en las montañas, cerca de Valledupar*

*Y luego las golondrinas y que salen
para que el sol las mire
y después desaparecen en el aire
como los arco-iris...*

*Y tú, y tú... y tú...
tú eres mi golondrina Dina Luz
eres mi golondrina...*

Cuando nos alistábamos para ir a Estocolmo en aquella colombianísima delegación que Gloria Triana se inventó y organizó para acompañar a García Márquez en la recepción del Premio Nobel, alguien tuvo la impertinencia de preguntarle a Escalona

que por qué no le hacía “un paseo bien lindo como los suyos, Maestro, a Gabo”. Escalona contestó tajante: “porque yo no hago cantos por encargo”. Y no lo hizo. Por lo menos, no en ese momento, en que algún sapo recién parido y entrometido quería congraciarse con el escritor a costa del compositor.

Pero a finales de enero de 1983, en la calma y tranquilidad del regreso, cuando ya las palabras para alabar a García Márquez se estaban agotando en todos los medios de comunicación; cuando ya no quedaban elogios, alabanzas, loas y exaltaciones para seguirle prodigando al escritor; cuando el delirio garciamarquiano comenzaba a estremecerlo todo, a Escalona le bastó un repaso somero a dos de las mejores obras literarias del amigo para sintetizarlas en un merengue bien llamado el VALLENATO NOBEL.

Es realmente asombrosa la forma como Escalona va engastando, como si fueran las cuentas de un collar, los personajes y elementos de “Cien años de Soledad” y algo de aquel meticuloso sufrimiento del Coronel, para lograr un canto perfecto dentro de su concreción y estructura. Y llama la atención de este merengue el alarde de ingenio y gracia que Escalona vuelve a desplegar para regocijarse con el éxito del amigo, destacando las cosas y las personas claves de su obra sin caer en el facilismo de ponderarlas directamente. No. El sigue engastando las cuentas del collar musical pero a la vez entreteje hilos dorados de su propia orfebrería y el resultado es que el vallenato de Gabo es un vallenato a García Márquez, pero sustancialmente, es un canto, para Dina Luz, la mujer de Escalona.

Y —nos diría después el compositor— ¿habrá muestra más alta de admiración y solidaridad para un amigo que reunir las mejores cosas que ese amigo ha creado y entregárselas juntas a la mujer que uno ama?... O al contrario, ¿involucrar a la mujer que uno ama en el reconocimiento que se le hace al amigo?...

Obsérvese que cada verso de este merengue es un ejemplo de síntesis y precisión, elaborado con la magia y belleza de la obra macondiana y la ternura del compositor:

*Gabo te manda de Estocolmo
un pocón de cosas muy lindas
una mariposa amarilla
y muchos pescaditos de oro*

*Le mostré las frases tan lindas
que escribiste en un papelito
para que se dé cuenta Gabito
que yo sí tengo quien me escriba...*

En ese mismo mes de enero de 1983, paralelo a su cada vez más acentuado desgano para las composiciones, Escalona comienza a poner de presente un aspecto hasta entonces desconocido en él: el de escritor. Y escritor denso. No el redactor de esa intensa correspondencia epistolar con que derrotó sus soledades y nostalgias en Colón sino el autor prolífico de artículos, conferencias, ensayos y opiniones que comienzan a ser publicados con su firma en algunos medios de comunicación y oídos con llenos completos en augustos recintos. Algunos no vacilan en afirmar que todo ello no es sino el síndrome del **gabismo** que se detectó en Colombia y toda América Latina una vez la Academia Sueca galardonó a un costeño de este país; otros creen que es pura y simple novelería de Escalona eso de ponerse a cambiar la música que tanto domina por la escritura, en la que no es experto; los más no le dan importancia a esta nueva faceta, pero los menos no dejamos de admirarnos ante ella porque la verdad es que, para quien quiera que los mire con ojos desprevenidos y sin tratar de establecer comparaciones imposibles, los escritos de Escalona son buenos escritos.

No vamos a decir que estamos a las puertas de otro Nobel de Literatura vallenata o algo por el estilo, pero lo que sí es fácilmente demostrable para el que lea sus escritos, es que ese mismo talento que desbordó la lógica y permitió que un muchacho que no sabía nada de música hiciera las más bellas obras musicales dentro de un género, ha permitido que la capacidad le alcance para escribir también, con gracia y *sindéresis*, las cosas que le preguntan y que ahora responde desde un solemne estrado en su calidad de conferencista.

Comenzó por escribir un artículo después de la llegada de Estocolmo, porque no le gustó lo que de él dijo un columnista de El Tiempo. En ese mismo diario se lo publicaron completo, y de la Universidad Autónoma de Barranquilla lo llamaron en diciembre de 1983 para que les dictara una conferencia sobre las cosas que él sabía del vallenato. La escribió, fue y la leyó. En septiembre del 84 le adicionó otros conceptos y dictó esa misma conferencia en el auditorio excelso del bienamado Externado de

Colombia. Y en una inusitada alteración del protocolo presidencial, dejó que Belisario Betancur dijera el discurso de fondo del homenaje que la presidencia de la República le brindó en enero de 1985, y apenas acabó el presidente él se subió al podio y sacó sus cinco hojas escritas y echó otro discurso sobre la paz.

A partir de ahí, se volvió orador de homenajes, conferencista de aulas estudiantiles, oferente de agasajos políticos y expositor de actos solemnes. Al discurso del Palacio de Nariño siguió el que pronunció en la Embajada de Colombia en Venezuela en julio de 1985, durante el homenaje que le organizó el embajador Zalamea. Después habló, leyendo, con motivo del descubrimiento de un busto de Pedro Castro en el parque de la gobernación de El Cesar (1986) y volvió a leer otro discurso en la conmemoración de los 20 años de la desaparición del senador vallenato en los Jardines del Recuerdo de Barranquilla (1987). Fue el principal expositor en el agasajo que le brindó la revista Renovación (marzo 27/87). Llevó la palabra escrita en el banquete que le brindaron a Ernesto Samper sus amigos liberales de Bogotá (1987) y dejó boquiabiertos a todos los socios de SAYCO, con la disertada exposición que hizo ante los delegados durante el *curso sobre edición y grabación en el mundo autoral y artístico* promovido por la OMPI de la que es presidente un suizo de nombre impronunciable: Ulrich Uchtenhagen. Si todo lo anterior pareciera demasiado insólito, habría que agregar, como remate, que últimamente, con pasión apenas parecida a la de sus mejores épocas de enamorado incontenible, está dedicado a escribir a mano, un denso libro llamado "El Viejo Pedro" en que recoge memorias patillaleras desde cuando tenía uso de razón.

El libro, escrito a golpes de nostalgia en los cada vez más frecuentes madrugones que da, comenzó en 1983, como todas las cosas suyas, por un simple impulso. Sin embargo no faltan quienes, conociendo el asunto, aseguran que todo eso no es sino el prurito de Escalona de medir armas con García Márquez, para dejar claro ante todos que él puede escribir igual, mejor, o peor que Gabo, pero que García Márquez con toda y su grandeza literaria, no podrá nunca hacer una sola estrofa que se compare con la más modesta del más modesto de sus cantos y le tocará conformarse con seguir diciendo que "Cien Años de Soledad" no es otra cosa que un vallenato de 350 páginas. Pero suspicacias y comentarios aparte, la verdad es que hoy por hoy aquéllos escarceos literarios que sólo él sabe cómo y porqué comenzaron, son

un voluminoso mamotreto lleno de recuerdos, anécdotas y experiencias que se remontan cinco décadas atrás al momento en que él y sus amigos comenzaron a descubrir el mundo patillalero fascinante y bueno, lleno de espiritualidad y asombro, donde se nutrió su talento y crecieron varias generaciones de artistas de toda índole y dimensión que no alcanzaron a traspasar las fronteras locales.

Un día cualquiera, de ese mismo año en un intermedio de sus disciplinas de escritor insomne, resolvió venir a Valledupar y fue al pueblo. A buscar qué, nadie lo sabe.

De allá regresó con LA ESTRELLA DE PATILLAL, un merengue gozoso y vibrante que es un canto de reconocimiento al entorno patillalero, pero que también le dedicó a Dina Luz, en una clara alegoría de lo que ella significaba para él en esos años inciertos, y de todo lo que él estaba dispuesto a proporcionarle a ella. En ese tiempo se retiró definitivamente de la burocracia oficial que no le dejó absolutamente nada bueno, y, por petición de amigos compositores, se vinculó a SAYCO donde le eligieron vicepresidente de la sociedad. Dos años después, (1985) silenciado musicalmente pero poseído por el frenesí de la escritura que lo acometió en Barranquilla, se mudó a vivir a Bogotá, donde el ambiente de incomunicación lo impulsa más hacia la literatura que hacia la música. “El Viejo Pedro”, entonces, comienza a tomar forma como un gran mosaico de vivencias tan sencillas y hermosas como la poesía de sus cantos... pero sin música.

De esa época a esta parte sólo ha compuesto cuatro cantos más, todos en aire de merengue y actualmente inéditos: a mitad de 1986, LA CAMISA DE PONCHO (Zuleta) y a finales, otro que se titula EL HOMBRE LISO. En el año de 1987, LA CASA DE LEANDRO, dedicado a su amigo Leandro Díaz y compuesto unos días antes de que SAYCO le ratificara unánimemente su admiración y cariño eligiéndolo como presidente de la entidad. Y en el mes de mayo de este año 1988, compuso REGALO BONITO cuya inspiradora y destinataria —que en todo caso no es Dina Luz— no es conocida por la autora de este libro. A lo mejor, conociendo la poderosa influencia que las mujeres han ejercido y ejercen en el numen de Escalona, el REGALO BONITO no es para una sola sino para todas las mujeres que se han cruzado y se cruzarán aún por su vida.

Hoy Rafael Escalona, uno de los más grandes compositores de música popular de Latinoamérica, el más insigne de los creadores

del género musical conocido como *vallenato*, por esas impredecibles y extrañas circunstancias de la vida, vive totalmente radicado en Bogotá la ciudad fría y hostil a 2.600 metros sobre el nivel del mar, donde todo el mundo tiene prisa; donde los hombres andan embutidos en unos vestidos gruesos con camisas de mangas largas, chalecos, sacos y corbatas, y donde la lluvia que cae sobre los muchachos de 12 años no es, como en Patillal, el pretexto para hacer un canto, sino el estado natural del tiempo.

Aunque durante los últimos 13 años lo acompañó siempre Dina Luz Cuadrado, hoy la dulce muchacha villanuevera a la que él llamó Arco Iris, Mi Golondrina, Mariposa Bonita, y que parecía haber sustituido definitivamente a La Maye, no está más a su lado y la soledad —de la que ha vivido huyendo— ha vuelto a ser su perenne compañía. Vive, como ha vivido todo el tiempo, holgada y confortablemente, pero pese a la inmensa riqueza musical que ha creado, no es un hombre rico y sigue manteniendo el mismo desapego por el dinero y los bienes materiales, que ha sido característica de su corazón generoso. Y es que le basta con todo lo que ha hecho.

Le satisface ser el presidente de SAYCO donde ahora está y se desempeña, más que como compositor, como defensor y vocero de todos los que, al igual que él, han ido dejando pedazos de sus almas entre las notas del pentagrama, simplemente para hacernos más hermosa y buena la vida a los demás...

Y hasta aquí, el hombre.

Lo que sigue, es el Mito, edificado, sostenido e inamovible sobre la magnitud de su obra musical. Mito que será reforzado por la historia y nimbado por la leyenda cuando, a partir del año 2052, se abra la Cápsula de "El Tiempo" y las generaciones de la alta tecnología y de las computadoras, las juventudes de la informática y la precisión científica, comiencen a devanarse los sesos tratando de descifrar y comprender un sonora fórmula mágica, dizque para construir casas en el aire, que por allá por el año de 1952, se inventó un cantor pueblerino sentimental, desmesurado y auténtico de nombre Rafael Calixto Escalona Martínez que nació en un paraje remoto llamado Patillal un día del mes de mayo cuando comienza la primavera...

* * *

Alguna vez Gabriel García Márquez dijo que había aprendido a contar historias escuchando las canciones de Escalona. Y muchos colombianos, de varias generaciones, no paran de tararear, de bailar, de soñar las composiciones de Escalona. Desde las primeras y clásicas versiones de Bovea y su grupo, hasta las más recientes de Carlos Vives. Porque quién puede olvidar canciones tan bellas como «La despedida», «La custodia de Badillo», «El mejoral», «Juana Arias», para citar apenas unas pocas.

Consuelo Araujonoguera, que ha compartido el mundo de Escalona desde la infancia, era la persona más indicada para escribir esta picaresca biografía, que se lee como si fuera una novela. Consuelo no sólo es una vibrante especialista en música vallenata, sino una apasionada *reivindicadora* del modo de vida y de la cultura de su hermosa tierra, el Valle de Upar. Por eso el ex presidente López Michelsen escribió en el prólogo a este libro: «Bienvenido este libro de Consuelo Araujonoguera, que sirve de llave del mundo vallenato para quienes no han tenido el privilegio de conocerlo sino de oídas». «Para los extraños, estudiosos de nuestro Litoral Atlántico y de las costumbres del trópico, estos relatos sobre la vida de un muchacho de provincia dotado de tantos atributos, el libro de Consuelo debe ser una lectura apasionante».

Esta nueva edición contiene fotografías inéditas sobre la vida de Escalona.

